

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS



VERANO 1982

II EPOCA

Nº 8

E.P. Thompson

ENTREVISTA CON MICHAEL FOOT

AGUIRRE

Las Malvinas:

internacionalización y nacionalismo

MIRANDA

Gibraltar: hacia una nueva

estrategia

SABA

Desempleo: consideraciones
para el Sur de Europa

LOVELACE

PCE: manifestación de un
proyecto inviable

ROSSANDA

Crisis de partidos y
movimientos

GIMBERNAT

La iglesia en la
transición

BALLETBO

La mujer bajo la dictadura

ATTALI

Entrevista

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

INDICE

Presentación	1
ACTUALIDAD	
M. ACHURRA. Las Malvinas: nacionalismo e internacionalismo de guerra	17
A. DEL PINO. La tierra marcada de los socialistas marroquíes	23
C. MIRANDA. Gibraltar: hacia una nueva estrategia	31
A. SARA. Desempleo: consecuencias para el sur de Europa	39
E. LEVELLAC. P.C.E. manifestación de un proyecto inmutable	45
J. A. GIMBERNAT. La guerra en la montaña	51
I. CRUZ-A. Desempleo: Crisis y seguridad social	59
OPINION	
P. ERABO. Retorno a la memoria	69
P. ALIARES. El debate en Internet de la información	72
ANÁLISIS Y DEBATE	
C. MOLINE. Socialismo, democracia y nuevos movimientos sociales	75
R. ROSANDA. Crisis de partidos y crisis de movimientos	83
A. DALBERTO. La mujer bajo la dictadura	90
ENTREVISTA	
MICHAEL FOX	103
JACQUES ATTALI	112
NOTAS	
M. MATEOS. Si leyeras aquí no encontrarías nada	118
LIBROS	
JOYES MATEL, MANUEL SANCHEZ AYDIA. LUIS SUÑER	123
ARTE	
A. BONTI OLIVA. La independencia italiana	129
TEATRO	
A. FERNANDEZ. La crítica teatral en España	136
L. AZARQUIÁN. Orígenes y Génesis política del teatro de los máscaras (3)	141

Leviatan

REVISTA DE HISTÓRIA E IDEIAS



INDICE

Presentación	5
ACTUALIDAD	
M. AGUIRRE. <i>Las Malvinas: nacionalismo e internacionalización de la guerra</i>	7
A. DEL PINO. <i>La larga marcha de los socialistas marroquíes</i>	13
C. MIRANDA. <i>Gibraltar: hacia una nueva estrategia</i>	23
A. SABA. <i>Desempleo: consideraciones para el sur de Europa</i>	39
R. LOVELACE. <i>PCE: manifestación de un proyecto inviable</i>	45
J. A. GIMBERNAT. <i>La iglesia en la transición</i>	51
I. CRUZ. A. <i>DESDENTADO. Crisis y seguridad social</i>	59
OPINION	
P. BRABO. <i>Renovar la izquierda</i>	69
P. ALTARES. <i>El acoso a la libertad de información</i>	72
ANALISIS Y DEBATE	
C. MOUFFE. <i>Socialismo, democracia y nuevos movimientos sociales</i>	75
R. ROSSANDA. <i>Crisis de partidos y crisis de movimientos</i>	83
A. BALLETBÓ. <i>La mujer bajo la dictadura</i>	90
ENTREVISTA	
MICHAEL FOOT	103
JACQUES ATTALI	112
NOTAS	
M. MATEOS. <i>Si leyeras aquí no encontrarías nada</i>	118
LIBROS	
REYES MATE, MANUEL SÁNCHEZ AYUSO, LUIS SUÑÉN	123
ARTE	
A. BONITO OLIVA. <i>La transvanguardia italiana</i>	129
TEATRO	
A. FERNÁNDEZ. <i>La crítica teatral en España</i>	136
L. ARAQUISTÁIN. <i>Ortega y Gasset: profeta del fracaso de las masas (y 2)</i>	141

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

Director:

Salvador Clotas.

Comité de Dirección:

Antonio G. Santesmases
Ludolfo Paramio
M. Reyes Mate
Julio R. Aramberri
Santiago Roldán
Miguel Satrústegui

Comité Asesor:

Pedro Altares	F. Fernández Santos
Joaquín Arango	Salvador Giner
Carlos Barral	Enrique Gomáriz
Carlota Bustelo	J. A. González Casanovas
J. María Castellet	E. Haro Tecglen
Fernando Claudín	Francisco Laporta
Elias Díaz	Marta Mata
M. A. Fernández Ordóñez	J. M. Reverte
X. Rubert de Ventós	

Coordinador:

Manuel Ortuño Armas

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos.

Redacción y Administración: Núñez de Balboa, 121.
Madrid-6. Telfs. 411 20 54-411 17 59.

Maquetas: Bering Comparini.

Produce: SOYSA.

Suscripciones: SOYSA.

Distribuye: Distribuciones de Enlace, S. A.

D. Legal: SE-466-1978.

Imprime: Maribel, A. G. - Tomás Bretón, 51 - Madrid-7.



ANDALUCIA

Salvador Clotas

Este número de *Leviatán* entra en imprenta cuando acaban de publicarse los resultados, aún provisionales pero ya sin posibilidades de variaciones substanciales, de las elecciones al primer parlamento andaluz. Aunque a vuela pluma y con apresuramiento, no me resisto a hacer algunas reflexiones sobre el triunfo del PSOE en Andalucía, más esperanzadoras que sorprendentes para quien ha vivido la campaña en las calles y las plazas de los pueblos andaluces.

Cuando el sistema democrático ha sido objeto de atentados como el del 23 de febrero y de desafecciones minoritarias amparadas en un desencanto mal entendido o en índices de abstención mal interpretados, resulta reconfortante comprobar que el pueblo andaluz ha ejercido el deber y el derecho de la libertad de opción con madurez y ejemplar conciencia democrática; ha sido precisamente en Andalucía donde se ha dado el mayor índice de participación en unas elecciones autonómicas. No es exagerado afirmar que el régimen constitucional y el proyecto autonómico del Estado han salido fortalecidos de estas elecciones.

PRESENTACION

Es obligado constatar, en primer lugar, el fracaso de la UCD y del Gobierno de Calvo-Sotelo en su intento de ganar unas elecciones apelando una vez más al recurso del miedo, de las promesas de última hora y no desdeñando el apoyo de una in-calificable campaña de la cúpula empresarial. Tampoco puede la derecha apuntarse como un éxito el aumento de sufragios experimentado por Alianza Popular pues el conjunto de las fuerzas de la derecha ha sufrido un auténtico descalabro en estas elecciones.

Menos mella aún ha hecho en el electorado andaluz el mensaje del PSA con su proyecto de descalificar al resto de los partidos políticos, negándoles su condición andaluza. El apoyo a la investidura de Suárez y el constante doble lenguaje, según se hablara antes o después de atravesar Despeñaperros, han planeado sobre los comicios andaluces y el proyecto de Rojas Marcos se ha quedado sin escenario y sin pueblo al que dirigirse. Los resultados obtenidos por el PCA cabe relacionarlos con los problemas internos del PCE y la falta de una auténtica oferta diferenciada.

El programa de progreso y de cambio del PSOE de Andalucía, respaldado por una amplia y positiva gestión municipal que ha recibido un verdadero espaldarazo, ha logrado aglutinar alrededor de sus 151 propuestas a todos los sectores interesados en una salida progresista para Andalucía, generando una amplia mayoría de progreso que asegura al nuevo gobierno, presidido, sin ninguna duda, por Rafael Escuredo, el apoyo mayoritario de la población agrícola y urbana, perfectamente equilibrado en las ocho provincias andaluzas.

Resulta forzoso contemplar también el éxito socialista en Andalucía desde su perspectiva histórica. El 23 de mayo de 1982 pasará a la Historia de esta región española como la fecha en la que un pueblo, terriblemente castigado por una oligarquía insolidaria y cerril, ha demostrado su mayoría de edad política y ha sabido decir no al señoritismo social y econó-

mico que secularmente había condenado la región andaluza a la pobreza y al subdesarrollo.

No hay que olvidar que para el pueblo andaluz el mal gobierno y el abandono que le ha situado entre las diez regiones naturales más pobres de Europa es, más que una coyuntural situación política, una dramática herencia renovada sin cesar de la dictadura de Primo de Rivera a los hombres de la CEDA, de la dictadura franquista a los gobiernos de la UCD. La mayoritaria y decidida opción de los andaluces por la oferta de cambio del PSOE desvanece, por fin, la imagen lorquiana de gitanos amedrentados, señoritos y tricornos.

Sin ánimo de desvirtuar el significado de una consulta electoral que tiene unos límites bien precisos en las ocho provincias andaluzas, es difícil no decir, finalmente, que Andalucía constituye, hoy, a lo largo y ancho de la geografía española, un símbolo de esperanza para los trabajadores y para todos aquellos sectores de la sociedad que desean y necesitan el cambio político, económico y socio-cultural.

* * *

Para una revista como *Leviatán*, que desea ser un instrumento de reflexión, análisis y debate, el concepto de actualidad se extiende a períodos amplios y distintos a los de la prensa diaria o semanal. Con frecuencia llegan a sus páginas los temas cuando ya han abandonado los titulares de los periódicos. Casi por excepción no ocurre así en este número con el conflicto de las islas Malvinas, que es el tema que desarrolla el periodista Mariano Aguirre.

El capítulo de política internacional se completa con un ensayo de D. del Pino sobre el socialismo marroquí, y un estudio de C. Miranda sobre Gibraltar, que adquiere un redoblado interés ante la en-

trada de España en la OTAN. Los trabajos de R. Lovelace sobre la crisis del PCE y de J. A. Gimbernat sobre la iglesia española constituyen la aportación del n.º 8 de *Leviatán* al análisis de la situación española actual. No lejos de esta temática se sitúa el excelente trabajo del economista italiano Andrea Saba que comenta el programa económico del Partido Socialista español, y encuentra en él importantes elementos originales entre los programas de los distintos partidos socialistas europeos. Finalmente se incluye un estudio de I. Cruz y A. Desdentado sobre el tema de la seguridad social, que es hoy objeto de una importante confrontación política entre las fuerzas de la derecha y de la izquierda.

Ocupan el capítulo de *Análisis y Debate* dos trabajos sobre los nuevos movimientos sociales y la concepción de los partidos políticos después del 68, escritos, respectivamente, por C. Mouffe y R. Rosanda. Completa la sección un ensayo de A. Balletbó sobre la mujer española bajo la dictadura franquista.

Leviatán ha pedido a P. Brabo su opinión sobre la Asociación para la Renovación de la Izquierda, y a Pedro Altares unas cuartillas sobre la situación de la libertad de expresión.

En el capítulo de las entrevistas, se publican una traducción de la entrevista realizada por el conocido historiador E. P. Thompson al líder laborista inglés M. Foot, y una entrevista con el economista y ensayista. J. Attali. Ambas constituyen elementos interesantes para el análisis de la concepción inglesa y francesa del socialismo democrático.

Cierra el número, como es habitual, la recuperación de un texto del *Leviatán* de los años treinta, en esta ocasión la segunda parte del trabajo de Luis Araquistáin sobre Ortega y Gasset, que no pudo incluirse en el número anterior de *Leviatán* por razones de espacio.

Las Malvinas: NACIONALISMO E INTERNACIONALIZACION DE LA GUERRA

Mariano Aguirre



1

La guerra de Las Malvinas nos ha sorprendido a todos. Cuando las opciones sobre los futuros conflictos bélicos se dividen entre quienes esperan una tercera guerra mundial y aquellos que creen que los enfrentamientos quedarán cada vez más circunscritos a la periferia del sistema mundial, emerge esta guerra entre un poderoso país central y otro del llamado Tercer Mundo que ha sido como el elemento que faltaba para que el ya deteriorado Diálogo Norte-Sur se resquebrajase aún más.

Pero no terminan allí las sorpresas desagradables: la diplomacia internacional se ha mostrado no sólo ineficaz, sino que ha dejado en claro que, al menos en este caso (pero será bueno tenerlo en cuenta), ha marchado por detrás de las armas. La

consigna de los contrincantes ha sido, primero, tomar posiciones mediante las armas, después negociar lo posible. Era de esperar que una dictadura militar actuase dentro de esta lógica. Lo que no se podía prever es que el gobierno de uno de los

países con mayor tradición democrática se lanzara —por atacado que se viere en Las Malvinas— sin mayores miramientos a la guerra.

Estas y otras cuestiones, en verdad, no deberían resultar tan sorprendentes si se analizan las escaladas militares de Argentina y Gran Bretaña en el contexto de las trayectorias políticas de sus gobiernos actuales y, además, si las relacionamos con determinados hechos de la historia. Este trabajo es un esquema, o apunte de urgencia, que avanza en esa dirección, escrito mientras la crisis no se ha solucionado y centrándose especialmente en buscar las razones —que no por ello justificaciones— de la, para muchos, desconcertante actitud de la oposición y buena parte de los argentinos al apoyar la invasión.

La lógica de las relaciones internacionales estaría señalando, y así lo reconoció el Comité de Descolonización de las Naciones Unidas, que Las Malvinas son parte del territorio argentino. Desde el siglo XIX Argentina mantuvo su reivindicación, pero sin una línea diplomática clara ni coherente. En esto influyó la inestabilidad política, los frecuentes cambios de gobierno —en buena parte debido a golpes militares— y las relaciones con Gran Bretaña, país al que Argentina ha estado, hasta ahora, estrechamente vinculado, especialmente a través de sus exportaciones de productos agrarios y ganaderos, y las inversiones de capital británico.

Esta cuestión es fundamental si se recuerda que Gran Bretaña fue la potencia colonial por excelencia en ese país desde 1810 hasta la Segunda Guerra Mundial. En ese momento, por razones suficientemente explicadas en otros trabajos, Estados Unidos la desplazó definitivamente consolidando su hegemonía en el bloque Occidental. En Argentina, a lo largo de los años 40 se desarrolló el proceso llamado de sustitución de importaciones, a través del cual la burguesía agraria abrió un

frente industrial ante la coyuntura de un mercado interno en expansión y una metrópoli —Gran Bretaña— que con su infraestructura industrial puesta al servicio de la guerra había retraído sus exportaciones de manufacturas.

La alianza de clases entre un proletariado nuevo y el sector industrial —que a su vez iba teniendo contradicciones con la burguesía agraria— y un sector militar que controlaba el poder del Estado, fueron los factores principales que dieron origen al peronismo. Ese sector militar, liderado por el entonces coronel Juan Perón, introdujo desde el poder una serie de modernizaciones en la estructura del Estado y, especialmente, en la legislación social y laboral, necesarias entonces para el desarrollo capitalista del país. La administración peronista ofició de árbitro entre los integrantes de la alianza de clases, y acompañó su gestión con una ideología católica integrista, marcada con fuertes

resabios de los fascismos europeos y un nacionalismo folklórico y mistificador.

Decimos esto último porque en el momento en que Estados Unidos penetraba

económicamente en Argentina —por ejemplo, monopolizando el sector del transporte comercial y civil con la introducción de coches y camiones— el gobierno peronista lanzó una fuerte campaña político-publicitaria (tan fuerte que hay gente que todavía cree lo que se decía entonces) diciendo que se nacionalizaban los ferrocarriles ingleses, expresión de una época colonial, sin duda, pero en franca decadencia en 1945. Ferrocarriles, además, por los que se pagó una cifra exagerada dado su valor real. Pero, de esta manera, el peronismo cosechó para sí los 136 años de explotación que los ingleses habían impuesto a través de tejidos que, realizados en Manchester, costaban menos en Argentina que los manufacturados en una provincia, algo lógico de acuerdo con las leyes competitivas del libre mercado en la relación centro periferia. A modo de

No se podía prever que el gobierno de un país de gran tradición democrática se lanzara sin miramientos a la guerra

ejemplo, no está de más recordar que las guerras civiles argentinas del siglo pasado se libraron, también, bajo el signo del centralismo de Buenos Aires, la ciudad-puerto, contra los caudillos de las provincias que buscaban preservar sus modelos precapitalistas (para entendernos de alguna forma) económico regionales. Y Buenos Aires estaba asociado con Londres en liquidar estas formaciones y constituir un Estado moderno según el código del liberalismo.

En gran medida por lo dicho hasta aquí, es posible entender las reticencias que todavía existen entre políticos e intelectuales progresistas argentinos a todo lo que suene a liberal y liberalismo. Porque el liberalismo era no sólo la opresión de Buenos Aires, sino también los frigoríficos, las compañías de seguros, los bancos y, aunque muy lejano, las invasiones de tropas inglesas a Buenos Aires en 1806 y 1809.

El peronismo planteó la cuestión como una oposición entre pueblo y oligarquía, dos categorías que parecen querer decir mucho pero en realidad no definen nada, a la vez que esconden el conflicto de clases y, en un Estado periférico, las alianzas y papel del capital extranjero. El «sentimiento popular», como gustan decir quienes creen en una afectividad de lo masivo en la política, identificó *inglés* con *oligarca*, algo que si bien era cierto, no abarcaba toda la verdad que se requería conocer en 1945/50 para luchar contra el imperialismo. Y mucho menos en 1982.

Soldados y trabajadores.

Nos detenemos en la cuestión del peronismo no solamente porque su emergencia coincide con la decadencia de Gran Bretaña, por ser la fuerza política mayoritaria en Argentina y por ser la que con más energía ha apoyado la invasión mili-

tar, sino porque en su concepción ideológica y práctica política se generan muchas actividades que ahora enlazan con la guerra de Las Malvinas. El sindicalismo peronista, de carácter reivindicativo antes que anticapitalista (más cercano al sindicalismo amarillo que a cualquier variante del llamado reformismo), burocrático, verticalista, jerarquizado, es, en estos momentos, un protagonista clave. La clase política emanada del peronismo, además de los personajes dramáticamente grotescos como Isabel Perón o el ex ministro José López Rega, son también una burocracia inexperta en cualquier gestión gubernamental y con un sentido de la democracia muy particular. Es a la luz de este carácter acomodaticio al poder —como ocurrió en la dictadura anterior (1966-1973)—, carácter acomodaticio que se extiende también a otros personajes y partidos en gran medida, nacionalista anacrónico, que se debe analizar que el líder actual de la Confederación General del Trabajo (la central única) sea encarcelado en una manifestación que pedía «Paz, Pan y Trabajo», y pocos días después acepte ser liberado y viaje con altos jefes de las Fuerzas Armadas a Las Malvinas mientras declara: «Los soldados argentinos que luchan allí también son hijos de trabajadores». Como si los soldados que durante los últimos años han matado, encarcelado, reprimido, colaborado con los economistas friedmanianos para imponer un modelo elitista de riqueza y extendido de miseria y dependencia, fueran otros, fueran hijos de oligarcas.

Pero no adjudiquemos al peronismo toda la responsabilidad de esta «patriada», como dicen en Argentina. A modo de hipótesis pensamos que un estudio de la ideología argentina, definiendo categorías y modos de pensamiento social por clases,

quizá nos llevara a apreciar una fuerte seducción por los prohombres, los próceres (que son toda una tradición en Argentina) y el nacionalismo. En este punto, la guerra

**La guerra de Las Malvinas
está liderada por la misma
dictadura que ha
entregado el país al capital
extranjero**

de Las Malvinas tiene que servir como paradigma de reflexión sobre las consecuencias que trae el nacionalismo entendido como una esencia irracional, como algo que está más allá de los ciudadanos, de la historia, de la misma preservación, inclusive de la nación. Lemas como «Antes muertos que vencidos» o cosas semejantes esconden, detrás de la fraseología necrofísica y heroica, una grave incapacidad de *hacer política* en las postrimerías del siglo XX. La última guerra nacional válida, a nuestro entender, se libró en Nicaragua (y podría haber sido Irán). Pero la guerra de Las Malvinas no tiene justificación desde esa perspectiva. Y menos aún liderada por la misma dictadura que ha entregado el país al capital extranjero y que hace menos de un año estaba dispuesta a negociar el petróleo que pueda haber alrededor de Las Malvinas con la corporación transnacional que hiciese la mejor proposición.

Es desde esta perspectiva de intereses económicos que esta guerra, siempre injustificada, puede comprenderse mejor.

Por una parte, el Atlántico Sur es una zona geopolítica muy importante para Occidente, en especial para sus buques petrolíferos en caso de que estallase cualquier tipo de conflicto en el Océano Índico. Por otra, en agosto de 1977 el Servicio Geológico Nacional de los Estados Unidos aseguró que la plataforma continental argentina tendría reservas petrolíferas como para producir 200.000 millones de barriles. A esto hay que unir el interés que tienen diversos países, entre ellos Gran Bretaña, Argentina y los Estados Unidos, por el continente antártico, donde se sabe que hay grandes yacimientos de uranio, cobalto, manganeso, petróleo y un molusco, el krill, de alto valor alimenticio. Los derechos de soberanía sobre la Antártida se han adquirido, y muchos están en discusión, proyectando líneas imaginarias desde posiciones continentales.

Respecto de los Estados Unidos, la complejidad de esta guerra ha obligado a

la administración Reagan a romper con su habitual simplificación maniquea de la realidad. Inicialmente Washington apoyaba veladamente a Argentina —antes de esta crisis— ya que Buenos Aires era el mejor aliado para acceder al petróleo y a una base eventual en las islas. Pero los compromisos con Londres, en particular, y los aliados de la OTAN, en general, en un momento, además, de fuertes rechazos en Europa por la política de Reagan en la cuestión del rearme, han obligado al Presidente de Estados Unidos a apoyar a Gran Bretaña, con la secuela de un deterioro en las relaciones con América Latina. Pero ni Alexander Haig ni la ONU y los planes de paz han logrado convencer a dos gobiernos que se han comprometido con sus respectivas sociedades a no ceder. Queda, quizá, la posibilidad que uno de los contrincantes, cuando la guerra está

alcanzando el horror, decida presentarse como «civilizado» y flexibilice sus posiciones.

Y una última reflexión: esta guerra ha puesto de manifiesto no sólo la temible

eficacia de los armamentos sofisticados, sino la paradoja de un conflicto ya internacionalizado a través de esos armamentos. En efecto, lo que Mary Kaldor llama el Orden Militar Internacional opera en el Atlántico eficazmente: hay en juego equipo bélico británico (por ambas partes, ya que el gobierno de Margaret Thatcher nunca tuvo reparos en vender armas a la dictadura argentina), norteamericano, alemán, israelí y francés, entre otros. La libre empresa en la carrera armamentista les pasa así, de pronto, la factura a sus más entusiastas promotores. Francia es aliada de Gran Bretaña, y francés era el misil que hundió el primer buque inglés.

Entre una dictadura que recupera una tradición nacionalista y populista cuanto menos desajustada a la realidad, y que busca una salida a sus crisis internas, y Gran Bretaña que se ve llevada por el gobierno conservador a la guerra de manera

inflexible en una mezcla de melancolía imperial y problemas internos; con grandes sectores de las sociedades inglesa y argentina apostando por sus soldados como si de otro Mundial de Fútbol se tratase, la posición más honrosa, y que debería ser-

vir de ejemplo, es la de los laboristas Michael Foot y Tony Benn, la del diario londinense *The Guardian* y los manifestantes en Hyde Park del 9 de mayo quienes, a riesgo de quedar aislados, han tomado partido por la paz.

Domingo del Pino



España tiene en sus fronteras del Sur a un vecino que apenas conoce. Marruecos, a pesar de su historia de varios siglos íntimamente imbricada en la de la Península Ibérica, suscita la mayor indiferencia de las cuatro quintas partes de los españoles. La quinta parte restante, de alguna manera directa o indirectamente, que ha sido víctima del africanismo conquistador arrastrado desde la Reina Católica, contempla al extranjero con un recelo la mayoría de las veces visceral.

Probablemente no exista ninguna otra actitud colectiva de los españoles más absurda que esa indiferencia, fría, hacia aquel país. Al fin y al cabo, y desde los últimos reyes visigodos hasta nuestros días, España siempre estuvo enzarzada en guerras, querrelas y conflictos con sus vecinos del norte de

África. Aún hoy subsisten pendientes con ellos algunos contenciosos que habrá que resolver algún día.

Esa indiferencia no es privativa de los gobiernos o de las poblaciones. Los partidos políticos españoles apenas si conocen a sus homólogos del otro lado del Estrecho. Como en un cuento irudiano

LA LARGA MARCHA DE LOS SOCIALISTAS MARROQUIS

Domingo del Pino



España tiene en sus fronteras del Sur a un vecino que apenas conoce. Marruecos, a pesar de su historia de varios siglos íntimamente imbricada en la de la Península Ibérica, suscita la mayor indiferencia de las cuatro quintas partes de los españoles. La quinta parte restante, de alguna manera directa o indirectamente, que ha sido víctima del africanismo conquistador arrastrado desde la Reina Católica, contempla al «moro» con un recelo la mayoría de las veces visceral.

Probablemente no existe ninguna otra actitud colectiva de los españoles más absurda que esa indiferencia, fingida, hacia aquel país. Al fin y al cabo, y desde los últimos reyes visigodos hasta nuestros días, España siempre estuvo enzarzada en guerras, querellas y conflictos con sus vecinos del norte de

Africa. Aún hoy subsisten pendientes con ellos algunos contenciosos que habrá que resolver algún día.

Esa indiferencia no es privativa de los gobiernos o de las poblaciones. Los partidos políticos españoles apenas si conocen a sus homólogos del otro lado del Estrecho. Como en un cuento freudiano

la imagen que conservan los unos de los otros se refiere a sus respectivas infancias, cuando parte de Marruecos era protectorado español. Este trabajo es una contribución al conocimiento de los socialistas marroquíes por los socialistas españoles.

La reivindicación territorial como punto de partida

Como todos los partidos políticos que tienen implantación real en Marruecos, el socialista, *Unión Socialista de Fuerzas Populares* (USFP), es un desgajamiento del tronco original del partido del *Istiqlal* o de la independencia. Ese nacionalismo independentista ha sido la fuerza motriz de todo movimiento político moderno y el denominador común que incluso hoy impide distinguir con facilidad a los unos de los otros.

Aquel nacionalismo original, extraordinariamente ligado a unas cuantas personalidades y al enorme contencioso territorial con que Marruecos sorprendió

al mundo desde las primeras horas de la independencia en 1956, ha condicionado y condiciona aún en el presente toda la evolución política interior.

El hecho de que con razón o sin ella Marruecos no haya dado por completa aún su unificación territorial, que la batalla por la restitución del imperio jerifiano en sus límites históricos e imprecisos haya absorbido todas las energías de las fuerzas políticas tradicionales o emergentes en los últimos veinticinco años, es de capital importancia para entender el actual panorama político de los vecinos del sur.

Las zonas del protectorado español y francés que el Sultán Mohamed V recoge bajo su soberanía al firmarse la independencia en 1956 sumaban, reunidas, una extensión de 430.810 kilómetros cuadrados. La revisión territorial que planteó el nacionalismo marroquí desde ese mismo año, concretada e histórica-

mente justificada en el *Libro Rojo de las Fronteras de Marruecos*, del líder *Istiqlalí* Allal el Fassi, alcanzaba los dos millones de kilómetros cuadrados.

Esa enorme reivindicación territorial, casi cinco veces la superficie del Marruecos independizado en 1956, comprendía a Tarfaya (26.000 km²), Ifni (1.920 km²), Sakiet el Jamra (150.000 km²), Ued ed Dahab o Río de Oro (94.300 km²), Tidikelt, Tuat, Gurara, la Saura, todo el Sáhara central argelino en definitiva (unos 300.000 km²) y la región de Tinduf (unos 20.000 km²), e incluía a la propia Mauritania (1.030.700 km²).

Las divergencias que surgieron con el tiempo en el movimiento nacionalista marroquí, y que llevaron a la primera escisión de la *Unión Nacional de Fuerzas Populares* (UNFP) en septiembre de 1960 del *Istiqlal*, y posteriormente en

julio de 1972 de la *Unión Socialista de Fuerzas Populares* (USFP) de la UNFP, no concernían en absoluto la cuestión de las fronteras ni de las reivindicaciones territoriales.

Excepto diferencias en los años sesenta entre la UNFP (que entonces englobaba a la USFP) con el *Istiqlal* en torno a la reivindicación de Mauritania, el movimiento nacionalista en su conjunto asumió y asume las pretensiones territoriales del nacionalismo original. Más aún, el momento estelar de la izquierda nacionalista es precisamente la guerra de 1958 en el Sáhara contra España.

Aquella guerra terminó con resultados desfavorables para los nacionalistas, debido a la conjunción de los ejércitos francés y español en la famosa «Opération Ecouvillon». El movimiento nacionalista marroquí no pudo hacerse reconocer de nuevo por el régimen hasta que otra campaña reivindicativa fue lanzada a partir de 1975 con la Marcha Verde por la absorción del Sáhara occidental español.

En la euforia que siguió a la entrega

El nacionalismo independentista ha sido fuerza motriz y denominador común de todo movimiento político.

del Sáhara por España a Marruecos y Mauritania, que al fin y al cabo culmina una aspiración fundamental de la izquierda nacionalista marroquí, una parte del entorno más inmediato del rey Hassan II y del aparato del poder concibió la idea de una reconciliación de la monarquía alauita con su oposición interior.

No se trató de un ofrecimiento gratuito. En Palacio se anticipaban ya años difíciles a causa del conflicto regional que abrió la cesión del Sáhara a Marruecos y Mauritania. La batalla de Amgala, en la que Marruecos tomó prisioneros a un centenar de soldados y oficiales argelinos, traducía muy bien las iras inmediatas del entonces presidente Huari Bumedian por los Acuerdos Tripartitos de Madrid. El apoyo de la USFP al Rey en esta materia sería una baza de primera importancia.

Para que todo fuera perfectamente legal, unas elecciones comunales y municipales primero, legislativas luego, deberían permitir esbozar el panorama político de la próxima y nueva etapa democrática. Las primeras tuvieron lugar en 1976. La USFP presentó 3.091 candidatos para poco más de ocho mil puestos. Ochocientos setenta y cuatro de sus candidatos fueron elegidos, obteniendo así el 8,53 por 100 de los sufragios.

De los cinco distritos municipales (comunas) de que se compone la ciudad de Casablanca, la USFP obtuvo la mayoría y por lo tanto la presidencia de dos de ellos: Ain Choq y Ain Diab. Veintinueve de los treinta y nueve puestos municipales de la capital del reino recayeron en socialistas que obtuvieron así la presidencia de su consejo, al igual que la de los consejos municipales de Salé, Sidi Kacem, Larache, Sefru, Beni Mellal e Inezgane.

Estos éxitos, aunque limitados, asustaron a ciertos estamentos del poder marroquí que plantearon la cuestión de la oportunidad o no

de la apertura democrática. En las próximas elecciones provinciales y profesionales la administración intervino de tal forma que no salió elegido ni un solo candidato socialista.

La manipulación fue tan importante y ostensible que en el seno de la USFP apareció una importante corriente contraria a la participación en las próximas elecciones legislativas. Temían que éstas fuesen trucadas también y que todo quedase en parodia electoral. Para lograr que la USFP permaneciese en liza el poder ofreció garantías y aceptó que el secretario general del partido socialista, Abderrajim Buabid, entrase en el gobierno como ministro sin cartera.

Las legislativas tuvieron finalmente lugar en junio de 1977. Los resultados fueron decepcionantes para la USFP que obtuvo solamente 16 diputados de un total de 176 elegidos por sufragio directo. La USFP, el partido comunista, e incluso el *Istiqlal* acusaron a la administración de haber trucado las elecciones para que resultara ganadora la *Agrupación Nacional de los Independientes* (ANI), creada *ad hoc* para las legislativas.

En Rabat, que la USFP controlaba electoralmente, los socialistas sólo lograron hacer elegir un diputado de siete. En la ciudad industrial y obrera de Casablanca solamente a cuatro diputados de veinte. Peor aún, el líder del partido, Abderrajim Buabid, no salió elegido en la circunscripción de Agadir y perdió frente al candidato de los *Independientes*, Ahmed Ramzi.

En una conferencia de prensa posterior a las elecciones, la USFP denunció con amplios detalles «los abusos de la administración» y sostuvo que si éstos no hubieran existido, los socialistas habrían obtenido de 50 a 75 escaños en el Parlamento, es decir, la mayoría.

Esta opinión fue contestada por el propio partido comunista, aunque en lo que a sus propios resultados electorales

**El éxito socialista
en las
elecciones municipales
asustó
al poder**

concernía entendía que las elecciones habían sido trucadas. El secretario general comunista, Ali Yata, llegó a decir en una conferencia de prensa que lo obte-

**Respecto a la monarquía,
los socialistas sólo pedían
la limitación constitucional
de los
amplios poderes del rey.**

nido por los socialistas reflejaba la verdadera implantación de éstos entre el electorado. Añadía Ali Yata que Buabid no había resultado elegido por haberse empeinado en concurrir por Agadir, a pesar de que sus propios partidarios le habían aconsejado que no lo hiciera dadas las características del electorado de dicha ciudad.

En el fondo la reacción comunista era una especie de defensa ofensiva pues en todos los círculos políticos marroquí se decía y se sabía que el Secretario General del Partido Comunista, Ali Yata, el único diputado comunista elegido en todo Marruecos, había resultado electo en Casablanca justamente con el concurso del Ministerio del Interior y la Administración. Su elección, como su presencia en el Parlamento, marcadamente testimonial, respondía al deseo del rey Hassan II de que todas las tendencias políticas existentes en Marruecos estuviesen representadas, aunque fuese formalmente, en la nueva etapa democrática que se abría.

En este ambiente falseado y adulterado comenzaría la *experiencia democrática* de Marruecos, que contó desde sus inicios con el resentimiento de un importante sector de los socialistas convencidos de que se les había robado el triunfo. Buabid dimitió de su cargo de ministro sin cartera para protestar por las manipulaciones que su partido denunció. Los socialistas se recuperan un tanto, los moderados se imponen, y con la celebración de su III Congreso en diciembre de 1978 la USFP acepta jugar plenamente la carta de la «experiencia democrática».

Reconciliación del Rey y los partidos

En diciembre de 1978 la USFP, al igual que los otros partidos, celebra su

III Congreso en Casablanca, que es el primero a su vez después de varios años de prohibiciones, persecuciones y sobresaltos. En el congreso, y después de

pronunciar una auténtica requisitoria contra el régimen, el secretario general del partido, Abderrajim Buabid, expone, y así lo recogen las resoluciones finales del Congreso, la «estrategia hacia una democracia socialista» de la USFP.

Los puntos esenciales de esa estrategia son la reforma de las instituciones del Estado y sus estructuras, la instauración de una democracia real, entendiendo por ello «la planificación democrática de los sectores claves de la economía», la nacionalización de los principales medios de producción, transporte, cambio y crédito, y «la garantía de las masas de un mínimo vital material y cultural».

De urgente necesidad consideraban los socialistas la «nacionalización del comercio exterior», poner fin a la especulación inmobiliaria, la nacionalización de la «salud», la medicina y las industrias farmacéuticas con ella relacionada, y la generalización de la enseñanza primaria a todos los menores de 14 años. Dentro de lo urgente incluían la reforma del sistema fiscal, un aumento considerable del salario mínimo en la industria (SMIG) y en el campo (SMAG), y finalmente la realización de una «auténtica reforma agraria».

En política exterior los socialistas marroquí se proponían abrirse a todas las experiencias socialistas mundiales, y muy en particular a las de los países mediterráneos. Después de calificar a la sociedad marroquí de «sociedad preindustrial comparable a las sociedades preindustriales de los siglos XVIII y XIX», el informe final de aquel III Congreso sostenía que «Marruecos enfrenta hoy problemas internos, externos, económicos, políticos y diplomáticos en lo que al Sáhara respecta, porque todos los gobiernos de este país se han negado

a llevar a la práctica la estrategia global y general de liberación que nuestro partido ha propuesto siempre y que defiende hasta hoy».

El texto de las resoluciones del III Congreso se remite, a este respecto, a la resolución del comité central de la USFP del 8 de octubre de 1972 y que resumía así los tres puntos esenciales del pensamiento socialista: movilizar al pueblo marroquí por «la liberación del Sáhara, Ceuta, Melilla y las Islas Chafarinas», «exigir una clara definición de la postura del gobierno al respecto», y «estar dispuestos al combate por la liberación de esos territorios por los únicos medios que conoce el colonialismo que son los ya utilizados por el Ejército de Liberación en el Sur».

Un sindicato propio

Con esas intenciones en mente, un mes antes del III Congreso los socialistas marroquíes habían creado su propia central sindical, la *Confederación Democrática de Trabajadores* (CDT), en un congreso reunido el 26 de noviembre de 1978. Once sindicatos nacionales importantes, en algunos de los cuales los socialistas eran mayoritarios, Salud Pública, Ferrocarriles, Fosfatos, Correos, Telégrafos y Teléfonos, Petróleo y Gas, Azúcar y Té, Tabaco, Agua y Electricidad, Enseñanza, Trabajadores Agrícolas, Trabajadores Municipales y Urbanos, Transportes, fueron la base de partida de la CDT.

La mayoría de estos sindicatos se escindieron de la central sindical, prácticamente única hasta entonces, *Unión Marroquí de Trabajadores* (UMT), próxima a la UNFP. Cinco meses después de su creación la CDT pretendía, probablemente con más optimismo que realismo, contar ya con 150.000 afiliados.

Los tuviese o no, la CDT será la primera arma importante de que dispondrán los socialistas para intentar llevar a cabo sus proyectos. La segunda, y según

ha demostrado la experiencia posterior la más temible para el régimen, la llegó a constituir el diario *Al Mojarrir* que, con cincuenta mil ejemplares vendidos diariamente cuando fue suspendido a mediados de junio de 1981, se había convertido en el periódico más leído de Marruecos.

Sus rivales más inmediatos, los diarios *Al Maghrib* y *Al Mizaq* del partido gobernante, y *Al Bayan* del partido comunista, con mucha frecuencia no alcanzaban ventas superiores al millar de ejemplares.

La *Unión Nacional de Estudiantes Marroquíes* (UNEM), que había sido prohibida después de su XV Congreso de 1972 por proclamar su respaldo al «derecho del pueblo saharauí a la autodeterminación», fue legalizada de nuevo después de adoptar una postura aceptable para todos en torno a la «cuestión nacional» del Sáhara y pudo, a fines de 1979, celebrar su XVI Congreso.

Para la USFP se trataba de un éxito político importante. Nueve de los trece miembros elegidos al comité ejecutivo de la UNEM eran militantes socialistas, contra solamente dos comunistas y otros dos radicales. A la vez, veintinueve miembros de la comisión administrativa (comité central) de cuarenta y uno pertenecían también a la USFP. La Universidad, en teoría solamente como demostrarían luego los acontecimientos, pasaba a ser un feudo político de los socialistas.

La experiencia democrática en Marruecos

Con sindicato propio, una prensa influyente, consejeros municipales en casi todas las provincias, quince diputados en el Parlamento, una militancia en ascenso, la universidad —la zona más im-

portante de oposición al régimen — controlada, la USFP podía pensar a partir de 1979 que el socialismo acababa de institucionalizar su existencia en Ma-

En 1979 la USFP contaba con un sindicato propio, la prensa más influyente y el control de la universidad.

rruecos como una inexcusable e irrecusable alternativa política.

El hecho de que esta alternativa se proclamase monárquica, ya que al fin y al cabo los socialistas sólo pedían la limitación constitucional de los amplios poderes del Rey, debía facilitar la cohabitación entre la oposición de izquierdas y el Palacio real, que tan difícil fue en el pasado.

La primera confrontación con el poder no tardaría en producirse con las huelgas del 10 y 11 de abril de 1979 de los trabajadores de la salud pública y los profesores, del petróleo, el té y el azúcar. Los dos primeros, sanitarios y profesores, fueron advertidos por el entonces nuevo primer ministro, Maati Bua-bid, que en tanto que funcionarios el Estado no les reconocía el derecho a la huelga y les señalaba en una circular distribuida entre ellos que, si iban a la huelga, serían sancionados.

Como las reuniones celebradas entre la CDT y el gobierno el 5 de abril de 1979 no dieron ningún resultado, la central sindical se retiró de ellas y la

huelga tuvo finalmente lugar. En aplicación de sus amenazas el primer ministro ordenó el despido de unos 800 trabajadores de los dos sectores que desoyeron sus advertencias.

Ninguna protesta, ninguna interpelación parlamentaria, sirvió para influir sobre la voluntad del gobierno. Los despedidos tuvieron que cumplir íntegramente el castigo administrativo decidido contra ellos. Solamente dos años después comenzaron a ser reintegrados a sus puestos.

La experiencia de estas primeras huelgas y la reacción del gobierno llevó al semanario socialista *Libération* a preguntarse si es que acaso se trataba de un cambio de orientación política en contra de la pretendida democratización. Más de 500 personas, en su mayor parte sindicalistas, habían sido detenidas y juzgadas en todo el país, los loca-

les de la CDT y la USFP fueron temporalmente ocupados y sus órganos de expresión, el diario *Al Mojarrir* y el semanario *Libération*, sufrieron los efectos de la censura.

El jefe del grupo parlamentario socialista, Abdeluajed Radi, acusaba al gobierno en el Parlamento de emplear métodos fascistas contra los trabajadores y recordaba que un militante socialista, Mojamed Grina, había muerto a consecuencia de las torturas que le fueron infligidas.

Las huelgas de abril provocaron además una controversia, todavía limitada, entre moderados y radicales de la USFP. Las diferencias, que se habían hecho patentes también en el III Congreso, concernían ahora a la «oportunidad de las huelgas y sus efectos perjudiciales para ochocientas familias que habían perdido su sustento y que el partido no podía ayudar materialmente», se-

Las huelgas de abril de 1979 provocaron graves diferencias entre moderados y radicales de la USFP.

gún los moderados, y la «limitada agresividad del partido y la CDT y la escasa movilización popular que permitió al gobierno reprimir impunemente», se-

gún los radicales.

Esas divergencias tácticas se harán pronto evidentes entre los estudiantes. La legalización de la UNEM, que pudo celebrar en agosto de 1979 su XVI Congreso después de seis años de prohibición, fue la consecuencia de un compromiso entre el poder y los partidos políticos USFP y Comunista, sobre la base de que los estudiantes proclamasen su solidaridad con la causa nacional del Sáhara. Lo que hará el XVI Congreso en sus resoluciones finales en las cuales los estudiantes solicitan ser entrenados militarmente por si se les necesita para defender «la integridad territorial de Marruecos».

A los pocos meses del XVI Congreso, cuatro dirigentes estudiantiles de Rabat y catorce de Casablanca son separados del partido. El conflicto con ellos estaba relacionado con la reestructuración de

la UNEM que exigen los radicales de los organismos de base de las facultades y colegios mayores. La reivindicación es importante porque implicaba en el fondo el control de la UNEM por los radicales, y, en definitiva, poner en tela de juicio la actitud de la universidad marroquí hacia el Sáhara y los pactos con el gobierno.

Inquietud en la Universidad

Si en octubre de 1979 la cuestión se resuelve con la separación de los estudiantes socialistas que plantean esta reivindicación con mayor apremio, en agosto de 1981 éste será el problema de fondo que hará estallar el XVII Congreso de la UNEM y provocará la retirada de los estudiantes socialistas de las instancias sindicales dirigentes de la universidad, que desde entonces están controladas por los radicales.

A principios de 1980, sin embargo, esta incipiente contestación interior no preocupa al partido. El año comienza con una cierta distensión con el poder debido a la liberación de numerosos detenidos políticos y al retorno de un grupo de exiliados políticos.

Una primera amnistía concedida por el Rey Hassan II en enero de 1980 se ve completada el 18 y 19 de julio con la liberación de noventa y un presos políticos. Setenta y dos de entre estos noventa y uno son militantes socialistas. Para dos de ellos, Akkader Sekku y Haj Umlil Ben Musa, la amnistía llega a título póstumo ya que murieron antes de recuperar la libertad.

Los 145 presos políticos restantes, sin embargo y en contra de todas las esperanzas, no serán liberados. Más aún, y con la excepción del recluso número 18611, el poeta Abdelatif Laabi, ningún preso político importante será puesto en libertad. Excepto Abderrajam el Yussufi, de la USFP, y Mojamed Bensaid, an-

tiguo dirigente del Ejército de Liberación y jefe del Grupo radical *23 de Marzo*, los otros exiliados políticos se muestran desconfiados y no regresan. Fqi Basri en particular, la gran figura que falta en el cuadro de la dirección de la USFP, bombardea desde París a los militantes socialistas con su publicación *Ijtjar al Zauri* (Opción Revolucionaria) en franca oposición a la corriente moderada del socialismo marroquí.

Para completar el cuadro, en octubre de 1980 surgen persistentes rumores de una posible entrada de los socialistas en el gobierno. Aunque estos rumores alimentan durante meses los informes y las especulaciones de las embajadas extranjeras en Rabat, en realidad no tienen más fundamento que las deferencias mostradas por el príncipe heredero Sidi Mojamed hacia el líder socialista Abderrajim Buabid durante el coloquio de Ifrane sobre problemas de enseñanza.

La designación de Abderrajim Buabid como presidente de la IV Comisión del coloquio, la más importante puesto que trataba de la reforma educacional que el gobierno quiere imponer, había sido interpretada como una concesión de Hassan II hacia la oposición.

Sin embargo, la crítica de la USFP a la gestión del gobierno, la denuncia diaria de los órganos de expresión socialistas del desastre económico en que sostiene que vive el país, y la enormidad de las dolencias populares acumuladas, que la USFP se ha comprometido a representar, impedirán en el fondo toda la posibilidad de cooperación de carácter orgánico con el gobierno.

Sin embargo, la crisis entre los socialistas y el Rey Hassan II no hubiera estallado o hubiera estallado mucho más tarde sin la guerra del Sáhara. Los so-

**La crisis entre los socialistas
y Hassan II
hubiera estallado
mucho más tarde
sin la guerra del Sáhara.**

cialistas criticaron permanentemente al gobierno su manera tecnicista de conducir la guerra, y exigían la movilización popular como único medio de ha-

cer frente a los «fracasos diplomáticos y las derrotas militares».

La ruptura se produjo cuando, por una de esas múltiples paradojas de la política marroquí, el ejército real con la construcción del muro que protege al «triángulo útil» Smara-Laiún-Bu Craa había logrado mejorar considerablemente su posición sobre el terreno, y cuando el Rey Hassan II, aparentemente a contrapelo con la evolución militar, aceptó en junio de 1981 en Nairobi la celebración de un referéndum de autodeterminación.

Aunque el referéndum es explicado como «puramente confirmativo» de la marroquidad del Sáhara y como gesto hacia los numerosos jefes del Estado que se lo habían pedido al Rey Hassan II, su aceptación será la razón de fondo de la fisura entre oposición y Palacio, y la interrupción del proceso de democratización, al menos en lo que concierne a la izquierda marroquí.

Los sucesos de Casablanca de junio de 1981

Los sucesos de Casablanca del 20 de junio de 1981, en los cuales más de mil personas perdieron la vida víctimas de la represión de las fuerzas del orden, según los socialistas, fueron el detonador último de un inevitable proceso de confrontación que ha tenido como resultado el desmantelamiento de la central sindical socialista CDT y del partido USFP.

Más de doscientos dirigentes sindicales y políticos socialistas fueron detenidos en todo el país y juzgados y condenados. Todos los locales sindicales o partidarios, con la excepción de la sede central del partido en Rabat, fueron clausurados. La oposición parlamentaria socialista fue sustituida por otra nombrada por el Rey Hassan II que, en

La propuesta real de un referéndum en el Sáhara supuso un enfrentamiento entre los socialistas y el rey.

un gesto sin precedentes en la historia de los parlamentos, decidió convertir en oposición a quienes hasta ayer habían sido gobierno, el Partido Nacional de los Independientes (PNI).

El Sáhara está en el fondo, como elemento importante, de esta nueva crisis política interna de Marruecos. En una conferencia de prensa del 8 de junio de 1981, Nubir el Amaui, secretario general de la CDT, anuncia la convocatoria de la huelga general del día 20 de junio que terminaría en los ya conocidos sangrientos incidentes, y sugiere que las enormes alzas de precios decididas por el gobierno el 28 de mayo y que motivaban la huelga anunciada podían tener como objetivo «crear un frente divisionario para capitular» con respecto al Sáhara.

La represión de la CDT emprendida por el gobierno durante y después de los sucesos de Casablanca, llevó a la detención de su secretario general, Nubir el Amaui, del presidente del consejo municipal (socialista) de Ain Diab de Casablanca y redactor jefe del diario *Al Mojarrir*, Mustafa Kerchaui, y de la mayoría de los dirigentes sindicales nacionales y regionales. Entre ellos, Mulay Abdalá Mustagfir, secretario general del sindicato de pequeños comerciantes, última adquisición de los socialistas, de extraordinaria importancia, ya que los pequeños comerciantes, más de 700.000 en todo Marruecos, constituían una verdadera fuerza política hasta entonces desorganizada.

Como resultado inmediato de los sucesos de Casablanca el diario *Al Mojarrir* fue ocupado por la policía y clausurado junto con el semanario *Libération*.

La tensión que se produjo entre el poder y la oposición a raíz de los sucesos de Casablanca fue quizá determinante de la violencia con que el Rey Hassan II reaccionó ante la publicación, el 7 de julio de 1981, de un comunicado del buró político de la USFP, crítico de la

postura adoptada por Marruecos en la conferencia de Nairobi de aceptar el referéndum, y que el Rey Hassan II consideró ofensivo para su persona y la institución monárquica.

El comunicado en cuestión que criticaba punto por punto el contenido de la resolución de Nairobi sobre el Sáhara, aceptada por el Rey, aludía casi directamente a la actuación del Monarca. «Tales métodos (el optimismo de la prensa marroquí al presentar como éxito la decisión real sobre el referéndum), decía el comunicado socialista, no pueden más que suponer una predisposición a la resignación, cuando no al abandono de la soberanía marroquí sobre las provincias del Sáhara occidental». «Será necesario regalarse con las palabras o dar muestras de un infantilismo singular para pretender que tal proceso (el del referéndum) no pondrá en tela de juicio la integridad territorial de nuestro país».

Detención de Abderrajim Buabid

Esa misma noche del 7 de julio, y con una nocturnidad que luego alegraría en el proceso, fueron detenidos Abderrajim Buabid y el miembro del buró político Mojamed Lajbabi, y al día siguiente Mojamed el Yazghi, Jabib Forkani y Mojamed Mansur, todos ellos también del buró político y coautores del comunicado en cuestión.

En el juicio de los líderes socialistas celebrado el 21 de septiembre de 1981, Buabid, Yazghi y Lajbabi fueron condenados a un año de prisión firme y Jabib Forkani y Mojamed Mansur a un año y dos años respectivamente, pero con sentencia en suspenso, sin que la condición de parlamentarios de dos de ellos constituyese ningún eximente.

Detenido Buabid, la desintegración temporal de la USFP se vio acelerada. Primero en la universidad en donde, con motivo del XVII Congreso de la UNEM a fines de agosto, los estudiantes radicales pusieron en minoría a los so-

cialistas. Estos últimos se retiraron del Congreso y desde entonces la UNEM ha funcionado como un comité ejecutivo reducido de cinco miembros, tres de los cuales están hoy presos y condenados, del cual se autoexcluyen los estudiantes socialistas.

En el comité en cuestión figuraba sin embargo Messaud Abuaich, del grupo *Camaradas de los Mártires*, constituido desde fines de 1980 por los estudiantes radicales socialistas que habían sido separados de la USFP.

En octubre de 1981 tiene lugar un último conflicto entre la USFP y el Rey Hassan II. El 7 de octubre los diputados socialistas informaron mediante cartas individuales dirigidas al presidente del Parlamento, Uld Sidi Baba, que ellos

consideraban terminado el mandato de cuatro años que habían recibido en las elecciones legislativas de 1977.

En consecuencia rechazaban el carácter

retroactivo que el gobierno quería conferir al referéndum del 30 de mayo de 1980 por el cual se prolongó el mandato legislativo de cuatro a seis años.

La tesis del gobierno era que en un período crítico de la evolución del conflicto del Sáhara, como el que necesariamente seguía a la aceptación del referéndum de autodeterminación para los saharauis, el país no podía permitirse el lujo de entrar en un período electoral.

Dos días más tarde de esas cartas de los diputados socialistas, el Rey Hassan II, al inaugurar el nuevo año legislativo, les acusó con una violencia inusitada y les amenazó con tomar represalias contra ellos. «El desprecio de los socialistas por el sufragio, diría el Rey, es más grave para nosotros que la pérdida del Sáhara o el abandono de Ceuta y Melilla».

Las represalias anunciadas por el Soberano se materializaron esa misma noche. Al llegar a sus casas los diputados socialistas encontraron en ellas a la policía que les informó que en adelante estaban en régimen de arresto domicilia-

**El momento estelar
de la izquierda
nacionalista es precisamente
la guerra de 1958 en
el Sáhara contra España.**

rio. Esta actitud real impresionó fuertemente a los diputados socialistas que constituyen, sin duda, el grupo más moderado de la USFP.

El ataque del Polisario contra Guelta Zemmur del día 13 de octubre de 1981, dado a conocer en Marruecos varios días más tarde, sería utilizado por los parlamentarios socialistas para justificar, en aras del «interés superior de la defensa de la nación», su regreso al Parlamento en contra de la decisión del partido. Todos regresaron con excepción del también miembro del buró político Mojamed Mansur. Mojamed Badii, diputado socialista por Tetuán, había sido el primero en reintegrarse «convencido después de escuchar al Rey Hassan II», pero también después de haber sido secuestrado por unos desconocidos, golpeado y trasladado en el maletero de un automóvil a Larache, en donde fue abandonado.

Sin sindicato, perdido el control de la UNEM, con los máximos dirigentes encarcelados y los diputados indisciplinados, la polémica interna de los socialistas ha cobrado de nuevo toda su vigencia pasada. Para unos, los tres años de cooperación con el régimen sólo ha beneficiado a éste. Para otros, es justamente el radicalismo el que ha favorecido que prevalezcan las tendencias regresivas del poder que rodea al Rey Hassan II.

El tipo de relaciones con el poder es el tema de discusión entre los socialistas.

Polémica interna socialista

Los moderados sostenían que en 1975 los prisioneros políticos socialistas eran

3000 y que en 1981 solamente quedaban 147 en prisión; que el partido se había dotado de un portavoz escuchado con *Al Mojarrir* y *Libération*, y que había logrado poner en pie a todo un aparato político y sindical por el país. La ausencia de una solidaridad nacional eficaz ante la represión de que ha sido víctima el partido en su conjunto demuestra, según los moderados, que los marroquíes, reprimidos durante años duramente, despolitizados, no estaban maduros para una confrontación radical con las fuerzas reaccionarias del país.

Los radicales socialistas, sin negar todos esos logros esgrimidos por los moderados, sostienen que de todas maneras la USFP no ha logrado obtener del régimen ni una sola medida favorable a las aspiraciones populares; que ni un solo proyecto presentado por la USFP ante el Parlamento fue estudiado; que ni una sola reivindicación popular presentada por los socialistas fue atendida por el gobierno. En estas circunstancias, se preguntan: ¿qué interés tiene colaborar con el Poder? El futuro de los socialistas en Marruecos dependerá de cómo resuelvan esta cuestión.

GIBRALTAR: HACIA UNA NUEVA ESTRATEGIA

Carlos Miranda



3

Este trabajo, escrito antes de la invasión argentina de Las Malvinas, aboga esencialmente por la necesidad de concretar una oferta autonómica a los gibraltareños y evitar revalorizar una base colonial aún en poder británico. Ambas cosas dentro de un plan que abarque globalmente las diferentes etapas y aspectos de la recuperación del Peñón y no se limiten, como la Declaración de Lisboa, a enfocar la solución de problemas concretos sin enmarcarlos en un plan general.

La crisis de Las Malvinas no debe, pues, afectar este planeamiento aunque, por ahora, ya lo ha hecho negativamente, retrasando la aplicación de la Declaración de Lisboa.

Introducción.

La Historia europea, por ceñirnos a ella, está llena de ejemplos de territorios

que han estado bajo diferentes soberanías. El paso del tiempo y el que la soberanía haya pasado de confundirse con los Príncipes a ser patrimonio de los Pueblos

que forman las Naciones ha permitido, paulatinamente, una cristalización de las fronteras. En este sentido, y dado que la Historia es esencialmente dinámica, hoy en día en una Europa como la occidental lo que se plantea son fenómenos de participación supranacional, pero no de modificación de fronteras. Así podemos ver cómo la R.F.A. ha abandonado su reclamación de Alsacia y Lorena, del mismo modo que aunque Austria se preocupa del Alto Adigio por las importantes minorías que le son afines en ese territorio italiano, no lo reclama para sí. La cuestión de Trieste quedó resuelta entre Italia y Yugoslavia, y a nadie en España se le ocurre reclamar el Rosellón o el Franco Condado.

Sin embargo, en este panorama europeo occidental esencialmente libre de reclamaciones territoriales, queda una pendiente de gran importancia y que nos afecta a los españoles: Gibraltar.

Las razones de la pervivencia de una reclamación mantenida constantemente desde el mismo momento en que Inglate-

rra se apoderó del Peñón a principios del siglo XVIII hay que buscarlas en el hecho evidente de que la segregación de Gibraltar es una situación «contra natura». En efecto, ni antes ni después de la formación de nuestra unidad nacional y hasta la ocupación inglesa fue Gibraltar una unidad política o nacional distinta, diferenciada o ajena a la Península Ibérica. A pesar de una Reconquista plagada de Reinos cristianos que se unen y se separan hasta la integración final y fundamental de Castilla y Aragón (seguidas por la toma de Granada y la incorporación de Navarra), la lógica unidad peninsular sólo permitió la excepción portuguesa. Por lo tanto, hasta la llegada inglesa Gibraltar no tuvo precedentes de desconexión con su entorno inmediato y natural.

En segundo lugar, a pesar de llevar ya 277 años en el Peñón, la presencia inglesa no ha logrado, aunque lo ha intentado, la creación de elementos suficientemente im-

portantes en el mismo como para borrar la vinculación de Gibraltar con la comunidad nacional española. La ausencia de contigüedad con Inglaterra (incluso relativa), el tamaño del Peñón y el carácter exclusivamente militar de la presencia colonial inglesa han impedido la formación de condiciones que permitieran a Gibraltar o integrarse plenamente en el Reino Unido o crear una entidad nacional propia.

Gibraltar ha permanecido pues, y permanecerá, segregada de su entorno nacional natural por el solo ejercicio de la fuerza.

Sin embargo, a lo largo de esos 277 años se han producido en el mundo, en España y en Gibraltar muchos cambios que en alguna forma afectan a la reclamación española, pero sin desvirtuarla en su esencia.

En términos generales se puede decir que nuestra forma de ejercer la reclama-

En este panorama europeo occidental esencialmente libre de reclamaciones territoriales, queda una pendiente de gran importancia y que nos afecta a los españoles: Gibraltar

ción ha seguido las transformaciones históricas de nuestras relaciones con Gran Bretaña. Así, si bien en un principio se intentó la restitución del Peñón por el mis-

mo modo que lo perdimos, el ejercicio de la fuerza, luego, y sobre todo desde que ya no tuvimos conflictos armados con Inglaterra, se tanteó la vía de la negociación. Sin embargo, esta vía tenía un punto común con la anterior: el intento de aplicar una fuerza, esta vez no la militar sino la de unos textos legales bilaterales entre España y el Reino Unido, sin cualquier otro tipo de intervención.

Y esta precisión tiene su importancia, pues la evolución del mundo europeo occidental ha llegado a un punto en el que no tiene sentido acogerse para la restitución del Peñón ni al ejercicio de la fuerza bruta ni al de un imperio frío de la Ley, pues si bien es cierto, como se ha dicho antes, que la presencia inglesa en Gibraltar no ha logrado producir suficientes elementos que justifiquen una segregación definitiva del Peñón (con o sin ingleses), sin embargo también es cierto que se han ido creando unos condicionamientos lo-

cales que no permiten mantener ya una recuperación de la colonia basada en la simple anexión de la misma por España.

La cuestión de Gibraltar es compleja y llena de matices, y en este trabajo se intenta elaborar un esquema, lo más amplio posible, que permita enfocar nuestra reclamación de acuerdo con los condicionamientos españoles, gibraltareños, europeos y mundiales propios del siglo XX.

En este sentido se van a manejar para construir este esquema una serie de elementos que consideramos como *ineludibles* para, a partir de los mismos, construir el esquema al que se aspira al tiempo que se analiza la situación actual de nuestra reclamación tras la Declaración de Lisboa.

Estos elementos *ineludibles* que hemos de combinar para lograr una solución justa de nuestra reclamación son los siguientes:

a) Gibraltar es una parte del territorio español circunstancialmente ocupado por el Reino Unido.

b) El proceso de descolonización de las Naciones Unidas, que además se han pronunciado sobre este caso, significa la retirada británica del Peñón.

c) Tanto el Tratado de Utrecht como las Resoluciones pertinentes de las Naciones Unidas señalan que la sola vía para la descolonización y restitución de Gibraltar a España son unas negociaciones bilaterales entre España y el Reino Unido.

d) El deterioro económico y militar del Reino Unido propician ahora el acercamiento del momento de un abandono del Peñón.

e) La existencia de una población local con características propias obliga a España no sólo a respetar genéricamente sus intereses, sino también y como consecuencia de ello a tener en cuenta sus opi-

niones en lo que se refiere a las modalidades formales y reales de la reintegración de Gibraltar a España, lo que no significa que esta población pueda *autodeterminarse*.

f) La estructuración actual de una España autonómica ofrece los elementos necesarios para ello.

g) Finalmente, la modificación de factores técnicos y estratégicos militares están alterando el valor militar de Gibraltar.

Tras la Segunda Guerra Mundial, y durante el franquismo, España ha reclamado Gibraltar ante las Naciones Unidas, más como reacción a una pretensión británica de independizar el Peñón, y en 1980 dio otro paso importante con la firma de la Declaración de Lisboa, aprovechando la democratización española, ya que la existencia de una dictadura en España era un obstáculo insalvable para ni siquiera iniciar a considerar la posibilidad de la devolución por parte británica, con independencia de que fuese además un pretexto útil para conservar la colonia. La democratización de España permite, en cambio, poner las cartas boca arriba y buscar una solución aceptable para todas las partes afectadas.

En ambos casos el enfoque básico español ha sido la reclamación directa al Reino Unido de la restitución del Peñón, alegando como punto de partida el Tratado de Utrecht y considerando únicamente la marcha británica y la entrega de la colonia a España.

Como insistiremos más tarde, en ninguno de los dos casos nuestras pretensiones han ido acompañadas de una concreción suficiente que superara real y profundamente la afirmación de que el Peñón debe sernos devuelto y de que respetáramos los intereses de la población local. Si acaso se ha llegado a hacer referencias genéricas a que la Constitución autonómica ofrece un esquema formal en el que salvaguardar esos intereses gibraltareños, pero sin intentar elaborar más profundamente esta vía.

De este modo y con estas insuficiencias se seguía el esquema tradicional del ejercicio de nuestra reivindicación. Sin embargo, los defectos intrínsecos de la Declara-

**La democratización de España
permite buscar
una solución
aceptable para todas
las partes**

ción de Lisboa que fue firmada en abril de 1980, pero que aún no se había aplicado cuando tomó posesión el Gobierno Calvo-Sotelo en febrero de 1981, y la decisión de

**La población gibraltareña
es un elemento que se materializa
como factor político
tras la
Segunda Guerra Mundial**

este mismo Gobierno de solicitar nuestro ingreso en la OTAN han imprimido un giro muy importante en nuestra reclamación al introducirse una concreción antes inexistente en la faceta militar de la temática, que de no estar bien enfocada puede debilitar nuestras posibilidades de recuperación. Por otra parte, la faceta civil de la problemática gibraltareña sigue sin elaborarse con la suficiente profundidad. De aquí que el estudio hoy de una estrategia global y completa para nuestra reclamación deba, por un lado, analizar el aspecto militar y considerar si el enfoque dado actualmente, consistente en la revalorización del valor militar de la base, es el apropiado; y, por el otro, profundizar en la faceta civil de la reclamación, lo que significa al menos empezar a elaborar una propuesta de integración de Gibraltar en España que sea atractiva para los gibraltareños y aceptable para los españoles.

Esto nos debería llevar a dos relaciones bilaterales negociadoras íntimamente relacionadas: por un lado con el Reino Unido por lo que se refiere a la restitución formal del Peñón y la cuestión de la base; y, por el otro, con los gibraltareños para precisar las modalidades de su incorporación a España.

Este planteamiento, de tener éxito, nos permitiría quizá visualizar un escenario en el que como consecuencia de estas dos relaciones bilaterales se produjera la firma de un Tratado de restitución entre los Gobiernos español y británico que tuviese como condición, para sus preceptivas ratificaciones, un acto expreso de aceptación por parte de los gibraltareños de un Estatuto en el seno del Estado español, previamente negociado con ellos: La firma del Tratado sería la señal inequívoca de la decisión británica de marcharse que impediría en cualquier caso a los gibraltareños adoptar posturas irrazonablemente

numantinas, al tiempo que la condición antes expresada previa a las ratificaciones sería una garantía para los gibraltareños de obtener de España un trato justo, si no

favorable, constituyendo pues todo ello un equilibrio triangular de diferente naturaleza en cada relación bilateral, pero debidamente ajustado.

Situación actual de la reclamación española.

El Sr. Pérez-Llorca heredó de su antecesor, el Sr. Oreja, la Declaración de Lisboa, que está basada en tres elementos fundamentales: el inicio de unas negociaciones entre Madrid y Londres sobre todas sus diferencias sobre el Peñón (lo que implica tratar de la soberanía); el restablecimiento de las comunicaciones directas mediante la «suspensión de las medidas actualmente en vigor», y el acercamiento de las poblaciones situadas a cada lado de la verja en base a los principios de la «reciprocidad y plena igualdad de derechos»¹.

Afortunadamente en lo textos diplomáticos a veces las palabras quieren decir lo que significan, y este es el caso con el principio de la «plena igualdad», que implica la ausencia de cualquier discriminación entre españoles y gibraltareños. Pero es precisamente en este elemento por donde empezó a hacer agua la Declaración de Lisboa, ya que en seguida los británicos rechazan la plena igualdad de los españoles con los gibraltareños².

El Peñón fue arrebatado a España en 1704. A estas alturas da igual que fuera conquistado en nombre de un pretendiente al trono de España. El hecho es que los ingleses se instalaron y que en 1713, por un Tratado, el Rey de España cedió la plaza a su colega británico. Entre las limitaciones impuestas por España figura una de gran importancia: cuando los ingleses decidan renunciar a su soberanía sobre el

Peñón habrán de ofrecer la primera opción a España ³.

Históricamente, en términos generales, España ha pasado por varias etapas en sus intentos de recuperar Gibraltar. Primero por la fuerza, y si en 1781 se logró recuperar Menorca (también cedida en Utrecht) ⁴, sin embargo fracasaron todos los intentos dirigidos hacia Gibraltar.

Durante el siglo XIX España tuvo demasiado problemas como para ocuparse seriamente de la recuperación del Peñón. Durante el siglo XX se hace cada vez más evidente un nuevo factor: la recuperación de Gibraltar no puede hacerse ya violentamente. Formalmente España renuncia a este método al firmar el Acta Final de Helsinki, en agosto de 1975, el entonces Presidente del Gobierno Arias Navarro ⁵.

Tras la Segunda Guerra Mundial surge un elemento que ofrece un nuevo enfoque del contencioso gibraltareño: el proceso

de descolonización de las Naciones Unidas. A su amparo Gran Bretaña, que siempre consideró Gibraltar como colonia, intentó violar la cláusula de retroce-

sión de Utrecht, pretendiendo que se aplicara al Peñón el principio de más frecuente aplicación en el proceso de descolonización: la autodeterminación de la población de la colonia. De haber logrado los ingleses su propósito ahora tendríamos en el sur de España un minipaís satélite del Reino Unido que podría así mantener indefinidamente, y con la bendición de las propias Naciones Unidas, su presencia militar. Sin embargo, en las Naciones Unidas la diplomacia española consiguió parar el golpe británico, logrando que se aplicara para la descolonización del Peñón otro principio fundamental para la Organización con sede en Nueva York: el del respeto a la integridad territorial. Concretamente las Naciones Unidas resolvieron que la descolonización de Gibraltar se hiciese respetando la integridad territorial española mediante unas negociaciones directas entre España y el Reino Unido al término de las cuales quedarán

respetados los intereses de la población gibraltareña ⁶.

De hecho, el Reino Unido nunca ha querido reconocer estas Resoluciones de las Naciones Unidas, y los ingleses han insistido siempre en no proceder a la descolonización de Gibraltar en términos que no tuvieran el consentimiento de la población del Peñón.

La población gibraltareña es un elemento que se materializa como factor político tras la Segunda Guerra Mundial. Expulsada la población original española en 1704 ⁷, en su lugar fueron instalándose gradualmente otros habitantes, haciéndolo al amparo de los ingleses que los van necesitando cada vez en mayor número para atender a las tareas no estrictamente militares de la base. Su rasgo más común es que el origen de casi todos es mediterráneo: genoveses, malteses, españoles, sefarditas de distintos lugares del Mare

**El reconocimiento
de los particularismos propios
de esta población se hace mediante
la Constitución en su esquema
de las autonomías**

Nostrum. Otro punto común es, a la vez, su inmersión en la cultura española y su creciente adaptación a las instituciones políticas anglosajonas.

El incremento de las necesidades de mano de obra en la colonia forzó a los ingleses a dar otro paso: aceptar que trabajase en el Peñón una fuerza laboral española, pero a la que no se permitió asentarse en la roca, salvo excepciones controladas, y que en los años sesenta llegó a ser de unas 10.000 personas, quienes por la mañana acudían a su trabajo en la colonia, teniendo que abandonarla al término de su jornada laboral ⁸.

La población instalada en el Peñón es, pues, una población históricamente importada por los británicos en función de sus necesidades. En este sentido es una población «artificial», en cuanto ha suplantado a aquella originalmente expulsada. Esta población siempre fue consciente de este dato, lo que explica en parte su fidelidad a los ingleses. Pero no hay que engañarse: aunque pequeña y con numerosos vínculos con España, la población gibraltareña existe en la realidad con sus

propias peculiaridades, y esta conciencia de ser una *comunidad* les ha permitido conseguir una cierta dosis de autogobierno a partir del final del último conflicto mundial ⁹.

El reconocimiento de los particularismos propios de esta población por parte española se hace primero al aceptar la doctrina de las Naciones Unidas, que exige al término del proceso de descolonización el respeto a sus intereses, y luego, tras la muerte de Franco, mediante la Constitución democrática que en su esquema de autonomías permite la posibilidad de un estatuto autonómico para el Peñón, dentro, eso sí, del conjunto del Estado español ¹⁰.

Ello facilitó un acercamiento entre Londres y Madrid sobre Gibraltar que desembocó en la ya mencionada Declaración de Lisboa. Uno de sus fundamentos era —independientemente del mantenimiento de la reclamación española— el reconocimiento de que la población gibraltareña ha de participar activamente en la solución del contencioso, y ello no tanto por la afirmación unilateral británica que figura en la Declaración de que Londres «respetara los deseos libre y democráticamente expresados» de los gibraltareños ¹¹, como por el establecimiento de unos principios que han de guiar la cooperación entre las poblaciones de la zona, y que son los ya mencionados de la «plena igualdad y reciprocidad». La cooperación entre Peñón-gibraltareños y Campo-gibraltareños es la clave de la bóveda, pues de ella depende un acercamiento, una colaboración y una integración de estas poblaciones. Cuando ello ocurra, piensan los firmantes de Lisboa, podrá Gibraltar reintegrarse a la soberanía española sin ninguna dificultad. Eso del contencioso —el reconocimiento tácito e indirecto español de que la población gibraltareña ha de tener un papel, incluso importante, en la descolonización del Peñón— responde, sin duda alguna, a una realidad política de un siglo XX

que ha puesto, acertadamente, en un pedestal a los Derechos Humanos: los individuos como tales y como colectividades cuentan, y no puede tener vigencia un acuerdo que los ignore. En el caso que nos ocupa debe tenerse presente también otra importante realidad política: la restitución de Gibraltar con una población hostil a España no sólo no tendría sentido sino que, incluso, sería un peligro para la estabilidad interna española, y ello cualquiera que sea nuestra circunstancia política.

Sorprende, pues, que ante estas importantes modificaciones de la postura española siga habiendo dificultades. Estas últimas son esencialmente dos, una aparente y otra encubierta.

La aparente es el mantenimiento de un sentimiento de desconfianza o, incluso, de hostilidad de la población gibraltareña hacia España. Las dificultades habidas para la aplicación de la Declaración de Lisboa giran, como hemos visto antes, en torno a la negativa británica de conceder la plena igualdad en el Peñón a los españoles. Para ello se basan en la actitud de los propios gibraltareños ¹².

La encubierta es la presencia militar británica en el Peñón. El valor de su presencia ha sido siempre el militar. Es posible que hoy en día la valía individual de esa base haya disminuido, pero mientras en el sur de España permanezca una base en manos extranjeras sin el libre consentimiento español nuestro país verá disminuido su papel estratégico en el Estrecho.

Estos dos motivos están íntimamente relacionados ya que los ingleses han logrado crear un círculo vicioso entre su presencia militar, de la que dependen económicamente los gibraltareños, y la voluntad gibraltareña de que no se marchen. En estas condiciones pretender que la descolonización se haga exclusivamente por

la autodeterminación de los gibraltareños sería falsear las bases mismas de este principio de descolonización, pues sería pretender ignorar los vínculos especiales que

La restitución de Gibraltar con una población hostil a España no sólo no tendría sentido sino que, incluso, sería un peligro para la estabilidad interna española

unen a esta población local no originaria con la Potencia colonizadora. Un Embajador español, gráficamente señaló esta realidad diciendo que proceder a la desco-

Mientras en el sur de España permanezca una base en manos extranjeras sin el libre consentimiento español, nuestro país verá disminuido su papel estratégico en el Estrecho

lonización del Peñón mediante el voto de los gibraltareños sería igual que dar a los «marines» norteamericanos en Guantánamo el derecho de decidir mediante su voto el futuro de esa base norteamericana en Cuba.

La Declaración de Lisboa es un texto que, sin duda, no es plenamente satisfactorio para España —sus críticos dicen que consiste en cambiar un presente cierto (apertura de la verja) por un futuro no garantizado (la restitución de la soberanía)— pero tiene una gran virtud: constituye la aproximación al problema más humanitaria realizada hasta ahora para verificar la descolonización del Peñón (negociación directa entre Madrid y Londres para respetar el principio antes señalado de la «integridad territorial», que es la única forma de atenerse a las cláusulas del Tratado de Utrecht, que, aunque anacrónico, sigue siendo el documento básico que válidamente regula las relaciones hispano-británicas acerca del Peñón); sin embargo, se empieza a aceptar la idea de que de algún modo esa población tendrá que dar su opinión favorable, aunque ello no pueda llegar a tener el valor de un veto. Pero en el «debe» del documento lisboeta hay que consignar dos cosas: no enfoca la causa básica de la presencia británica en el Peñón, es decir el interés que tiene como base militar para el Reino Unido, y también en su enfoque civil (humanitario) se queda a medio camino, y esto es incuestionable pues para ello no hay más que analizar la reacción de la población gibraltareña ante la Declaración de Lisboa.

Para los llanitos la Declaración de Lisboa sólo aparenta tener un elemento atractivo, la reapertura de la verja, y una garantía, la reafirmación de la promesa británica de no marcharse mientras no lo quieran los gibraltareños. Aunque gene-

rosas desde nuestro punto de vista, nuestras ofertas no les tientan; y como es conveniente convencerles hemos de reestructurar nuestra oferta y, por lo tanto, nues-

tra política gibraltareña.

Dos elementos importantes: la valía militar del Peñón y la población gibraltareña.

Aquí es cuando hay que volver al principio de este trabajo y recordar la afirmación de que se puede estar dando un nuevo giro conceptual a la reclamación española. En efecto, el Sr. Pérez-Llorca, tras comprobar que el Acuerdo de Lisboa no arrancaba tras más de un año después de su firma, ha ligado cada vez más decididamente la posibilidad de recuperar el Peñón con nuestro ingreso en la Alianza Atlántica¹³, provocando con ello una inversión del enfoque dado en los últimos tiempos a la reclamación gibraltareña. Con ello se puede estar cayendo en la tentación de pasar de una perspectiva civil de la problemática a otra esencialmente militar. Esto es además coincidente con las afirmaciones de la UCD de que el ingreso de España en la OTAN permitirá la solución del contencioso. Esta tesis se basa en la premisa de que mientras no seamos unos aliados de los británicos éstos no consentirán en abandonar su presencia en el sur de España y devolvernos el Peñón.

Ahora bien, de confirmarse este nuevo giro del enfoque de la reclamación española, ello contiene un elemento peligroso y otro negativo. El elemento negativo es que al igual que en la Declaración de Lisboa no se consideraba el aspecto militar del problema, ahora se corre el peligro de ignorar el civil. Y no puede decirse que este último esté ya contemplado en la Declaración lisboeta, porque, como se ha dicho antes, en esta Declaración la consideración del plano civil quedó a medio camino. El elemento peligroso está en el enfoque que se pueda dar a la faceta militar

del problema, pues los efectos pueden ser muy distintos si en sus compromisos España anula el valor militar del Peñón para los ingleses o, por el contrario, lo realza.

Hoy en día el valor de Gibraltar como base militar está en franca decadencia si esta base se considera individualmente. En primer lugar su utilización depende de la actitud española, es decir, que para ser eficazmente operativos los elementos militares en el Peñón necesitan al menos contar con la neutralidad española. La base sola, sin los beneficios logísticos del «hinterland», o el respaldo militar de su acoplamiento a la red defensiva española, tiene un valor militar casi nulo. Su minúscula pista de aterrizaje imposibilita el estacionamiento de los aviones necesarios para una eficaz cobertura aérea. Los únicos aviones que pueden estacionarse en la base son los que se dedican a la vigilancia y lucha antisubmarina. Los astilleros de la base no responden ya, por su parte, a las necesidades tecnológicas de hoy en día.

La utilidad originaria de la base era la de servir de apoyo logístico a la flota inglesa en el Mediterráneo. Pero esto tenía sentido mientras la base pudiera autodefenderse.

Ello ya no es posible. La base, por sí sola, es totalmente vulnerable dado que su mínimo tamaño impide una dispersión eficaz de sus defensas. Así las cosas los términos se han invertido, y ya no es la base la que permite el estacionamiento de una flota británica en el Mediterráneo, sino que es necesaria esta flota para poder defender la base¹⁴. En términos militares esto es un círculo vicioso que no tiene sentido y resta toda valía militar a la base. La reciente decisión británica de reducir su flota para disminuir los gastos que su declive como potencia económica ya no puede mantener, subraya lo anteriormente dicho, a lo que hay que añadir el anuncio de que el astillero militar del Peñón será cerrado en 1983 por los mismo motivos pecuniarios¹⁵.

Queda, pues, en pie estratégicamente un solo factor que es más político que mi-

litar: a pesar de sus enormes limitaciones la base colonial constituye aún una importante carta en las manos del Reino Unido ya que impide a España ejercer en solitario el control del Estrecho, incluso si tuviéramos capacidad y voluntad para ello.

Ahora bien, el ingreso de España en la OTAN puede aportar a estos efectos un cambio importante: la revalorización de la base si se integra en la red de la defensa española del Estrecho. Si Gibraltar fuese ya español, la organización militar española en el Estrecho podría prescindir del Peñón, usando otras bases más adecuadas en la costa española. Por el contrario, al seguir en manos británicas, si se combina su uso con nuestra red defensiva lo que se hace entonces es potenciar su valor en manos ajenas. Si el Gobierno piensa que integrándonos en la OTAN vamos a destrozarnos la razón de la pervivencia británica en Gibraltar al colaborar con ellos en la función defensiva del Estrecho puede estar cometiendo un gravísimo error de apreciación.

A pesar de sus enormes limitaciones, la base colonial constituye aún una importante carta en manos del Reino Unido, ya que impide a España ejercer en solitario el control del Estrecho

Por el contrario, los ingleses se van a encontrar con una potenciación importante de un Gibraltar que podrá dispo-

ner ahora del «hinterland» español. El precio que pagarán podría consistir en alguna ficción en torno al tema de los mandos de la base, o del Estrecho en general. Podría consistir también en permitir el uso de la base por las FF.AA. españolas, incluso su establecimiento, pero en cualquier caso el valor de la base se habrá incrementado y, por lo tanto, muy probablemente, el interés británico por permanecer en el Peñón. Algunos pensarán que la visión de uniformes militares españoles en Gibraltar será un duro golpe para la población local y que ello forzará su acercamiento a España. Lo primero es probablemente cierto, pero no lo segundo. Por el contrario, les hará aferrarse aún más a la bandera británica y Londres, completando el ya conocido círculo vicioso, seguirá diciendo que no puede marcharse si la población gibraltareña no lo quiere.

Tras nuestro ingreso en la OTAN la diferencia podría ser, pues, que teniendo ahora más valor la base militar, tengan los británicos más interés en quedarse.

La estrategia española en torno a Gibraltar debe tomar conciencia de este peligro de revalorizar el valor militar de la base, al tiempo que, por otra parte, no puede ignorar la voluntad de la población local.

Nuestra estrategia debe, pues, tener dos vertientes. Primeramente, en lo militar, anular toda utilidad de la base para los británicos y sus aliados. España forma parte del mundo occidental, tiene un Tratado militar con los EE.UU. y en el caso de un conflicto Este-Oeste no hay duda que respaldará a los occidentales, con los que tendría echada su suerte. Si —como parece— ingresamos además en la OTAN, seremos incluso unos «aliados intachables». Anular el valor militar del Peñón no puede, pues, interpretarse como un gesto hostil por parte de los países occidentales, siempre y cuando España esté en condiciones de desempeñar eficaz y adecuadamente su papel en el Estrecho, que si bien en las condiciones actuales no puede ser un papel *exclusivo*, puede ser en cambio el correspondiente a un total control de la orilla norte del Estrecho.

En cuanto a la vertiente civil, no hay duda de que España debiera esforzarse por ofrecer unas propuestas atractivas a la población gibraltareña.

Hacia una nueva estrategia: la faceta militar y la faceta civil.

Desde una perspectiva pragmática de las prioridades políticas, a España sólo debieran importarle dos cosas, y por este orden: recuperar el control de toda la costa peninsular del Estrecho y recuperar la soberanía del Peñón.

En realidad, si se abandonara totalmente el terreno de los principios, España podría adaptarse a un Gibraltar independiente pero neutraliza-

do militarmente, ya que la mera neutralización del Peñón nos devolvería el grado de control que nos corresponde del Estrecho, revalorizando y potenciando nuestro papel estratégico y, por lo tanto, internacional. Al igual que España se amolda a una Andorra incrustada en los Pirineos, o Francia e Italia a un Mónaco o a un San Marino, podríamos resignarnos perfectamente a un Gibraltar independiente, siempre y cuando renunciara a cualquier papel militar.

Una oferta tan cruda de independencia, en estas condiciones, para Gibraltar es inaceptable para España por contener tres obstáculos importantes: en primer lugar la opinión pública española no está dispuesta a aceptarla; en segundo lugar la población de Gibraltar es en lo económico esencialmente dependiente de la presencia de una base militar, y en tercer lugar un Gibraltar independiente no tiene las condiciones históricas necesarias para que no fuera una pura artificialidad. Habrá, pues, que pensar en una fórmula que en cualquier caso respete la absoluta necesidad española de recuperar la soberanía y que permita también mantener la economía del Peñón.

Sería de gran importancia poder realizar una oferta a los gibraltareños suficientemente tentadora como para romper su vínculo de dependencia hacia los británicos, y con ello romper también el círculo vicioso ya aludido anteriormente. Ahora bien, hay que tener presente que en igualdad de condiciones los gibraltareños preferirán a los ingleses frente a los españoles. La Historia y la realidad así se lo aconsejan. La Historia porque llevan mucho tiempo viviendo con ellos, y porque el pasado británico con una clara estabilidad política parece ofrecer mayores garantías de todo orden que un arreglo con España, lo que constituye para los gibraltareños en definitiva un auténtico salto en el vacío. La realidad es también otro factor importante, por cuanto una comunidad pequeña que aspira a conservar su

La estrategia española en torno a Gibraltar no puede ignorar la voluntad de la población local

tareños en definitiva un auténtico salto en el vacío. La realidad es también otro factor importante, por cuanto una comunidad pequeña que aspira a conservar su

identidad junto a un vecino —gigante como España lo es para ellos— lógicamente busca un apoyo con el que contrarrestar el desequilibrio de las fuerzas en presencia.

En el flanco militar de nuestra estrategia en la cuestión de Gibraltar, lo fundamental es no potenciar, en ningún caso, la base

La oferta española debe ser, pues, superior a la inglesa. Debemos pujar más alto. Y en este juego tenemos más cartas que los ingleses, pues ellos sólo tienen dos opciones: quedarse o entregar el Peñón a España, pues esos son los parámetros de Utrecht y de las Naciones Unidas. En cambio nosotros podemos ofrecer una situación autonómica al Peñón extraordinariamente amplia.

Con una estrategia semejante se podrían cortar los dos cordones umbilicales que mantienen al Reino Unido atado al Peñón: militarmente al anular el valor de su presencia, y civilmente rompiendo el enmadramiento de los gibraltareños con el Reino Unido.

No hay que pensar que esta forma de forzar la salida británica sería mal recibida en Londres. El Reino Unido es consciente de su decadencia imperial y no solamente ha ido abandonando sus colonias desde 1945, sino que incluso en los últimos años está buscando modos de reducir la presencia imperial que le queda y que le cuesta demasiado, como ya hemos indicado antes. Pero en esta materia de costes no hay que ser tampoco ingenuos y, como en todo, el Reino Unido compara gastos con dividendos cuando analiza su presencia militar en Gibraltar. Si esta presencia es costosa y no aporta dividendos militares y políticos, pueden en Londres desear abandonar el Peñón. Pero si los gastos se reducen (traspasando, por ejemplo, a España los costes esenciales de la colonia) y se potencia el valor militar de la base (integrándola en la red defensiva española, por ejemplo) el saldo puede no ser ya el de marcharse, sino todo lo contrario. Por eso en el flanco militar de nuestra estrategia en la cuestión de Gibraltar lo fundamental es no potenciar en ningún caso la base, e incluso disminuir aún más su valor bélico fortaleciendo nuestra presencia mi-

liar en el Estrecho desde nuestras propias instalaciones militares.

La faceta militar de la estrategia española entra perfectamente dentro de los parámetros de la capacidad de nuestras FF.AA., y además es perfectamente compatible con nuestro eventual ingreso en la OTAN. Dicho de otro modo, es independiente de nuestra presencia o no en la Alianza Atlántica o en su organización militar. Caso de que se confirme nuestra entrada en la OTAN, y dado que nuestra participación puede ser «a la carta» (y ya que no parece que por nuestra participación nos vayan a devolver el Peñón), el Gobierno español puede perfectamente estipular que no colaborará en la potenciación de la base, sin que ello deba, por otra parte, significar renuncia alguna a desempeñar el papel preponderante y fundamental en el control del Estrecho, papel éste que es el natural de España. Militarmente esta función puede desempeñarse ignorando la presencia británica en Gibraltar sin merma alguna de eficacia. Es, pues, vital que España haga el esfuerzo necesario para ejercitar *de hecho* (lo que le dará paso al ejercicio *de derecho*) el control del Estrecho, forme o no parte de la OTAN.

Una vez determinados los objetivos del aspecto militar, debemos atacar los más complejos de la faceta civil.

Esta debe comportar, a su vez, dos planes: conseguir una descongelación positiva del proceso de Lisboa, cuyo estancamiento no ha favorecido la necesidad de aproximarse a la población gibraltareña, y estudiar una oferta concreta y tentadora por hacer a los gibraltareños. En efecto, no basta con expresar una voluntad genérica de respeto a la identidad gibraltareña: es necesario concretarla en puntos específicos.

El «Estado de las Autonomías» y la «Unión Real atípica».

Antes de continuar hacia una mayor concreción conviene hacer unas breves

consideraciones acerca del «Estado de las Autonomías» y de la figura del derecho clásico internacional, la «unión real».

La doctrina internacional evoluciona con el paso del tiempo respondiendo a las necesidades específicas de cada momento. Así con la Constitución de 1978 surge en España una formulación de organización política estatal que hemos venido en llamar el «Estado de las Autonomías». Como no tiene este trabajo por objeto estudiar a fondo esta figura, baste señalar que esta formulación se encuentra teóricamente situada entre el clásico Estado Centralizado y la Federación de Estados, si bien en nuestro caso estamos más cerca del primero, pudiendo definir nuestra actual concepción estatal como la de un Estado Unitario descentralizado. La escuela kelnesiana, con su doctrina realista, no quiere ver más que una diferencia de grado entre el Estado Federal y el Unitario

descentralizado, ya que estas dos formas de organización estatal realizan un mismo fenómeno jurídico: la descentralización. La doctrina clásica ve, en cambio, una

irreductible diferencia de naturaleza¹⁶. Quizá introduciendo el elemento de la formación histórica de uno y otro Estado podamos llegar a una distinción que luego nos sea útil para la cuestión de Gibraltar. Así podríamos decir que mientras en el Estado Unitario descentralizado lo que se produce es una reestructuración de un Estado centralizado, en el caso del Estatuto Federal se parte *ab initio* de una estructura ya descentralizada. El Estado Federal sería así una centralización de otra figura clásica de organización estatal: la Confederación.

Por otro lado este fenómeno de unión de Estados suele ser diferente cuando sus sujetos son varios o simplemente dos Estados. En este último caso en la doctrina clásica internacional se habla, entre otros, de la «Unión real».

La «Unión real» se caracteriza, sobre todo, por ser una organización política paralela de dos Estados que afecta esen-

cialmente a su política exterior y que se caracteriza por la comunidad de una serie de órganos. Elementos de la misma serían la existencia de una cierta contigüidad territorial; un acto jurídico interno o internacional (o ambos) que marca expresamente la realización de una comunidad; una comunidad de Jefe de Estado, y unos órganos comunes (Jefe de Gobierno, Ministerios, etc...) ¹⁷.

Resulta interesante observar que si Gibraltar fuese un Estado independiente, se podría considerar la posibilidad de una «Unión real» que en su cúspide se originaría a través de la Jefatura de Estado, con mayor razón si se añade que, siempre según la doctrina clásica, la «Unión real» sólo es factible a través de la institución monárquica.

Ahora bien, Gibraltar no es un Estado independiente ni puede serlo. Pero ello no es obstáculo para partir de este esquema y

Si Gibraltar fuese un Estado independiente, se podría considerar la posibilidad de una «Unión real», que en su cúspide se originaría a través de la Jefatura del Estado

adaptándolo a la realidad que nos ocupa pensar que podríamos hablar en este caso de una «Unión real atípica», que afectaría a un Estado unitario descentralizado por

un lado, y por el otro a un territorio abocado a la integración en ese otro Estado, y que sin ser un Estado conlleva, sin embargo, unas características propias suficientemente marcadas como para necesitar un procedimiento especial. De esta forma llegaríamos también —una vez realizada la unión— a una situación a caballo entre el Estado Federal y el Unitario descentralizado cuando más arriba lo estudiábamos bajo la óptica de su formación.

Precisando un poco más y recogiendo la versión kelnesiana realista según la cual entre el Estado unitario descentralizado y el Federal sólo hay una diferencia de grado, y combinándolo con lo anteriormente dicho, España una vez recuperado Gibraltar mediante una fórmula como la descrita que significa el respeto a la opinión de su población, podría ser un Estado Unitario descentralizado en cuanto al origen de su estructura autonómica y Federal por la recuperación del Peñón mediante un pro-

cedimiento semejante al de la Unión real. Pero lo que importaría a fin de cuentas no sería tanto esta navegación matizada entre figuras doctrinarias que no se ajustan exactamente a nuestra realidad, como el hecho de que siendo todo una diferencia de grado («doctrina realista») en definitiva tras la reincorporación de Gibraltar, España seguiría siendo un conjunto nacional descentralizado, un Estado de las Autonomías.

Ahora bien, esta navegación no permitiría ofrecer a los gibraltareños una fórmula de integración que por su vinculación a la Jefatura del Estado no fuese una pura anexión, respetándose así, por lo tanto, en mayor grado su identidad actual que no desean perder, y facultando un grado de autonomía, si no exactamente mayor que las previstas en nuestra Constitución, sí conceptualmente distinta en determinados aspectos que la harían atípica frente a las demás, por razón del modo de integración en el conjunto nacional del Peñón, pero no más atentadora al concepto de la unidad nacional que las demás autonomías españolas, sea cual sea su grado.

Una oferta autonómica.

Una vez precisados estos conceptos técnicos necesarios, podemos intentar determinar, por una parte, los límites que podrían configurar una oferta española de autonomía a Gibraltar y, por otra, entrar en la difícil, incluso peligrosa, pero necesaria especulación de los elementos concretos que podrían configurar esa autonomía *sui generis*.

Los límites de esta oferta serían los siguientes. En primer lugar, debe dejar a salvo el principio del retorno de la soberanía española consagrando así la recuperación de nuestra unidad nacional. En segundo lugar, el grado de autogobierno de Gibraltar debe ser muy amplio, ya que de lo contrario no podremos ofrecer a los gibraltareños una situación en la que les

compense abandonar el manto protector británico. En tercer lugar, debe llevar aneja al menos la neutralización militar de Gibraltar si por parte gibraltareña fuera inaceptable una presencia militar exclusivamente española.

Esta oferta podría contener, entre otros, los siguientes elementos que, en cualquier caso, sólo se ofrecen aquí como ideas a estudiar y discutir, pero elaborados desde la óptica de buscar fórmulas muy flexibles que respeten al máximo la individualidad propia gibraltareña y tenga en cuenta sus inquietudes ante una incorporación al Estado español, pero respetando siempre lo que es básico para España: la recuperación de la soberanía del Peñón.

Para cumplir el principio de la recuperación de la soberanía, el entronque del Peñón con el Estado español se realizaría a través de la Jefatura del Estado. Naturalmente es una fórmula que debiera dar trabajo a nuestros constitucionalistas. Esta unión real atípica antes descrita (la corona inglesa devolvería a la corona española el Peñón que en 1713 el Soberano español entregó al inglés), podría llevar implícita o explícitamente para su mantenimiento la condición de que en España se mantengan las libertades democráticas. La permanencia en el Consejo de Europa o una cláusula de arbitraje por el Tribunal Internacional de Justicia servirían de garantía de lo que se entiende por mantenimiento de las libertades democráticas, de cara al futuro. Esta garantía u otra semejante no debe escandalizar ni ser considerada como vejatoria para el pueblo español que, indudablemente, también aspira a conservar sus libertades democráticas. Incluso podría ser una cláusula útil para la consolidación de la democracia en España, pues sería este régimen democrático el único capaz de recuperar el Peñón y de

mantenerlo en el conjunto nacional.

El estatuto autonómico gibraltareño, aunque sería naturalmente redactado y definido con los propios gibraltareños,

**Sería este régimen democrático
el único capaz de recuperar
el Peñón y de mantenerlo
en el conjunto
nacional**

debiendo luego ser aprobado por las Cortes, podría seguir unas pautas atípicas permitiendo quizá que, con excepción evidente de la defensa y de la política exte-

El auténtico fallo del proceso de Lisboa está en que sólo se ha estudiado una etapa, sin ligarla a los pasos siguientes

rior, el gobierno gibraltareño pudiera, si lo desea, asumir casi todas las demás competencias. La presencia estatal española se podría limitar a la de un Representante personal de la Jefatura del Estado español, y de otro del Gobierno, con su correspondiente delegación.

La naturaleza del segundo se asemejaría más a la de un Embajador, y el primero debería designarse entre la misma población del Peñón. El orden público sería, pues, mantenido por el propio gobierno gibraltareño, y se podría evitar la presencia en el perímetro de la antigua colonia de miembros de las FF.AA. de cualquier país, incluso españoles.

Por otra parte, si el mantenimiento en el conjunto nacional estuviera condicionado al mantenimiento del régimen democrático en España, parece que el complemento lógico de esta condición fuese que también el Estado democrático español garantizara el mantenimiento de fórmulas democráticas en el Peñón.

París bien vale una misa, o varias. Hay, pues, que comprender que España debiera hacerse cargo de la economía gibraltareña, al menos en la cuantía equivalente a la desaparición de las ayudas británicas y del soporte económico general por la base, fundamentales hoy en día para la vida de la población del Peñón. España debe mostrarse en su faceta más generosa. En definitiva será el único modo de integrar la población gibraltareña en el conjunto nacional con independencia de su estatuto especial.

Evidentemente quedan muchos cabos por atar política y constitucionalmente en la concreción de una oferta de este tipo. Por ejemplo, hay que estudiar la modalidad de la presencia de parlamentarios gibraltareños en las Cortes, a pesar de que se tratase de una *unión real atípica*. Por

otra parte, el ingreso de España en la CEE facultaría en su día una representación directa gibraltareña en el Parlamento europeo, lo que no les está permitido hoy

en día.

Es muy posible que ello desembocaría en la formación de un perímetro económico privilegiado en el sur de España y que, además, sería probablemente un paraíso fiscal. Nos costaría dinero. Pero con su misa Enrique IV de Francia supo dar el salto que la Razón de Estado aconsejaba, y un Gibraltar neutralizado y devuelto a la soberanía española parece suficiente razón de Estado, aunque el precio pueda parecer alto, y de hecho lo es porque se puede estar atentando a un principio de igualdad. Pero si la desigualdad que se acepta en favor de los gibraltareños se mantiene en unos límites tolerables, se puede dejar su superación para otro momento histórico.

El futuro de la Declaración de Lisboa.

Se decía antes que también hay que desbloquear de un modo positivo la Declaración de Lisboa. El futuro texto autonómico gibraltareño deberá admitir, naturalmente, la plena igualdad de los españoles en el Peñón. Mientras no esté más elaborada una solución constitucional que reintegre a Gibraltar al territorio español con el consentimiento de la actual población gibraltareña, y avanzadas unas negociaciones en este sentido, será difícil arrancar esta plena igualdad. Los gibraltareños temen la *invasión* española. Temor ingenuo, pero que está ahí. España, dentro del marco que se propone aquí, podría quizá aceptar algunas limitaciones a la presencia de españoles no gibraltareños en el Peñón —personas y capital, por ejemplo— siempre y cuando fuera respetado el principio de la plena igualdad en el Peñón y ello no significara discriminación frente a otros nacionales.

La dificultad que ha tenido tras su firma la Declaración de Lisboa para su aplicación (el ejercicio en el Peñón de la plena igualdad) se ha multiplicado al no existir un proyecto político claro, concreto, completo y nacional para caminar hacia una recuperación del Peñón dentro de unos parámetros compatibles con los requisitos del siglo XX en Europa. Si existiera, y si ese proyecto político siguiese líneas parecidas a las esbozadas aquí, el desbloqueo del proceso lisboeta habría sido sencillo (o incluso no se habría producido su estancamiento) pues España —que necesita que se aplique la Declaración de Lisboa para poder iniciar una negociación directa con los gibraltareños de cara al futuro, con absoluta independencia de la negociación formal sobre la soberanía con los británicos acordada en Lisboa— podría aplicar la Declaración de Lisboa reservando para más tarde el exigir la aplicación completa del principio de la plena igualdad, y aceptando por ahora y durante un plazo determinado un escalón en el Peñón antes de 1969 (hoy en día intolerable) y próximo, si no idéntico, al que tendrían los españoles en el Peñón cuando seamos parte de la CEE.

Sin embargo, esta actitud que podría calificarse de flexible y táctica si existiera ese proyecto claramente estructurado hacia el futuro para la reincorporación del Peñón, aparenta más ser una cesión española cuando dicho proyecto no existe o al menos no ha sido consensuado y explicitado ante la opinión pública y se llega a aplicar la Declaración con una plena igualdad sectorial, faltando incluso su materialización en aspectos importantes¹⁸.

En realidad, debido al aislamiento de la Declaración de Lisboa, es decir a que España no haya sido hasta ahora capaz de

construir con precisión un proyecto global en el que Lisboa fuese sólo una etapa, su aplicación se hizo difícil y el retraso ya producido tendrá, en cualquier caso, efectos negativos.

Hay que tener presente, pues, que la recuperación del Peñón necesita de una política global y nacional, ya que de nada sirve avanzar en unas facetas determinadas si no se hace nada en otras.

El auténtico fallo del proceso de Lisboa está en que sólo se ha estudiado una etapa, sin ligarla a los pasos siguientes. Su aplicación podría haber sido inmediata si España hubiera podido descorrer la cortina del futuro y presentar puntos concretos y, sobre todo, si lo hubiera hecho directamente a los gibraltareños. Ellos son una clave del problema para la recuperación del Peñón por medios pacíficos, que es el único modo imaginable en la Europa de hoy en día, y en la que deseamos para el futuro.

Ahora se puede caer en otro error si se permite la potenciación militar de un Gibraltar aún inglés, ya que con ello se puede consolidar la presencia británica en vez de enervarla

En Lisboa sólo se abordó en realidad la problemática de hoy, derivada del cierre de la verja por decisión española de 1969, que naturalmente es la que interesa principalmente a Londres y a Gibraltar. Pero, si bien se obtuvo una promesa genérica de negociar la soberanía del Peñón, aunque sin plazos ni garantías claras sobre el resultado final, no se fue sin embargo capaz de elaborar y ofrecer un esquema completo de nuestra actuación y, con ello, se puede haber causado un daño muy grande a nuestra causa. La precipitación y falta de visión de futuro produjo una situación que ha complicado la problemática en vez de matizarla. Ahora se puede caer en otro error si se permite la potenciación militar de un Gibraltar aún inglés, ya que con ello se puede consolidar la presencia británica en vez de enervarla.

¹ Párrafo 3 de la Declaración de Lisboa de 10-4-80.

² Intervención del Sr. Pérez-Llorca ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso (23-10-80)

³ Artículo X del Tratado de Utrecht: «...Si en algún tiempo a la Corona de la Gran Bretaña le pareciere conveniente dar, vender o enajenar de cualquier modo la propiedad de la dicha ciudad de Gibraltar, se ha convenido y concordado por este Tratado que se dará a la corona de España la primera acción antes que a otros para redimirla». También contiene otras limitaciones que han producido confusiones posteriormente. Así, además de estipularse que la cesión se hace «sin comunicación alguna abierta con el país circunvecino por parte de tierra» (lo que justificará en 1969 jurídicamente el cierre de la verja y otras medidas a las que la Declaración de Lisboa llama genérica y prudentemente «medidas actualmente en vigor»), el artículo X del Tratado de Utrecht aparenta una connotación racista al prohibir que habiten o se domicilien en Gibraltar judíos y moros, que en realidad debe interpretarse como una prohibición de asentamiento en dicho lugar de enemigos de entonces de la católica corona española en lugar tan próximo a África. Asimismo, en este artículo X se limita jurisdiccional y geográficamente el territorio cedido a los ingleses. Jurisdiccionalmente, cediendo Gibraltar «sin jurisdicción alguna territorial». Como Gibraltar era entonces la cabeza de la comarca, con ello se subrayaba que la cesión era sólo de la ciudad, y no de esta comarca circundante. Geográficamente, al inventariar los elementos cedidos: «ciudad y castillo de Gibraltar, juntamente con su puerto, defensa y fortalezas». Posteriormente los ingleses irían ocupando, paulatinamente, unos 800 m. al norte del Peñón, culminando esta usurpación nunca reconocida por España mediante la edificación de una verja en 1909 y consagrándola el 12 de julio de 1966 con una declaración unilateral de la soberanía británica sobre el territorio entre la verja y la Roca. Esta disputa terrestre también tiene una expresión paralela en las aguas circundantes al Peñón y, asimismo, en el espacio aéreo. Por otra parte en Utrecht ya se prevé la importancia que podrá adquirir el contrabando en el futuro.

⁴ Ratificándose en la Paz de Versalle (septiembre de 1783) el retorno de Menorca a España.

⁵ Acta Final de Helsinki de 1-8-1975.

⁶ Entre otras, las Resoluciones más significativas a estos efectos son la Resolución 2353 (XXII) aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en su 1.611.ª Sesión Plenaria, el 19-12-1967, declarando además improcedente el referéndum celebrado por los británicos en la colonia en 1967 a modo de seudodescolonización por la vía de la auto-

determinación, y la Resolución 2429 (XXIII) del año siguiente por la que se pedía a la Potencia Administradora que pusiera fin a la situación colonial de Gibraltar antes del 1-10-1969.

⁷ Libro Rojo sobre Gibraltar, 1966, pág. 2.

⁸ En 1965 pasaban diariamente a Gibraltar unos 9.794 españoles (Libro Rojo sobre Gibraltar, 1966, pág. 90).

⁹ En 1950 los británicos crean un Consejo Legislativo y otro Ejecutivo, y en 1969 se promulga una «Gibraltar Constitution Order».

¹⁰ Arts. 2, 144 y siguientes de la Constitución de 6-12-1978.

¹¹ Relacionándolo expresamente con el preámbulo del texto constitucional gibraltareño que dice: «...el gobierno de Su Majestad jamás llegará a compromisos según los cuales la población de Gibraltar pasará bajo la soberanía de otro Estado en contra de sus deseos libre y democráticamente expresados». Esta formulación a dado pie a la tesis de que hay que distinguir entre territorio y población, refiriéndose el compromiso británico sólo al futuro de esta última y no del territorio. Esta tesis se comprende mejor recordando que los gibraltareños no tiene la plena nacionalidad británica, sino una de segundo orden. A finales de 1981 el Parlamento británico les ha concedido la posibilidad de optar por la plena nacionalidad británica.

¹² Al respecto es significativo que en diciembre de 1980 se aprobara en la Asamblea Legislativa Colonial una moción contraria a la equiparación de los españoles no ya con los propios gibraltareños sino con los súbditos de países comunitarios, y no falta quienes piensan que una moción así no puede dejar de tener el visto bueno previo inglés.

¹³ Declaraciones del Sr. Pérez-Llorca en el debate sobre el ingreso español en la OTAN (28-10-81).

¹⁴ Informe del Comité de Asuntos Exteriores de los Comunes sobre «Gibraltar: The situation of Gibraltar and United Kingdom relations with Spain». Londres, 22-7-1981.

¹⁵ Declaración del Gobierno inglés al Parlamento británico. 23-II-81.

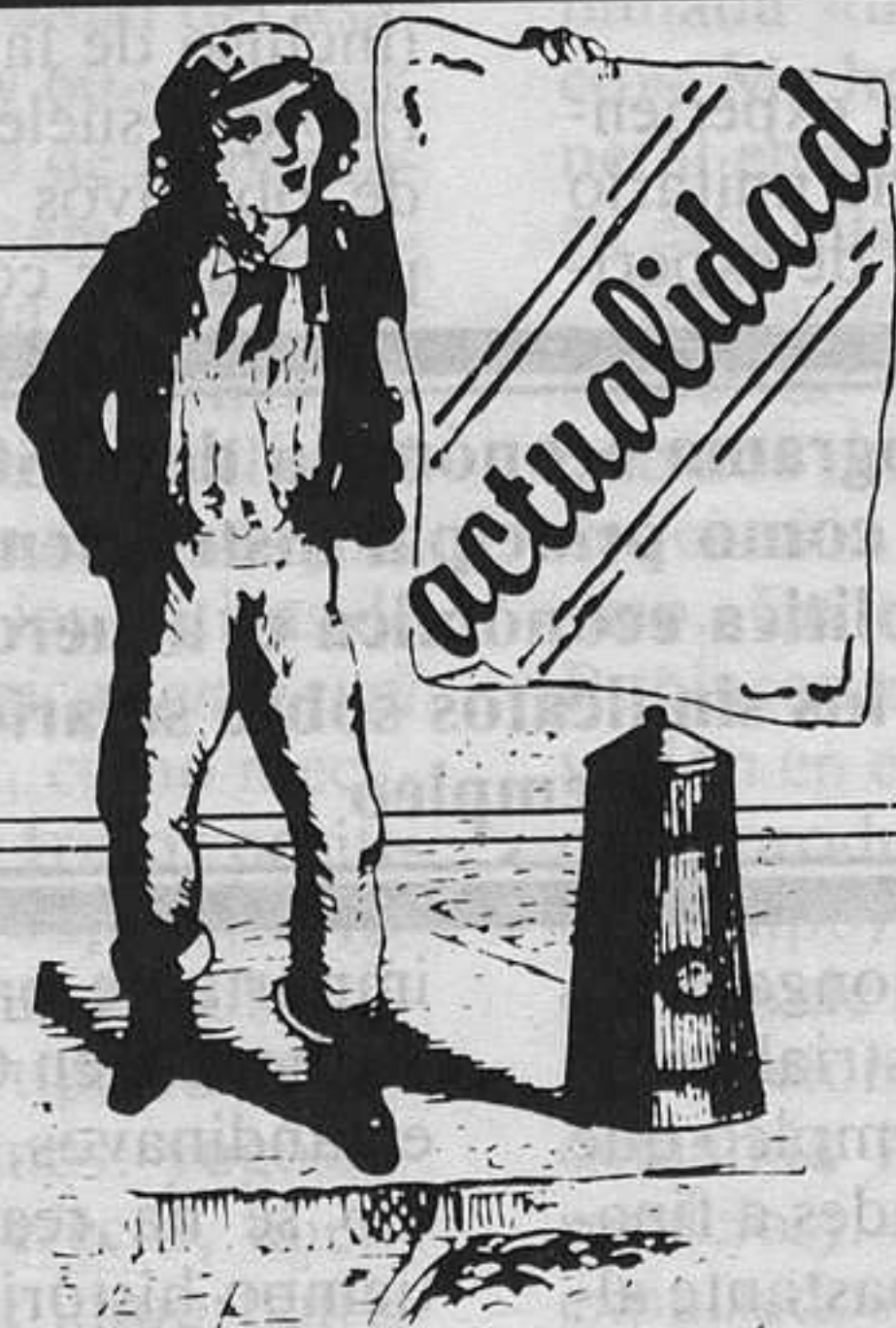
¹⁶ «Derecho Internacional Público», de Charles Rousseau. Ed. Ariel. Barcelona. Pág. 110.

¹⁷ «Derecho Internacional Público», de Charles Rousseau. Ed. Ariel. Barcelona. Pág. 95.

¹⁸ En las Cartas intercambiadas en Londres el 8 de enero entre el Embajador inglés Parssons y el Director General Durán-Loriga, la parte inglesa sólo garantiza la plena igualdad a partir de la fecha de aplicación de la Declaración de Lisboa (el 20 de abril de 1982) en materia de pernocta, empleo, seguridad social y afiliación sindical.

DESEMPLEO: ALGUNAS CONSIDERACIONES PARA EL SUR DE EUROPA

Andrea Saba



4

En el pasado mes de marzo se ha celebrado en Roma un seminario organizado por el PSI para discutir el programa político del PSOE.

Estos encuentros son muy útiles, pero tienen una limitación en el sentido de que, a menudo, después de la discusión ya no se vuelve sobre el asunto, lo que impide una profundización suficiente.

A la vista de ello, me parece oportuno retomar el programa de política económica del PSOE, reconsiderando el punto central que reside en la lucha contra el paro y el principal, y a la vez original, instrumento de política económica que, a mi juicio, es el acuerdo con los sindicatos sobre el salario y el empleo.

Mi experiencia (de ocho meses) como jefe de la Secretaría Técnica del Ministro del *Mezzogiorno*, Claudio Signorile, me lleva a creer en la utilidad de examinar un programa como el del PSOE, incluso desde el punto de vista, muy empírico, de la experiencia de gobierno. Muchas veces hemos visto y experimentado a nuestras

expensas que programas de gran alcance, sugestivos e inteligentes —como el que delinearon en el 64 Giolitti, Ruffolo, Sylos Labini y otros, sobre la política de Planificación Económica en Italia— han acabado en nada por la falta absoluta de una verdadera y específica cultura de gobierno por parte de la izquierda italiana. Y aún ahora sufrimos en Italia la sustancial incultura económica del sindicato, que no consigue escapar del terreno de los *slogans* envejecidos rápidamente, y que constituye una debilidad bastante preocupante para la perspectiva política general de las izquierdas. La misma «tercera vía» de Berlinguer, que permanece en los límites del preconocimiento, despierta algunas preocupaciones por la dificultad de pasar a definiciones rigurosas de política económica.

Personalmente, considero la experiencia socialista como un gran hecho unitario en Europa; como la posibilidad de experimentar, de manera especial en la Europa meridional, nuevas vías. Hay que considerar los grandes éxitos del «welfare state» durante la postguerra y, al mismo

tiempo, el estado de crisis prolongada de los países occidentales industrialmente avanzados con un nivel de desempleo que rayaba los 28 millones de unidades a finales de 1981, y una inflación lo bastante alta como para modificar injustamente, desde el punto de vista social, la distribución de la renta.

Me parece correcto, casi diría que por razones filológicas, tener en cuenta las líneas de lo que puede considerarse el documento más importante en materia de política económica socialista europea: el *Beveridge Report*, puesto que el programa socialista español sitúa como elemento central de su acción el pleno empleo y, también, porque el PSOE, justamente, entiende que actúa dentro del surco de la gran tradición de los movimientos laboristas europeos.

El título mismo del *Beveridge Report*, *Full Employment in a free society*, tiene

una fuerte carga programática. Contiene los dos móviles principales de una política socialista: el pleno empleo, porque los parados no sólo no concurren a la formación del producto nacional, sino que ni siquiera pueden ser objeto —excepto por vías asistenciales— de la redistribución de la renta de manera socialmente justa, que es el *quid* de la política de reformas del «welfare state». Por lo tanto, los parados, al encontrarse en una situación de marginación económica y social, no pueden gozar siquiera de manera plena de los derechos que están garantizados por la «sociedad libre». El concepto de libertad por la necesidad a través del trabajo es el móvil conductor de todo el *Beveridge Report* y, por ello, opción del pleno empleo como fin de toda la política económica (incluso de la denominada «anticoyuntural» que suele sacrificar el empleo en aras de objetivos anticíclicos) viene indicada por Kaldor como «la opción más impor-

tante de carácter revolucionario que nunca haya intentado hasta ahora ningún gobierno democrático».

Desde el punto de vista del análisis, es

importante partir del *Beveridge Report*. De hecho, en Gran Bretaña y en los países escandinavos, la política del «welfare state» se ha realizado en un segmento de tiempo histórico singularmente feliz para los países industrializados occidentales, en condiciones tan ventajosas que lo sucedido del final de la Segunda Guerra Mundial a 1970 hay que considerarlo totalmente excepcional.

La acción sinérgica de una demanda mundial en continua expansión, da una completa posibilidad de aprovechar plenamente las ventajas comparadas mediante la división óptima del trabajo (óptima para los países occidentales ricos, naturalmente; pero el «welfare state» no es una estrategia para los países subdesarrollados) y, por lo tanto, de un proceso continuo de integración internacional asegurado por el uso de una sola moneda mundial, el dólar, cuyo valor constante

El programa económico del PSOE tiene como principal instrumento de política económica el acuerdo con los sindicatos sobre salario y empleo

durante veinticinco años en base al oro y a otras valutas, permitía al capital alimentar un flujo de inversiones industriales como nunca se había producido en la historia de la humanidad; junto a la estabilidad de Bretton Wood, todas las demás condiciones de ventaja: disponibilidad prácticamente ilimitada de recursos productivos a precio constante o decreciente gracias al permanente deterioro del «terms of trade» respecto de los países productores del Tercer Mundo; la abundancia energética; la inflación alrededor del 2-3 %; la falta de preocupaciones y de vínculos legales de naturaleza ecológica de las empresas, que no tenían que preocuparse por los daños causados en el medio ambiente. Y, por lo tanto, nos encontramos ante el elemento cardinal del «sano reformismo» de los «50 y 60»: la posibilidad de un rápido proceso de acumulación de naturaleza preferentemente capitalista, acompañado por una amplia disponibilidad de recursos para reformas sociales mediante los cuales se posibilita el reequilibrio de la renta del modo más justo posible. A pesar de todas las críticas de naturaleza política e ideológica, *en aquel período* la socialdemocracia, como mecanismo de bienestar, ha dado frutos positivos sin ninguna duda. Por supuesto, resultados bastante mejores que los obtenidos por el socialismo real de tipo soviético y por los diversos comunismos: yugoslavo, chino y cubano. Y, en efecto, mientras que todavía cabe utilizar importantes elementos del modelo socialdemócrata, en un momento histórico del modelo comunista, por el contrario no se sabe bien qué es lo que puede extraerse que, de alguna manera, tenga sentido para realidades como la española, la italiana o la francesa o, en general, para los países mediterráneos, cualquiera que sea su nivel de desarrollo.

Sin embargo, las condiciones históricas extremadamente favorables permitían al *Beveridge Report* el basarse en un tipo de modelo económico postkeynesiano en el

Una de las creencias clave de los distintos modelos teóricos de referencia era la denominada «mentalidad del progreso técnico»

que estaban presentes algunos objetivos clave que ofrecían la posibilidad de describir analíticamente «el sendero del pleno empleo». Y, de hecho, el sistema tenía en la realidad, con una oportuna política, a formas de equilibrio de pleno empleo. Gran Bretaña, Alemania, Francia, Suecia, Bélgica y Holanda representan sistemas que, de 1950 a 1970, viven en condiciones reales de pleno empleo; no es una casualidad que en ese ventenio reboosen de emigrantes españoles, italianos, portugueses, griegos, turcos, yugoslavos, norteafricanos, etc.

Los modelos teóricos de referencia son modelos de la «golden age», como la definió John Robinson. Una de las creencias clave de los distintos modelos era la denominada «neutralidad del progreso técnico». Me he referido a ella de manera general en un artículo precedente publicado en esta misma revista¹.

El concepto de neutralidad se puede entender de muy diversas maneras; pero el que nos interesa aquí es el concerniente a la relación entre progreso técnico y empleo. En el modelo bisectorial de John Robinson el concepto es simple: la innovación en el proceso productivo (aumento de la productividad en el sector de bienes de equipo) tiene un índice de crecimiento que tiende a ser igual al crecimiento de las innovaciones del producto (aumento de demanda inducido por nuevos bienes o servicios). En este caso, los trabajadores expulsados del sector primario serán gradualmente reabsorbidos por el sector secundario. Podrán producirse períodos de paro conflictivos, pero la misma «neutralidad» del progreso técnico conduce a la igualdad entre ahorros (beneficios inducidos de la productividad) e inversiones (estimuladas por la demanda de nuevos bienes), que es la condición fundamental de equilibrio según Keynes.

De ahí que sea fundamental la asunción de «neutralidad» del progreso técnico: toda la política del reformismo tradicional está ligada a tal asunción.

Ahora bien, las vicisitudes que han caracterizado a la economía mundial en los países industrializados, en el último decenio, han logrado precipitar la ruptura de

La lentitud con que se amplifica la demanda en los sistemas industriales respecto al crecimiento de la productividad es compensable con la creación de demanda externa

este equilibrio de neutralidad; en realidad, las condiciones generales de la demanda internacional han cambiado radicalmente con la inflación iniciada en 1968, con el aumento de los precios de las materias primas y la modificación de los *terms of trade* a favor de los países productores de materias primas pero, sobre todo, con el abandono de los acuerdos de Bretton Wood y, por consiguiente, con el paso del sistema de cambios rígidos al sistema de cambios flexibles; mientras que antes, con un horizonte de cambios rígidos, era posible, especialmente para las grandes empresas multinacionales, el programar sus inversiones en el tiempo disponiendo de un horizonte monetario estable, ahora, con el paso al sistema de cambios flexibles, el grado de incertidumbre sobre el mercado internacional tiende a aumentar rápidamente y este hecho empieza a provocar una contradicción del índice de crecimiento de la demanda internacional, contradicción que se torna mucho más rápida y grave cuando, en 1973, sobreviene la crisis energética. Si se observan las condiciones del índice de crecimiento de la demanda internacional se ve que giraban en torno al 8 %, como media anual, antes de la crisis energética, pero caen rápidamente hasta llegar casi a cero en 1981. Se trata entonces de plantearse el siguiente problema: si se ha producido una ruptura en el concepto de neutralidad del progreso técnico, ¿es posible formular una política de reforma cuando la falta de neutralidad de los efectos de la técnica sobre las estructuras productivas conduce continua y metódicamente a los sistemas a posiciones de equilibrio que se alejan del pleno empleo? La respuesta es negativa y, por este motivo, el análisis debe ser completamente nuevo.

En estas condiciones, las reformas que pudieran encauzarse de acuerdo con los

modos tradicionales correrían el peligro —como ha sucedido en los últimos diez años— de empantarse como meras formas de asistencia.

De hecho, dado que el sistema no crea puestos de trabajo suficientes, las reformas pensadas se suelen convertir en motivo para la creación de trabajos inútiles. Y entonces, por un lado, las reformas se burocratizan con rapidez como está pasando en Italia con la reforma sanitaria y, por otro lado, se produce un fuerte aumento del déficit público, que entraña consecuencias concretas inflacionistas.

Unas recientes investigaciones empíricas dirigidas por la Universidad de Viena han demostrado que en los últimos años se ha producido un rápido progreso, sobre todo desde el punto de vista de la eficiencia de los establecimientos, pero a esto no ha correspondido un aumento proporcional de nuevos productos de consumo.

Un ejemplo puede aclarar esta observación y todo el análisis. Si tomamos el sector del automóvil observamos que del lado de la eficiencia de la producción se han registrado progresos enormes. La introducción de formas automatizadas, como el *robot-gate* de la Fiat, han determinado, de manera impresionante, incrementos de productividad expulsando a obreros del proceso de producción. Por otro lado, lo que se observa en cambio es una simple producción de un bien que ya no puede cambiar mucho: el automóvil, y cuya demanda en los países industrializados es, más o menos, estática.

Si éstas son las consecuencias del injusto modo de actuar del progreso técnico, es necesario que reflexionemos y veamos cuáles son las nuevas posibilidades de desarrollo. Seguir proponiendo reformas sobre un modelo que continúa su crecimiento injusto es distorsionante para la reforma misma y, por esta razón, hay que repensar y mirar con nuevos ojos el propio adjetivo reformista y se impone buscar nuevas vías. Y, por lo demás, no se ve por qué, en el fondo, no han de ser sinóni-

mos reformismo moderno y «tercera vía».

Existen, a mi juicio, dos posibles soluciones: la primera es que la lentitud con que se amplifica dentro de los sistemas industriales con respecto al crecimiento de la productividad pueda compensarse con la creación de demanda externa; en particular, cabe la posibilidad —y esto ya se está produciendo— de que los países industrializados transfieran sistemáticamente una masa de recursos hacia los países del Tercer Mundo encauzando estos recursos en inversiones que creen demanda para los países industriales. De este modo se obtiene una doble ventaja: en primer lugar, se vincula de manera continua el crecimiento de los países industrializados con la absoluta necesidad del desarrollo del país del tercer mundo; en segundo lugar, se consigue la ventaja de ampliar la demanda y, por lo tanto, permitir el mantenimiento de ciertos niveles de ocupación dentro del país industrializado.

La segunda vía posible es la de la creación de puestos de trabajo en servicios

que no requieren inversiones fijas de alto nivel. Precisamente porque nos encontramos frente al aumento no sólo de la productividad, sino también frente a una progresiva escasez en la disponibilidad de los recursos productivos, es más necesario hallar una respuesta al paro y, en particular, al paro juvenil, que no puede venir, esta vez, ni de la ciencia ni de la técnica. Ciencia y técnica, en efecto, pueden darnos nuevos elementos de productividad o nuevos productos, pero ni de unos ni de otros tenemos particular necesidad frente al tipo de problema que estamos llamados a afrontar.

Por lo tanto, la respuesta, si no puede venir de la ciencia ni de la técnica, ha de venir de la cultura.

Hay una demanda de cultura, de música, de arte, de arqueología, de información, de ecología, de diversos modelos de vida y de comportamiento que sólo puede ser satisfecha si se crea una masa de traba-

jadores cualificados para responder a este tipo de exigencias.

Ahora, estos puestos de trabajo pueden crearse únicamente a través de la inversión pública, con lo que se replantearía el problema de cómo mantener el déficit para enfrentarse a la necesidad de crear puestos de trabajo sin resolver por este camino el problema de la inflación.

Si, no obstante, se consigue unir, mediante el instrumento fiscal, el aumento de la eficiencia productiva en el sector industrial con la posibilidad de transferir recursos de manera creciente y continua hacia los sectores de actividades culturales, en ese caso se obtendría el doble efecto de satisfacer una demanda fuertemente sentida sobre todo por las generaciones jóvenes, y la creación de puestos de trabajo que no implican inversiones masivas ni altos consumos de recursos hacia sectores

que compensan desde el punto de vista de la calidad de la vida.

Así, incluso el modelo que servía de base al reformismo laborista del *Beveridge*

Hay una demanda cultural que sólo puede ser satisfecha si se crea una masa de trabajadores cualificados para responder a estas exigencias

Report queda modificado en buena medida. Y, sobre este punto es donde resalta lo que me parece innovador y original en el programa económico del PSOE: la relación salario-empleo. Los puestos de trabajo de los «servicios avanzados» poseen un grado elevado de eficiencia económica, aunque sea indirecta. Sin embargo, en muchos otros casos, deberán de ser puestos a cargo del presupuesto del Estado. Esto significa que habrá que ejercitar cierta presión fiscal sobre las empresas sin anular, no obstante, el proceso de autofinanciación a través del beneficio, por lo demás muy bajo en este período.

Empero, es bastante difícil que este mecanismo pueda funcionar sin una pausa salarial. Ciertamente, si no se lograra contener los precios del trabajo dentro del incremento de la productividad, entonces sería difícil llevar adelante una política de empleo mediante el gasto público: inevitablemente, la cuota de crédito interior total

sería sacrificada en beneficio de consumos impulsados por altos salarios.

No se trata de una reedición de la vieja «política de rentas». La relación central

del mecanismo no está entre salarios y precios a través de la relación productividad-coste del trabajo, sino entre salarios y posibilidad de empleo por medio del presupuesto del Estado sin agravar el déficit. Por supuesto, no es un camino fácil y requiere mucha madurez por parte del sindicato, que debe comprender que la automoderación salarial extiende a los no asegurados la posibilidad de participar en la vida democrática del país.

Ahora bien, si los sindicatos se arriesgan a seguir semejante camino de madurez, entonces sí será posible una acción real de programación económica que hoy ya —al margen de ilusiones— es sustancialmente programación de los flujos de gasto público, sobre todo cuando la masa bruta que puede gastarse representa una cuota altísima del producto interno bruto.

Sin embargo, además del autocontrol sindical existe otra condición determinan-

Se puede pedir austeridad a los trabajadores solamente a condición de que el gobierno consiga mantener sus compromisos relativos al empleo

te: la eficacia de la Administración Pública. Cuando al principio dije que había tratado de ver el programa económico del PSOE también a través de la experiencia

de consejero del gobierno, el punto crucial es el de la eficiencia administrativa.

Se puede pedir austeridad a los trabajadores a condición solamente de que el gobierno consiga verdaderamente mantener sus compromisos relativos al empleo y, por lo tanto, realice las inversiones públicas programadas. En Italia estamos intentando agilizar los procedimientos de gasto y control mediante la asimilación de tecnologías avanzadas. Pero en España creo que, aparte del problema técnico, existe el grave problema político de hacer pasar una programación democrática a través de las redes de una burocracia franquista. Y este hecho ha parecido bastante claro en la exposición del programa por los compañeros españoles. Y también por todo esto es esencial el mantenimiento del acuerdo salario-empleo para un futuro programa de gobierno.

Traducción: J. A. Matesanz

¹ *La economía sumergida*. «Leviatán», N.º 3. Primavera, 1981.

La crisis del PCE: MANIFESTACION DE UN PROYECTO INVIABLE

Ricardo Lovelace



5

Las sucesivas expulsiones habidas en el PCE, la escisión reciente en el PSUC, la merma de militantes e implantación social de ambas formaciones, así como el progresivo desdibujamiento de la línea política de los comunistas españoles expresan, en su conjunto, una profunda crisis cuyas raíces se remontan a la propia historia del PCE, a las especiales condiciones de la transición democrática española y a la situación del comunismo internacional.

En las discusiones internas mantenidas por el PCE a finales de los años 60 y primeros 70, se daba por descontado que el mapa político, tras la caída de la dictadura, reflejaría el gran predominio, dentro de la izquierda, del partido comunista, mientras que una amplia formación de-

mocrisiana cubriría el espectro de un centro y una derecha relativamente progresista. Era éste un modelo a la italiana, aunque sesgado en un sentido mucho más a la izquierda.

Se suponía, en resumen, que el mapa político de la democracia reflejaría el di-

bujo existente en condiciones de clandestinidad, minusvalorando no sólo a todas las fuerzas conservadoras que se expresaban a través del propio aparato del régimen franquista, sino al resto de las formaciones opositoras que, por su carácter, encontraban extraordinarias dificultades para desarrollarse en condiciones de ilegalidad.

Los presupuestos de este cálculo eran tan irreales como sencillos: la dictadura, por un lado, habría supuesto para el país, y venía siéndolo por entonces, una rémora para su desarrollo económico hasta el punto de que los sectores capitalistas no monopolistas se verían confortados con su desaparición, basculando hacia soluciones netamente democráticas; éstas, a su vez, vendrían de la mano de las fuerzas de izquierda, fundamentalmente el PCE ante la claudicación histórica de la derecha española en acometer a tiempo su tarea transformadora.

Es decir, la hegemonía dentro del bloque de fuerzas que finalmente derrocaría a la dictadura sería ejercida por los comunistas y sus aliados «estratégicos», por lo que el

cambio democrático consistiría en una completa ruptura con el régimen salido de la guerra civil. Dicha ruptura significaba, tal como se definió en el VIII Congreso de 1972, una «auténtica revolución política» que abriría el camino para un proceso ininterrumpido hacia el socialismo.

He recordado este tipo de análisis porque, a mi juicio, muchas de las claves de la crisis comunista española actual residen en el tremendo desenfoque padecido por el PCE a la hora de valorar el franquismo y, consiguientemente, de calibrar las posibilidades de la transición hacia la democracia. Estas cuestiones son las raíces específicamente españolas de esa crisis: más tarde mencionaré los componentes generales a todo el llamado «movimiento comunista» que también han contribuido a la crisis.

El PCE se resistió obstinadamente a comprender la naturaleza de una dictadu-

ra que fue mucho más que una simple superestructura minúscula sobrepuesta al país, y subestimó los cambios económicos y sociales que se venían gestando en los años 50 y, sobre todo, tras el Plan de Estabilización. La terquedad llegó hasta la expulsión de todos aquellos dirigentes y militantes que se percataron de la creciente diferenciación entre los análisis de la realidad hechos por el PCE y la realidad misma.

La idea que parecía subyacer a los análisis comunistas era que la dictadura constituía un paréntesis en la vida española, un hecho siempre provisional, lo que no excluía que en variados documentos oficiales, sobre todo de finales de los 60, se hablara del crecimiento económico habido en los últimos lustros, fundamentalmente para recalcar, y exagerar, los aspectos conflictivos que iban apareciendo entre las demandas de la propia dinámica económica y el régimen político imperante.

**El PCE se ha ido quedando
sin política al negarse a revisar
unos presupuestos tradicionales que
la transición democrática
ha revelado falsos**

Cerrado el paréntesis, las soluciones se encaminarían, según el PCE, por el sendero que probablemente hubieran seguido en 1939 —en el caso de que se hubiera ga-

nado la guerra—, con un partido comunista agrandando dirigiendo un amplio abanico de fuerzas progresistas y, eso sí, unos sectores católicos renovados por el Vaticano II: la sólida derecha que empujó contra la legalidad republicana no parecía existir, y se restaba importancia a las más sólidas estructuras económicas y sociales nacidas durante la dictadura.

Esta continuidad, como si entre tanto nada hubiera sucedido, entre el período de la guerra —ya que no en etapas anteriores en donde los comunistas tuvieron una escasísima influencia— y el momento del pronosticado desplome franquista, se pone de relieve explícitamente en la propia documentación comunista, cuando comparaba la línea política seguida en el último período de la dictadura con la experiencia del Frente Popular, que se presentaba como antecedente inmediato de la misma. Por otra parte, aunque este últi-

mo aspecto quedara relegado a la categoría de anécdota, pero significativa, la creencia persistente en que la dictadura constituía un paréntesis ha llevado a muchos dirigentes comunistas a mantenerse en sus puestos, suponiendo sin rubor que la España actual les reconocería como líderes.

La transición acaecida desde 1975 barrenó un edificio ideológico tan tozudamente construido y defendido: desde un extremo a otro del andamiaje del PCE se conmovieron las ilusiones causando la desmoralización entre sus miembros. Esta situación no podía manifestarse sin una profunda crisis. Además, desde la muerte del dictador los dirigentes comunistas han tratado por todos los medios de ocultar lo que todo el mundo veía, aplicándose a la ingrata labor de demostrar lo acertado de sus pasados análisis cuando era cada vez más patente lo contrario, y cuando ya no resultaba posible, ha ido borrando las huellas de la vieja política con el afán de que todos, hasta ellos mismos, la olvidaran (presunción de carencia de memoria, tan al uso entre los comunistas).

El resultado de esta trayectoria reciente no ha podido ser más contrapuesto al buscado, acelerándose la crisis: el PCE se ha quedado sin política careciendo de otra de recambio; hoy ya nadie sabe qué son y qué dicen los comunistas españoles; su línea política se construye cada mañana sobre la base de una lectura atenta de los editoriales periodísticos por parte de sus dirigentes.

Entiéndase bien que el problema expuesto no sólo consiste en el fallo completo de la línea política construida por el PCE desde principios de los años 60 —que puede seguirse en textos como *¿Después de Franco, qué?, Nuevos enfoques a problemas de hoy, Libertad y socialismo*, etc.— sino, además, en la persistente deformación de la realidad española en los primeros años de la transición con objeto de ocultar esa quiebra, sometiendo así a los militantes a un duro con-

traste entre el discurso político que se enunciaba y la realidad de una evolución política que les resultaba cada vez más incomprensible y amarga. Pueden ponerse multitud de ejemplos de este último hecho: así, cuando se firmaron los Pactos de la Moncloa, el mensaje que se hizo llegar a las bases comunistas fue el que constituían un principio de salida a la crisis económica «de carácter no capitalista» —lo que concordaba con la ideología anterior a 1975—, y un poco más tarde, en la Conferencia de Madrid preparatoria para el IX Congreso del PCE, su secretario general defendió la idea de que en España se estaba produciendo una «revolución política» como la prevista en el Congreso de 1972. Naturalmente, si esos juicios triunfalistas y apologéticos hubieran sido mínimamente certeros, resultaba por completo incomprensible el progresivo deslizamiento de la situación política hacia posiciones cada vez más conservadoras y, asimismo, el modesto resultado electoral cosechado por el PCE.

Con estos antecedentes nadie puede extrañarse de la reducción del peso social y político que el PCE viene experimentando en estos años difíciles del postfranquismo. Pues bien, esa merma en la influencia comunista en el campo político y sindical —respecto de la mantenida en los reducidos ámbitos de la oposición clandestina, que tantos espejismos hizo concebir— ha debilitado tremendamente las posibilidades de transformación del propio PCE, siendo éste el segundo aspecto de su crisis actual.

Efectivamente, en los últimos años de la dictadura el PCE hizo un esfuerzo notable para su transformación, revisando muchos de los cánones acuñados en la vieja III Internacional, y adoptando posturas cada vez más distanciadas de la ortodoxia dominante entre los comunistas.

La merma sufrida en la influencia social y política del PCE ha erosionado sus posibilidades de renovación

Esa evolución venía impulsada por una variada conjunción de factores: la crisis del «socialismo real», las contradicciones crecientes derivadas de una tensa lucha en

España por las libertades y la notoria tiranía existente en los países del Este, el pragmatismo impuesto por las difíciles condiciones de supervivencia en el seno de

Los grandes partidos comunistas contemporáneos son consecuencia directa de situaciones generadas en la Segunda Guerra Mundial

una rígida dictadura. Renovarse o perecer, tal era el dilema que las condiciones imponían a la dirección comunista.

Y no les faltó inteligencia y audacia en este empeño. El PCE supo mantener su adhesión, aunque con dificultades y fricciones, entre el interior y el exilio, mucho mejor que en otros casos en los que han acabado constituyéndose dos partidos. Se distanció de la URSS lo suficiente como para no ser tildado de hipócrita, al tiempo que se conservaban los lazos, muy poderosos por cierto, con un modelo que seguía siendo único para muchos de sus dirigentes y, más aún, para buena parte de las bases; se depositó confianza y responsabilidades en cuadros jóvenes, sin que por ello perdieran las riendas los veteranos de la guerra. Esa capacidad de adaptación del PCE le evitó acabar convirtiéndose en una pequeña capilla de devotos sin presencia apreciable en la sociedad española.

Ahora bien, la evolución de estos últimos años ha dejado fuera de lugar muchos de los motivos que presionaban a favor de la transformación y ésta se ha detenido secamente. Por un lado, la influencia social del PCE es hoy tan magra que no obliga a grandes transformaciones para conservarla, ni desde las bases sociales en las que se mueven los comunistas se emiten impulsos vigorosos en un sentido renovador. Por otro lado, las condiciones de legalidad, por paradójico que parezca, permiten la subsistencia de un aparato congelado sin necesidad de tensar las cuerdas del pragmatismo tradicional, tan útil en otros tiempos más difíciles. Así, por ejemplo, los intelectuales y estudiantes no sólo fueron en los años 60 un factor de dinamismo de un PCE siempre cercado por la represión, fueron un elemento imprescindible para la supervivencia del aparato en el interior y esto obligaba a

ciertas transformaciones; en la legalidad, para mantener un aparato político de modesta influencia, no son ya necesarios unos sectores tan proclives a la disidencia.

Así, los enfrentamientos cada vez más ásperos, que se observan en el PCE desde el IX Congreso (1978), expresan la contradicción creciente entre dos grandes tendencias: la primera y dominante entronca de forma directa —personal y, sobre todo, ideológicamente— con la generación surgida al calor del Frente Popular y la guerra civil; mientras que la segunda es deudora del impulso renovador de los diez años anteriores a la desaparición del dictador y, asimismo, del cambio sociológico que en esos años experimentó España. Ahora bien, el proyecto que se expresa en esta última corriente ha ido chocando con las ambigüedades y compromisos del grupo dominante: el PCE de siempre está devorando al que pudo ser en un momento dado, y al que necesitó ser para ganar implantación en un contexto de severa dictadura.

Por otra parte, la confrontación entre las distintas corrientes en el seno del PCE ha marcado los límites de una estructura organizativa en donde la legalidad estatutaria —formalmente democrática— sólo se aplica en los casos que convenga al grupo dominante dentro de la dirección. Resulta llamativo constatar la notable involución sufrida por el aparato comunista en su funcionamiento interno, llegando la centralización de decisiones y el monopolio de la «elaboración teórica y política», ejercido por un pequeño grupo, hasta extremos desconocidos incluso en condiciones de clandestinidad; éstas imponían serios obstáculos a la democratización interna, pero como consecuencia de la mayor autonomía en la vida cotidiana de las grandes organizaciones del PCE en el interior, aunque sólo fuera por los requerimientos de seguridad, se alcanzaban cotas de participación en la toma efectiva de decisiones por parte de los comités intermedios y las organizaciones de base, sensi-

blemente más altas que en los últimos años, cuando la polémica interna ha cobrado extraordinaria virulencia.

Pero en la crisis del comunismo español hay otro factor de extraordinaria importancia: la situación internacional del comunismo. Se ha dicho recientemente, a raíz de los acontecimientos polacos, que las influencias positivas de la Revolución rusa se habían agotado completamente. En realidad este juicio parece benévolo en contraste con el panorama brutal y desolador que ofrecen los países dirigidos por las burocracias calificadas de comunistas: salvo los procesos de revolución industrial tardía desencadenados por ellas en países periféricos (y todavía es pronto para juzgar inequívocamente sus resultados, en todo caso muy costosos), ninguna contribución positiva puede ser anotada con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial. No resulta por ello casual que todos los grandes partidos comunistas

contemporáneos —el italiano o francés—, y todas las empresas de entidad protagonizadas por los comunistas con éxito desde entonces —China, Vietnam— son con-

secuencias directas de situaciones generadas en la citada guerra. Es decir, la capacidad moral e ideológica de la política nacida en la Revolución rusa para promover o dirigir grandes movimientos históricos quedó sofocada en la segunda contienda mundial. Desde entonces ningún partido comunista ha conseguido reconstruirse con cierta importancia, sin haberla tenido a raíz de la guerra; ningún movimiento en el Tercer Mundo ha estado dirigido por partidos comunistas *oficiales* si así no era en los años 40 (lo que no excluye, como consecuencia de la dialéctica de bloques, las «conversiones» masivas como en Cuba, Etiopía, Angola, etc., con posterioridad al cambio político).

El llamado «socialismo real» del bloque comunista ha acabado por asfixiar el mensaje del octubre ruso, ofreciendo un balance que, desde hace décadas, no ofre-

ce ningún elemento positivo a todos aquellos que combaten por un mundo mejor. Con este telón de fondo, la recuperación del comunismo español tras el largo período dictatorial no podría dejar de ser tremendamente comprometido.

No sería justo despreciar el grado de conciencia que algunos dirigentes comunistas españoles han llegado a tener del fenómeno mencionado: de ahí que el PCE, en los últimos lustros, tratara de combinar en su seno, al tiempo, la tradición de los años 30 y su contribución a la Guerra Mundial en la guerrilla, con la renovación acuñada con el término «eurocomunista». Sin embargo, esta conciencia sólo ha recorrido medio camino ante el temor de lo que podía ser un suicidio colectivo de la vieja guardia y sus señas de identidad, definiendo mejor que nada este punto intermedio la crisis del presente.

Porque tras los profundos cambios vi-

vidos por España durante la dictadura, al margen de la valoración que se haga de ellos, la recomposición política en la nascente democracia exigía la creación casi

de nuevo de su tejido político y sindical: la derecha de hoy es deudora directa de la sociedad conformada en el franquismo; el PSOE es capaz de integrar las diversas tradiciones socialistas, hasta las más contrapuestas, en la medida que representa, en su sentido más estricto, una formación política completamente renovada; el mundo sindical presente no tiene mucho que ver con el existente en 1936, siendo muy difícil emparentar a la UGT de hoy con la de la guerra, mientras que la CNT casi ha desaparecido y CC.OO. remonta su historia a los primeros años 60.

En este marco, el PCE representa una excepción tan notoria que basta repasar la lista de algunos de sus dirigentes actuales para apreciarlo. ¿Por qué este afán de supervivencia, de «legitimación histórica» característico del comunismo? Sencillamente, y por brutal que parezca, porque en la Europa de los años 70 y 80 no es po-

**No parece viable en España
un proyecto a la vez distante
de la Unión Soviética
y del
socialismo democrático**

sible recrear un partido comunista desde nuevas bases, y no es posible ante el colapso de cualquier estímulo positivo procedente de los irreconocibles «ideales comunistas» que ha producido el lúgubre campo del «socialismo realmente existente». Y la alquimia intentada dosificando renovación y tradición, en una España por lo demás tan titubeantemente democrática, sólo podía ser provisional: la crisis del PCE será su constante hasta que se resuelva la contradicción inherente a su proyecto.

Tal como están las cosas, en este espeso tejido determinado por las peculiaridades de una transición política sin ruptura, un PC cuya línea política ha naufragado y una bancarrota completa de las expectati-

vas abiertas por la revolución de octubre, no parece viable en España un proyecto comunista o «eurocomunista» a la vez distante de la Unión Soviética y del socialismo democrático. Probablemente el PCE, conforme siga centrifugando por una u otra vía a sus sectores más renovadores, pierda simultáneamente implantación social y posibilidades reales de independencia frente a los partidos-estados que han monopolizado lo que todo el mundo entiende irreversiblemente por comunismo; por su parte, el futuro de la disidencia renovadora y democrática no quedará muy apartado, si quiere mantener una cierta presencia en la vida política española, del Partido Socialista. El tiempo, en cualquier caso, correrá muy deprisa.

LA IGLESIA ESPAÑOLA EN LA TRANSICION

José A. Gimbernat



6

Una reflexión sobre el espacio ocupado por la Iglesia española y su influjo social durante el período de la transición puede enmarcarse plásticamente con las imágenes, captadas para todo el país, de los dos Cardenales españoles de mayor relevancia, y ello en el instante mismo en que la transición quedaba inaugurada. Los Cardenales son Marcelo González, Primado de España, y Vicente Enrique y Tarancón, Presidente de la Conferencia Episcopal.

El primero con su homilía en las exequias, en noviembre de 1975, del difunto Jefe del Estado con el que acababa un régimen. Las palabras de Marcelo González, encomiosas, sin reticencias, con respecto al Dictador, representaban a una Iglesia que se había sentido cómodamente instalada en el régimen franquista; que parti-

cipaba de las ideas sociales y políticas que le habían dado plausibilidad y que sustentaba una concepción de la fe cristiana que se correspondía con ese tipo de sistema político. Eran unas palabras que representaban a un sector de la Iglesia, miedoso ante la democracia posible y nostálgico de lo que consideraba una época

dorada para la Iglesia española. Un sector que, sea lo que fueran sus palabras, en su intimidad se siente preconciar, que desea la confesionalidad de la sociedad como el medio más apto para que prospere la propia concepción que se tiene de la fe.

La réplica a este discurso panegírico la significó la homilía que el Cardenal Tarancón tuvo horas después ante el Rey Juan Carlos. Puede ser considerada —en una circunstancia no fácil— como la proclamación más abierta de la jerarquía española con respecto a la democracia, al Estado de Derecho. En ella se manifestaba la intención de la Iglesia de no vincularse a ninguna opción de partidismo político y se niega legitimidad a los intentos desde la instancia del Estado o de los partidos de apropiarse de la legitimación católica.

Las dos intervenciones marcan las dos direcciones dentro de las que se va a mover la Iglesia española en sus niveles de máxima representación, a partir del inicio de la transición a la democracia. Son los dos límites ideológica y socialmente plausibles.

No quiere eso decir que no existan en el episcopado corrientes socialmente más sensibles, de mayor horizonte o también más cerradas, pero a lo más logran un carácter testimonial y no son relevantes en la orientación global de la jerarquía eclesiástica. Baste mencionar personas como Iniesta u Osés, por un lado, y por otro actitudes tan desmesuradas como la de Guerra Campos.

Así, en aquellas fechas quedaba delimitado el margen de las futuras posiciones eclesiásticas. Lógicamente en ese proceso de la transición han estado presentes las dos tendencias y, sobre todo, los compromisos correspondientes.

La pluralidad del catolicismo español

Desde una consideración sociológica y también teológica, la Iglesia no es sólo

su estructura jerárquica. Sobre todo a partir de la década de los sesenta, el catolicismo español había ido adquiriendo unos fuertes perfiles pluralistas, con posiciones muy divergentes y también opuestas. La militancia de numerosos cristianos en la oposición al franquismo y en partidos y organizaciones de izquierdas, también marxistas, incluso predominantemente presente en el origen de una formación como la ORT, marcan una clara ruptura con lo que había sido la uniformidad tradicional del catolicismo español, alineado permanentemente en los siglos XIX y primera mitad del XX con la derecha social y política.

Esta realidad sociológica ascendente e irrefrenable había ido penetrando paulatinamente los niveles superiores, aunque con dificultades y tremendos conflictos internos. Esta presión desde abajo explica en parte el lenguaje y la actitud más

liberal de una Iglesia que en aquella época era, en líneas generales, el reflejo religioso de la España oficial.

El otro gran influjo en la jerarquía

española fue el Concilio Vaticano II, que en sus documentos referentes al orden político y social asume los presupuestos del Estado democrático y la concepción ético-jurídica de los Derechos humanos. Aunque en su generalidad los Obispos españoles no fueron durante el período conciliar demasiado permeables a este tipo de ideas y actitudes, reaccionando incluso con incompreensión y desasosiego, sin embargo el efecto ulterior de esa doctrina resultaba imparable, a la vez que se incorporaban una serie de nuevos Obispos situados en coordenadas ideológicas distintas a las de sus antecesores.

Estos dos influjos, la presión y realidad plural de la base cristiana y el Vaticano II, explican la evolución que se observa en la jerarquía española al final de los años sesenta y principios de los setenta. El distanciamiento con respecto al franquismo y los conflictos subsiguientes

El momento culminante de la orientación democrática de la Iglesia es la homilía del Cardenal Tarancón ante el Rey en noviembre de 1975

tes aparecen al exterior. Se patentiza la animosidad de los sectores franquistas más intransigentes con la Iglesia española. Se la acusa de ingratitud. Carro Blanco pasa, cuantificada numéricamente, la factura a la Iglesia. El grito de «Tarancón, al paredón» es propio del fascismo que ve declinar su estrella. Se está a punto de expulsar del país a un obispo vasco por una homilía en defensa de los derechos de las minorías étnicas, como empieza a decirse entonces. La creación en esta época, la inmediatamente anterior a la transición, de una cárcel llamada concordataria, destinada a los sacerdotes no gratos al régimen, es un síntoma de la soledad social a la que se había encaminado un régimen que había ideológicamente sacralizado la función social del sacerdote.

En mi opinión es simplista y unilateral interpretar, por tanto, el desencanche de la Iglesia del franquismo como fruto del oportunismo y la perspicacia de quienes vieron en la degradación biológica del Dictador la descomposición y la inviabilidad de la continuación del régimen político fundado por aquél, y sólo por él sustentable. Aunque éste sea un dato a considerar en la psicología de los protagonistas, los otros factores enunciados eran también operativos. Sería también incorrecto considerar a todos los miembros de la Conferencia Episcopal en bloque, sin capacidad diferenciadora. Por el contrario, se deben tener en cuenta aspectos subjetivos y singulares. Quizá en este nivel de consideraciones psicológicas podrían señalarse importantes analogías con los núcleos más evolucionados del antiguo régimen, que fueron los que institucionalmente protagonizaron el proceso de evaluación, sin ruptura, a la democracia.

Verosímilmente, el momento culminante de la orientación democrática de la Iglesia es la mencionada homilía del Cardenal Tarancón. Es la circunstancia de carácter simbólico en la que la Iglesia

se muestra más abiertamente democrática, aceptando con menor reticencia sus implícitos de pluralismo y desconfesionalización de la política y de la sociedad.

En aquella ocasión de origen se expresó una negativa a la formación de partidos democráticos cristianos. Esta decisión los hizo políticamente inviables, puesto que su esencia es el apoyo explícito eclesiástico. No parece aventurado pensar que otra actitud oficial o semi-oficial de la Iglesia habría dado vuelos a un partido de características próximas a las democracias cristianas europeas. El descalabro electoral de la formación que se presentaba como heredera de esa tradición es en gran parte consecuencia de la inhibición eclesiástica.

Los problemas de la readaptación a la Democracia

A partir de aquel importante gesto, ciertas nostalgias del pasado, la dificultad de reencontrar el propio espacio en una sociedad que es y se explicita diferente, y la preocupación por mantener el influjo social anterior van a producir fuertes problemas de adaptación en la Iglesia española y a determinar posiciones más crispadas frente a los hábitos inherentes a la democracia.

Los problemas de readaptación no son sencillos. Una sociedad democrática exige a la Iglesia resituarse en otros espacios que los propios de una sociedad confesionalizada desde arriba; solicita otro talante por parte de la Iglesia en su relación con la sociedad y el Estado. Además, en el roce diario se acentúa el miedo a una izquierda social, que ya no está maniatada, y a la sensibilidad laica de distintos grupos, algunos de los cuales

en el secreto de su corazón aspiran, como antídoto a la intromisión y a la osadía clerical, relegar la Iglesia a la sacristía, rememorando gestos y hábitos laicistas pretéritos.

Es en el objetivo de las declaraciones morales donde parece que la Iglesia española ha entendido menos lo que es una sociedad pluralista

Todas aquellas pre- tensiones de una Iglesia no partidista no se vieron demasiado refrendadas en los documentos oficiales previos a las elecciones de 1977

En 1979 la Iglesia baja con mayor implicación y partidismo a la liza electoral, defendiendo posiciones sociales con efectos partidistas

y 1979. En la consabida retórica clerical, después de las afirmaciones de rigor sobre la libertad de elección de los ciudadanos y en particular de los católicos, y de señalar la independencia de la Iglesia con respecto a los partidos políticos, vienen las conclusiones en las que se hace énfasis en valoraciones morales que coinciden literalmente con puntos programáticos del centro y la derecha. Sobre todo esto se percibe más claramente en el documento anterior a las segundas elecciones, donde se destaca la oposición eclesíastica a una ley del divorcio y se defiende la concepción propia de la organización del sistema educativo como elementos orientativos del voto. Detrás de la última propuesta se halla el largo debate de la cuestión de la escuela confesional, la enseñanza privada frente a la concepción de la escuela pública. De esta forma, en 1979, la Iglesia baja con mayor implicación y partidismo a la liza electoral, no sólo defendiendo perspectivas propias, sino posiciones sociales con efectos partidistas.

En las primeras elecciones de 1977 la Iglesia se había manifestado de forma más neutral, en un documento confuso y poco afortunado; su defensa de los principios generales era más equilibrada en referencia a derecha y a izquierda, con un mayor carácter de abstracción.

Durante el período de la transición la fijación de la Iglesia se ha ido haciendo obsesiva en campos determinados de la moral y de la organización social, en los mismos que por oportunismo o convicción coinciden los partidos conservadores. Esta unilateralidad ha hecho que la Iglesia española, bajo apariencia de cumplir su función orientadora, haya ido concretando sus opciones políticas. Existen otros ámbitos sociales profundos, que no son sólo la escuela confesional

o la oposición a una ley del divorcio, ante los que la derecha carece de sensibilidad suficiente, en donde hay un amplio espacio de convergencia entre un

determinado pensamiento cristiano y las posiciones de los partidos de izquierda, y que parece que a la hora de las urnas la Iglesia española no tiene especial interés en acentuar.

Con anterioridad a las últimas elecciones, la actitud de la Iglesia ante la Constitución había sido motivo de polémica y de desacuerdo en el propio interior. El motivo era que la Iglesia no quedaba constitucionalizada mediante una mención específica en el proyecto de la Ley de Leyes para los españoles. La queja y presión tuvieron al fin el éxito de la inclusión explícita.

A pesar de ello, la Conferencia Episcopal no se mostró entusiasta con la redacción presentada a referéndum. Otra vez los temas de la enseñanza y la regulación del matrimonio —aún sin sugerir un veto eclesíastico— motivaron un documento excesivamente tibio ante la gran oportunidad que para el pueblo español significa la Constitución.

Por último, hay que recordar un acto jurídico-político de relieve en orden a resituar a la Iglesia en la sociedad: la firma de los acuerdos parciales entre el Estado y la Santa Sede. Estos pactos ponían fin al obsoleto Concordato que había supuesto la primera pieza del reconocimiento internacional de la Dictadura nacida de la guerra civil. En el Parlamento, la oposición votó en contra del Acuerdo sobre la enseñanza y asuntos culturales, por considerar que otorgaba unos privilegios excesivos. En el fondo latía la cuestión permanente de la escuela. Los otros tres Acuerdos: asuntos económicos, jurídicos y asistencia religiosa a las fuerzas armadas, fueron aprobados por la inmensa mayoría. Es indudable que la sustitución del Concordato, la renuncia al privilegio de presentación de Obispos, hecha espontáneamente por

Juan Carlos, y la firma de los Acuerdos moderniza la relación de la Iglesia con el Estado y sitúa a ésta en la sociedad de una forma más adecuada con lo que es un Estado de Derecho y una teología no basada en privilegios eclesiales.

Pero estos acontecimientos relatados, que han marcado el paso de un Estado confesional, en que por definición la Iglesia era un valiosísimo factor de legitimación, hacia un Estado democrático, ha implicado los fuertes problemas de readaptación mencionados, además de hacer visibles en la última época, acorde a pautas de reorientación en el Vaticano, el fortalecimiento de lo que se han llamado tendencias restauracionistas e involutivas.

No cabe duda que una teología acerca de la Iglesia en la sociedad, que pretenda tener un mínimo de significado so-

cial y eclesial, se expresa al menos retóricamente en favor de la renuncia de privilegios, en el empeño de servicio a la sociedad y lo define como instancia in-

La polarización de la Iglesia española en diversos temas ha determinado su convergencia con sectores conservadores e incluso reaccionarios de la sociedad

dependiente en que la única autoridad deseada es la ganada por el reconocimiento de su autenticidad moral insobornable.

Pero en la práctica no es fácil hallar este espacio social. No sólo es una cuestión del propio desconcierto, sino de la imagen que se tiene de sí mismo, de las funciones que se pretende realizar en la sociedad, algunas anacrónicas, y a las que no se renuncia o no se quiere renunciar.

Los conflictos con la sociedad

Donde la Iglesia se ha mostrado más beligerante ha sido en el ámbito de la educación de la moral familiar, en concreto acerca del tema del divorcio, como lo será en el futuro la cuestión del aborto.

Cierto que el tema de la educación es un tema difícil. La iglesia es cons-

ciente de que su relevancia social se vería fuertemente mermada sin escuelas propias. No es éste el espacio adecuado para un análisis detallado del problema. Pero hay que señalar que en esta cuestión es donde más han amenazado con aparecer las viejas disputas anteriores a la guerra civil. Es un espacio clásico —no sólo español— de confrontación entre laicistas y católicos. Desde luego hay que decir que por lo menos sería un anacronismo por ambas partes repetir la controversia en los mismos términos.

Para una comprensión de la posición eclesiástica hay que indicar —aparte de la discusión objetiva sobre qué es mejor para la educación de los españoles y para la formación de la conciencia cristiana— que es éste un punto de prueba donde desde la Iglesia se ve aparecer la antigua

pretensión de sectores laicistas de considerar la fe como mero asunto privado, sin relevancia social ni institucional. No sólo desde posiciones católicas reacciona-

rias, sino de las progresistas, se estaría en desacuerdo con tal pretensión aunque esta última corriente, en el asunto concreto de la escuela, estaría más a favor de una preminencia de la escuela pública con respecto a la privada.

Es en el objetivo de las declaraciones morales donde parece que la Iglesia española ha entendido menos, durante la transición, lo que es una sociedad pluralista, en la que coexisten diversidad de morales. Y donde hay que diferenciar nítidamente aquello que es valoración moral singular de los criterios por los que hay que legislar en una democracia. En una sociedad de esta características, las morales particulares, y por definición la de la Iglesia católica lo es en una sociedad plural —sin que entremos ahora en el juicio de su acierto o desacierto—, no puede pretender verse sancionada como la única obligatoria por medio de la fuerza de la ley.

Pretensiones de este tipo entrañan ocul-

tamente un anhelo de recatolizar o confesionalizar clandestinamente espacios de la sociedad. Creo que no se debe discutir el derecho de expresar, también institucionalmente, las propias opiniones en el campo de los comportamientos morales, pero el estilo adecuado debe ser exhortativo, persuasivo, no forzando mediante el anatema o la imposición de la propia convicción como única y obligada. En una sociedad moderna, pluralista, existen diversas concepciones de cómo se concretan las obligaciones derivadas del Derecho natural y también se puede negar desde diversas perspectivas la concepción filosófica en que aquél se basa, sin que tengan que merecer necesariamente el calificativo de perverso. El legislador debe mantenerse equidistante en estas cuestiones, considerando las distintas y contrapuestas valoraciones, no asumiendo nunca el rol de un juez moral que dictamina quiénes tienen o carecen de la razón ética.

Las leyes en un Estado moderno no pretenden moralizar, ni ser la expresión de códigos morales, sino que intentan organizar jurídicamente el ejercicio razonable de la convivencia a otro nivel que, sin ser ajeno a la moral, tampoco pretende entrar en este tipo de debate. Su objetivo es el bien jurídico que garantice la pluralidad de opciones morales socialmente reconocidas.

La polarización de la Iglesia española, durante el período al que nos referimos, en estos diversos temas, ha determinado su convergencia con sectores conservadores e incluso reaccionarios de la sociedad. Y de hecho, pretendida o involuntariamente, la ha hecho aparecer como próxima en exclusiva a las opciones políticas de esos grupos, o al menos en posiciones de apoyo difuso y electoral.

La coincidencia en estas propuestas y la utilización que los partidos conservadores hacen de ello han ido creando paulatinamente, en el período de la transición, la impresión, si no algo más,

Desde una consideración sociológica y también teológica, la Iglesia no es sólo su estructura jerárquica

de que la Iglesia española se alineaba políticamente de manera precisa.

No fue, pues, injustificado que apareciera en público debate la cuestión de si la Iglesia, de una manera más sutil que la conocida en el antiguo régimen, prefería un partido concreto al que apoyaba y favorecía: UCD. Este, para que no faltase de nada, albergaba en su interior una corriente demócrata cristiana.

La insistencia moral por parte eclesiástica en los aspectos que le resulta grato escuchar y que son propios de este partido, y el olvido en los énfasis correspondientes de lo que son los valores sociales y humanos de la izquierda, sobre todo cuando se aproximan períodos electorales, han mostrado en esta época a la Iglesia española desequilibrada hacia el centro y la derecha —si no es que hay que decir hacia el centro-derecha— a los ojos de gran parte de los ciudadanos, y posiblemente también ante sus propios ojos.

Sin que el autor de este artículo tenga información suficiente, parece que no es extravagante la afirmación de un importante sector del episcopado español de favorecer la creación de una corriente política que recupere la confesionalidad perdida y —*nihil novum sub sole*— un partido público o encubiertamente confesional según los modelos al uso y que evidentemente no tendría demasiado que ver con los antiguos proyectos políticos de Joaquín Ruiz-Giménez.

El catolicismo subyacente

Pero ciertamente la historia de la Iglesia española durante la transición no sólo es la de sus instancias supremas y oficiales, como la historia de los pueblos no es sólo la de sus Reyes, Consejos de Ministros y Parlamentos.

La Iglesia española —ya ha sido señalado— ha experimentado en los últimos veinte años cambios importantes y significativos en sus bases. Ya se indicó que

el cambio en el nivel jerárquico fue consecuencia de un cristianismo español que evolucionaba a mayor ritmo que su jerarquía y que, en sus vanguardias más

La recepción de las dos corrientes culturales de la modernidad en las bases católicas determina su presencia activa en la oposición al franquismo

caracterizadas, obreros, estudiantes e intelectuales habían sabido realizar la confrontación necesaria con las dos grandes corrientes culturales de la modernidad, que en su origen habían sido consideradas como enemigas por parte de la iglesia. Me refiero a las corrientes ilustrada y liberal y al socialismo marxista. La recepción de la modernidad en las bases católicas determina su presencia activa en la oposición al franquismo y, a partir de unas primeras motivaciones éticas, aparece una nueva concepción de lo que son las implicaciones políticas y sociales derivadas de la creencia cristiana.

La consecuencia positiva para la sociedad española y para su democracia ha sido, en la transición, la dispersión del voto católico, que en la época de la última República era mucho más uniforme. En las elecciones de 1977, según una encuesta, el 87 % del electorado del PSOE

se consideraba católico e igualmente el 55 % del PCE. La consecuencia de este pluralismo católico se ha podido apreciar en los debates a nivel nacional sobre la escuela, el divorcio, la familia. No ha sido posible mostrar una doctrina uniforme en esos aspectos. Desde distintos ámbitos, también en manifestaciones públicas de teólogos, han surgido voces que defendían una concepción pública de la escuela, se significaban en contra de la mención explícita de la Iglesia en la Constitución, criticaban la posición de los escritos jerárquicos ante las consultas electorales o se oponían a las manifestaciones episcopales en contra de la promulgación de la ley de divorcio. Comunidades populares, cristianos por el socialismo, HOAC y JOC... expresan la parte más estructurada de un catolicismo español que se ha hecho plural y que no considera como normativa todas las opiniones jerárquicas en aquellos campos que inciden en la ética social y en la organización de la convivencia civil.

el cambio en el ámbito de la recepción de las dos corrientes...
la recepción de las dos corrientes...
en las bases católicas determinadas...
su presencia activa en la oposición...
al franquismo...
pre la escuela, el divorcio, la familia...
No ha sido posible mostrar una decen...
na uniforme en esos aspectos. Desde...
distintos ámbitos, también en manifesta...
ciones públicas de teólogos, han surgido...
voces que entendían una concepción pu...
blica de la escuela, se significaban en un...
ta de la función explícita de la Iglesia...
en la Constitución, criticaban la posición...
de los escritos jerárquicos ante las consul...
tas electorales o se oponían a las manifes...
taciones episcopales en contra de la pro...
mulgación de la ley de divorcio. Comu...
nidades populares, cristianas por el socia...
lismo, HOAC y JOCX, expresan la parte...
más estructurada de un cristianismo espa...
ñol que se ha hecho plural y que no...
considera como normativa todas las opi...
niones jerárquicas en aquellos campos...
que inciden en la vida social y en la or...
ganización de la convivencia civil.

La Iglesia española...
algunos aspectos...
de la vida social...
organización de la convivencia civil...
La Iglesia española...
algunos aspectos...
de la vida social...
organización de la convivencia civil...

El cambio en el ámbito de la recepción de las dos corrientes...
la recepción de las dos corrientes...
en las bases católicas determinadas...
su presencia activa en la oposición...
al franquismo...
pre la escuela, el divorcio, la familia...
No ha sido posible mostrar una decen...
na uniforme en esos aspectos. Desde...
distintos ámbitos, también en manifesta...
ciones públicas de teólogos, han surgido...
voces que entendían una concepción pu...
blica de la escuela, se significaban en un...
ta de la función explícita de la Iglesia...
en la Constitución, criticaban la posición...
de los escritos jerárquicos ante las consul...
tas electorales o se oponían a las manifes...
taciones episcopales en contra de la pro...
mulgación de la ley de divorcio. Comu...
nidades populares, cristianas por el socia...
lismo, HOAC y JOCX, expresan la parte...
más estructurada de un cristianismo espa...
ñol que se ha hecho plural y que no...
considera como normativa todas las opi...
niones jerárquicas en aquellos campos...
que inciden en la vida social y en la or...
ganización de la convivencia civil.

El catolicismo subyacente...
pero ciertamente la historia de la Iglesia...
es la de las instancias supremas y ofi...
ciales, como la historia de los pueblos...
no es solo la de sus Reyes, Cortes...
de Ministros y Parlamentos.

La Iglesia española...
ya ha sido señalado...
ha experimentado...
en los últimos...
años cambios...
importantes y...
significativos...
en sus niveles...
inferiores. Ya se indicó que...

CRISIS Y SEGURIDAD SOCIAL

Ignacio Cruz-Aurelio Desdentado



7

«La razón se convierte en desatino, la buena acción en calamidad»

Goethe

La historia no siempre se repite pasando de la tragedia a la comedia, como decía Marx. En ocasiones, la repetición se inserta dentro del mismo ciclo absurdo y esto es lo que, en buena medida, ha ocurrido con la llamada mejora y racionalización de la seguridad social.

La necesidad de una reestructuración a fondo de nuestro sistema de seguridad social, cuyas deficiencias históricas se han agravado con la crisis económica, era, y es, una exigencia compartida por amplios sectores sociales y por los espe-

cialistas que han venido ocupándose del tema. En esta línea hay que situar las previsiones del ANE, cuyo punto V.2 estableció una Comisión Tripartita (Administración, sindicatos y patronal) para examinar la situación de la seguridad social

y proponer al Gobierno las medidas necesarias para su mejora y racionalización.

Tras seis meses de preparación, en los que, por cierto, «desaparecen» los estudios de base elaborados por el Instituto de Estudios de Sanidad y Seguridad Social (Libro Rojo), el Gobierno remitió, a principios de diciembre de 1981, un documento conocido como *Libro Verde*, en el que se contenían las directrices a debatir por la Comisión.

La inconsistencia técnica del Libro Verde, el carácter regresivo de sus propuestas y su posición favorable a una reprivatización del sistema público de la seguridad social, son suficientemente conocidos.

Sobre esta base, no es extraño que el debate en la Comisión Tripartita terminara con un fracaso total, pese a los esfuerzos de su Presidente, el profesor Fuentes Quintana, de reconducir la discusión a través del llamado *documento de síntesis*

que propiciaba un acercamiento realista de posiciones entre las partes. La CEOE, defraudada por la eliminación de las propuestas reprivatizadoras en el documento

de síntesis, se negó a discutir el mismo y el debate finalizó sin acuerdo a finales de enero de 1982.

Ante este fracaso, el grupo parlamentario socialista presentó al Congreso una proposición no de ley solicitando un debate urgente sobre la política de seguridad social. La respuesta del Gobierno ha sido la elaboración de otro documento, el programa de mejora y racionalización de la seguridad social, conocido con el nombre de *Libro Amarillo*.

Un examen de este programa muestra que, al igual que ocurría con el Libro Verde, estamos ante una formulación típicamente arbitrista en la que no existe ninguna evaluación crítica de la situación actual, ni un sólo análisis cuantitativo de las variables básicas del sistema ni, por supuesto, ningún intento de verificación racional de las alternativas propuestas. Pero estas deficiencias técnicas no velan el objetivo fundamental del Libro Amarillo: la

degradación global de la acción protectora de la seguridad social a través de la congelación del crecimiento del gasto social, como paso previo a una reprivatización, cuyo requisito indispensable es el hundimiento de la eficacia protectora del sistema público.

Este objetivo fundamental del programa gubernamental tiene su punto central en el análisis del déficit (páginas 3 a 10 de la propuesta) y en el epígrafe dedicado a las medidas de financiación.

La función del déficit en el Libro Amarillo.

La especulación en torno al déficit cumple la función básica de asegurar la propuesta de limitación del crecimiento del gasto social y el consiguiente estancamiento y deterioro de los niveles de protección alcanzados.

Esta invocación del déficit como elemento legitimador de las políticas al desmantelamiento de la seguridad social, no constituye ninguna novedad.

En este sentido, debe recordarse la experiencia francesa donde la insistencia sobre el déficit abrió las vías para una política que ha sido justamente calificada como un desplazamiento institucional de los costes de la crisis hacia los beneficiarios¹.

Uno de los principales especialistas internacionales en la materia destacaba, en 1980, que la noción de déficit es un concepto absolutamente *inepto* para abordar los problemas de financiación de un servicio público como la seguridad social, señalando que esta noción es utilizada, fundamentalmente, «con un propósito de descalificación de la seguridad social de los trabajadores», a través de la dramatización de la tendencia, surgida durante la crisis, a la producción de un desfase entre la evolución de los recursos y la de los gastos, precisamente cuando, como consecuencia del impacto de la recesión de la cuantía global del gasto social, lejos de

El Gobierno tiene como objetivo la degradación global de la acción protectora de la seguridad social mediante la congelación del crecimiento del gasto social

poder ser considerada excesiva es notablemente insuficiente para poder cubrir las necesidades sociales en expansión ².

Se ha dicho también que la noción de déficit es simplemente una coartada para la política de degradación de la seguridad social y para justificar el rechazo de los sectores empresariales y del gobierno a afrontar una auténtica reforma de la financiación ³.

Esta política se intenta ahora reproducir en España a través del programa contenido en el Libro Amarillo. Pero frente a la relativa sofisticación de las estimaciones francesas, las consideraciones sobre el déficit del Libro Amarillo son sólo meras especulaciones carentes del más elemental rigor analítico.

En efecto, la apreciación del déficit responde a un discurso puramente retórico esbozado en términos alarmistas y del que está ausente no sólo el análisis explicativo de sus variables, sino incluso una cuantificación de sus componentes. El documento señala que en el ejercicio de 1981 el conjunto del sistema de la seguridad social más las prestaciones de desempleo registró un déficit superior a los 100.000 millones de pesetas. No hay, por supuesto, ninguna información sobre las partidas que componen este déficit y sobre las posibles desviaciones que hayan dado lugar al mismo. A partir de este desconocimiento absoluto, el documento entra en una perspectiva catastrófica carente de cualquier fundamento cuantitativo susceptible de comprobación y crítica. Se dice así que según «algunos estudios realizados para el período 1982-85 —naturalmente no se sabe cuáles, pues se omite la cita— de mantenerse las tendencias actuales (excluida la aportación del Estado) alcanzaría en 1985 una cifra superior al billón de pesetas». Como puede apreciarse el concepto de déficit que maneja el documento

es muy peculiar, ya que si se excluye uno de los recursos del sistema (la aportación estatal) para determinar el importe del déficit, la noción de ésta ya no obedece a ló-

gica alguna. Dado que la aportación estatal es un recurso legal del sistema (principio de financiación mixta), igualmente se podrían haber excluido los recursos provenientes de las cuotas y entonces el déficit se situaría en cifras en torno a los seis billones, con la consiguiente magnificación del efecto alarmista sobre la opinión pública a la que se trata de convencer de que el sistema público está abocado a una catástrofe financiera si no se aceptan las propuestas de reducción del gasto social. En este sentido, el Libro Amarillo continúa anunciando que el camino hacia la «quiebra» del sistema y su «desaparición» será muy corto si no se cumplen los objetivos del programa sobre consolidación financiera, es decir, sobre la congelación del crecimiento de los recursos.

La determinación del déficit y sus causas.

Como se ha señalado, el Libro Amarillo se limita a indicar que durante el año 1981 se produjo un déficit superior a los 100.000 millones de pesetas, sin proporcionar la más mínima información sobre las partidas que integran esa cifra y sin intentar siquiera una evaluación de sus causas.

Esta indeterminación muestra que la noción de déficit que maneja el Libro Amarillo es incorrecta.

En efecto, tal déficit lejos de ser un resultado global de los recursos del sistema, se presenta en la práctica con una localización específica que el Libro Amarillo trata de ocultar a través de una generalización obviamente tosca:

1.º En primer lugar, el supuesto déficit se produce exclusivamente en la prestación de desempleo que, como es sabido, tiene un régimen de financiación y de gestión diferenciado del resto del sistema de

la seguridad social. En un estudio reciente, el profesor Barea estimaba el déficit de desempleo en 1980 en 71.654,5 millones de pesetas y establecía una previsión de

Se están trasladando a la financiación del desempleo partidas como los gastos del INEM, subvenciones a empresas y acciones asistenciales...

déficit para 1981 de 110.200 millones de pesetas⁴. Igualmente, en el trabajo dirigido por el profesor González Catalá sobre la situación económica financiera de

**La eficacia recaudatoria
del sistema se ha perdido como
consecuencia de las contradictorias
reformas abordadas
a partir de 1980**

la contingencia de desempleo se describía la generación de déficits endémicos en el desempleo, señalando que responden a una estructura incorrecta de la financiación de esta contingencia que, según las conclusiones de la investigación, tiene necesariamente que replantearse⁵. El citado trabajo informa también cómo se está produciendo, evidentemente como consecuencia de las deficiencias de previsión del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, «una financiación excepcional por el camino de adelantar la seguridad social el dinero necesario para la contingencia de desempleo», suponiendo los anticipos de la Tesorería un total acumulado de 101.890 millones de pesetas.

2.º El déficit tiene también una explicación lógica, ya que el incremento de las tasas de paro en nuestro país, con el consiguiente aumento acelerado de los beneficiarios pese a las restricciones introducidas por la Ley Básica de Empleo, constituye un elemento explicativo suficientemente obvio para cualquier observador objetivo.

Sin embargo, incluso un examen más detallado del déficit en la contingencia del desempleo permite obtener explicaciones adicionales que muestran la presencia de factores de mediación institucional en la agravación del mismo. De un análisis de los presupuestos generales del INEM se deduce la existencia de una fuerte presión de cargas negativas sobre la financiación del desempleo, es decir, de un mecanismo de transferencia negativo a través del cual se están trasladando a la financiación del desempleo partidas como son, por ejemplo, los gastos corrientes de funcionamiento del propio INEM, determinadas acciones en materia de política de empleo, formación profesional, empleo comunitario, subvenciones a empresas y acciones

asistenciales, que en el presupuesto del año 1982 suponían, aproximadamente, un 15 % de un total de gastos de 423.000 millones de pesetas (63.450 millones de

pesetas)⁶.

Por otra parte, la mediación institucional en la creación del déficit se está revelando claramente como una política al servicio de los intereses de la patronal y de los objetivos tendentes a la eventualización de la fuerza de trabajo. Según las últimas estimaciones, el coste de las bonificaciones a las empresas por la contratación temporal ha ascendido desde el año 1980 a la cantidad de 24.000 millones de pesetas, y en 1981 a 42.000 millones de pesetas. De esta forma, la magnificación autogenerada del déficit sirve a la estrategia empresarial de degradar la estabilidad en el empleo de los trabajadores, y la propia desprotección del desempleo financia masivamente la sustitución de los trabajadores fijos por mano de obra eventual en régimen de empleo precario, a través de la amortización con cargo a las bonificaciones y a otros fondos públicos de los despidos improcedentes.

Un análisis crítico de la noción de déficit lleva necesariamente a considerar otras variables. Según las propias fuentes del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, y concretamente la *Memoria Explicativa* del presupuesto de la Seguridad Social para 1982, resulta que el régimen general, que constituye el núcleo central del sistema de la seguridad social tanto por la importancia numérica como financiera del colectivo incluido en el mismo, ha tenido los siguientes superávits:

— Año 1980	225.064 millones
— Año 1981	199.090 millones
— Año 1982 (presupuestado)	201.757 millones

Pero este superávit del régimen general, en la medida en que es absorbido por el gasto total del sistema, presenta elementos de gran interés a efectos de una política

que realmente se proponga abordar un saneamiento financiero del sistema, ya que está actuando como una fuente adicional de financiación de los desequilibrios financieros de los regímenes especiales. Ello no se debe a ninguna ley fatal, sino que como ocurría en el caso del déficit de desempleo, responde también a una mediación institucional, es decir, a unas determinadas decisiones políticas sobre la distribución de la carga y la prioridad del gasto. Los datos de los Presupuestos para 1982 muestran un superávit previsto de 201.757 millones en el Régimen General, que financia los déficits de 16.093 millones del régimen de autónomos, 434.361 millones del régimen agrario, 22.345 millones del régimen del mar, 19.916 millones de la minería del carbón y 72.606 de los restantes regímenes especiales.

Así parece claro que este fenómeno de absorción se configura como una típica

carga indebida sobre los trabajadores de la industria y de los servicios, que están sosteniendo, a través de una presión contributiva artificialmente alta, la existencia

**La manipulación y alteración
por el Libro Amarillo de la aportación
del Estado a la Seguridad Social
convierte la aportación estatal
en déficit**

de una política que tiende sistemáticamente a calcular a la baja la presión sobre determinados regímenes especiales, hasta el punto en que incluso la aportación estatal al sistema es también absorbida en su totalidad, aparte de los superávits del régimen general por estos desequilibrios. El déficit se presenta como una magnitud en la que, como por otra parte demuestran experiencias recientes en materia de asimilaciones (clero diocesano de la Iglesia católica, funcionarios internacionales, comunidades religiosas) opera, según ha resaltado para fenómenos análogos la doctrina italiana más reciente⁷, como un «juego clientelístico», a través del cual la extensión de los regímenes especiales, sin contrapartidas de financiación justas, altera los mecanismos de equilibrio del régimen general, propiciando una degeneración asistencial del sistema contributivo de seguridad social que, lejos de corresponderse con una mayor fiscalización, ge-

nera un costo que debe asumir el núcleo principal de los trabajadores de la industria y servicios.

Otro factor que debe considerarse al abordar cualquier explicación de los desequilibrios financieros es también de carácter institucional, y consiste en la pérdida absoluta de la eficacia recaudatoria del sistema como consecuencia de las contradictorias reformas abordadas a partir de 1980, que han provocado prácticamente un colapso del funcionamiento del procedimiento de recaudación en vía ejecutiva. Según los datos que ya se aportaron en el documento sobre la alternativa de la Unión General de Trabajadores en la Comisión Tripartita para la Mejora y Racionalización de la Seguridad Social (datos que no fueron objeto de rectificación por la representación de la Administración), las deudas controladas pendientes de cobro por descubiertos de cotización se ele-

vaban, en 1981, a 398.873 millones de pesetas, mientras que la eficacia recaudatoria en vía ejecutiva no alcanza el 5 % de los créditos objeto de apremio.

Por último, dentro del equilibrio financiero de la seguridad social debe considerarse la incidencia de otras cargas indebidas que gravan el presupuesto del sistema dentro de la estructura del gasto social. En los acuerdos de la Moncloa, el Gobierno se comprometió (punto VI.A) a eliminar dichas cargas; compromiso que ha sido reiteradamente incumplido y que sólo en términos de coste de servicios sociales se ha presupuestado en 29.897 millones para 1982.

Las anteriores consideraciones muestran que la noción de déficit que utiliza el Libro Amarillo, al igual que otras de sus técnicas alarmistas como la realización de proyecciones en pesetas corrientes para magnificar el alza de los gastos sociales, carece de la más elemental consistencia. Como se ha señalado para la experiencia del VIII Plan francés, al amparo de una campaña oficial sobre el déficit de lo que se trata realmente es de ocultar las dimen-

siones reales de éste y enmascarar sus auténticas causas: la negativa a dar a la seguridad social los medios necesarios para su financiación, afrontando una auténtica política de saneamiento financiero y de reestructuración de las prioridades del gasto social ante las nuevas exigencias derivadas de la gestión de la crisis⁸.

Como dato ilustrativo se puede mencionar que en la memoria sobre la ejecución del presupuesto de la seguridad social, a 31 de diciembre de 1981, se comprueba no sólo la inexistencia de déficit alguno para el sistema (excluido desempleo), sino que incluso las aplicaciones de tesorería presupuestadas en 63.951 millones se han reducido a 35.831 millones, con un ahorro neto de 28.120 millones.

Pero quizá la crítica que se ha abordado aquí de la noción de déficit en el Libro Amarillo resulte supérflua al comprobar la curiosa *metodología* seguida para su cálculo. El déficit previsto en el Libro Amarillo para 1985 es, pura y simplemente, la cifra redondeada que el documento de síntesis del profesor Fuentes Quintana da como aportación del Estado a la seguridad social en la proyección realizada para dicho año. Mientras que la estimación del profesor Fuentes Quintana es rigurosamente científica en la medida en que proporciona los datos en que se basa y que pueden utilizarse para la crítica de sus conclusiones, y al configurar esta cantidad como una aportación estatal y no como déficit, la manipulación y alteración de este dato por el Libro Amarillo convierte la aportación estatal en déficit.

La congelación de los gastos sociales como respuesta a la crisis.

La dramatización alarmista sobre el déficit es, como ya se ha reiterado, un mero instrumento para justificar el objetivo fundamental del Libro Amarillo: la congelación del gasto en seguridad social como paso previo a su reprivatización. El

Libro Amarillo se refiere explícitamente a este objetivo al señalar que «aún cuando por cualquier razón, procedimiento o medida, los ingresos se incrementasen hasta asegurar el equilibrio presupuestario, *parece poco deseable* (sic) que el porcentaje de participación de la seguridad social en el PIB siga aumentando», ya que «una parte importante del crecimiento real de la economía ha sido absorbida por la seguridad social» (pág. 6), y las aportaciones del Estado, vía fiscalización, deben «orientarse en la mayor medida posible a la inversión y al estímulo de la actividad productiva» (pág. 7), es decir, a gastos de inversión destinados a incrementar de forma directa la acumulación y la rentabilidad de capital según la técnica clásica del *capitalismo asistido*.

Sobre esta base la propuesta fundamental del Libro Amarillo consiste en el «mantenimiento del nivel actualmente alcanzado por la seguridad social» (pág. 48), es decir, en la congelación del crecimiento de los recursos, dados los ritmos previsibles de incremento del PIB.

Los efectos de esta opción son extraordinariamente graves por dos razones:

1) No existe ninguna relación causal entre las propuestas que el Libro Amarillo formula en sus apartados I a V, y la tesis de la congelación que propone el apartado VI. Una propuesta rigurosa exige evaluar las medidas que se proponen y conectarlas con la alternativa de financiación elegida. Esta valoración está ausente en el Libro Amarillo, por lo que a la regresividad de la limitación se une la arbitrariedad de los criterios con que puede ser explicada.

2) Esta discrecionalidad se inserta, además, dentro del esquema de opciones selectivas que se contiene en los epígrafes I a V e, incluso, en el epígrafe VI relativo a la financiación. En efecto, han desaparecido todas las medidas que, propuestas por la UGT e incluidas en el documento del profesor Fuentes Quintana, implicaban una serie de reducciones del gasto de

**El objetivo fundamental
del Libro Amarillo es la congelación
del gasto en seguridad social
como paso previo
a su reprivatización**

orientación progresista (control del gasto farmacéutico actuando sobre los sectores de producción y distribución, revisión de la política de conciertos en la asistencia

En un sistema de seguridad social no tiene sentido la concurrencia de privados, ya que no existe mercado en el que puedan operar en términos de competencia

sanitaria, readaptación de la capacidad contributiva de los regímenes especiales y de una mayor solidaridad financiera dentro del sistema, eliminación de la sobreprotección de grupos privilegiados mediante el principio de incompatibilidad de pensiones y la incorporación de sectores excluidos, racionalización de la distribución de la presión contributiva, etcétera). En consecuencia, la limitación del crecimiento, en un contexto caracterizado, además, por el aumento de las necesidades sociales generado por la crisis económica, sólo puede operar por dos vías:

- O bien se actúa fuertemente sobre los gastos de personal y las inversiones del sistema, lo cual, dada la cuantía de ambas pérdidas y la resistencia política de la primera, no produciría una reducción sustancial del gasto.
- O se actúa sobre la degradación del nivel de protección social existente; alternativa que parece la más probable y que se facilita por la propia indeterminación de las propuestas que el Libro Amarillo contiene en materia de acción protectora. En esta vía, el endurecimiento de los requisitos de acceso a la protección incrementará los índices de desprotección existentes eliminando población protegida; la reducción de los porcentajes de cálculo de las prestaciones y la degradación de la base reguladora permitirá disminuir la intensidad de la protección; la discrecionalidad en los criterios de revaloración —una función que no se especifica— permitirá también un notable ahorro en términos reales, mediante la progresiva pérdida de la capacidad adquisitiva de las pensiones.

La reprivatización, objetivo final.

En realidad, y aunque el Libro Amarillo adopta en este punto un lenguaje más cauteloso que el

del Libro Verde, de lo que se trata en definitiva, mediante la reducción de la acción protectora del sistema público, es de abrir vías a «la colaboración de la iniciativa privada» y a «las prestaciones complementarias libres» gestionadas por ésta. De esta forma se crean las bases para justificar tanto la penetración de las aseguradoras mercantiles en el ámbito de la gestión del sistema público de seguridad social (*reprivatización positiva*), como la transferencia al mercado (es decir, a su explotación mercantil) la satisfacción de las necesidades desocializadas (*reprivatización negativa*).

Estas reivindicaciones reprivatizadoras, que están actuando fuertemente en el debate sobre la reforma de la seguridad social, suponen, en su modalidad positiva, la ruptura con un principio institucional de general aceptación: la prohibición de que la seguridad social dé origen a operaciones de lucro mercantil.

No se trata de un mero prejuicio socializante, sino de un postulado que deriva de dos razones incontestables: 1) *la lógica mercantil* (reducción del coste y maximización del beneficio) es incompatible con el funcionamiento de la seguridad social, donde los costes a «eliminar» son prestaciones sociales y los beneficios a acumular cotizaciones obligatorias; 2) en un sistema de seguridad social *no tiene sentido la concurrencia de privados*, ya que no existe mercado en el que esa concurrencia pueda operar en términos de competencia (las prestaciones y las cotizaciones se determinan legalmente y no por el juego de la oferta y la demanda), por lo que aquélla se convierte, en expresión de Dupeyroux, en «fuente de inútiles complicaciones sin beneficio alguno para los interesados». Pero no sólo se trata de una complicación inútil. Las disfunciones a las que dio lugar la gestión de privados en el siste-

ma de previsión social español *determinó que en 1963* un equipo ministerial, poco sospechoso de dogmatismos colectivistas, eliminara la participación de las compañías de seguros de accidentes de trabajo y la de las entidades colaboradoras en el SOE. La doctrina resumía así las razones de esta medida: «La realidad ha demostrado que los costos de esta gestión privada son sumamente elevados; como ha demostrado... que la gestión privada se refleja muy dolorosamente en la estrechez de criterios que preside la admisión de siniestros... (y) ha sido un semillero de pleitos» (Alonso Olea). Años más tarde, todos los análisis realizados señalan que los gastos de administración de las Mutuas Patronales —únicos privados que sin ánimo de lucro teórico continúan colaborando en la gestión— superaban ampliamente los de las gestoras públicas (Libro Blanco de la Seguridad Social). El retorno de la gestión privada sólo supondrá un coste

mayor y un trato más desfavorable para los beneficiarios.

Junto a esta modalidad de reprivatización positiva, la segunda reivindicación formulada por

algunos sectores empresariales se plantea en función de la reducción de la intensidad de la protección del sistema público y su sustitución parcial por un nivel complementario libre, articulado a través de los fondos de pensiones. Pero esta alternativa pierde cualquier fundamento cuando se le compara con la realidad. En efecto, ¿qué reducción puede aplicarse cuando las pensiones medias del sistema se situaban en 1981 en unas cuantías de 19.221 pesetas mensuales para la jubilación, 18.595 pesetas para la invalidez y 12.584 para la viudedad, y cuando en ese mismo año el 87 % de los pensionistas estaban cobrando pensiones mínimas?

Los apologistas de los fondos de pensiones tratan de justificar sus aspiraciones de sustitución del sistema público en base a unas previsiones pesimistas sobre la evolución demográfica y su repercusión sobre

la correlación activos-pasivos. Pero estos argumentos se vuelven contra ellos. En un régimen de reparto, como es el nuestro, los efectos de una degradación de la correlación activos-pasivos sólo puede contenerse incrementando la presión contributiva sobre los activos, sin que puedan desviarse recursos hacia la formación de sistemas privados de capitalización, salvo que se sostenga la tesis de que hay que dejar de pagar o al menos reducir de forma importante las actuales pensiones. Por otra parte, los fondos de pensiones actúan a través del sistema financiero de capitalización y, por tanto, o bien sus resultados se ven totalmente erosionados por la inflación o tienen que frenar estos efectos inflacionistas mediante la especulación en el mercado de valores, con los consiguientes riesgos que ya han creado graves problemas financieros y que han afectado a algunos fondos de pensiones en Estados Unidos. El ejemplo de FIDECAYA y

otras instituciones financieras a las que operaciones especulativas han llevado a la suspensión de pagos y a la posterior asunción de sus obligaciones por el Estado de-

**El retorno de la gestión
privada sólo supondrá un coste
mayor y un trato más
desfavorable para
los beneficiarios**

biera servir de lección. Pero si técnicamente esta alternativa reprivatizadora resulta aquí y ahora disparatada, desde una perspectiva político-social es cuando menos indeseable. Los fondos de pensiones se constituyen mediante un acto voluntario de un grupo profesional. Se crean así microsistemas de previsión insolidarios a nivel nacional en función de la capacidad contributiva de cada grupo en un momento determinado. Buena previsión para los sectores en auge, mala para los medios y ninguna para los que se encuentran en crisis. Estos datos son, además, contingentes: los ricos pueden convertirse en pobres y entonces el microsistema de previsión estalla. La debilidad de los fondos de pensiones está en función de su insolidaridad. Cuanto más reducido es un colectivo, menor es el juego de la ley de los grandes números sobre la difusión del riesgo, y lógicamente, el coste de la previsión es ma-

yor. La única vía para una financiación viable es la generalización de los fondos; generalización que es también una imposición que se deriva de exigencias del mer-

La necesidad de una reestructuración a fondo de la seguridad social era, y es, una exigencia de amplios sectores sociales

cado de trabajo y de la movilidad profesional. En efecto, ¿qué ocurre cuando un trabajador tiene que dejar el grupo profesional al que está ligado el fondo de pensiones? La devolución de las cuotas rompe el esquema previsional y acaba llevando a una desprotección generalizada. La continuación voluntaria del aseguramiento a cargo exclusivo del trabajador es una solución utópica que, en muchos casos (despidos, desempleo), no deja de ser una ironía. Ingenuamente, el Libro Verde apunta otra *solución*: el reconocimiento recíproco de cotizaciones sobre los fondos. Pero para ello es necesario que existan fondos de pensiones en todos los sectores profesionales y que sus cotizaciones y prestaciones sean homogéneas. Estas condiciones sólo pueden lograrse mediante una regulación obligatoria de los fondos a nivel interprofesional y entonces habremos descubierto de nuevo nuestro mu-

tualismo laboral, es decir, una modalidad de seguridad social obligatoria de carácter complementario que nada tiene que ver con un esquema de fondos de pensiones

privadas. Y es que, aunque los apologistas de la reprivatización parecen haber perdido la memoria histórica, todos los estudios internacionales han puesto de relieve esta tendencia universal de los regímenes complementarios a ser integrados (sistema británico de prestaciones graduales, sistema canadiense, pensiones suplementarias noruegas), unificados (sistema danés y sueco de pensiones complementarias) o coordinados (regímenes complementarios franceses) de forma legal o convencional en el sistema básico como única vía para garantizar su generalización y armonización (G. Perrin). Lo que no existe es el proceso contrario, que ahora se nos propone: la destrucción de un sistema básico para construir sobre sus ruinas, no se sabe cómo, unos fondos de pensiones libres al servicio exclusivo de la acumulación de capital.

(*) Este trabajo recoge y sintetiza algunas de nuestras aportaciones a los documentos que la UGT preparó, en enero y marzo de 1982, como respuesta a las alternativas gubernamentales sobre la reforma de la Seguridad Social.

¹ Y. Saint-Jours: «L'imputation aux assurés sociaux du redressement financier de la Sécurité Sociale». *Droit Social*, n.º 1, enero 1981.

² J. J. Dupeyroux: *Droit de la Sécurité Sociale*. París, 1980, págs. 870 y 871.

³ Catherine Mills: *L'Economie de la Sécurité Sociale*. París, 1981, págs. 328 y siguientes.

⁴ J. Barea Tejeiro: «La prestación por desempleo: coste y financiación». *Papeles de Economía Española*, n.º 8, págs. 172 y 173.

⁵ V. T. González Catalá: «Análisis económico fi-

nanciero de la contingencia de desempleo», en *Revista de Seguridad Social*, n.º 12, págs. 90 y ss.

⁶ I. Cruz Roche y A. Desdentado Bonete: «Problemas de la protección del desempleo en la Seguridad Social española», de próxima publicación en *Papeles de Economía Española*.

⁷ A. Becci Collida: *Politische del lavoro e garanzia del reddito in Italia*, Bolonia, 1979; también A. Forni: *Il Pianeta Previdenza. Assitenzialismo, giungla pensionistica, sicurezza sociale*. Bari, 1979; c.r. la recesión de estos estudios por J. López Gandía en *Revista de Seguridad Social*, n.º 12, págs. 377 y siguientes.

⁸ Catherine Mills: «Crise du système de Sécurité Sociale, crise du système économique». *Droit Social*, n.º 1, enero 1981.

RENOVAR LA IZQUIERDA

Pilar Brabo



La izquierda se encuentra hoy en Europa en una encrucijada. No porque se hayan agotado sus posibilidades de actuación, al contrario, éstas son más amplias que nunca como prueban las victorias socialistas en Francia y Grecia, sino porque aparecen síntomas de agotamiento en el modo y en los propios instrumentos con que la izquierda contempla esas nuevas posibilidades.

En cierto sentido yo diría que estamos viviendo los límites de las fórmulas con que tanto los partidos comunistas como los socialistas, intentaron, a finales de los 60, acercarse a las realidades nuevas. En Francia, en España e incluso en Italia el eurocomunismo ha alcanzado un cierto techo. Sobrepasarlo es tan vital como difícil. La experiencia socialista y socialdemócrata, si bien experimenta más

variaciones de un país a otro, tampoco parece ser muy halagüeña en países tan importantes como Alemania, Italia o Inglaterra.

El movimiento político más amplio y con más apoyo de la juventud que existe hoy en Europa, el movimiento por la paz y el desarme, se ha desarrollado al margen de los partidos políticos. Precisamente allí donde ha adquirido más fuerza, su desvinculación de los partidos políticos es mayor. La juventud no se siente interesada por los partidos políticos. Si participa en política lo hace a través de formas no tradicionales, sean los *verdes*, los *crackers*, movimientos de barrio o pacifistas...

Es evidente, al lado de ello, que el triunfo de Mitterrand o Papandreu se ha debido en gran medida al voto de los jóvenes... El sentido es positivo, pero sería erróneo interpretar ese voto como un cheque en blanco. Es un voto expectante y crítico que está exigiendo ya unas nuevas formas de hacer política.

Todos estos fenómenos, a los que hay que añadir la fuerza creciente de los planteamientos feministas con toda su carga antijerárquica y liberadora, se producen, y no por casualidad, en medio de la crisis del capitalismo más profunda de los últimos decenios, cuando el paro y la inflación crecen simultáneamente. El sindicalismo tradicional también toca techo en esta situación, busca nuevas fórmulas que sobrepasan la función meramente reivindicativa y se adentran en el terreno del control obrero sobre la producción.

Al fondo de todos estos nuevos movimientos de las sociedades capitalistas está planteada una nueva forma

de entender la democracia por parte de los ciudadanos. La apatía y la delegación de poder, propios de otras épocas, están siendo sustituidos por un deseo explícito de participación y control. Esta actitud que apareció por primera vez en el movimiento estudiantil de los 60 se ha ido extendiendo a la clase obrera, a los jóvenes, parados y marginados, a la mujer.

No cabe duda que esta carga de democracia directa y participativa afecta a los límites de la democracia liberal tradicional. Es más, está ofreciendo una nueva vía para avanzar hacia una democracia sin desigualdad, sin explotación, con plena participación, es decir, una vía para avanzar hacia un socialismo democrático, que poco tendrá en común con las sociedades que hoy, sin ningún rigor, se auto-proclaman como tales.

Por ello resulta tanto más preocupante que los partidos de la izquierda demuestren una notable desvinculación de esta problemática, que es la de todos los ciudadanos, y sigan encerrados en una visión exclusivamente parlamentaria de la acción política. Parece bastante evidente que la democracia parlamentaria, representativa, sigue y seguirá siendo necesaria. Pero ya no es suficiente. Y ésta es una realidad alentadora en tanto que implica un aumento sustancial del nivel de conciencia en la clase obrera y otros colectivos sociales.

Las causas por las que los partidos de izquierda no alcanzan a comprender estas realidades son varias y complejas. En España existen causas específicas que tienen que ver con la forma en la que se ha hecho la transición y también con la inexperiencia ge-

El estatalismo propio de los partidos comunistas ha jugado malas pasadas, pese a los planteamientos gramscianos acerca de la lucha por la hegemonía en el seno de la sociedad civil.

neral sobre el funcionamiento de un sistema parlamentario y de partidos. Las dificultades de esta situación pueden explicar, no justificar, el olvido de todas aquellas formas de ejercicio directo de la voluntad popular que despuntaba, aún bajo la represión, en los últimos años de lucha contra la dictadura.

Pero junto a motivaciones específicas confluyen también en nuestro país las mismas causas que actúan sobre la izquierda europea. Sería muy largo entrar en todas ellas, pero sí es posible apuntar algunas: C. B. Macpherson, en un trabajo reciente¹, señala que la función de los partidos políticos en una democracia liberal ha sido la de «reconciliar el sufragio igual y universal con el mantenimiento de una sociedad desigual». Esta función, cuya existencia es fácilmente comprobable, conduce a los partidos a alejarse de la responsabilidad ante los ciudadanos porque, entre otras razones, necesitan un amplio espacio de maniobra para efectuar las continuas transacciones inherentes a una sociedad dividida en clases. Si aplicamos este punto de vista a los partidos de la izquierda europea, que efectivamente llevan muchos años funcionando en democracias liberales sin acertar a transformarlas, comprobamos que esa función descrita por Macpherson ha distorsionado a muchos de ellos —el máximo ejemplo es el partido socialde-

mócrata alemán— hasta convertirlos en formidables máquinas electorales donde se difumina la conciencia de clase y de lucha.

Los partidos comunistas no están exentos de haber incurrido en muchos de los defectos inherentes a esa función mediadora. Las fidelidades a Moscú o la agitación permanente de las «señas de identidad» no garantizan, sino más bien lo contrario, el no caer en ser un partido típico del *establishment*, como se comprueba en el caso del Partido Comunista francés. El estatalismo propio de los partidos comunistas ha jugado malas pasadas en este terreno, pese a los planteamientos gramscianos, olvidados con demasiada frecuencia, acerca de la lucha por la hegemonía en el seno de la sociedad civil.

Si a estos factores añadimos el peso de las rutinas, perpetuadas por los aparatos, la ideologización que hacen éstos del tema de las «señas de identidad» para mantener su «status», la ausencia de democracia interna, comprenderemos por qué los partidos comunistas y socialistas europeos, en mayor o menor medida, se muestran incapaces de asumir e impulsar el potencial revolucionario de las modernas sociedades capitalistas.

La Asociación para la Renovación de la Izquierda (ARI) nace para hacer frente

Hasta hace muy poco, una parte considerable de los que hoy constituimos la ARI intentábamos todo esto desde el interior del PCE.

a esta situación. Nos preocupa todo lo que de nuevo y potencialmente revolucionario hay en la sociedad y queremos contribuir tanto a su desarrollo como a que los partidos políticos de izquierda lo capten. Esto último nos parece también esencial; sería una quimera pretender que avanzar hacia un socialismo democrático y participativo es posible sólo a partir del impulso de las nuevas formas de democracia directa.

Hasta hace muy poco una parte considerable de los que hoy constituimos la ARI intentábamos todo esto desde el interior del PCE. Hemos fracasado frente a un aparato demasiado potente, frente a la manipulación de determinadas tradiciones y de determinados mitos, pero hemos fracasado, sobre todo, porque no se puede mantener a varias generaciones, las menores de 40 años, enfrascadas en una batalla exclusivamente interna que desvincula de la realidad y conduce a la esterilidad política. La sangría de militantes del PCE en los últimos años, sobre todo en los últimos meses, es significativa a este respecto.

Por ello, sin abandonar el PCE algunos, abandonándolo otros, sin perder del todo la esperanza en que el PCE se pueda renovar, como también se podría renovar hasta el PSOE, hemos decidido no es-

perar más, empezar a actuar en un plano autónomo no sustitutorio ni competitivo con los partidos políticos, en el que puedan encontrarse *a gusto* todos aquellos que sienten la necesidad de hacer política de un modo nuevo.

Estamos empezando y todo está aún por hacer. Pero pretendemos ya de entrada que nuestra acción se dirija en tres direcciones fundamentales:

En primer lugar, una reflexión teórica sin anteojeras sobre las sociedades de hoy, tanto las del capitalismo como las del mal llamado «socialismo real». Pretendemos contribuir a la síntesis necesaria de todo lo que expresan los nuevos movimientos asociativos, el nuevo sindicalismo en las sociedades capitalistas, y también queremos comprender las causas por las que un sistema que su autodefine como «Estado de la clase obrera» tiene a ésta como su principal oponente.

Para llegar a esta síntesis hay que analizar, descubrir, investigar. Y ello no es posible sólo en teoría. Hay que hacerlo, y aquí entra la segunda dirección de nuestro trabajo, sobre la práctica. Estaremos en los sindicatos, en los nuevos movimientos sociales, en las barriadas, con la juventud marginada, con las feministas. Sin ninguna pretensión

instrumentalizadora. Sin creernos en posesión de la verdad. Intentando aprender dónde están las fisuras que nos permitirán avanzar hacia el socialismo a partir de lo que hoy hay.

Y pretendemos también, en lo que constituye la tercera dirección de nuestro trabajo, aportar algunos puntos de vista y perspectivas, no condicionadas por urgencias electorales inmediatas, que pueden servir como reflexión para el conjunto de la sociedad. Aquí se inscribe, por ejemplo, el documento elaborado a finales de mayo sobre el juicio del 23-F o el que estamos elaborando en estos días sobre la paz y el desarme en relación con el tema de nuestro ingreso en la OTAN y las Malvinas. Con estas tomas de posición buscamos ofrecer materiales útiles para su discusión en las fábricas, en las barriadas, en la base de la sociedad. Buscamos, en definitiva, alentar la participación.

Si lo logramos, nuestra experiencia será válida.

Por lo demás, la ARI no es un edificio construido, y pretendemos, día a día, ir acumulando experiencia que nos enseñe por dónde avanzar. Tenemos tiempo por delante, ganas, creo que también ideas. En los pocos meses que llevamos de existencia hemos comprobado, en nuestras reuniones y asambleas, que sin resúmenes finales, sin síntesis gloriosas, sin autoridades supremas y sin todo el santoral propio de los partidos tradicionales también se puede hacer política.

¹ «La democracia liberal y su época». C. B. Macpherson. Alianza Editorial.

EL ACOSO A LA LIBERTAD DE INFORMACION

Pedro Altares



El panorama de la libertad de información y expresión es actualmente, en todo el mundo, sombrío. Quedó patente en la reciente asamblea anual del Instituto Internacional de Prensa celebrada en Madrid durante el mes de mayo. El IPI, cuya misión específica es la defensa de la libertad de información, tiene motivos más que suficientes para sentirse preocupado. En realidad, los países que respetan esa libertad básica apenas llegan a la treintena. El mundo presenta

áreas impresionantes donde, pura y llanamente, la información es secuestrada por los poderes políticos y económicos. Los regímenes totalitarios utilizan la información como un instrumento más del poder. Los controles y las censuras alcanzan distintos niveles de intensidad y brutalidad, incluida la desaparición física de los profesionales del periodismo como en Argentina o El Salvador muy recientemente, o son «matizados» mediante sutiles procedimientos de interven-

ción. Pero el objetivo es el mismo: controlar y utilizar la información frente a los intereses populares. En todos los países del Este, en el Cono Sur, en Irán, en Marruecos, en Turquía, en un largo etcétera de países, la libertad de información no existe. El problema está en que en los demás sitios, incluso en aquellos de mayor tradición democrática, con un sistema de libertades garantizado constitucionalmente, la libertad de información sufre un fuerte acoso hasta el punto de que puede verse seriamente amenazada. Efectivamente, la tendencia de los gobiernos a reservarse núcleos informativos importantes (agencias estatales, control televisivo, áreas de información reservada por intereses supuestamente de Estado) y de los poderes económicos a la concentración monopolística de las empresas informativas, está llevando a una constante disminución del pluralismo en este campo, con todos los peligros que ello acarrea. Por otra parte, la constante complejización del fenómeno informativo, su tecnificación, es una apuesta difícil que, hoy por hoy, tiene una imprevisible salida.

Lo cierto es que, por causas diversificadas pero coincidentes, la información, el derecho ciudadano a la misma, no goza de buena salud y no sólo por el acoso que sufre por causas que podíamos llamar externas. También la evolución de los profesionales de la información, los periodistas, es en todas partes contradictoria. Siendo su misión específica la crítica al poder, y la denuncia de sus abusos, forman a menudo parte de ese mismo poder hasta el punto que, con cierta frecuencia, terminan enredándose en él cuando no siendo cómplice de sus devaneos. La «institucio-

nalización de la prensa», su conversión en *Institución* dentro del Estado, exige, sin duda, diversas lecturas y no todas positivas. Porque una cosa es su reconocimiento como piedra angular del sistema de libertades y otra muy distinta su reconversión e integración en un mundo de valores si no contrapuesto sí al menos ajeno o por lo menos distinto. Es evidente que los intereses políticos, por muy legítimos que sean, no son coincidentes con los intereses de la información. Aceptar esa dialéctica es importante y forma parte del equilibrio democrático. Lo que ya resulta más discutible, como de hecho sucede, es el sometimiento de los intereses informativos a los estrictamente políticos por razones que no siempre es fácil excusar dentro del apartado «razones de Estado». Los periodistas se convierten a menudo en «consejeros» de los políticos, caen en la tentación de decirles lo que tienen que hacer. Con olvido de su misión específica de informar, primero, y criticar y controlar después. No es una anécdota que la formación de sociedades de redactores o la autogestión en periodismo, grandes esperanzas de hace una década en todas las redacciones europeas, sufra en estos momentos, como expectativa de cambio, un considerable retroceso. Y no únicamente por la actitud de las empresas. En todas partes, o casi, los periodistas prefieren trabajar con seguridad económica y medios materiales, lo que sólo garantizan las grandes empresas capitalistas, que embarcarse en aventuras que partan de la autonomía del fenómeno informativo. A pesar de los esfuerzos que hacen los regímenes totalitarios en convertir a los periodistas en héroes, y desdichadamente también en mártires, lo cierto es que la imagen del periodis-

Los medios de comunicación en su conjunto, han basculado entre la responsabilidad del apoyo a las instituciones de la democracia y una actitud propagadora de incertidumbres y de desánimos muchas veces innecesarios

ta aventurero y desfacedor de entuertos, osado, desprendido y generoso, tan propicia al cine americano, se aleja y pierde posiciones frente al profesional, de alguna manera mercenario, que vende sus servicios al mejor postor en el mercado de la información...

Bastante de todo lo anterior puede perfectamente aplicarse a nuestro país. En poco más de un quinquenio España ha pasado de una situación informativa rigurosamente controlada por el Estado franquista, y donde la censura como tal no desaparece hasta el 77 al menos de manera fáctica, al pleno reconocimiento de las libertades de expresión e información que plasma la Constitución de 1978. Constitución que, en estos aspectos, es una de las más avanzadas del mundo. Sin embargo, hay que decir que en todo ello no es oro todo lo que reluce. El condicionante del pasado es enorme. Y no sólo en relación con la «herencia institucional» (cadena de medios de comunicación del Estado, agencia EFE, ausencia de un estatuto de RTVE española hasta 1981, etc.) sino, también, en cuanto a una serie de hábitos de comportamiento social y político que no parecen haber asumido en toda su profunda integridad lo que supone el ejercicio de la libertad de información. Y eso vale tanto para el poder político como para el económico y, por supuesto, incluye la actitud de los profesionales de la información que no parecen, globalmente considerados, haber

encontrado su lugar exacto dentro de una sociedad democrática. A lo cual habría que añadir las complejidades del proceso de transición, operación política tremendamente sofisticada, que ha supuesto un confuso contexto informativo donde áreas importantes han estado acotadas a la «discreción» gubernamental (como TVE antes y aún después del estatuto), *reservadas* (como todo lo relativo a los llamados «poderes fácticos», muy especialmente después del 23-F) o dirigidas, con más o menos fortuna, por los políticos. Por su parte, los medios de comunicación en su conjunto, sometidos a una fuerte crisis económica y en una carrera de competitividad a menudo incompatible con la imprescindible contrastación de la noticia, ejerciendo, como se demostró en el 23-F, un papel trascendental y ensoberbecidos por ello, han basculado entre la responsabilidad del apoyo a las instituciones de la democracia y una actitud propagadora de incertidumbres y de desánimos muchas veces innecesarios. Dos ejemplos de 1981 ilustran suficientemente lo anterior: uno, el ya citado básico papel en el 23-F y otro en el del asalto al Banco Central de Barcelona durante el mes de mayo. En uno pudo la responsabilidad, en el otro el sensacionalismo... Otros episodios, como la condena de Xavier Vinader, la expulsión del juicio del 23-F de Pedro J. Ramírez, amén de anécdotas menores pero significativas, han situado a la prensa en un protagonismo sin duda excesivo.

vo pero que remite de manera ostensible a un proceso contradictorio y donde resulta más que evidente que la lucha por la libertad de información, indisolublemente unida al resto de las libertades que forman el arco democrático, dista mucho de estar consolidada y aceptada como tal, con todos sus riesgos, por el

conjunto de las fuerzas sociales y políticas españolas. Es decir, por la sociedad. Seguimos, pues, en la contradicción: España es hoy uno de los países donde la libertad de información goza legalmente de cotas más altas. Y donde cotidianamente se ejerce en plenitud. Pero constantemente acosada por sus enemigos

de fuera. Y de dentro, que también los hay. La libertad de información tiene en España un pasado vergonzoso que ha sembrado de incertidumbre el futuro. El presente es, en medio, contradictorio y preocupante, con rasgos esperanzadores y zonas de brumas y de presiones. Ahí estamos.

proceso de transición, opera-
ción política fundamentalmente
sustentada por el supuesto
un consenso respecto a la infor-
mación y a la libertad de infor-
mación, que ha sido el eje
de la transición, y que ha
servido para superar el
vacío de poder que se creó
al caer Franco, y para
establecer un orden demo-
crático y pluralista, que
ha permitido el desarrollo
de la democracia y de la
libertad de información en
España.

de posiciones frente al pro-
blema de la información, que
ha sido el eje de la transi-
ción, y que ha servido para
superar el vacío de poder que
se creó al caer Franco, y
para establecer un orden
democrático y pluralista,
que ha permitido el desarro-
llo de la democracia y de
la libertad de información
en España.

de fuera. Y de dentro, que
también los hay. La libertad
de información tiene en
España un pasado vergonzoso
que ha sembrado de incerti-
dumbre el futuro. El presente
es, en medio, contradictorio
y preocupante, con rasgos
esperanzadores y zonas de
brumas y de presiones. Ahí
estamos.

SOCIALISMO, DEMOCRACIA Y NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Chantal Mouffe

análisis y debate



1

La emergencia de los *nuevos movimientos sociales* ha transformado profundamente el campo tradicional de lo político. Pero, ¿hemos de concluir por ello, con Alain Touraine, que estamos en el «postsocialismo», y, con André Gorz, que es el momento de decir «adiós al proletariado»? ¿Qué lecciones debemos extraer de esas nuevas formas de lucha y cuál es su importancia para una política de izquierda? Este va a ser el tema de mi reflexión. Procuraré responder a las cuestiones siguientes:

- 1) ¿De qué tipo de antagonismo son expresión los nuevos movimientos sociales?
- 2) ¿Cuál es su vinculación con el desarrollo del capitalismo?
- 3) ¿Cuál es su relación con la crisis actual y cuál ha de ser su lugar en una estrategia socialista?

Si se pretende responder a esas cuestiones a partir de una problemática marxista, es necesario, ante todo, superar una serie de obstáculos teóricos ligados a las diversas for-

mas de economicismo y de reduccionismo de clase que han impedido hasta ahora formular el problema de la complejidad social de una manera satisfactoria. Empezaría, pues, indicando muy brevemente los puntos principales de la lectura noeconomicista del marxismo que se va a desarrollar en mi análisis.

Bases teóricas.

Contra el reduccionismo de clase que postula que todos los sujetos sociales son necesariamente sujetos de clase, que cada clase social posee su ideología paradigmática y que todo antagonismo es reducible finalmente a un antagonismo de clase, yo afirmaría la existencia en todo individuo de múltiples *posiciones de sujeto* que corresponden a las diferentes relaciones sociales en las que se halla inserto y a los discursos que las constituyen. Entre esas diferentes *posiciones de sujeto* no hay ninguna razón para atribuirle un privilegio cualquiera *a priori* a la posición *de clase* como principio articulador de la subjetividad y, por otra parte, es incorrecto atribuir a esta posición de clase formas paradigmáticas necesarias. Por consiguiente, la problemática de los *intereses fundamentales* debe criticarse porque consiste en atribuir a lugares determinados en el proceso de producción formas políticas e ideológicas necesarias. Ahora bien, los intereses nunca preexisten a los discursos en los que se constituyen y articulan, y no pueden ser la expresión de posiciones en el plano económico.

Frente al economicismo que presenta la evolución social como algo dirigido por una lógica única de tipo económico y piensa que la unidad de una formación social es el resultado de «efectos necesarios» de la infraestructura económica sobre las «superestructuras» ideológicas y políticas, yo defendería aquí una idea de la sociedad como conjunto complejo de relaciones sociales heterogéneas que tienen su dinamismo propio y que no pueden ser reducidas a las relaciones sociales de producción o a sus condiciones ideológicas y políticas de reproducción. Yo pondría a discusión la distinción entre infraestructura y superestructura, ya que implica una idea economicista de la economía, entendida como un mundo de objetos y de relaciones que podría existir con anterioridad a sus condiciones de existencia ideológicas y políticas, y que funcionaría independientemente de acuerdo con una lógica propia y absolutamente autónoma del resto de las relaciones sociales a las que determinaría. La unidad de una formación social se presentará aquí como el resultado de articulaciones políticas que resultan de las prácticas hegemónicas de las diferentes fuerzas sociales y cuyo resultado es la formación de un *sistema hegemónico*.

Denomino *sistema hegemónico* a un conjunto de formas sociales relativamente estables que constituyen la materialización de cierto tipo de articulación instaurado entre diversos tipos de relaciones sociales, de manera tal que éstos se suministran recíprocamente sus condiciones de existencia mutuas o, al menos, de forma que queden neutralizados los efectos disruptivos potenciales que determinadas relaciones sociales podrían tener sobre la reproducción de los otros. Un sistema hegemónico se organiza siempre en torno a la centralidad de un tipo de relaciones sociales. En el capitalismo se trata de relaciones sociales de producción, cuyo papel central, como ha señalado Castoriadis, no es un hecho de la estructura sino el resultado de una política hegemónica que les ha asegurado su puesto. Pero esta hegemonía no queda nunca establecida de una vez por todas y es necesario luchar constantemente para crear las condiciones necesarias para la valorización y acumulación del capital, lo que implica un conjunto de prácticas no sólo económicas sino también políticas y culturales. Una concepción así nos permite pensar el desarrollo del capitalismo como el resultado de una lucha política incesante que modifica periódicamente las formas sociales por medio de las cuales se asegura la centralidad de las relaciones sociales de producción, y nos permite, asimismo, entender la historia del capitalismo como jalonada por sucesivos sistemas hegemónicos.

Nuevos antagonismos y sistema hegemónico.

La tesis que voy a desarrollar es la de que los nuevos movimientos sociales son la expresión de antagonismos que han emergido como consecuencia del sistema hegemónico que se instauró en los países occidentales después de la Segunda Guerra Mundial y que hoy está en crisis. Podemos caracterizar ese sistema hegemónico como la articulación de cierto tipo de proceso de trabajo: el fordismo¹; cierto tipo de Estado: el Estado keynesiano, y de nuevas formas culturales para las cuales proponemos la expresión de *cultura mediática*.

Hay que insistir en el hecho de que la instauración de tal sistema hegemónico ha constituido un proceso complejo consistente en el establecimiento de un principio de articulación entre un conjunto de transformaciones resultantes de lógicas diferentes y que no podemos derivar en absoluto y de manera automática una de otra como pretende la lógica economicista. En efecto, las transformaciones del proceso de trabajo que conducirían a la instauración del taylorismo y, finalmente, del fordismo estuvieron dirigidas por la necesidad de destruir la autonomía que todavía ejercían los obreros sobre el proceso de trabajo, y de acabar con las resistencias obreras que obstaculizaban la valorización del capital. Pero, a partir del momento en que la cadena de montaje semiautomática característica del proceso de trabajo fordista permitió subordinar al obrero al ritmo de la máquina, ello posibilitó una producción de masas para la cual no existían salidas suficientes habida cuenta del bajo nivel de los salarios.

Así, era necesario transformar profundamente el modo de vida de la clase obrera a fin de crear las condiciones requeridas para el relanzamiento de la acumulación. Pero el hecho de que se requieran ciertas condiciones para el funcionamiento de la acumulación y para la reproducción de las relaciones sociales capitalistas, no indica de ninguna manera que tales condiciones se vayan a producir necesariamente. Como señala Negri², el rasgo de genio fue saber servirse de la ola de luchas obreras que se desencadenó como respuesta a la intensificación del trabajo, con objeto de ligar el aumento de la productividad con un aumento de los salarios. Pero esto requirió una intervención del Estado, tanto para contrarrestar la tendencia de los capitalistas a reducir los salarios como para instaurar los mecanismos políticos necesarios para mantener las luchas obreras dentro del marco de exigencias compatibles con la reproducción del capitalismo. Por consiguiente, cabe perfecta y lícitamente afirmar que ese nuevo sistema hegemónico fue el resultado de una articulación política.

Las consecuencias de esta reestructuración para el conjunto de la sociedad van a ser inmensas, ya que van a alterar profundamente el modo de vida y la organización social. Vamos a asistir a la extensión de las relaciones de producción capitalistas no sólo al conjunto de las actividades productivas, sino también a esferas cada vez más numerosas de la vida individual y colectiva. La sociedad va a transformarse en un vasto mercado en el que todos los productos del trabajo humano se convierten en mercancías y donde cada vez más *necesidades* han de pasar por el mercado para ser satisfechas. Esta *mercantilización* de la vida social, resultado de la subordinación a la lógica de la producción para el beneficio de campos cada vez más numerosos de la existencia individual y colectiva, unida a las nuevas formas culturales, y a la intervención creciente del Estado va a destruir toda una serie de relaciones sociales anteriores basadas en la autonomía y en la reciprocidad, para reemplazarlas por relaciones de dominación que provocarán resistencias cuya expresión son *los nuevos movimientos sociales*. Pero todos esos nuevos antagonismos que van a emerger a partir de los años 60 no tienen su origen en la imposición de formas de dominio nuevas que no existieran con anterioridad. En efecto, una de las consecuen-

cias del desarrollo del capitalismo —en particular, de la forma hegemónica que vamos a analizar— es la tendencia a disolver las relaciones sociales anteriores que *ya eran relaciones de dominación*, como es el caso de la familia patriarcal. La subordinación de las mujeres es, efectivamente, un fenómeno que existía mucho antes que el capitalismo, y el hecho de que el feminismo no emerja hasta la aparición del capitalismo no significa en absoluto —como se pretende a veces— que se trate de una lucha contra una forma de dominación creada por el capitalismo, sino que la alteración de las relaciones sociales preexistentes permite a esta subordinación dar origen a un antagonismo³.

Ya se trate de antagonismos causados por la *mercantilización* de todas las necesidades sociales, por la intervención burocrática del Estado o por la destrucción de los valores tradicionales (sean o no éstos expresión de relaciones de dominación), lo que todos esos nuevos antagonismos tienen en común es que no afectan al individuo en cuanto ocupante de una posición definida en el proceso de producción y, por tanto, no son antagonismos *de clase*. Por supuesto, esto no quiere decir que el antagonismo de clase haya sido eliminado, pues, de hecho, el número de individuos sometidos a las relaciones de producción capitalistas en el proceso de trabajo se incrementa en la medida en que cada vez son más los bienes que se producen a través de un proceso de producción capitalista y que esferas cada vez más numerosas de la vida social se convierten en *servicios* suministrados por el capitalismo. Si tomamos el término de proletario en su sentido estricto de trabajador que vende su fuerza de trabajo, podemos hablar, sin duda, de un proceso de *proletarización*. Pero el hecho de que exista un número creciente de individuos que en relación con su posición de clase se ven sometidos al dominio capitalista, no constituye un *nuevo* antagonismo, sino la extensión de un antagonismo ya existente.

Lo nuevo es la difusión de la conflictividad social a otras esferas y la politización de todas las relaciones sociales. Una vez que se ha reconocido que se trata de resistencias contra formas de dominación que son la consecuencia del desarrollo del sistema hegemónico de la postguerra, estamos en condiciones de comprender el vasto *potencial* anticapitalista que representan tales luchas. En la medida en que cuestionan un modelo de desarrollo productivista y un Estado burocrático constituyen, sin duda ninguna, reivindicaciones fundamentales para una estrategia socialista.

Por tanto, es profundamente erróneo el afirmar que esos movimientos han emergido como consecuencia de la crisis del *welfare state*. No cabe duda de que la crisis va a exacerbar esos antagonismos, pero es igualmente cierto que no es la causa de su aparición, puesto que esos antagonismos son la expresión del funcionamiento del sistema hegemónico en su punto más alto. Se puede afirmar, por otra parte, que la crisis ha venido provocada, en buena medida, por esas resistencias crecientes al dominio de la sociedad por el capital y el Estado. Por lo demás, los teóricos neoconservadores no se equivocan cuando insisten en el fenómeno de la «ingobernabilidad» de los países occidentales y en la necesidad de poner un freno a lo que ellos califican de «asalto democrático». El hecho de presentar la crisis como el origen de los nuevos movimientos no sólo procede de una problemática economicista —según la cual la crisis sería puramente crisis económica que tendría sus manifestaciones típicas en el plano político—, sino que también proviene de una problemática reduccionista que remite todo antagonismo a un antagonismo de clase y niega así la importancia de los nuevos movimientos, a los que presenta como pura patología social, como un fenómeno irracional vinculado a la crisis. Semejante óptica impide reconocer su potencial anticapitalista y las importantes lecciones que tales luchas implican para una reformulación de la idea de socialismo.

Nuevos antagonismos y nueva derecha.

He hablado conscientemente de un *potencial* anticapitalista únicamente porque hay que guardarse de caer en el error inverso al que acabo de criticar, y que consiste en atribuir a esos nuevos movimientos el papel revolucionario privilegiado que la clase obrera habría perdido. Pues esas luchas, al igual que las de la clase obrera de otrora, no tienen un carácter necesariamente socialista. Efectivamente, no hay formas paradigmáticas en las cuales vayan a expresarse —ya sea a nivel del proceso de trabajo o bien sea en otras relaciones sociales— las resistencias a la dominación. Tal expresión dependerá de los discursos existentes, en un momento dado, y de su capacidad para articular esas reivindicaciones, así como del tipo de *sujeto* que construyan. Esas resistencias pueden perfectamente articularse con argumentos de derecha anti *status quo*, con argumentos de izquierda, o bien ser absorbidos por el sistema dominante a fin de neutralizar, o incluso de utilizarlas, para *modernizarse*. Por otra parte, es evidente que hay que abandonar la problemática del *sujeto revolucionario privilegiado* que, gracias a una característica cualquiera dada *a priori*, tendría vocación de universalidad y la misión histórica de liberar a la sociedad. Una vez que se ha aceptado que todo antagonismo es necesariamente específico y limitado y que no existe una fuente única de todos los antagonismos sociales, es preciso admitir que el sujeto revolucionario socialista será el resultado de una construcción política que articule todas las luchas contra todas las formas de dominación y que, si en ciertos casos un grupo particular va a desempeñar un papel central en esta construcción, ello es debido a razones derivadas de su capacidad política, de haber logrado crear esta articulación en determinadas condiciones históricas, y no por razones *a priori* de carácter ontológico. Así, hay que superar la dicotomía estéril clase obrera *versus* nuevos movimientos —que por lo demás no puede corresponder a una separación sociológica, ya que los obreros no pueden reducirse a su posición de *clase* y están también insertos en otros tipos de relaciones sociales que construyen otras posiciones de sujeto —y reconocer que el desarrollo del capitalismo, hoy, ha tenido como efecto ampliar el campo de la lucha política hasta un punto que nunca se había alcanzado hasta ahora. Todo ello abre la posibilidad de una guerra de posiciones en todos los niveles de la sociedad y puede permitir, por lo tanto, una transformación radical ⁴.

Sin embargo, esta guerra de posiciones está ya produciéndose y, hasta ahora, está siendo llevada de manera mucho más eficaz por la derecha que por la izquierda. El sistema hegemónico, cuyos efectos acabamos de describir, se encuentra hoy en crisis y estamos en un período en el que ha de producirse una profunda reorganización con el fin de recrear las condiciones políticas, económicas y culturales para el relanzamiento de la acumulación. La derecha tiene un proyecto muy preciso que implica el desmantelamiento del Estado keynesiano. La derecha ha sabido jugar ya muy hábilmente para articular el potencial antiestatal creado por las resistencias a la intervención burocrática del Estado, si podemos juzgar por el éxito del populismo de derechas de Reagan y, en menor medida, de Thatcher. De hecho, lo que hay de *nuevo* en la nueva derecha es precisamente la utilización de ese potencial de resistencia contra el sistema hegemónico existente, a fin de intentar articular en él el mayor número posible de elementos, de es potencial en un discurso reaccionario que confirma los valores tradicionales y pretende recrear una supuesta *edad de oro* anterior al sistema actual. No se trata, por supuesto, de afirmar que todos los nuevos antagonismos puedan ser absorbidos y articulados por la derecha, pero no cabe ninguna duda de que una amplia porción del potencial anticapitalista puede ser desviada de esta manera y servir a una reestructuración de carácter autoritario.

Nuevos antagonismos y socialismo.

El éxito de tal ofensiva de la «nueva derecha» dependerá, evidentemente, de la capacidad de la izquierda para ofrecer una verdadera contraofensiva hegemónica que logre

articular en un proyecto de transformación socialista las diferentes luchas que se desarrollan en la actualidad en todos los niveles de las relaciones sociales. Por tanto, dicho proyecto no puede limitarse a cuestionar la estructura de las relaciones capitalistas de producción, sino que también ha de cuestionar el modo de desarrollo de las fuerzas productivas inherente a la racionalidad capitalista. Ciertamente, el capitalismo, como *modo de vida*, está en el origen de infinidad de formas de dominación contra las que luchan los nuevos movimientos sociales. Así pues, el modelo tradicional de socialismo, con sus características fordistas y productivistas, ya no puede ofrecer una alternativa a la crisis de la sociedad actual y ha de ser reformulado profundamente. Se trata de proponer otro tipo de desarrollo cuya lógica no sea ya la producción de un máximo de bienes materiales para los cuales hay que crear constantemente nuevas necesidades, y que conduce a una progresiva destrucción de los recursos naturales y del entorno. Hoy, un proyecto socialista que no tenga en cuenta las luchas del movimiento ecológico y antinuclear está imposibilitado para aportar por sí mismo una solución que esté a la altura de los problemas que padecemos. Cabe afirmar otro tanto de un socialismo que no realice una crítica seria del papel desproporcionado que se le atribuye generalmente al Estado. Porque, efectivamente, éste ha sido presentado como el instrumento necesario para remediar la anarquía capitalista. Pero después de la experiencia del Estado keynesiano una buena parte de ese proyecto ha sido realizada por la propia burguesía, y esta intervención creciente del Estado —como ya hemos indicado— es la causa de toda una serie de luchas nuevas que expresan resistencias a la burocratización progresiva de la vida social. Por tanto, un proyecto que aspire a articular desde la izquierda todo ese potencial no puede reducirse a proponer «más intervención del Estado», sino, por el contrario, la creación cada vez más amplia de esferas de autodeterminación y de autogestión para los individuos y para los ciudadanos. Eso no quiere decir que haya que aceptar los argumentos de la nueva derecha y caer en la trampa de la reprivatización. El Estado debe asegurarse el control de los sectores clave de la economía y no tiene por qué abandonar los diferentes servicios asistenciales, sino que todos esos ámbitos deben ser organizados y controlados por los trabajadores y por los usuarios y no por mecanismos burocráticos. En caso contrario, todo el potencial de resistencia antiestatal suministrará un terreno privilegiado a las ofensivas de la derecha que intentará, sin ninguna duda, articularlo en su propio proyecto.

En lo que concierne al movimiento feminista, está claro que lo que exige es una verdadera mutación antropológica; pero ésta no tiene nada de utópica, porque empezamos a ver que en una sociedad donde el desarrollo de la ciencia y de la tecnología se orientan a una liberación del individuo y no a su avasallamiento, cabe crear nuevas relaciones sociales que posibiliten una verdadera igualdad entre los sexos. Las consecuencias de la automatización en lo relativo a la reducción de la jornada de trabajo y el derrumbamiento de la propia noción de trabajo que aquella implica, deberían permitir, en efecto, una transformación profunda del modo de vida actual y de la división sexual del trabajo que tan importante papel desempeña en la subordinación de las mujeres. Pero, para que sea posible semejante cosa, es preciso que la izquierda abandone su actitud conservadora con respecto al progreso y reconozca la importancia de los cambios que están produciéndose, con el fin de poder asegurarse su dominio. Con demasiada frecuencia, en efecto, y en virtud de una actitud defensiva en relación con las tesis de la sociedad postindustrial, se oye decir que nos encontramos en una sociedad capitalista y que nada ha cambiado. Mas, si bien es cierto que seguimos estando bajo el capitalismo, también es verdad que muchas cosas han cambiado desde los análisis de Marx y que hoy nos encontramos en el centro mismo de una importante reestructuración. Si su salida es un fortalecimiento del capitalismo o, por el contrario, un paso adelante en la construcción de una sociedad autónoma, no lo sabemos; todo va a depender de la capacidad de las fuerzas en presencia para articular las luchas que están desarrollándose, con objeto de utilizarlas como palanca pa-

ra la creación de un nuevo sistema hegemónico que será más autoritario o más democrático según el proyecto que consiga imponerse.

Por supuesto, no cabe la menor duda de que todo va a jugarse en torno a la democracia, puesto que sólo se logrará articular la multiplicidad de luchas que hoy caracteriza a las sociedades capitalistas si se parte de un proyecto que respete su especificidad y su autonomía. ¿Cómo institucionalizar tal pluralismo? Este es el problema decisivo de nuestra época. Estamos todavía muy lejos de haber elaborado la solución, y, para elaborarla, es necesario proponer un concepto radicalmente nuevo de democracia. En efecto, el concepto del que disponemos por el momento es completamente inadecuado para hacerse cargo de la amplitud que debe tomar la lucha por la supresión de todas las relaciones de dominación y para la creación de una verdadera igualdad y participación en todos los niveles de la sociedad. Ya que no puede bastar la superación de la idea liberal de democracia ligada a la participación parlamentaria añadiéndole múltiples formas de democracia de base, por medio de las cuales participen los ciudadanos en la gestión de los asuntos públicos y los obreros en la gestión de las empresas. Más allá de estos objetivos tradicionales es importante reconocer la existencia de otros objetivos sociales y su carácter político: las mujeres y las diferentes minorías también tienen derecho a la igualdad y a la autodeterminación. Este pluralismo, por consiguiente, no puede limitarse al pluralismo de los partidos, sino que debe ser, verdaderamente, un *pluralismo de los objetivos*.

El proyecto de sociedad que se desprende de la articulación de las luchas de los nuevos movimientos sociales con las de la clase obrera es el de una sociedad en la que no sólo exista una participación real de todos los individuos en todas las decisiones que conciernen a la organización de la vida social, sino también una igualdad real entre todos los seres humanos con independencia de su sexo, raza u orientación sexual. No estamos hablando de un «postsocialismo», sino de *otro socialismo*. O acaso sea de comunismo de lo que deberíamos hablar.

¹ La expresión *fordismo* se ha utilizado aquí simplemente para designar el tipo de proceso de trabajo caracterizado por la cadena de montaje semi-automática, establecido en los Estados Unidos a partir de los años 20, y no en el sentido amplio en que lo emplea, por ejemplo, Michel Aglietta en *Regulación y crisis del Capitalismo*, (Madrid, 1979. Ed. Siglo XXI), donde este término designa el conjunto de condiciones sociales ligadas a lo que Aglietta llama el «régimen intensivo de acumulación». La posición defendida aquí está ciertamente más próxima de la de la Aglietta que de la de los teóricos del «capitalismo monopolista»; sin embargo, nosotros consideramos que nuestra periodización del capitalismo sobre la base de *sistema hegemónicos* es preferible a la de «regímenes de acumulación», porque permite expresar la articulación entre formas económicas, políticas y culturales de manera no economicista, mientras que la utilización de la expresión «régimen de acumulación» deja el camino abierto a interpretaciones economicistas.

² Antonio Negri: «John M. Keynes et la théorie capitaliste de l'état en 1929», dans *La classe ouvrière contre l'état*. Paris, 1978.

³ Eso no quiere decir que el capitalismo no haya logrado articular determinados aspectos de la subordinación de las mujeres de una manera funcional para su reproducción. Por supuesto, en la medida en que él se ha desarrollado en una sociedad en la que esta subordinación existía, el capitalismo ha procurado adaptarla en su beneficio, lo que en algunos casos ha contribuido, sin duda, a fortalecer dicha subordinación. Sin embargo, hay todo un aspecto del desarrollo del capitalismo que tiende a hacer posible el cuestionamiento de esta subordinación.

⁴ Ernesto Laclay y Chantal Mouffe desarrollan extensivamente este argumento en *Hegemony and Socialist Strategy*. New Left Books. Londres, 1982.

Traducción de Juan A. Matesanz

Fundación Pablo Iglesias

PUBLICACIONES

La izquierda ante la crisis económica mundial.

Textos de las jornadas organizadas por la Fundación Pablo Iglesias los días 19 y 24 de mayo de 1980. Giovanni Arrighi, Jacques Attali, Enrique Barón, Fernando Claudín, André Granou, Stuart Holland, Serge-Cristophe Kolm, Ernest Mandel, José María Maravall, Juan Muñoz, Ludolfo Paramio, Santiago Roldán, Julio Segura, Bruno Trentin, Rainer Zoll.
186 pp. 400 Ptas.

El tema de las Nacionalidades.

La teoría de la nación en Otto Bauer, Manuel García Pelayo.
68 pp. 200 Ptas.

Vida y obra de Marx y Engels.

José Luis Aranguren, Fernando Claudín, Elías Díaz, Helmut Elsner, Carlos Paris, Ignacio Sotelo, Enrique Tierno Galván.
101 pp. 200 Ptas.

Homenaje a Pablo Iglesias.

(En el año del centenario de la fundación del PSOE, con 60 contribuciones de escritores, poetas y profesionales.)
203 pp. 400 Ptas.

100 años de socialismo en España.

Bibliografía del socialismo español, 1979.
216 pp. 250 Ptas.

100 años por el socialismo.

Historia ilustrada del PSOE, 1979.
225 Ptas.

Catálogo de Publicaciones Periódicas

pertenecientes a la Hemeroteca de la Fundación Pablo Iglesias. 82 pp. 50 Ptas.

DISTRIBUCION A LIBRERIAS

EN MADRID:
Visor Libros
Roble, 22
Madrid-20
Teléf. 279 34 43

CATALUNYA Y RESTO PAIS:
Les Puntxes, S.L.
Escornalbou, 12
Barcelona-26
Teléfs. 235 22 08-235 61 08

CRISIS DE PARTIDOS Y CRISIS DE MOVIMIENTOS

Rossana Rossanda

análisis y debate



1. Crisis de la forma-partido.

Tanto en Occidente como en los países del Este es manifiesta la crisis que están sufriendo los partidos políticos. Estos, naturalmente, no desaparecen, y tal vez sea entonces más correcto hablar de decadencia. Pero si se piensa —más allá de la permanencia institucional— en su creatividad, producción de ideas, capacidad de representar y estimular necesidades de masas, se puede hablar de crisis en sentido estricto.

Esta crisis es evidente sobre todo en los partidos obreros, y, en particular, en los partidos comunistas, por dos motivos. Primero, porque el partido nacido de la II y III Internacionales se ha convertido en el modelo de partido en el curso de este siglo. Segundo, porque el partido «de masas», que se considera revolucionario, es el que más se ve atacado por el cambio de su propia base social y por una pérdida de representatividad no meramente simbólica.

Esta decadencia tiene sus fechas. La más clara y representativa es 1968. Hay partidos socialistas o comunistas que desaparecieron mucho antes, pero la «forma-partido» ha sido puesta en discusión sólo a partir de este momento, tanto en el occidente maduro, donde existe una fuerte tradición obrera y de partido, como en China. Los aspectos que definen esta crisis aparecen en una controversia, que surge ahora por primera vez, por parte de los estudiantes y sectores avanzados de la clase obrera. Los contenidos de la crítica se pueden resumir esquemáticamente en el rechazo a dar poderes ni al propio partido (ni siquiera al «propio» Estado), vividos como «otros» respecto a la nueva subjetividad de los agentes sociales.

Por primera vez, los partidos son vistos como frutos ambiguos del sistema capitalista de producción y de sus formas estatales, aunque ellos se conciban, y en un período lo han sido realmente, como sus enemigos mortales.

Presumiblemente, esta nueva subjetividad, que ya no acepta ser gregaria, nace del proceso de alfabetización que se ha producido a escala mundial en los años sesenta, a través del desarrollo excepcional de la escolarización y la socialización de los medios de información. Se ha producido un triple cortocircuito: la expulsión de las «masas», ya no como sujeto, en su esencia, «de serie», sino como un conjunto de individuos y de grupos más complejos y más exigentes; la conciencia de un límite muy próximo a alcanzar respecto a las exigencias de promoción y a las otras «necesidades» producidas por la alfabetización y por la politización y, por tanto, el final de una posible integración de masa; y la circulación de los mensajes lanzados por las «zonas de tempestad revolucionaria» (Marx, Mao, Marcuse, Ho-Chi-Minh, «Che» Guevara).

Este hecho no es, en sentido restringido, del todo nuevo. Sí lo es, en cambio, el tomar conciencia de él. La tesis marcusiana sobre el protagonismo de los marginados me parece útil sólo en este sentido: los sujetos, en otros tiempos elementos centrales en la producción capitalista o en la reproducción del Estado (clase obrera y estudiantes, cuadros de la nueva clase dirigente o de la vieja que se renueva), se encuentran de pronto no representados por el modelo político dominante, ni por sus formas, ni por los contenidos de agregación propuestos por su partido (o por su partido-Estado, o por su Estado). Cuando aumenta la diferencia entre la formación del sujeto y su integración en un circuito social y político capaz de satisfacerlo, se puede hablar de una «marginalización» creciente de los sectores «agudos» de la subjetividad social.

La crisis de los partidos se conecta a la crisis del «Estado social», acentuada a su vez por la crisis económica de los años sesenta. Respecto a la naturaleza de esta última, damos por descontado que también ella es un producto que, al menos, está fuertemente condicionada por la existencia de «Estados sociales» en las zonas industriales fuertes, y por la ideología de un super-Estado social, como ha sido la ideología neo-capitalista, neo-colonialista y, en gran parte, del Norte-Sur (subdesarrollo, política de ayudas, etc.) en la postguerra.

Quiero, sobre todo, subrayar que la decadencia de la «forma-partido» está estrechamente ligada a la decadencia de la forma-Estado, y más precisamente a la decadencia de toda ideología «progresista» del Estado. Todos los partidos (ya acepten las normas democráticas, ya se propongan destruirlas, y hasta en el caso extremo de formaciones terroristas organizadas en «partidos clandestinos») se forman como Estado nuevo, Estado «in nuce»: así, la tesis marxista sobre la desaparición del Estado resurge a duras penas a finales de los años sesenta, coincidiendo exactamente con la crisis de los partidos. En los partidos obreros este estado «in nuce» está modelado sobre el adversario, no sólo por un límite de imaginación social (¿cómo otro Estado?), sino en función del rol que un parti-

do, incluido el obrero, parece llamado a desarrollar en un país moderno, o modernizado: el sistema de democracia representativa, estructurando los partidos como conjuntos periódicamente destinados a la búsqueda del consenso electoral en el marco institucional dado, determina la forma de organización y, en buena medida, la ideología real.

El mismo partido comunista, que también a menudo es atacado por la derecha por su «variedad», refleja hasta en su estructura leninista un sistema de representación heredado del Estado moderno, que corrige (centralización del momento decisivo y la disciplina que de él se deriva) con el modelo «militar» también heredado de él: el pretexto es ser un partido «en guerra», llamado a producir una transformación global, por tanto, blanco permanente para el enemigo. (No hace falta subrayar que a medida que los partidos comunistas aceptan el método de la alternativa y borran la idea de revolución este régimen interno pierde legitimidad: en efecto, la crítica del centralismo democrático es la primera manifestación de crisis de los partidos comunistas occidentales, y asume una forma poco clara a partir del 56.)

Los problemas impuestos por la crisis de la «forma-partido» exigen análisis muy complejos. Me limito a indicar uno: la identificación del «ciudadano» en el Estado es un proceso relativamente moderno, que se cumple en el curso de estas décadas (también los revolucionarios se identifican en un Estado, futuro y «distinto»). Por tanto, ¿los partidos no reflejarían, no serían elementos funcionales en una participación política reducida de la sociedad, como la que se ha dado hasta ahora? Dejarían de ser vitales, por lo menos en su naturaleza de origen, en el momento en que las masas, como tales, se volverían «vanguardia», darían una nueva dimensión al primado de la esfera política respecto a la denominada «sociedad civil», protestarían cualquier centralización de la voluntad y de las decisiones. La apertura de la forma-partido (que, como tal, siempre es vanguardia, cuerpo separado) ocurriría, en particular, cuando una conjunción armoniosa, o una dialéctica armoniosa entre «masa y poder» (como la concebida en Italia por la izquierda comunista) fuera incapaz de construirse, en cualquier condición, dentro de la forma-Estado.

2. *¿Crisis de los movimientos?*

Existe también una crisis de los movimientos. Naturalmente, no desaparecen del todo; dejan, por el contrario, unos sedimentos que se distribuyen en forma molecular sobre el conjunto de la sociedad y de las instituciones, y se transforma luego en uno de los agentes de su crisis. Este proceso es muy evidente. Pero el «movimiento», entendido como una parte de la sociedad que se subleva, se modifica, pide un cambio, coagula grupos de personas a quienes ofrece un fin común en un marco febril y no institucional —una necesidad, en fin, que explota en presencia y acciones inmediatas— muere rápidamente, y no sin reflejos dramáticos y destructivos, tan importantes como los sedimentos producidos. Con más exactitud, ésta parece la característica (con excepción del movimiento de las mujeres) de los movimientos en los últimos veinte años.

Años 70, nuevos movimientos. El poder y la revolución.

Podemos proponer la tesis según la cual, hasta la mitad del siglo, los «movimientos» han tenido un doble carácter: se trataba o de las insurrecciones de franjas sociales atacadas por los procesos dominantes de cambio (las revoluciones campesinas), o de las apariciones de sujetos y necesidades que anticipaban —sobre todo a través de expresiones violentas— una tendencia dominante: destinados, por tanto, a ser partido, o parte de un partido ya existente, o bien objeto de «revolución pasiva». Las ideas que aportan son de tal naturaleza que las formas conocidas de la política y del Estado aún pueden asumirlos,

dilatándoles y modificándoles: sólo desaparece la forma original de su presencia, y con ella su radicalismo (en este sentido, una revolución pasiva nunca es total). Cualquiera que sea la revolución, rechazo o pregunta, el movimiento aparece, sobre todo, en el orden del día como una urgencia que otros deben resolver. A partir de los años setenta, los movimientos tienden a expresar sujetos y necesidades que los partidos, el Estado, el bloque social dominante no están en condición de negarse a absolverlos. Ninguna forma parece capaz de representarlos. A su vez, no parecen capaces de constituirse en instituciones, ni viejas ni nuevas; no consiguen volverse ni proyecto ni alternativa; como mucho, cultura, pero sin hegemonía. Desde entonces el movimiento crece y se frena, sin encontrar salidas, ni siquiera parciales; se pone rígido como contradicción presente o latente, herida visible o invisible de la sociedad, también principio de necrosis de algunos sectores sociales y políticos. Frente a esta falta de expresión, si así se le puede llamar, de ciertas necesidades, también el poder se pone rígido y padece procesos necróticos. (Este es el problema de la droga, de las revoluciones juveniles o de las bandas de barrio; el asunto del *terrorismo*; la rápida involución de la democracia en España, que ha llegado muy tarde y muy rápidamente a adquirir formas de rechazo a la política, como el abstenerse de votar, ya «maduras» en otros lugares).

¿Movimientos de izquierda, partidos de derecha y Estado fuerte?

La pregunta de fondo formulada por estos nuevos movimientos se puede expresar de la siguiente forma: ¿los partidos políticos de izquierda no consiguen representarlos debido a su regresión oportunista, «de derechas»? ¿o bien esta regresión refleja solamente (como la oscilación del Estado entre la centralización autoritaria y «mercado político» de las corporaciones, Estado «fuerte» o «frágil» pero siempre evasivo) la imposibilidad de las formas de la política, a través de las cuales se ha expresado hasta ahora el conflicto de recoger las necesidades implícitas de los movimientos? En el primer caso, el asunto dependería de una «corrección de línea», de la eventual «recapacitación» del partido, y una revolución, o una revolución pasiva, quedaría dentro del orden de las cosas posibles. En el segundo caso, tendríamos que enfrentarnos a la crisis radical de la forma política, que han constituido el Estado moderno y los partidos hasta hoy día. En este segundo caso, ¿hasta qué punto se puede afirmar que las formas políticas están obsoletas? Nos encontramos con la crisis del marxismo. ¿Es Marx un «perro muerto»? O, ¿lo son solamente el marxismo y los marxistas? Y, ¿en qué sentido? Es obvio que este «solamente» no es una palabra vacía, sino llena de historia. Estaríamos en precario, una precariedad que sufre, infeliz, rica de empujones de fondo, de regresiones, de laceraciones.

Sindicato, feminismo, pacifistas.

La ofensiva de la reestructuración capitalista crea agresividad sobre todo, es decir, disloca tanto los sujetos como las necesidades. El marco cambia, vuelve a definir la doble crisis de partidos y movimientos ya delineándolos en fase de expansión social y política. El sindicato, este super-partido —en Italia por lo menos— es el más expuesto, como el movimiento obrero en sentido propio, y, por tanto, los empujones espontáneos más avanzados o «utópicos» están hoy en día en regresión en todas partes.

Se imponen dos reflexiones para dos movimientos que no entran en el esquema trazado. En primer lugar, el *nuevo feminismo*, que ya no existe como movimiento propiamente dicho, y aparentemente ha conseguido sólo acelerar la emancipación femenina contra los límites de los que se había rebelado; pero que persiste como contradicción, como cultura en sí, como ruptura de comunicación en el tejido político, social y familiar (fiebre de identidad de las mujeres).

En segundo lugar, están los recientes *movimientos pacifistas*. No sé si serán rápidamente reabsorbidos. Pero es cierto que han roto con las anteriores formas de movimiento, sobre todo el juvenil, en el sentido que no sólo no son violentos, sino que tampoco se conciben ni como antagonistas ni como minoritarios; al mismo tiempo, no se sienten representados por ningún partido (la única fuente reconocida es, como mucho, la academia). Su característica nueva es, si así podemos decirlo, una «politización» del «rechazo de la política», allí donde esta última está unida a la guerra.

3. *Consideraciones finales, pero precáreas.*

Es muy pronto para hacer una previsión. Al fin y al cabo, el divorcio entre partido y movimientos dura sólo, en Italia, desde hace cinco años, y no quiere decir que, en cierta medida y en plazo breve, este proceso no sea reversible. La fragilidad de los movimientos, el cansancio producido por el terrorismo y la pérdida de ilusiones del 68, por un lado; la derrota del denominado «ingreso de las masas en el Estado», por otro, podrían acercar a los movimientos sobre todo al PCI, si este último fuera arrastrado, por su crisis y su lucha interior, a abandonar tanto el compromiso histórico como la carrera de los socialistas en vista de una salida tipo neo-laborista (*lib-lab*, libre mercado mas «labour»). Desde que la «variedad» comunista, frente a Berlinguer, busca nuevamente una raíz en lo «social» —tentativa que parece surgir a primeros de diciembre de 1981— se puede decir que lo «social» no la rechaza: ha experimentado que, por sí solo, no llegaría a ninguna parte. Pero aquellos que volverían a dialogar serían los movimientos que han recapitado, y un PCI en fase de cambio; los grandes primados de lo político y de lo social, como han sido concebidos en esta última década, están ambos en rápida caída. Iríamos a una fase de reelaboración de la cual no es fácil imaginar los límites, la naturaleza, la salida.

Partidos obreros al gobierno y el nudo de la transición.

Por el momento, podemos afirmar que la crisis del partido obrero estalla en el momento de su entrada en el gobierno. Contrariamente a lo que dice Andreotti («el poder desgasta únicamente a quien lo tiene»), la izquierda es desgastada por el ejercicio del poder. Ha ocurrido en Chile y en Portugal, ha ocurrido en Italia aunque sea en condiciones muy distintas, y únicamente un aplastante aparato represivo evita su clamorosa manifestación en los países del Este. De algún modo, la ola que ha llevado a los partidos obreros al gobierno obtiene de los mismos la contestación a la pregunta que alimentaba. Las contradicciones que la izquierda debía introducir en el sistema productivo y en el aparato estatal capitalista se resuelven en su seno, hasta que sistema productivo y Estado quedan, o vuelven a, ser como antes. Es obvio reconocer que este siglo ha conocido sólo una relación de producción (con cambios relativos a las relaciones de propiedad de los medios de producción, y a sus superestructuras) y dos formas de Estado: *el Estado parlamentario burgués*, oscilante entre «revolución pasiva» y tentaciones autoritarias, y *el Estado estalinista* (con sus versiones «progresistas» en el tercer mundo).

Masa y poder, individuos y poder.

En primer lugar, resulta que los conceptos suficientes para alimentar una cultura de oposición no lo son para alimentar una cultura y una práctica de la transición, pues sus límites (o errores de base) se vuelven mayores en el momento de la entrada al gobierno; en segundo lugar, hace falta revisar seriamente la idea de Estado (la izquierda oscilante

entre un antiestatalismo sencillo, y un estatalismo forzado pero corregido por el fantasma de una autogestión de la cual no se sabe quién la hace ni en qué consiste) y la idea de socialismo, de transición al socialismo, de elementos de socialismo. Se trata de una revisión tanto teórica como histórica.

En cuanto a los movimientos, me parece que padecen una variación de fondo. Mientras, en el pasado, han representado un empuje espontáneo hacia una «totalización» capaz de superar lo político y lo institucional, hoy tienden a representar el radicalismo de determinados sectores de la sociedad, que no miran hacia ninguna generalización o que la rechazan. Esta variación tiene su origen en una plural composición de la sociedad, pero también en una forma nueva de relación —ésta probablemente irreversible— entre masa e individuo, en el sentido de que este último no considera ya a la masa en movimiento como algo que le confiere su identidad esencial. A su vez, esta nueva composición social nos remite a las crisis entrelazadas de la producción, del Estado y del partido, sacudidas entre expansión y recesión, keynesianismo y reaganismo, centralización y descentralización, planetarización del capital y tendencias nacionalistas. De ahí resulta una fragmentación que supera ampliamente la ruptura clásica entre «ocupados» y «desocupados». Sobre todo, también en fase de expansión, los «ocupados» varían bajo el empuje tecnológico, puesto que los «desocupados», con crisis o sin ella, asumen un status distinto en el Estado social. Una politización nueva choca con los «sectores transversales» de la sociedad, sus formas civiles, sus culturas, sus formas de relación, empezando por la contradicción hombre-mujer. Por todas partes, la superación de las formas de producción como «contradicción principal» es puesta en discusión.

El Marx total y la esperanza de las mil revoluciones.

Esta fragmentación de radicalismos incomunicables produce una cultura que se opone por definición a aquellas del movimiento obrero. El rechazo de toda generalización, en una lectura, un tanto rápida, de un Marx entendido como «totalizador» —como si en lugar de una crítica de la economía política hubiera fundado una antropología general— decreta el final del marxismo, y con ello el de una idea global de revolución. Esta cultura, tras un paso rápido por las subculturas de las revoluciones (cada uno la propia), llega hoy a la recuperación de la democracia clásica, modernizada por el americanismo: la sociedad no sería otra cosa que un conjunto de grupos de intereses, y el Estado —el único «no ideológico»— haría jugar todos los intereses para asegurarles un equilibrio estable, a su vez garantizado por una esfera política equilibrada por la alternativa. Es la teoría del «mercado político», que refunda la autonomía de la política como tensión hacia el «centro» por encima de cualquier base social.

¿Existe la referencia obrera para los nuevos movimientos?

La crisis de los partidos, abierta por una protesta radical de izquierda, se salda en primera instancia con el regreso al equilibrio de los poderes, el rechazo de cualquier transformación global. Los cambios no serían un cambio articulado, sino lo contrario del cambio, y este último está identificado con el «vulgo marxista», incapaz de comprender y resolver la ola de fondo de una sociedad moderna, y por consiguiente por su naturaleza mutiladora y represiva.

La pregunta que surge, entonces, es si, frente a una mundialización del capital —él no teme a la «totalización»—, se pueden imaginar procesos de liberación, inclusive parciales, sin recurrir a un proyecto unificado por el cambio. No es convincente la contesta-

ción según la cual un proyecto de bloque histórico y de revolución —la tradición marxista— sería desmentido porque reflejaría una concepción lineal del proceso social. Es probablemente cierto que la noción de sistema permite individualizar mejor un campo complejo y articulado: el capital mismo se presenta más como un modelo de sistema que como un modelo lineal. Pero cada sistema tiene su eje, su centro de gravedad: desde los años treinta, en efecto, el Estado tiende a constituirse en baricentro, tanto «en apariencia» como incorporándose al proceso de producción y de reproducción. Pero esto no significa que sería el equilibrador de distintas escalas o poderes, puestos en el mismo plano: ya que cada Estado privilegia poderes, agentes sociales, modelos de relaciones sociales, reenviándose, pues, a una unión profunda con el baricentro real (material-real) del sistema político-social en su conjunto.

Ahora, la verdadera pregunta es: ¿cuál es el centro de gravedad para aquellos que niegan la centralidad obrera (que no es sociológica, es una imagen del centralismo del modo y de la relación de producción respecto a las múltiples formaciones sociales e ideológicas que se unen y se contradicen alrededor y dentro de sí mismas)? O bien, en un sistema desprovisto de este punto de referencia, ¿de dónde viene el movimiento, cómo se forma la necesidad de cambio, qué es lo que realmente tiene que ser cambiado?

Y para aquellos que todavía consideran central la relación y el modo de producción, ¿en qué sentido esto ha sido modificado, o ha modificado la sociedad, después de un siglo de movimiento obrero, en el actual escenario internacional, en el cual uno de los polos es el «socialismo real», y frente a una modificación radical de las subjetividades y de los mismos sujetos?

Sin estas preguntas y sin un intento de contestación, también el problema de la doble crisis de los partidos y de los movimientos no iría más allá del horizonte de una «descripción» más o menos ideologizada.

Este texto es un resumen de la intervención de Rossana Rossanda en el congreso internacional en memoria de Nikos Poulantzas, organizado en París por la Universidad de Saint Denis, en diciembre de 1981.

LA MUJER BAJO LA DICTADURA

Anna Balletbó

análisis y debate



Introducción.

Todavía no había terminado la guerra cuando el general Franco, en nombre del llamado «Movimiento Nacional», firmaba un decreto por el que se invalidaba toda la legislación emanada del Parlamento de Cataluña y del Tribunal de Casación, restableciéndose íntegramente el Derecho existente anterior a la promulgación del Estatuto. Así de sencillo y así de grave. No es objeto de este trabajo analizar lo que representó para Cataluña el decreto del 5 de abril de 1938, pero sí que cabe remarcar lo que perdieron las mujeres como sexo oprimido.

En el Estatuto Interior de Cataluña los republicanos catalanes ya sentaban las bases programáticas de la igualdad de derechos entre hombre y mujer, estableciendo que el matrimonio se fundamenta en la igualdad de derechos entre los cónyuges. Pero es nece-

sario profundizar un poco más en la memoria histórica y recordar otros aspectos de la obra legislativa del Parlamento de Cataluña, como la «Ley de mayoría y habilitación de edad», la «Ley reguladora de la autoridad paterna» y, especialmente, la «Ley sobre la capacidad jurídica de la mujer y los cónyuges», aprobada el 13 de junio de 1934, en la que se proclamaba la igualdad absoluta de los cónyuges ante la ley, suprimiendo la necesidad de licencia. Esta fue, probablemente, la ley más avanzada de todas las promulgadas en aquel momento en Europa, a excepción de la nueva legislación de la Unión Soviética donde, con posterioridad, se fue retrocediendo. Y algo más de acuerdo con las normas generales aprobadas por el Consejo Ejecutivo de la Generalidad de Cataluña en cuanto a la organización de la enseñanza, en el año 1931 se autorizaba la creación en Barcelona del Instituto-Escuela, en el que se admitían alumnos de ambos sexos, es decir, se practicaba la coeducación. Además, con fecha de 25 de diciembre de 1936, el Gobierno de la Generalidad decretó una ley de interrupción voluntaria del embarazo.

Antes de acabar esta corta enumeración es preciso mencionar, en cuanto al resto del Estado, que los republicanos otorgaron el voto a la mujer y que en los meses de marzo y julio de 1932 se aprobó la orden de reconocimiento único del matrimonio civil y la ley de divorcio. Durante la República, también se le permitió a la mujer ser tutora de menores e incapacitados, prestar testimonio en los testamentos, ejercer la patria potestad sobre los hijos menores en caso de viudedad...

Mientras avanzaban las tropas franquistas, todos estos derechos fueron siendo conculcados. Tomás Rodríguez Arévalo, ministro de Justicia de Franco, derogaba la ley de matrimonio civil el 12 de marzo de 1938, alegando que la citada ley «constituía una de las agresiones más traidoras de la República contra los sentimientos católicos de los españoles»... y, por lo tanto, se imponía como imperativo de justicia y desagravio a su conciencia católica la derogación de una ley tan «sectaria». La ley de divorcio fue derogada en septiembre de 1939, justificándose sobre la base de que la ley «era opuesta al sentimiento religioso profundo de la sociedad española».

El nuevo orden destruyó rápidamente el trabajo legislativo de los republicanos. A partir de este momento una nueva filosofía inspiraría todo lo que hace referencia a la educación de la mujer, su papel en la sociedad y el orden en el matrimonio; orden que tendrá, en la paciencia y la resignación de la mujer, su pilar fundamental. Es una nueva filosofía que avanza de la mano de la ideología de quienes ganaron la guerra.

La ideología falangista: José Antonio y los derechos de la mujer.

¿Cuál era este nuevo orden que daba lugar a una mujer nueva? Evidentemente, este nuevo orden era el del Estado fascista con sus precedentes en Alemania e Italia. Un nuevo Estado basado en una ideología que incitaba a la violencia, en el que la fuerza física era muy superior a la inteligencia, donde el hombre era la fuerza, el luchador, el conquistador de un gran imperio. ¿Y la mujer? La mujer, naturalmente, no tenía cabida como protagonista en este marco. A ella le correspondería el paciente papel de bordar en las camisas de sus hombres —padres, hermanos, prometidos, maridos o hijos— las insignias fascistas. Pero a la mujer le correspondía también una tarea específica: dar hijos a la Patria que contribuyeran a conquistar este imperio. Resucitaban la esposa, la madre, como adjetivos calificativos de la hembra. Se idealizaba a la rectora del hogar, a quien se exigía la máxima fecundidad para el desarrollo y engrandecimiento de la estirpe. El slogan se repetía: «Haced hijos, muchos hijos; el número es potencia».

En el Estado español la nueva ideología tiene su máximo representante en la persona de José Antonio Primo de Rivera. Aquel ideólogo que, al fundar la Falange Española el 29 de octubre de 1933 en el Teatro de la Comedia de Madrid, se proponía resolver las tres clases de secesionismos: la anarquía de los partidos políticos, la traición de los separatismos y la violencia de las luchas de clases. Fue él mismo quien profetizó, el 22 de marzo de 1933 y desde las páginas del diario *ABC*, lo que, lamentablemente después, constituyó la base de 40 años de nuestra historia:

«En un Estado fascista no triunfa la clase más fuerte ni el partido más numeroso —que no por numeroso ha de tener siempre la razón, aunque otra cosa diga un sufragio estúpido—, triunfa el principio ordenado común a todos, el pensamiento nacional constante de que el Estado es órgano.»

El espíritu golpista de la Falange se hace evidente por boca de su propio fundador cuando dice en uno de sus discursos, recopilado por Agustín del Río Cisneros en el libro *Textos de Doctrina Política* (1974):

«Aunque triunfasen en España todas las candidaturas socialistas, vosotros, padres españoles, a quienes vuestras hijas os dirán que el pudor es un perjuicio burgés; vosotros, militares españoles, que os dirán que la Patria no existe y veréis a vuestros militares indisciplinados contra vosotros; religiosos, católicos españoles, que veréis las iglesias convertidas en museos de los sin Dios, ¿acataríais vosotros el resultado electoral? Pues la Falange tampoco.»

¿Qué es lo que piensa el ideólogo falangista de la mujer, la familia, el fascismo, el matrimonio, el divorcio?... A pesar de su soltería nada le impide llenar sus discursos y artículos con todos los tópicos fascistas respecto a estos temas:

«Es la Patria quien necesita de nuestros brazos; ella es quien nos manda uniformar, formar todos como uno solo; vestir las camisas azules de la Falange. La Patria es quien borda con mano de mujer —de madre, de novia— sobre el pecho, exactamente encima de la diana alborotada del corazón, ansioso de lucha y de sacrificio, el yugo y el haz, las flechas de nuestro emblema.»¹

En materia de bordados, la «nueva mujer» resultó ser una gran experta; así, durante la guerra, una tradición de las mujeres carlistas incorporadas al ejército franquista da como resultado un bordado generalizado encima del pecho de los soldados franquistas, que decía: «Detente bala, el corazón de Jesús está conmigo».

Bordar con hilos de colores era lo que hacían las mujeres; otras, zurcían los codos de los guardapolvos de los trabajadores y los rotos de los pantalones.

Obviamente el fundador de la Falange no era feminista y así lo manifestaba, sin tapujos, en una entrevista que le hizo la periodista Luisa Trigo²:

...«No soy feminista; por tanto, huelga que le diga que no soy partidario de dar el voto a la mujer.

Esto no quiere decir que sea antifeminista. Los anti algo, sea lo que sea ese algo, se me presentan imbuídos de reminiscencias del señoritismo español, que se opone irreflexiva pero activamente a lo que él no comparte. No soy ni antimarxista, ni anticomunista, ni... antinada. Los anti están desterrados de mi léxico, como si fueran tapones para las ideas.

...Le dije antes que la falta de facultades creativas de la mujer es lo que me induce a no ser feminista. Mas he de revelarles que me asustan tanto las fantasías creadoras actuales del hombre en política que es posible que la mujer, al mezclarse en

ella, pueda darle cierto reposo, cierto aplomo, que bien necesario le es... Y desde este punto de vista su actuación puede ser buena, ya que la mujer vendría a ser como aquella fuerza retardataria de las mareas que, haciendo la cincha del globo, modera el movimiento acelerado de la tierra.»

Y prosigue:

...«No confío en el voto de la mujer. Mas no confío tampoco en la eficacia del voto del hombre. La ineptitud para el sufragio es igual para ella que para él. Y es que el sufragio universal es inútil y perjudicial a los pueblos que quieren decidir su política y su historia con el voto.»

Evidentemente, según el Jefe de Falange, ni el hombre ni la mujer merecen el voto, pero especialmente esta última. Esta opinión no es precisamente una novedad para los dirigentes fascistas. José Antonio había aprendido mucho de Mussolini a quien, por otra parte, había conocido personalmente en una visita realizada el mes de octubre de 1933 al Palacio de Venecia, en Roma. Precisamente, ya en el año 1919, en uno de los puntos de su programa, Mussolini incluía «el sufragio integral para la mujer». El voto integral, sustitutivo del voto universal, pretendía conceder el voto administrativo y político en algunas categorías privilegiadas de mujer. El mismo lo justificaba cuatro años más tarde en la sección inaugural del IX Congreso de la Alianza pro Sufragio Femenino, argumentando: «En cuanto al gobierno, me siento autorizado para declarar, exceptuando acontecimientos imprevistos, que el gobierno fascista se obstina en conceder el voto para algunas categorías de mujer, empezando por el terreno administrativo. Pienso que la concesión del voto a la mujer, en primer lugar en las elecciones administrativas, en segundo lugar en las políticas, tendrá consecuencias beneficiosas, porque la mujer aportará al ejercicio de estos nuevos derechos sus cualidades fundamentales de medida, equilibrio, sagacidad». El gobierno italiano acabó aprobando un proyecto de ley para la concesión del derecho administrativo a diversas categorías de mujer, entre las que estaban las madres de los que habían muerto en la guerra, las que tuvieran el certificado del curso elemental obligatorio, las condecoradas con medalla militar o cruz de marido de guerra... Pero ni este voto llegó a ser ejercido; poco después de su concesión, el gran Duce decretaba medidas de excepción cuya consecuencia fue la abolición de todas las elecciones administrativas.

Las concepciones no feministas de José Antonio vuelven a aparecer en un breve parlamento dirigido a unas «camaradas» falangistas con motivo de un viaje suyo a Extremadura el año 1935³:

«Habéis querido, mujeres extremeñas, venir a acompañarme en nuestra despedida. Y acaso no sabéis toda la profunda afinidad que hay entre la mujer y la Falange. Ningún otro partido podréis entender mejor, precisamente porque en la Falange no acostumbramos a usar ni la galantería ni el feminismo.

Tampoco somos feministas. No entendemos que la manera de respetar a la mujer consista en sustraerla de su magnífico destino y entregarla a funciones varoniles (...).

El verdadero feminismo no debiera consistir en querer para las mujeres las funciones que hoy se estiman superiores, sino en rodear cada vez de mayor dignidad humana y social a las funciones femeninas.»

Naturalmente, la ideología falangista no era un hecho aislado en la Europa de la época. Pensemos, si no, en tres caras diferentes del fascismo: la Acción Francesa, el Fascismo italiano y el Nacional-socialismo alemán. En la Italia de Mussolini, el Duce abonó la reforma de Gentile, en 1933, introduciendo la enseñanza religiosa obligatoria en las es-

cuelas elementales del Estado. Del mismo modo que Charles Marras en Francia, Gentile era un no creyente partidario de la influencia disciplinaria y estabilizadora del catolicismo romano entre los jóvenes. Es así como, partiendo de premisas filosóficas diferentes, los tres reaccionarios nacionalistas menospreciaban el tono «laico, materialista y criptomasonico» de la educación pública en los países respectivos, y querían utilizar la religión como el modo de restaurar los valores morales tradicionales. Pero en el fondo de esta reforma, siempre encontraremos una institución que todos ellos consideran fundamental: la familia, y, dentro de ella, el rol de la mujer como elemento indispensable para su mantenimiento. En el número de mayo-junio de 1923 de *L'Educazione nazionale*, Gentile afirmaba:

«Actualmente la restauración es nuestra divisa: la restauración del Estado. El Estado no puede ser restaurado sin que se restauren las fuerzas morales que encuentran su forma concreta dentro del mismo Estado. El Estado no puede ser restaurado sin que se restaure la enseñanza, y la enseñanza no puede ser restaurada sin que se restaure la familia.»

Será preciso añadir que la familia no puede ser restaurada sin que se restaure en ella el rol de la mujer, pero esto ya se desprende de los textos.

Un tono parecido utiliza otro ideólogo de la Falange: Onésimo Redondo, católico ferviente, diciendo que la coeducación en las escuelas es un crimen contra las mujeres decentes, y que forma parte de un capítulo de la historia de las atrocidades judías en contra de las naciones libres. En definitiva, un crimen contra la salud del pueblo, de forma que los traidores que son responsables de ellos tendrían que pagar con su cabeza ⁴.

Pero retrocedamos: ¿cuáles son esas funciones superiores que para José Antonio están destinadas al hombre?

Evidentemente, son las grandezas guerreras que tenían en el reverso de la medalla las «funciones femeninas» de la castidad, virginidad, fidelidad conyugal y maternidad abundante. Porque, como dice el jefe falangista en otro punto de este mismo parlamento ⁵:

«El hombre —siento, muchachas, contribuir con esta confesión a rebajarlo un poco del pedestal donde tal vez lo habíais puesto— es torrencialmente egoísta; en cambio, la mujer casi siempre acepta una vida de sumisión, de servicio, de ofrenda abnegada a una tarea.»

Hasta aquí el menosprecio amable a la hembra, hasta aquí su condena a personaje de segunda fila.

Y sobre la familia, pilar fundamental de su ideología, ¿qué opiniones tenía?, ¿cuáles eran sus razonamientos?

«Que desaparezcan los partidos políticos. Nadie ha nacido miembro de un partido político; en cambio, todos nacemos miembros de una familia, somos todos vecinos de un municipio, nos afanamos todos en el ejercicio de un trabajo. Pues si éstas son nuestras unidades naturales, si la familia y el municipio y la corporación es en lo que de verdad vivimos, ¿por qué necesitamos el instrumento intermedio y pernicioso de los partidos políticos, que, para unirnos en grupos artificiales, empiezan por desunirnos en nuestras realidades auténticas?»

Queda claro, pues, cuál era el camino que inauguraba la ideología falangista y cuál era el papel, especialmente reaccionario, que se reservaba a la mujer dentro del marco

social de la organización de esta sociedad. Para que no hubiese ninguna posible fisura, José Antonio se manifestaba en sus discursos absolutamente contrario a la institución republicana del divorcio:

«España ya no es una reunión de familias. Vosotros sabéis lo que era de entrañable esa familia. Todas vosotras, las mujeres de Cádiz, las mujeres de España, habéis cada una constituido vuestra familia, y pensábais otras constituir también a la española, en la única forma tradicional que nosotros podemos entender la familia. Pues bien: ya tenemos una magnífica institución que se llama el divorcio. Con el divorcio ya es el matrimonio la más provisional de las aventuras.»⁶

En otro discurso señalaba:

«España ya no siente la familia, pues con la Ley para el Divorcio se ha amparado a los que nunca supieron constituir un hogar y amparado a esas mujeres que no hay quien las resista ni diez minutos...»

No hay duda que son palabras para reflexionar. En una sociedad en que este ideario estuvo posteriormente asumido e incorporado en la forma de organización del Estado, millares de mujeres hicieron durante cuarenta años una quiniela irreversible: o se acertaba el matrimonio o... se hipotecaba la vida.

Para algunos falangistas el tema del divorcio no era, sin embargo, tan corruptivo como el de las nacionalidades. El 24 de junio de 1935, Félix Ximénez de Sandoval escribió en el diario *Arriba* un artículo en que atacaba a la CEDA por consentir las maniobras del «separatismo catalán», y tratando el tema hacía el siguiente inciso:

«...Se intenta también la reforma del artículo 43 en lo que hace referencia al divorcio. Dejando pasar por alto la ruptura del vínculo de unidad de destino entre los pueblos de España y se preocupa de que el divorcio haya escandalizado a unas cuantas afiliadas a la CEDA.»

Estas palabras provocarían una respuesta pública y contrariada de José Antonio.

Su defensa de la familia no es, naturalmente, una defensa gratuita, sino que se inscribe y se articula dentro de su ideario político; no en vano él mismo diría:

«La familia es, para nosotros, la célula social indestructible: la primera de las unidades naturales que el sistema liberal capitalista ha destruido.»

En definitiva, la defensa de la familia, el ataque al divorcio, como también la defensa de la escuela religiosa, etc., eran aspectos fundamentales de la ideología falangista y, al mismo tiempo, puntos clave de la campaña electoral en las elecciones de febrero de 1936. La familia era claramente, para el fundador falangista, el pilar fundamental sobre el cual se asentaría el nuevo Estado, y dentro de la familia la mujer era el eje vertebrador que no podía finbrear en sus funciones específicas porque eso comprometía la estabilidad del «nuevo orden». Era necesario, pues, crear una «nueva mujer», lejos de aquellas veleidades republicanas que reconocieron la igualdad de derechos y deberes para todos los ciudadanos sin distinción de sexo, filiación y religión, y que comportaron la incorporación de la mujer en la vida pública rompiendo el cordón umbilical que la mantenía sujeta a la exclusividad de la vida privada.

«La nueva mujer de España»: La Sección Femenina.

El nuevo régimen asumió plenamente la ideología falangista, la desvirtuó, transformó y, en definitiva, la adaptó a los intereses del nuevo Estado. Y dado que era necesario restaurar el Estado y este nuevo Estado se fundamentaría en la familia, era necesario crear una «nueva mujer». Llegado el momento de forjar esta nueva mujer, «La nueva mujer de España», el papel de la Sección Femenina del Movimiento sería decisivo, tan decisivo como lo fue para la misma institución la persona de Pilar Primo de Rivera, hermana del fundador de la Falange y sobre quien recayó todo el complejo trabajo de adoctrinar al mayor número posible de mujeres de la postguerra mediante la obligatoriedad del Servicio Social, que, creado durante la guerra, fue reorganizado en virtud de un decreto de 31 de mayo de 1940. Ya unos años antes, por el decreto de 28 de diciembre de 1938, se había impuesto como asignatura obligatoria para todas las jóvenes del Estado español que siguieran estudios, la «ciencia doméstica», quedando especialmente encargada de esta enseñanza la Sección Femenina.

La Sección Femenina fue, en definitiva, el instrumento al servicio de la ideología triunfante en 1939, automáticamente incorporado en la organización del nuevo Estado para adoctrinar y someter a la mujer en el papel que se le había asignado, y que no era otro que la institucionalización de su *rol* de hembra.

Este contenido ideológico que se tratará de transmitir por la vía del Servicio Social, está ya presente en un artículo de Pilar Primo de Rivera, titulado «La nueva mujer de España», aparecido en el diario *Arriba*, de Buenos Aires, el 10 de septiembre de 1938:

«Sobre nuevos y viejos conceptos (Nacionalismo, Jerarquía, Imperio, Tradición) se levanta la España Nueva. Con viejas virtudes de raza, con cariño a la Patria, con ideas nuevas y nuevos horizontes, empieza tu vida nueva.

Pasó la modernísima niña del Instituto Escuela, joven intelectual que con seriedad de nuevo Catón supo censurar los *errores*, los *defectos*, los *vicios* de un Felipe II, que no conoció la gran obra de nuestra colonización en América más que la crítica de fray Bartolomé, algo corregida y aumentada. Pasó la mujer vacía por no saber nada, ni supo conocerse, ni supo ser mujer.

No hay sitio para ella en la España Nueva. ¡Nueva Mujer de España! Si es verdad aquello de que nadie puede dar lo que no tiene, no lo es menos que quien está lleno se desborda fácilmente y nosotras, con sencillez, sin pedantería, tenemos que dar, dar mucho y dar bien. ¡Horizontes Nuevos! ¡Horizontes de Mujer! ¡Horizontes de Madre! Para formar conquistadores de Imperios, para formar hijos de España que conozcan, que quieran a su Patria, tenemos que conocerla y quererla nosotras primero...»

Y para conseguir que la «nueva mujer» tuviera como nueva perspectiva este «horizonte del hogar» se precisaba, naturalmente, educarla de manera específica. En otro artículo aparecido también en el diario *Arriba*, de Buenos Aires, con fecha de 26 de noviembre de 1938, Pilar Primo de Rivera habla de la educación de las mujeres:

«Tenéis que daros cuenta de que a las camaradas de las Secciones Femeninas hay que formarlas y enseñarles nuestra doctrina sin apartarlas para nada de la misión colosal que, como seres, tienen en la vida. El verdadero deber de las mujeres con la Patria es formar familias con una base exacta de austeridad y alegría, en donde se fomente todo lo tradicional, en donde se canten villancicos el día de Navidad, alrededor de un monumento, y en donde haya comprensión absoluta para las malas cualidades de los demás; y haya, sobre todo, una ausencia completa de chisme, de la pequeñez de espíritu, de las frases a medias palabras, de todas esas cosas

que enturbian la vida y la hacen desahagible. Así pues, junto con la educación deportiva y universitaria irá esta otra que las prepara para que sean el verdadero complemento del hombre. Lo que no haremos nunca es ponerlas en competencia con ellos porque jamás llegará a igualarlos, y en cambio pierden toda la elegancia y toda la gracia indispensable para la convivencia; y ya veréis cómo estas mujeres, formadas así, con la Doctrina Cristiana y el estilo Nacional Sindicalista, son útiles a la Familia, al Municipio y al Sindicato. Ya veréis cómo estas mujeres así, en trance de guerra, saben entregar como lo hacen ahora, con entera voluntad, sus novios, sus maridos, sus hijos y sus hermanos a la Patria.»

El aparato que tenía que permitir el adoctrinamiento del mayor número posible de mujeres, la Sección Femenina, tenía una estructura vertical en cuya cima se encontraba la «Delegada Nacional», que siempre ha sido Pilar Primo de Rivera. Las afiliadas menores de diecisiete años estaban divididas en: «Margaritas», de siete a diez años; «Flechas», de once a trece años, y «Flechas Azules», de catorce a diecisiete años. Con el fin de asegurar su propia continuidad, la Sección Femenina había creado escuelas de «mandos» en las que se entrenaban a las jóvenes que tenían que acometer la tarea de divulgación y, al mismo tiempo, configurar la estructura del aparato. En estas escuelas se impartían cursos de «Mandos locales», «Mandos menores» y «formación de masas». En el año 1939, Franco hizo donación del Castillo de la Mota a la Sección Femenina y, una vez restaurado, se inauguró en el año 1942 como Escuela Mayor de Mandos José Antonio, prueba evidente de hasta qué punto el aparato del Estado había incorporado a la organización Falangista.

La Sección Femenina tenía encomendada la «formación total» de la mujer, tarea muy similar a la que tenían encomendada las juventudes femeninas de Alemania e Italia. En el año 1942, las tres organizaciones celebraron un congreso internacional de juventudes europeas en Viena, formando un triunvirato que tenía como finalidad orientar la educación hacia el hogar de todas las juventudes femeninas del continente.

La nueva ideología que se trata de inculcar a la mujer, el nuevo *rol* de hembra que se le pide, preside toda la actuación de la Sección Femenina, desde los aspectos doctrinales a la organización práctica. Veamos algunos fragmentos de los discursos de la delegada nacional, Pilar Primo de Rivera, al dirigirse a las delegadas provinciales:

«Lo que a nosotros nos encomienda la Falange es llevar conocimiento de nuestras verdades a todas las mujeres, no para que sean ellas las que organicen la política, sino para que lleguen a amar las ideas y puedan transmitir las a las generaciones venideras...

...A eso vamos nosotros; a la formación del individuo, partiendo desde su más temprana edad... subiendo por grados, llegar hasta la formación de la mujer para disponerla al matrimonio..

...Porque en esto nuestra vida falangista es un poco como nuestra vida particular. Tenemos que tener detrás de nosotras toda la fuerza y la decisión del hombre para sentirnos más seguras, y a cambio de esto nosotras les ofrecemos la abnegación de nuestros servicios... Que ése es el papel de la mujer en la vida..., dejarse guiar por la voluntad más fuerte y la sabiduría del hombre.»⁷

El nuevo régimen emprendió, inmediatamente después de la guerra, la tarea de tratar de frenar las fuertes corrientes migratorias del campo a la ciudad, consecuencia de la miseria en que la contienda había sumido a los campesinos. Es así como en la práctica el Estado utilizó a la Sección Femenina para programar y llevar a cabo una política concreta. En el año 1942 se dictaron algunas normas encomendando a la Sección Femenina que

al año siguiente desarrollara su trabajo enseñando a las mujeres campesinas industrias caseras, cuidado y selección de animales, labores artesanales, etc. El vehículo fue la *Hermandad de la Ciudad y el Campo*, organización nacida en el año 1937, en plena guerra, como respuesta a la necesidad, en la zona franquista, de hacer que las mujeres asumieran los trabajos que en el medio rural los hombres habían abandonado al incorporarse a las trincheras. En este servicio se habían apuntado desde el primer momento mujeres afiliadas a la Sección Femenina, de manera que al acabar la guerra se transformó en un servicio de enseñanza y fomento de las industrias rurales.

Otra clara utilización que el régimen hizo de las funciones de la Sección Femenina fue la instrumentalización de los grupos de Coros y Danzas en el intento de cambiar la imagen que la dictadura tenía en el extranjero.

Coincidiendo con el año 1947, cuando, como consecuencia de la política de guerra fría, se inicia un cierto desbloqueo por parte de algunos países hacia el régimen del general Franco, los grupos de Coros y Danzas de la Sección Femenina sacan por primera vez la cabeza al extranjero, tomando parte en un concurso que se celebraba en Llangollen, País de Gales, y al que asistieron 12 «camaradas» de los grupos de Sevilla y San Sebastián. Al año siguiente repiten el viaje 22 «camaradas» de los grupos de Coros y Danzas de Segovia, Córdoba y El Ferrol, y en este mismo año viajan a América —Argentina y Brasil— 11 grupos de danza españoles formados por un total de 134 «camaradas». La cosa mejora sensiblemente en el año 1949 cuando, además de volver a Llangollen, los Coros y Danzas se desplazan a las fiestas de Lausanne, al Festival Folklórico Internacional de Venecia, al de Amélie les Bains, al de Biarritz, a las fiestas de Rabat, y viajan por segunda vez a América.

En el discurso anual de Pilar Primo de Rivera en el XIV Consejo Nacional, celebrado en Tarragona y Lérida, en enero de 1950, hace mención especial de la actividad de los Coros y Danzas:

«Que Dios bendiga y la Virgen proteja hasta el final a esta segunda expedición a América, que además está demostrando al mundo hasta dónde ha calado en el alma de las nuevas generaciones españolas el entendimiento total que tenemos de la vida, el modo de ser, que para cada ocasión tiene la palabra y el hecho oportuno.»

A partir del año 1950 la actividad viajera continuó incrementándose y los Coros y Danzas pasaron a convertirse en un elemento más de la propaganda del régimen en materia de política exterior.

Pero donde se puede apreciar mejor el trabajo de «formación total» de la mujer que tenía encomendada la Sección Femenina es, sin duda, en el Servicio Social.

Prácticamente ninguna mujer pudo escapar a la «benéfica influencia» del Servicio Social durante toda la larga etapa franquista, porque era preciso poder exhibir pruebas documentales de haberlo cursado para obtener el pasaporte, el carnet de conducir, licencias de caza o pesca, para el ejercicio de cualquier cargo, función pública o responsabilidad política, para cubrir plazas vacantes en la Administración del Estado, Provincia o Municipio, para trabajar en empresas concesionarias de servicios públicos o entidades que funcionasen bajo la fiscalización del Estado, o simplemente para obtener el título que habilitase para el ejercicio de cualquier carrera o profesión.

Escaparse de la tan poco deseada obligatoriedad no era fácil. Las excepciones implicaban estar enferma, estar casada, viuda con hijos, monja, ser mayor de una familia con

ocho hijos y poca cosa más. La obligatoriedad se extendió, en el año 1946, en su fase de «formación», a las jóvenes trabajadoras que fueron obligadas a asistir en las escuelas de la Sección Femenina dos horas diarias durante un período de dos meses. No es sorprendente que la gran mayoría de jóvenes vieran con poquísima simpatía, y bastante menosprecio, la obligación de hacer el Servicio Social, y la Sección Femenina era plenamente consciente de esta realidad hasta el punto de que la delegada nacional hizo sobre ello una clara alusión en enero de 1946, en su parlamento en el X Congreso Nacional celebrado en Valencia y Alicante, y en el que, como cada año, asistían las delegadas provinciales:

«Tenéis que vigilar con verdadero esmero las dos partes de formación y prestación del Servicio Social que, si hubiéramos conseguido ya una moral en toda la gente de España debía ser para las mujeres una alegre ocasión de servir a la Patria, es para la mayoría de ellas una horrible obligación que tienen que cumplir.»

El período semestral del Servicio Social fue dividido en dos fases, una teórica y otra práctica. Se trataba de cursos intensivos de ciencia doméstica, puericultura, religión, formación política... acompañados de una prestación de servicio activo, generalmente en una de las instituciones pertenecientes a la Sección Femenina: oficinas, casas de maternidad... Las estudiantes universitarias que hubieran cursado todo el bachillerato tenían una reducción de dos meses de la etapa teórica de «formación», ya que las asignaturas de «Hogar» y de «Formación del Espíritu Nacional» fueron incorporadas obligatoriamente en todos los planes de Bachillerato.

Pero otras actividades de la Sección Femenina ayudaron a configurar el marco de nuestra juventud y adolescencia.

En la España de los años cuarenta, de las restricciones y el estraperlo, en la España del boicot internacional y de la autarquía económica, las afiliadas a la Sección Femenina iniciaron una nueva labor: el intento de implantar la organización en todos los pueblos del Estado. Esta fue la consigna que Pilar Primo de Rivera dio a las delegadas provinciales en el discurso pronunciado en el XI Congreso Nacional celebrado en enero de 1947 en Zaragoza. Para este trabajo se contaba con la Cátedra ambulante Francisco Franco, regalada por él mismo a la Sección Femenina y compuesta por cuatro camiones con cuatro remolques.

En esta misma España de niños depauperados en la que solamente los más privilegiados se escapaban de tener seborra o furúnculos, donde la tuberculosis hacía estragos y los trabajadores trabajaban de sol a sol con objeto de que el jornal les llegara al estómago, muchos padres atribulados apuntaron a sus hijos a la Falange para que tuvieran la posibilidad de ir a campamentos. Muchas familias trabajadoras sabían que el veraneo no era para ellas, y muchos chicos y chicas de cara amarillenta y cuerpo escuálido disfrutaron de un «cambio de aires», mientras el adoctrinamiento del régimen llegaba hasta los rincones más íntimos de su espíritu.

«El Estado integrador».

El nuevo Estado asumió todos los valores morales y conceptos sociales de los diferentes grupos que habían ganado la guerra, y asimilándolos los convirtió en doctrina de Estado. Al igual que Franco hizo con la idea de Dios y de la Historia, como reconoce el mismo Brian Crozier, su historiador oficial, algo parecido pasaría con la idea de familia y el concepto de *mujer*, de manera que todas las formas culturales quedarían impregnadas de la nueva ideología que las clases privilegiadas de la dictadura estaban interesadas en imponer.

Las esencias del Movimiento Nacional, resultado de la confluencia de la ideología falangista y los intereses de las clases dominantes, llegaron a hacer auténticos malabarismos en el trabajo de idealizar la institución familiar y ponerla a su servicio. En este sentido, la labor realizada por la Delegación Nacional de Prensa, Propaganda y Radio del Movimiento fue muy constante. En una de sus múltiples publicaciones, se puede leer:

«La familia y el Estado son dos instituciones soberanas; la una, célula primera de la sociedad; la otra, organización política de ésta, orientada a la realización del bien común. Mas esta soberanía como cualidad propia de cada una de ellas no impide una relación entre ambas. En un principio, la dependencia fue la absorción del Estado por parte de la familia, constituida como realidad multiforme y patriarcal. Actualmente existen zonas geográficas donde, contrariamente, el Estado anula la familia, aunque, como ya hemos registrado, se nota la sana tendencia que admite la familia.»⁸

Los principios del Movimiento Nacional respecto a la familia integral fueron recogidos en las leyes fundamentales. El Fuero del Trabajo, de 9 de marzo de 1938, reconoce a la familia como célula primaria, natural y fundamento de la sociedad, así como institución moral dotada de derecho inalienable y superior a toda ley positiva. La protección se postula en distintas declaraciones y afecta a la «retribución, huerto, hogar y patrimonio inembargable». Otra ley fundamental, el Fuero de los Españoles, predica:

«Todos los españoles tienen derecho a participar en las funciones públicas de carácter representativo a través de la familia, el municipio y el sindicato, sin perjuicio de otras representaciones que las leyes establezcan.»

Conceptos todos ellos heredados de las esencias falangistas. También la Ley de Principios Fundamentales de 17 de mayo de 1958 declara, entre otras cosas que:

«La participación del pueblo en las tareas legislativas y en las demás funciones de interés general, se llevará a cabo a través de la Familia, el Municipio y el Sindicato, y de las entidades estatales con representación orgánica.»

El culto a la familia unitaria se incorporó a la doctrina del Movimiento desde el primer día. Iniciado con la derogación de las leyes republicanas del matrimonio civil y del divorcio, continuaría, a lo largo de los años, adoptando distintas modalidades. Por ejemplo, la Organización Juvenil, creada en el año 1940, organizaba en los campamentos el «día de la familia». Modas distintas, tiempos distintos, pero un constante presente que cubriría una amplia gama de manifestaciones. Revistas como *Encuentro* y *Familia Española*, películas como *La gran Familia* y *Miguelín* se inscriben dentro de la moda de una época que llegó a favorecer la creación de un organismo como el PIO (Patronato de Igualdad de Oportunidades), que distribuía becas entre las familias numerosas. Las grandes desigualdades sociales que la política del mismo régimen acentuaba no las iba a solucionar, ni se pretendía, con la creación de organismos de promoción como el Instituto Nacional de la Vivienda, la Obra Sindical del Hogar y, desde 1957, el Ministerio de la Vivienda con sus tres variantes: «Viviendas protegidas», «Viviendas bonificables» y «Viviendas de renta limitada». Ninguno de estos organismos consiguió realmente *proteger* a la familia, entre otras razones por el grado de corrupción basado en las comisiones y triquiñuelas que han estado presentes en todos los niveles de estos organismos.

Un nuevo instrumento al servicio de la política del régimen se sumaría posteriormente en la configuración de este marco: la televisión, gracias a la cual se podían seguir atentamente programas como *La familia por dentro*.

La teórica protección a la familia en general, y a las familias numerosas en particular —resultado de la política de estímulo demográfico que puso en marcha el nuevo Estado—, tuvo incluso incursiones en el campo económico. Al margen de las simbólicas ayu-

das específicas, la protección familiar pasó a formar parte teórica de la doctrina económica del régimen que estableció desgravaciones fiscales, en una época en la que los impuestos directos eran prácticamente nulos. El señor Juan José Espinosa San Martín pronunció una esmerada conferencia sobre el tema en el Ayuntamiento de Valencia, el día 11 de diciembre de 1964, en la que puso de relieve todas las ventajas de esta política de desgravaciones. No hay que olvidar que el tema de la familia era tan bien considerado dentro del contexto de la política del momento que más de un franquista debe su carrera política a la «familia». Sin ir más lejos, éste es el caso del mismo Espinosa San Martín que formó parte del Movimiento Familiar desde sus comienzos. Perteneció a la Comisión Organizadora del I Congreso de la Familia Española, y fue miembro de la Comisión Permanente de los Congresos de la Familia Española. El señor Espinosa San Martín era «consejero nacional» precisamente como representante de la citada comisión. En el año 1965 fue nombrado ministro de Hacienda.

Pero, ¿cómo no iba a tener asumido el lema de la unidad de la familia el «nuevo orden» si el mismo ministro de Trabajo, José Antonio Girón, sugirió, incluso, que fue precisamente para defender la familia que las tropas del general Franco se levantaron contra el gobierno de la República?:

«...En cuanto al reconocimiento, protección y exaltación de la familia, acaso no sea muy aventurado afirmar que una de las razones más agudamente determinantes del Alzamiento dirigido por Franco fue la que el comunismo se estaba enroscando en la república del frente popular y estaba asfixiando a la propia nación. El frente popular había cometido la imprudencia de atacar a la familia y de dejarla atacar, en nuestro país, por la presencia de elementos tan exóticos como el malthusianismo, la pornografía, la educación sexual, la coeducación en las escuelas y todo un rosario de libertinajes morales y materiales frente a cuya presencia el español se puso alerta⁹.

Atacada por la Iglesia oficial la teoría de Malthus sufrió martirio. En las publicaciones aparecidas con motivo de la celebración del Congreso de la Familia Española, final de los años cincuenta, el tema aparece muy a menudo, siendo atacado sistemáticamente. Se habla del «virus del malthusianismo» y se «constata» que su aparición va unida a la manifestación de inmoralidad dentro de la familia¹⁰.

El «nuevo orden», surgido en contra de la legalidad democrática, necesitó de la «nueva mujer» para consolidarse. Por eso la nueva organización política montó un aparato ideológico en el que las mujeres éramos el elemento decisivo para consolidar un determinado tipo de familia: la familia jerarquizada, autoritaria; la familia de la dictadura. Así, la «Nueva Mujer de España» fue integrada a la fuerza dentro de la nueva organización social. Las mujeres, tan menospreciadas por los fascismos, éramos, sin embargo, el elemento indispensable para la consolidación de su programa de permanencia.

¹ *Haz*, n.º 6, 1935.

² *La Voz* de Madrid, 14 de febrero de 1936.

³ *Arriba*, 2 de mayo 1935.

⁴ *Libertad*, n.º 17, 5 de noviembre 1931.

⁵ *Arriba*, 2 de mayo 1935.

⁶ *Textos de Doctrina Política*, recopilado, 1974.

⁷ VIII Consejo Nacional. Monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe. Enero de 1944.

⁸ *La familia y el nuevo horizonte*. Ediciones del Movimiento. Madrid, 1965.

⁹ *Ediciones del Congreso de la Familia Española*. Fascículo n.º 7. Madrid, 1958.

¹⁰ *Publicaciones del Congreso*, n.º 1, 2 y 12. «Serie Azul», y 13 y 19 «Serie Ocre».

En Teoría

Apartado 3403 Madrid

NUMERO 7 (JULIO-SEPTIEMBRE DE 1981)

Alec Nove: **La economía soviética: problemas y perspectivas.**

Nick Eberstadt: **La crisis sanitaria en la URSS.**

Adolfo Sánchez Vázquez: **Ideal socialista y socialismo real.**

Mauricio Rojas: **«Socialismo real», desarrollo capitalista y crisis del marxismo.**

Ramón Maiz: **Hegemonía y cuestión nacional.**

Carlos Pereyra: **La dimensión nacional.**

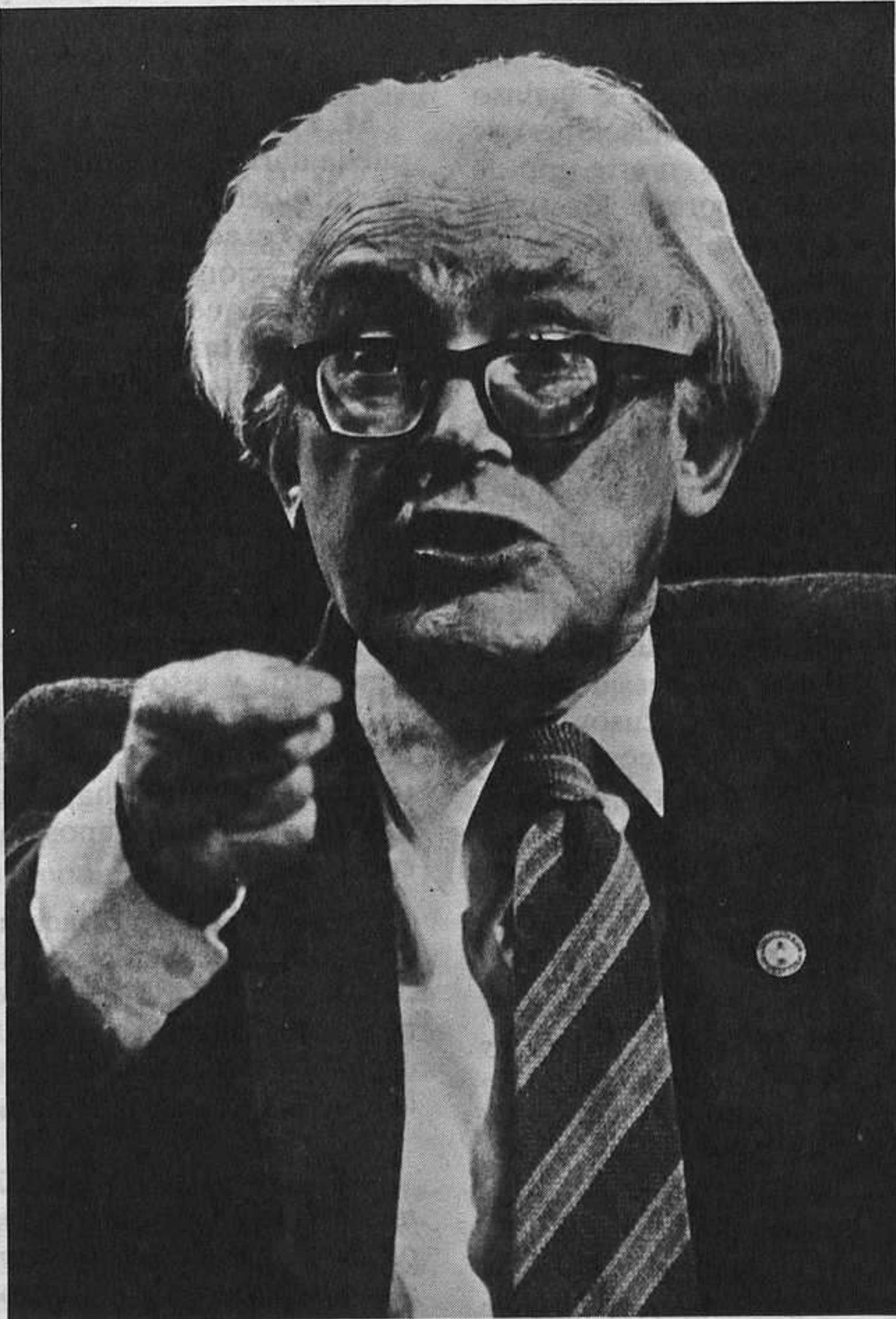
NUMERO 8 (OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1981)

Miquel Izard: **Orígenes del movimiento obrero en España.**

Gareth Stedman Jones: **Cultura y política obreras en Londres, 1870-1900:
Notas sobre la reconstrucción de una clase obrera.**

Santos Juliá: **Marx y la clase obrera de la revolución industrial.**

Ludolfo Paramio: **Por una interpretación revisionista de la historia del movimiento obrero europeo.**



MICHAEL FOOT

E. P. Thompson, propagandista nuclear e historiador, entrevista al dirigente laborista Michael Foot.

Estas son sus opiniones sobre unilateralismo, el Estado y la política del Partido Laborista.

—¿Podemos empezar con una preocupación común, como es, obviamente, el tema del desarme nuclear?

Cuando éste aparece, se establecen las discusiones entre las dos superpotencias y no atañen directamente a Euro-

pa. En mi opinión esto es algo positivo. Para el movimiento pacifista sería un grave error el dejarse envolver en polémicas detalladas sobre el balance nuclear.

Ambas partes van a hacer referencia a casos concretos. Yo creo que el movimiento pacifista tiene que ir más lejos, tiene que seguir presionando, tiene que traer a colación el tema del campo de batalla y el de las armas de neutrones y teledirigidas. Esa es la tarea del movimiento pacifista: no situarse entre las superpotencias sino estar continuamente presionando.

M. F.—Las negociaciones de noviembre no se habrían iniciado nunca de no ser por la presión pública generalizada en Europa, especialmente aquí en Gran Bretaña. No creo que Reagan hubiera seguido adelante con la oferta de la denominada «opción cero» si no hubiera existido esta presión.

Hasta dos o tres semanas antes de que Reagan la hiciera, quienes trabajan para los americanos en el asunto del control de armamento no eran favorables a la oferta. Cuando nos entrevistamos con alguno de ellos, propusimos algo parecido a la opción cero, aunque sobre ésta hay varias definiciones, y hemos abogado por ella durante mucho tiempo.

En nuestra conferencia de mayo de 1980 aprobamos un documento que decía que la Unión Soviética había desplegado ya los misiles SS-20 y que la OTAN había tomado la decisión de equiparse con misiles Cruise y Pershing 2, pero que tendría que haber un intervalo de tres o cuatro años

antes de que fueran desplegadas nuevas armas de la OTAN.

Considerábamos imperioso que este espacio de respiro fuera utilizado para prevenir otro paso adelante en la espiral armamentista. El Partido Laborista solicitó que el gobierno británico entrara inmediatamente en las negociaciones Este-Oeste con el objetivo de alcanzar nuevos acuerdos que asegurasen la retirada de los misiles Cruise y SS-20.

Presentamos peticiones al gobierno pero hasta el presente no han hecho maldita cosa; ahora parece que le dan el visto bueno al presidente Reagan una vez que ha emprendido cualquier proyecto. No han hecho el más mínimo esfuerzo, por lo que yo veo, para conseguir que las negociaciones continuasen o para presionar en favor del denominado objetivo cero, como hicimos nosotros.

Pero en lo que se refiere a que el movimiento pacifista se ha visto cogido en un debate sobre el equilibrio, hay mucho de lo que usted dice. Nosotros hablamos con los rusos sobre el equilibrio y cuestionamos sus peticiones sobre el tema. Pero, como Partido Laborista, nunca hemos opinado que el debate sobre el balance fuese crucial, y pienso que hubiera sido un error hacerlo. El número de armas es tan inmenso por ambas partes que la idea de que se puede hacer un balance acertado, ponderado, es un absurdo. Y si se acepta el quedar envuelto en ello, se puede ser víctima de una maniobra de diversión.

A pesar de ello, tenemos que ser conscientes de que

mucha gente va a comprometerse en debates sobre el equilibrio, y puede ocurrir que las primeras semanas, e incluso meses, de negociaciones se vean inmersos en este tipo de cuestiones, porque los rusos opinan sobre este tema de manera muy diferente a los americanos.

Por lo que yo veo, ellos mantienen ese punto de vista de manera sincera; creen que ahora hay, en líneas generales, una especie de equilibrio. Y tienen algunos motivos para decir eso. No sólo lo dicen, sino que también lo dijo Carter cuando era presidente de los EE.UU., y los rusos tienen derecho a citarlo como prueba a su favor. Pero, independientemente de quien tenga razón, el tema de un desarme de mucho mayor alcance sigue pendiente.

—El movimiento para el desarme europeo —y ésta es también la perspectiva de nuestros amigos de Noruega, Holanda, Alemania y otros sitios— tiene otra opción cero, que nosotros tratamos de defender firmemente ante la opinión pública, y es limpiar todo el continente de bases y armas nucleares, sean del Este o del Oeste. Ahora bien, incluso si somos optimistas sobre las actuales negociaciones en lo que se refiere a armas nucleares intermedias —y yo no soy tan optimista como usted— cuando sea usted quien dirija la administración británica, como esperamos que ocurra en 1983 ó 1984, aún habrá una cantidad inmensa de armas de este tipo en Europa. Estarán todas las armas tácticas, Polaris, los planes para el Trident y los F-111 volarán desde bases británicas. ¿Cuál va a ser el primer paso que usted va a dar en este de-

signio, que es un designio que viene de lejos, de tomar la iniciativa del desarme británico?

M. F.—Bueno, no creo que pueda darle una respuesta correcta y detallada, porque no sabemos exactamente cuál será la situación en ese momento. Puede que yo sea ligeramente más optimista que usted sobre las posibilidades de éxito en las negociaciones, pero no estoy diciendo que crea que el éxito esté asegurado ni nada por el estilo. Han de producirse negociaciones extremadamente difíciles pero deseo ardientemente que tengan éxito; y estoy seguro de que el movimiento pacifista de todos los países quiere también este éxito y hará todo lo que esté en sus manos para conseguirlo.

Pero si las negociaciones fracasan, me caben pocas dudas de que un gobierno laborista que llegara al poder se declararía partidario de quitar los misiles Cruise y Pershing.

—Si no le importa, yo afirmaré que en el movimiento pacifista existe un problema de credibilidad con respecto a los laboristas. No es un problema de credibilidad personal de usted, pero si analiza los debates parlamentarios sobre la defensa y la política exterior de los dos últimos años, los portavoces parlamentarios de la oposición laborista no decían lo mismo que lo que el partido decía. Han continuado hablando en términos que yo he llamado «atlantistas», es decir, desde el punto de vista de quien se considera claramente un leal aliado de los EE.UU.

¿Cómo se va a pronunciar el gobierno laborista?

M. F.—No niego que existe

un considerable escepticismo que nace de lo que ha ocurrido en el pasado o de las posibilidades actualmente existentes. Pero si se considera a nuestro portavoz en el Parlamento (y no voy, naturalmente, a criticar a nadie personalmente, y por lo que se refiere al año pasado, si alguien ha actuado mal, yo soy tan responsable como ellos) no se da el caso, en mi opinión, de que se hayan dicho cosas que están en contradicción con la política del partido.

Lo que se ha hecho es plantear la cuestión del Trident, por ejemplo, y se ha hecho de forma rotunda. También hemos dejado claro que queremos que las negociaciones sigan. Y se ha hecho, asimismo, rotundamente.

Lo que no se ha planteado es el tema unilateral completo. No hay duda ni tapujo, y sería hipócrita aparentar otra cosa.

Existen, desde luego, notables diferencias entre las secciones del partido e, incluso, entre las secciones de los responsables parlamentarios del partido en esta materia, de forma que tendrá que haber convencimientos, replanteamientos y discusiones.

Pero cuando usted dice que todo lo que ellos han presentado es un punto de vista atlantista, vinculado a la OTAN, debe también tener en cuenta que el Partido Laborista está, a su vez, implicado en la alianza. Siempre que este tema ha sido debatido en una conferencia del partido, la decisión ha sido ampliamente favorable a la permanencia de Gran Bretaña en la OTAN.

Ahora, eso acarrea algunas obligaciones. Usted podría decir que hay una inconsistencia lógica en esta situación, pero ha sido hecha con el apoyo de amplios sectores de quienes defienden apasionadamente el desarme nuclear.

—*He estado recientemente en Dinamarca y en Noruega y en ambos sitios hubo socialdemócratas que me preguntaron qué pensaba sobre la posibilidad de invitar, cortesmente, a los Estados Unidos a abandonar la OTAN.*

M. F.—Bueno, no sé si podría usted hacerlo así.

He mantenido conversaciones con compañeros socialistas de los países más pequeños que son miembros de la OTAN: Noruega, Dinamarca, Bélgica y Holanda. Todos ellos, de una u otra forma, están resueltos a no aceptar armas nucleares en su territorio o a oponerse a los misiles Cruise, pero están, asimismo, a favor de permanecer en la OTAN, y eso significa que aceptan también las obligaciones que ello implica. En ese sentido, son también atlantistas. No creo que los noruegos o los daneses afirmen que su política favorable a una zona no nuclear implique una ruptura de su vinculación atlántica.

Toda la polémica sobre la OTAN ha venido subrayada por las terribles manifestaciones de Reagan y la idea de guerra nuclear limitada. Hay una divergencia de puntos de vista entre los poderes más pequeños y los superpoderes, incluso entre las potencias más pequeñas de la OTAN y los Estados Unidos. Ocurre así porque los Estados Unidos, sus expertos militares, han sido preparados para considerar el resultado de una guerra

nuclear limitada en Europa que a ellos no les afectaría. Presumiblemente toda la idea de una «respuesta flexible» lleva implícita esa noción.

Esa idea está desapareciendo. Nunca se debiera haber permitido que formara parte de la estrategia nuclear occidental. Pienso que era una monstruosidad ya que implicaba no sólo la idea de usar armas nucleares sino la de que tendríamos que ser los primeros en recurrir a ellas. Y la creencia de que Estados Unidos podría, en última instancia, estar dispuesto a refugiarse en esa estrategia, le ha dado un tremendo ímpetu al conjunto de la revuelta europea. Creo que esta situación se va a ver también afectada por estas negociaciones porque, si tienen éxito, eso significaría que repudian totalmente esa doctrina. Toda esa idea está siendo repudiada por países que están en la OTAN.

En consecuencia, volviendo a su irónico método de enténderselas con la OTAN expulsando a los Estados Unidos, los EE.UU. tendrán que aceptar el hecho de que está desarrollándose en Europa un movimiento muy fuerte que, por una serie de razones diversas, no quiere romper la alianza pero que no está dispuesto a aceptar la teoría nuclear estadounidense para la alianza.

Y yo pienso que esta rebelión va a tener éxito. Desde luego leo cuidadosamente lo que usted dice sobre una zona no nuclear que cubra la totalidad de Europa, y el Partido Laborista está comprometido también con ese objetivo. Y me ha interesado mucho la lectura del reciente artículo de George Kennan en el *New York Times*.

Expone un programa bajo el cual las potencias occidentales podrían hacer propuestas encaminadas a la consecución de una Europa no nuclear, y explica por qué podría ser ésta en realidad una acción ventajosa tanto para el oeste como para los rusos; crea el contexto para un próximo paso adelante. No es exactamente ésta la política del Partido Laborista, pero no hay nada que impida ir en esa dirección.

No obstante, tenemos que afrontar el hecho de que, si bien hay un amplio apoyo socialista en Europa para tal punto de vista, también existe oposición. Tenemos que estar preparados para discutir con quienes se oponen y convencerlos, y no va a ser fácil. No es bueno hablar sobre una Europa no nuclear, sin Francia, por ejemplo.

No digo que ellos puedan tener un veto absoluto sobre la manera en que nosotros procedamos, pero estoy convencido de que, si nuestra voluntad de conseguir una Europa no nuclear es sincera, tenemos que discutir con los franceses, y debiéramos hacerlo a través de la Internacional Socialista. La actitud francesa es muy dura, aparentemente casi inflexible, en lo que se refiere a su propia amenaza nuclear. Pero en otros aspectos se han mostrado dispuestos a cambiar, aceptando varias de las propuestas que sobre el ámbito de las armas nucleares hicimos nosotros a la Internacional.

Lo que intento poner de relieve es que tenemos que hacer un esfuerzo tremendo para lograr persuadir a los socialistas que gobiernan en Europa occidental de que discutan cómo vamos a actuar.

—*Vuelvo a lo que usted dijo sobre el nuevo tipo de cuestiones y de movimiento que está surgiendo ahora y voy a tratar de ampliarlo, no sólo en lo que se refiere al desarme, sino el tema de la propia guerra fría. Así podré explicar las ideas que estuve redactando durante esta semana para esa conferencia de Dimpleby y que no tuvo lugar: «Más allá de la guerra fría».*

M. F.—*¡La conferencia más esperada después de la del Sermón de la Montaña!*

—*Hay dos novedades. Una, que usted ha mencionado, el sentido de un movimiento autónomo contra las dos superpotencias. Existe un deseo de salir a flote de una situación que está creando un marco de guerra fría.*

Pero tenemos también un nuevo tipo de movimiento pacifista, no alineado, y que no beneficia a ninguno de los dos bandos. Es, asimismo, un movimiento que une la demanda de paz a la demanda de libertad, de derechos civiles. En Alemania, en Holanda y en Noruega el movimiento pacifista está a favor de la solidaridad. Es una influencia estabilizadora, que le dice a los rusos «estaos quietos, dejad a Polonia ser Polonia» y, con referencia al PASOK de Grecia, dice: «dejad a Grecia ser Grecia».

Explico a continuación lo que yo entiendo por atlantismo. Como quiera que la guerra fría se inició hace treinta y cinco años, fuera quien fuera el culpable, lo cierto es que separó la causa de la paz de la de libertad. Si se lucha por la paz en el oeste, se es pro-ruso; si se lucha por la libertad o los derechos civiles en el

este, se es pro-occidental. Ahora ya tenemos un movimiento vinculador.

En mi opinión, el atlantismo situó a la socialdemocracia occidental, y al propio Partido Laborista, fundamentalmente bajo la hegemonía del poder capitalista más desarrollado del mundo, en sus opciones militar, diplomática e, incluso, económica. Y la crisis que se desarrolla ahora en la socialdemocracia occidental se debe a que las razones para aquella situación han desaparecido.

Y en la actual tradición socialista occidental late el sentimiento de que pueden liberarse de ese control hegemónico del capital americano, y de que pueden establecer una perspectiva europea que empiece a organizar el continente con un discurso político transcontinental, en el que los movimientos que luchan por los derechos civiles en el este y los que lo hacen por un socialismo democrático en el oeste empiecen a hacer causa común.

Es un punto de vista esperanzador pero es, sobre todo, la actitud de gran cantidad de jóvenes europeos, y pienso que tanto del este como del oeste. Están hastiados de la guerra fría, están cansados de la ideología y las posturas de la guerra fría. Quieren relacionarse y viajar mucho más; están necesariamente a favor de los derechos civiles y en contra de las armas. Esta es una corriente de opinión muy fuerte.

Me parece que esto le daría a un nuevo gobierno laborista todo tipo de opciones nuevas que no han existido hasta ahora. Sería posible entablar

un diálogo de este tipo en un nivel político distinto.

M. F.—Bueno, yo no disiento en modo alguno del deseo de que nos unamos, de confluir con esa corriente y no creo que la masa del Partido Laborista haga otra cosa que aceptarlo con gusto. Creo que esto puede darle una dimensión completamente nueva a la política exterior. Pero creo que ya ha evolucionado y no es sólo un movimiento europeo.

La Internacional Socialista tiene un papel importante que jugar en ello, porque representa a países que están en el Mercado Común y a países que no están en él. Realmente uno de los procesos más llamativos dentro de la Internacional durante los últimos dos o tres años ha sido la vinculación con lo que está ocurriendo en América Latina; ha sido un factor crucial para el apoyo socialista europeo a lo que ocurre en Nicaragua, El Salvador y otros lugares. Se puede hacer críticas al nuevo gobierno socialista francés en otros aspectos, pero no creo que ningún socialista deje de sentir una gran admiración por el papel que éste juega intentando respaldar el desarrollo de una política exterior socialista en estos asuntos. También pienso que esto podría aplicarse a lo que está ocurriendo en África del Sur.

Se está desarrollando en estos temas una nueva actitud europea que no tiene nada que ver con la conexión atlántica y, en ese sentido, constituye un repudio del «atlantismo» al que usted se refiere. Y es lógico repudiarlo porque la política atlantista —la política americana o del Departamento de Estado— es contraria,

en este aspecto, a los derechos humanos, opuesta a un desarrollo apropiado, y persistentemente aferrado a las viejas actitudes de guerra fría.

No digo que los rusos no tengan ninguna responsabilidad en algunos de estos lugares; por supuesto que la tienen, y en muchos de los procesos del sur de África y de África en general, la Unión Soviética tiene una responsabilidad muy considerable de lo que ha ocurrido. Pero esto no altera el hecho de que se haya desarrollado, y se deba desarrollar más, una actitud socialista diferente, que debe ser netamente diferente de la vieja actitud de guerra fría.

Por eso, volviendo al asunto de Polonia, lejos de aceptar los ataques contra usted y otros, que afirman que la actitud de ese movimiento ha jugado a favor de los rusos, siguiendo la política soviética, creo que es exactamente lo contrario.

Los dirigentes soviéticos han sido disuadidos de llevar a cabo acciones más extremas en Polonia porque temen que ello comprometiera la posibilidad de distensión y desarme. Nosotros expresamos ese punto de vista cuando estuvimos en Moscú. No digo que fuéramos nosotros los que les hayamos persuadido, pero desde luego les impulsamos en ese sentido. Nosotros dijimos que reconocíamos que ellos querían la distensión; ellos tienen su propio punto de vista sobre lo que ésta significa, pero estoy seguro de que no quieren presenciar una intensificación de la carrera de armamentos y de la guerra fría.

Por esa razón algunos países europeos reaccionaron ante la invasión de Afganistán

de manera diferente a los americanos. Quizá no les gustó la invasión ni la aprobaron en modo alguno, pero no creyeron que el problema tuviera tal envergadura que destruyera toda posibilidad de distensión. Por eso, la protección al pueblo de Polonia y al ejercicio creciente de sus derechos se ve apoyada por la causa del desarme en Europa occidental, que, de ningún modo, la obstaculiza.

Y creo que en la Unión Soviética hay un número considerable de personas que lo han entendido así. Sin duda han tenido debates que parecían tender a una actitud mucho más dura..., todos debemos esperar y confiar en que no van a hacerlo. Pero, lejos de constituir un estímulo para que sigan en esa línea, estoy seguro de que el movimiento en favor del desarme da esperanzas a los rusos y abre esperanzas de que en Europa oriental pueda producirse una evolución.

Algunos de nosotros, como usted recordará, aspirábamos a esas cosas hace veinticinco años, antes de los terribles acontecimientos de 1956.

—*Si entonces se hubiesen atendido las llamadas a una mayor prudencia, si hubiésemos ganado entonces aquellas propuestas, el proceso se podría haber acelerado. Porque uno de nuestros argumentos es que aumentando la presión del armamento y de los misiles sobre el Este, estamos fortaleciendo la línea dura de la inseguridad militar en la Unión Soviética. Si podemos disminuir la presión, si se produce un sentimiento de verdadera relajación, entonces la Unión Soviética estará suficientemente madura para diversos tipos de cambio.*



M. F.—Lo acepto plenamente; aunque no creo que el Oeste sea la única causa de la violenta reacción soviética, es indudable que, con anterioridad a 1956, la acción occidental contribuyó a la intensificación de la reacción soviética.

—Creo que la supresión de la primavera de Praga en 1968 fue indignante, y no fue el Oeste quien contribuyó seriamente a ella. Creo que constituyó el mayor atentado contra una verdadera distensión popular en Europa y contra un intercambio entre los pueblos; hay que confiar de verdad en que la actual dirección soviéti-

ca haya aprendido la lección que de ello se deriva.

M. F.—En el caso de la acción de 1968, al Oeste le cabe una responsabilidad inmediata mínima, en comparación con 1956, cuando tal vez las acciones occidentales en Suez facilitaron, en parte, la reacción soviética en Hungría. Pero, hasta el presente, la Unión Soviética ha intentado tratar con Polonia de manera distinta a la de 1968, y todos debemos favorecer esta actitud.

—Cambiando ligeramente de tema, cuando hablamos de Polonia en el Oeste creo que

adoptamos un aire autosuficiente. Tal vez en el mundo occidental, y en este mismo país, necesitaríamos también algún tipo de renovación. Las peticiones de Solidaridad no serían fácilmente toleradas en los países occidentales.

Los trabajadores aeronáuticos polacos pedían el derecho a nombrar su propio director gerente. Si los trabajadores de la British Leyland hicieran una petición de este tipo acerca de Sir Michael Edwardes, creo que ello provocaría menos entusiasmo en la prensa popular.

Bueno, este es un tema de debate, pero a lo que yo quería llegar, en realidad, es a que no sólo en el Este existe esa obsesión por la seguridad y esa burocratización. En algunos aspectos, se ha producido en nuestra vida política un retroceso bastante triste, en algunas áreas, de la vitalidad democrática de las instituciones británicas. Pienso en 1945 y en el sentimiento que los ciudadanos británicos tenían de lo que era su propio país.

Me temo que esto ha afectado incluso al Partido Laborista. Hay una sensación de que resulta estancado y burocrático, de que algunas cosas que han ocurrido bajo gobiernos laboristas —pienso en el sistema de jurados, en ciertas cuestiones de seguridad, en las cuestiones policiales— el propio Partido Laborista participó en las tendencias generales favorables a una sociedad más segregadora, más burocrática y más controlada. Así que, curiosamente, lo que el Partido ha perdido es esa capacidad de crítica radical, liberal con ele minúscula, que está en sus orígenes decimo-

nónicos, en la función del Partido, como uno de sus impulsos más fuertes.

Y a uno le gustaría notar que el propio movimiento laborista lleva consigo una renovación, y que un nuevo gobierno laborista llegará a tiempo de darle un nuevo contenido democrático a las instituciones británicas. Y que los mandarines —estén en el Ministerio de Defensa o en el del Interior— que se han estado oponiendo a este proceso democrático, serán controlados.

M. F.—Bueno, no puedo negar que se han producido algunos retrocesos, como los que usted describe. Pero creo que es demasiado simple afirmar que ello se debe a la sociedad británica y al movimiento laborista, de forma general.

Incluso comparada con el período posterior a 1945, puedo citar muchos campos en los que nuestra sociedad es más libre y muchos menos burocrática, incluyendo al propio movimiento laborista.

—Sí.

M. F.—En los años cuarenta y cincuenta, el movimiento laborista estaba dominado por una burocracia bastante fuerte controlada por un pequeño número de personas.

Si analiza usted el movimiento sindical, hoy aparece democratizado en un sentido mucho más real que hace treinta años, y existe un buen número de personas que entraron en él deliberadamente para colaborar a que eso ocurriera, gente como Frank Cousins y Jack Jones en el Transporte y en la Unión General

de Trabajadores, y muchos otros que podrían citarse.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero en lo que se refiere a la prensa, la historia es diferente. En 1945 teníamos el Reynolds News, News Chronicle, Daily Herald...

M. F.—Lo de la prensa no puedo negarlo. Volveré luego sobre ello.

Verá usted... Creo que subestimamos a los sindicatos. Volviendo al siglo XIX, se produjo el establecimiento de los derechos sindicales; esos derechos están ahora seriamente amenazados por las propuestas promovidas por los Tories. Esto ilustra el tema de la recesión. Sé que el gobierno del 74 al 79 es atacado, pero la legislación de entonces fue apropiada para la protección de los sindicatos de este país; lejos de producirse una vuelta atrás en esos derechos, creo que los establecimos sobre una base más firme.

Más aún, creo que hay otros campos en los que se ha producido una expansión continua, todos los cuales se encuentran ahora seriamente amenazados, como es el caso de las libertades civiles que implica el de la extensión de la educación. O, si tomamos el caso de la gente que no ha encontrado empleo y de la que ha perdido el suyo, las libertades civiles de los parados es un tema de gran relevancia; en su conjunto, hasta este año pasado, este tipo de libertades civiles —la capacidad de la gente para autosustentarse— ha estado protegida.

Todo esto se encuentra ahora amenazado. Pero explica por qué pienso que su afir-

mación sobre la recesión es demasiado simplificada. Hasta estos últimos dos o tres años, esos derechos han sido generalizados a la masa de los trabajadores, y esos derechos han sido su protección en la situación actual. Y eso está siendo atacado ahora.

Sin embargo, esto no quiere decir que no haya muchas cosas que necesiten ser arregladas. Pero si usted dice que hubo una reacción general contra los laboristas en el tema de las libertades civiles, yo no lo acepto.

—Yo no acusaba al Partido Laborista de ser el protagonista en este tema, yo decía más bien que hay una burocracia profundamente arraigada —particularmente en defensa, seguridad, policía y Ministerio del Interior— que de forma creciente han podido utilizar algunos ministerios casi como sumisos chupatinas. Y a uno le gustaría sentir que hay en el movimiento laborista un aire nuevo que pueda hacerle frente.

Estoy de acuerdo con usted sobre el tema de los sindicatos, pero pienso que la recesión ha sido más fuerte en el área de la defensa (la decisión sobre la modernización de la fuerza disuasoria, que fue tomada sin conocimiento pleno del gabinete) y en el campo de los secretos oficiales.

Y el hecho de tener una ley de secretos oficiales muy inflexible nos concierne a ambos, como escritores e historiadores. No tenemos libertad de información, nada comparable a los Estados Unidos. Todavía no podemos acceder a archivos bastante importantes que tienen que ver, tal vez, con la muy fuerte vigilancia

ejercida sobre nuestro propio movimiento sindical. Los ministros laboristas no han sido capaces de conseguir la apertura de esos archivos. Y uno quisiera ver una actitud mucho más decidida en este tipo de cuestiones.

M. F.—Bueno, no discuto lo que usted dice. Sobre el tema de los archivos, y de abrirlos a la investigación histórica, ha habido algunas mejoras.

—Pero se han excluido los temas delicados...

M. F.—Sí, lo sé, y es muy interesante analizar cuáles son algunos de ellos. No quiero referirme a ninguno que pueda resultar explosivo en este momento; pero algunos de ellos guardan relación con Irlanda, y algunas supresiones irlandesas resultan peculiares.

Yo no he estado personalmente en ningún departamento que tuviera que ver con este tipo de cuestiones. Pero no me cabe la menor duda de que tenemos mucho que hacer ahí.

—Es un asunto interesante, porque manifiesta una actitud muy británica: la de que hay ciertas personas, a veces desconocidas y anónimas, que son los guardianes de la influencia británica. Y que tienen más peso que nuestros propios representantes o gobiernos elegidos.

M. F.—No niego que haya algunas excepciones, muy importantes, que usted menciona.

Pero, en conjunto, no suscribo la idea de que los ministros están bajo el control de sus subordinados civiles. Si lo están, es culpa del ministro, y los ministros que quieren uti-

lizar nuestra actual administración civil para realizar los objetivos socialistas del Partido Laborista son perfectamente capaces de hacerlo. Mi experiencia en departamentos ministeriales es menor que la de algunos, pero nunca he tenido, o al menos no he sido consciente de ello, ninguna obstrucción por parte de funcionarios civiles en la realización de lo que yo quería hacer. Si eso no ocurre así, es culpa del ministro.

Verá, cuando hablamos de las libertades y protecciones civiles debemos tener en cuenta la enorme liberación que ha tenido lugar. Pienso que subestimamos nuestras victorias incluso cuando las tenemos.

Fíjese en la liberación de las mujeres. Sé que queda todavía una enorme cantidad de cosas por hacer, pero eso no altera el hecho de que durante los últimos diez años se han realizado muchas, y hasta la menor de ellas, mal que bien, por gobiernos laboristas.

Incluso el último de ellos —el del 74 al 79, tan criticado— ha tenido un balance de actuaciones, en el sentido de ampliar los derechos de las mujeres, más amplio y mejor que el de ningún gobierno anterior. En parte gracias a la ley sobre discriminación sexual y en parte por la igualdad de salarios y otras medidas contempladas por la ley de protección del empleo, la gente puede ahora recuperar su empleo tras el permiso por maternidad. Se introdujo un amplio abanico de medidas, algunas de las cuales han sido ahora suprimidas.

Y la medida más importante de todas, con mucho la más importante en mi opinión, fue el establecimiento de un subsidio de maternidad entendido

como un derecho de la madre, que constituye un elemento importante en las libertades civiles. Esto contribuirá probablemente más a hacer real la liberación de la mujer, que cualquier otra medida establecida durante la pasada década.

Así que, aunque no discuto el que haya aspectos en los que se han producido graves carencias, es muy importante para el movimiento laborista en su conjunto el que nosotros no pintemos un cuadro con negras tintas de reacción.

En parte porque no es verdad, y en parte porque ello impediría la acción futura.

Si la gente piensa que no se ha logrado nada —que todo el movimiento laborista de los últimos ocho años ha sido una especie de esfuerzo estéril que se ha estancado— va a orientarse hacia otros métodos de hacer las cosas. Y eso sería fundamentalmente pernicioso y erróneo.

El Parlamento es la institución democrática de este país y es absolutamente esencial que sea nuestro vehículo para todo, y que la gente comprenda que puede tener sus aciertos tanto como sus errores.

Después de todo, cuando se ponderan las instituciones de este país cuyas arterias se han esclerotizado, el Parlamento es una de las que todavía funcionan. Manteniéndose en su sitio desde Dios sabe cuándo, es en mi opinión una institución más liberal, en el mejor sentido del término, hoy, que cuando entré por primera vez en él en 1945.

Ciertamente el Partido Laborista opera sobre principios mucho más tolerantes que los que existían antes. Y quiero recalcar esto porque pienso

que un Partido Laborista debe ser la institución más tolerante y liberal, genuinamente liberal, del país.

—*Tal vez pueda volver sobre la última cuestión. Cuando volvemos la vista a la época anterior a los orígenes del Partido Laborista, los dos somos grandes admiradores de William Hazlitt. Y no sólo por lo que escribió y dijo, sino por un cierto talante. Hazlitt, sin ser socialista, era, en muchos aspectos, un político más radical que muchos de nosotros hoy. No tenía gran aprecio por la monarquía ni por la Cámara de los Lores, y hubiera preferido parlamentos anuales cuyos miembros serían más o menos delegados reelegibles, y todo eso. Convicciones radicales todas ellas que ahora están en baja.*

Pero hay un problema más profundo, que es que ese talante o crítica de Hazlitt —como el de Swift— es el que corresponde a un escritor que no se siente comprometido con los depositarios del poder. Y sus escritos están llenos de un desprecio por el poder, un desprecio por el cargo, una desconfianza con respecto no sólo de los aristócratas, sino de los partidos y formaciones políticas. Una defensa del ciudadano particular o de la persona común contra el poder del Estado.

Y aquellos de nosotros que actuamos en la vida política, y usted en particular, tenemos a veces que sentirnos escindidos en nuestro interior. Por un lado usted tiene el talante que entronca con Hazlitt, el talante del escritor, la desconfianza hacia el poder; por otra parte, usted está comprometido con el propio poder político.

¿Cómo se ve usted en este asunto?

M. F.—Bueno, experimento exactamente ese desdoblamiento que usted describe muy a menudo, tal vez en este momento tanto como lo haya podido sentir antes. Pero en esas ocasiones, una de las cosas a las que recurro para reconfortarme es al propio Hazlitt, porque Hazlitt escribió sobre esto. Una de sus cosas extraordinarias era que no solamente comprendió, como era de esperar, los sentimientos del rebelde y de la gente que protesta contra las miserias que él veía en torno suyo, sino que también comprendió los sentimientos de aquellos con quienes él no estaba de acuerdo.

Y protesta, la mayor parte de las veces, en términos de no compromiso; eso es difícil negarlo. No creo poder aceptar que él llevase su crítica a todos los temas que usted señala: no creo que apoyara nunca el sistema de democracia delegada de esa forma, pero desde luego atacó a la aristocracia como usted describe. Atacó a la monarquía, atacó al poder y tuvo todas las prevenciones sobre el poder que usted señala.

Pero tuvo un escaño en la Cámara de los Comunes y contempló lo que pasaba en ella. Y si usted lo lee, sus descripciones no carecen de matices, ni apoyan sólo a la gente que pudiera compartir sus propios puntos de vista; tiene muchos ensayos en los que capta el punto de vista del otro bando y ésta es una de las razones por las que resulta un crítico tan magnífico.

Fue desde luego muy censurado por mucha gente de izquierda que no consideraban

que tenían que luchar contra el enemigo en aquel momento. Podría citarle muchos de los párrafos en los que denuncia en los términos más furiosos a aquellos que se apartan del inmediato enemigo y de la batalla inmediata, y que se adormecen con sueños lejanos. El no estaba dispuesto a eso y ciertamente no aceptó la visión utópica de la política.

Describió también a gente realmente comprometida en la política, sus sentimientos y su manera de tomar decisiones y compromisos cuando realmente se comprometían. Podría proporcionarle una amplia selección de escritos de Hazlitt que podrían ayudar a políticos metidos en empeños difíciles, como yo.

La acusación que siempre se hace contra políticos laboristas, o contra muchos de ellos, es que cuando obtienen cargos y posiciones olvidan muy a menudo lo que les ha situado ahí; y muchos de ellos olvidan quién les puso ahí, o cómo llegaron ahí, o qué es lo que ocurre.

Pero el movimiento laborista —aunque hay muchas cosas que tienen que cambiar dentro de él— sigue siendo gran depositario de una gran vitalidad. Y tiene la vitalidad suficiente como para manifestarme las cosas que van mal cuando cree que las hay.

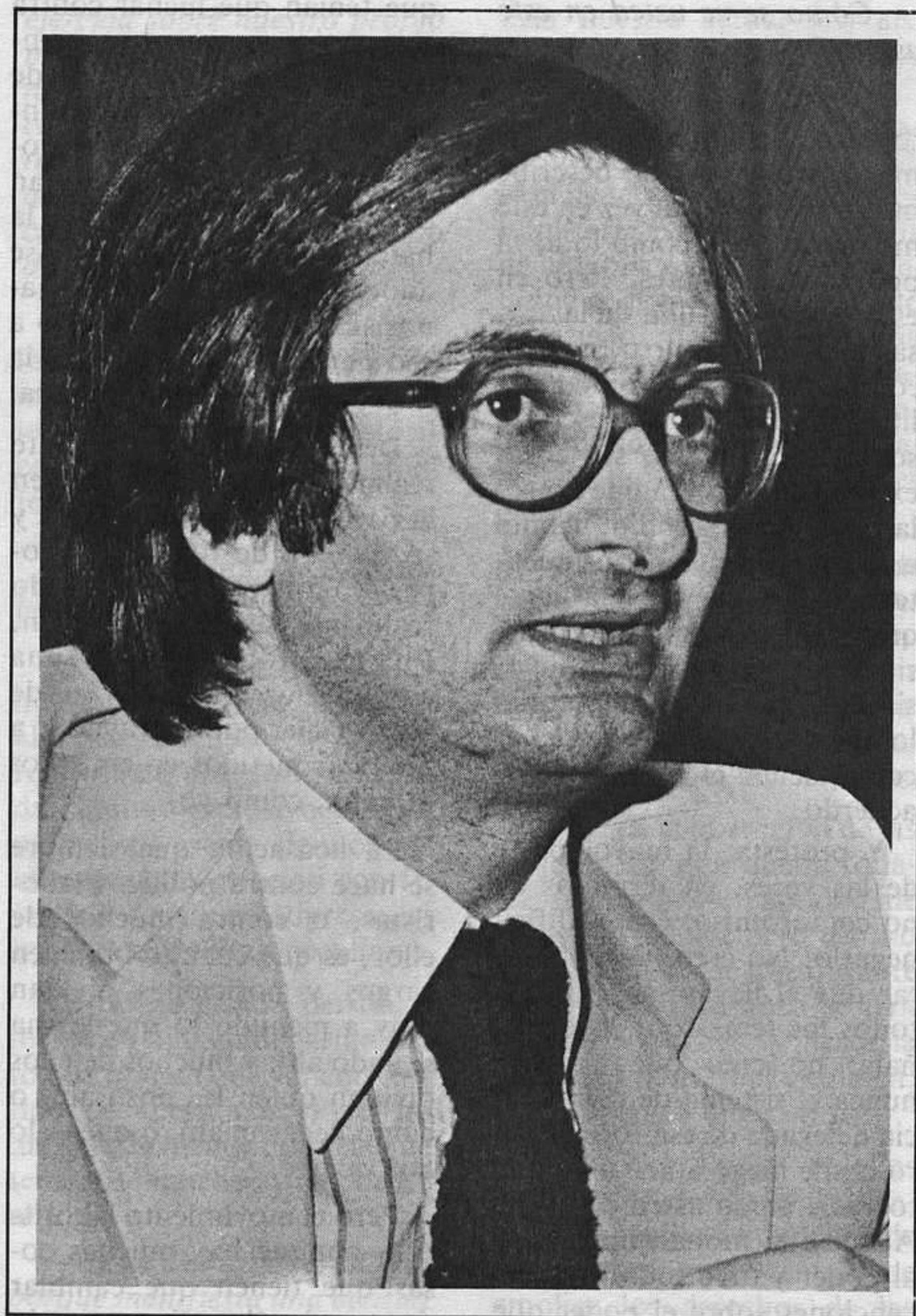
—*Bueno, usted es un dirigente político, pero Hazlitt está ahí, examinando, por encima de su hombro, lo que hace a la gente sentirse distinta con respecto a usted.*

(Esta entrevista se realizó en noviembre pasado.)

E. P. THOMPSON

© New Socialist

Traducción: F. Páez-Camino



JACQUES ATTALI

En un momento en que nuestra política económica se elabora a corto plazo, inscribiéndose en una visión de vuelta a lo idéntico, que permite creer que volveremos un día a los grandes equilibrios del pasado, Jacques Attali, uno de los consejeros de

François Mitterrand, propone una teoría fecunda de la crisis en una de sus dos últimas obras¹.

Una teoría fecunda porque no se ve la crisis ni como una simple avería del sistema, ni tampoco como una quiebra

de éste. Según Attali, la crisis, que está profundamente vinculada al sistema capitalista que necesita de ella para organizar el cambio, sólo puede analizarse otorgando a la economía el puesto que le corresponde, reconociéndola como una de las dimensiones de la producción de la propia sociedad.

De ahí que Jacques Attali rechace en toda teoría de la crisis el monopolio de la verdad. La crisis no es solamente la ruptura del equilibrio entre la oferta y la demanda (crisis de la regulación). No es solamente una disfunción en los procesos de producción y de reparto de la plusvalía proveniente del trabajo (crisis de la producción). Tampoco consiste en una ruptura del sentido o del acuerdo social (crisis de organización). Por el contrario, se trata de una situación que desgarrar todas las teorías, con independencia de que se sitúen en el campo de la regulación (Adam Smith, Keynes, etc.), en el de la producción (Marx) o en el de la organización.

Jacques Attali nos describe la crisis en la perspectiva de esos tres campos, de esos «tres mundos». Sólo si la inscribimos en ese amplio espacio de pensamiento, la crisis revela su trascendencia. Que no consiste tanto en salir de la crisis como en saber qué salida de la crisis es la que queremos. Se trata, según Attali, de elegir entre una «sociedad relacional» y una «sociedad de auto-supervivencia», en la que cada individuo aprenderá, sin violencia inútil, a desear consumir los bienes de supervivencia, a gozar de su propia sumisión, a querer comprar mercancías que sus-

tituyan a los actuales núcleos colectivos productores de demanda, la ciudad, la escuela, el hospital, etc.

Hemos querido hablar con Jacques Attali sobre dos cuestiones que nos parecían centrales: su método de análisis económico y el papel de la tecnología que, en su pensamiento, parece que sobre-determina el horizonte en el que se dibujan las opciones de la sociedad.

¿Qué tipo de interdisciplinariedad?

—En su teoría de la crisis, usted integraba la economía en el conjunto del quehacer humano. Destacaba usted la insuficiencia de los instrumentos clásicos de la economía. Así pues, tiene que inscribirla en un marco interdisciplinario. ¿Qué piensa usted de esta interdisciplinariedad?

J. A.—Es esta una palabra que no gusta especialmente. Creo que hay que comprender que la ciencia humana funciona a partir de metáforas que pertenecen a las ciencias físicas. Las dos metáforas principales en las ciencias humanas de los siglos XVIII y XIX, las de la mecánica y de la termodinámica, se han venido abajo porque las ciencias físicas han cambiado de paradigmas y han pasado a otros sistemas de explicación mucho más complejos, ligados a la teoría de las organizaciones. Pienso, pues, que hay que basar la interdisciplinariedad en esta teoría de las organizaciones, que se denomina todavía teoría de las fluctuaciones o teoría de las catástrofes, de acuerdo con una formulación aún no definitiva, ya que la teoría no

ha acabado de cristalizar². Se trata de ver en qué punto pueden converger hoy toda una serie de disciplinas dentro de ese modelo, dentro de ese paradigma. Por consiguiente, la interdisciplinariedad no es algo nuevo; siempre ha habido interdisciplinariedad. La economía clásica y el marxismo son interdisciplinarios en el sentido de que han tomado sus modelos de la mecánica y de la termodinámica. Han hecho converger sus teorías en una interdisciplinariedad. Marx es fantásticamente interdisciplinario. Pero en la actualidad se opera sobre una interdisciplinariedad distinta: la que gira en torno a las teorías de la organización, de la semiología y de la información.

—¿El objeto de la economía implica forzosamente la necesidad de interdisciplinariedad?

J. A.—Sí, la interpretación del mundo social exige siempre una interpretación global. En todas las épocas ha habido interdisciplinariedad. Lo que pasa es que, en general, ha estado enmascarada. El marxismo no dice la relación que mantiene con el darwinismo y la termodinámica; ni la economía neoclásica de su relación con la mecánica o con otros mecanismos de pensamiento.

—¿La interdisciplinariedad no debe intervenir, por ejemplo, cuando se aborda la cuestión del alza del coste del trabajo? En cierto análisis de la crisis se la considera únicamente como una causa de la ruptura del equilibrio del mercado. Ahora bien, la realidad es más amplia. Se trata también de la relación del hombre

con su trabajo, del sentido que pone en él, etc.

J. A.—Es verdad. Hay que destacar la globalidad de los fenómenos. Esta globalidad depende hoy de dimensiones sociales extremadamente complejas, que integran las dimensiones culturales. Las interdisciplinariedades anteriores no destacaban este fenómeno porque se interesaban por la fuerza, es decir, por la energía, antes que por la información. La interdisciplinariedad nueva, en cambio, permite valorar la función y la dimensión culturales de la sociedad.

—Así pues, ¿la interdisciplinariedad cristaliza en el corazón de la cultura?

J. A.—Esto es lo que sucede, efectivamente, desde que las teorías de la organización y de la información sirven de fundamento a la interdisciplinariedad. Un análisis teórico de la sociedad ya no puede soslayar una interpretación de los fenómenos culturales. Y esto es algo muy positivo: la cultura es la significación que da una sociedad de su propia supervivencia, el sentido mismo que otorga a la violencia y a la no-violencia. Cabe incluso añadir que no se puede comprender una sociedad sin comprender al mismo tiempo la significación que da a la cultura. Está claro que, en nuestras sociedades, cada vez es más importante el hecho de que cada actor social se halla en situación de no poseer ya cultura, es decir, de estar aislado, parcelado, en el marco de una división del trabajo cultural que puede compararse a la del trabajo económico. Se comprende el peligro de tales situaciones.

—¿Y por qué se ha llegado a esto?

J. A.—Porque existe una *mimesis* suicida, una tendencia a la identificación que constituye una forma de evolución hacia la parcelación y la nivelación con la supresión de las diferencias mediante la mercancía. Esta última engendra un proceso de uniformización y, por consiguiente, de creación de rivalidades y de violencia.

¿Qué proyecto cultural?

—Usted afirma en su libro que hay que diferenciar a los hombres para que exista la posibilidad de no-violencia...

J. A.—Exactamente. Ahora bien, la función de la sociedad de mercado es la de nivelar la diferencia. Este es el drama. Paradójicamente, la división del trabajo conduce a suprimir las diferencias.

—En efecto, el desarrollo de la sociedad de mercado ha ido a la par con el declinar de las culturas artesanales y obreras tradicionales, con la desaparición de las culturas regionales, etc. Se puede pensar que los individuos parcelados por el trabajo hayan desistido de producir síntesis que les sean propias. Pero, ¿la razón principal de la división del trabajo no es el aumentar los beneficios?

J. A.—No hay que confundir el punto que alcanza un automóvil en la carretera con el motor que lleva dicho automóvil. El motor es el beneficio; el punto alcanzado es la sociedad nivelada en la que no se comunican más que mercancías. Para seguir con la metáfora, el motor es más eficaz en una carretera en pen-

diente. Y quiero subrayar que para obtener beneficios con más facilidad, esta carretera con mayor pendiente es la de la mercantilización de las relaciones sociales.

—En la actualidad, lo económico tiende a sustituir a lo ético. Parece que no cabe llegar a ningún acuerdo colectivo si no es en torno a lo económico. ¿Cabe imaginar que lo económico acabará siendo el motor cultural de nuestra sociedad?

J. A.—Seguramente no. Una sociedad nunca ha salido de una crisis si no se han reunido tres condiciones que son siempre las mismas: tener capital, dominar una tecnología que permita reducir los costes sociales y disponer de un proyecto cultural que dé un sentido a esta reducción. Ninguna de las tres condiciones es suficiente, pero las tres son necesarias simultáneamente.

—Pero si no se piensa en salir de la crisis y se miran las cosas tal y como son, ¿no se advierte cierta aceptación de lo económico como ética cultural?

J. A.—Es ahí donde la sociedad está en crisis. Pero el querer salir de la crisis no es soñar. Hay naciones o regiones que están hoy en trance de salir de ella porque han reunido las tres condiciones: California, el Japón y algunos países de Asia. Por el contrario, todos los países que se contentan con el modo de organización anterior donde lo económico constituía de suyo la cultura, están muertos.

—¿No es un poco aventurado decir que el Japón, California, etc., salen de la crisis cuando mantienen las mismas

relaciones con el tercer mundo y encontramos todavía infinidad de fermentos de crisis?

J. A.—No, porque en la lógica capitalista salir de la crisis es justamente avanzar en las relaciones de dominio del tercer mundo. La salida de la crisis fortalecerá el estado de inferioridad del tercer mundo. En términos más amplios, en cada salida de la crisis las relaciones sociales se hacen cada vez más mercancía. Los móviles de los hombres son cada vez más monetarios. La cultura, que tiene como función orientar la violencia, la orienta hacia un pulso de poder que se torna progresivamente en un pulso de competición económica, es decir de beneficio, de poder, de dinero, cuando podría orientarse hacia un pulso de creación, de expansión o de conquista cultural.

—¿Hasta dónde se puede llegar en esta dirección?

J. A.—Lo ignoro. El proceso no cambiará hasta que no se invente otra forma de salida distinta de la que está escribiéndose en este momento.

¿Qué tecnología?

—Usted ha citado tres elementos cuya conjunción permite salir de la crisis. El elemento central parece ser el control de la tecnología. ¿Es posible crear una tecnología que no sea una mercancía?

J. A.—El nudo de la cuestión está en el control político sobre la tecnología que, sin duda, es el problema más difícil de las postrimerías del siglo XX. El siglo XVIII permi-

tió controlar bastante bien la política en el sentido tradicional de la palabra: los derechos del hombre, la libertad formal... El siglo XX, por otra parte, ha inventado el control del capital: el marxismo y las sociedades llamadas socialistas. El papel del siglo XXI será el de inventar una forma de organización política que posibilite controlar la tecnología sin necesidad de poner en cuestión las demás libertades. Eso significa crear nuevas instituciones políticas. Debemos procurarnos los medios de decidir democráticamente y libremente la utilización de la tecnología. En este sentido, hay que conseguir estar en condiciones de tomar las resoluciones que no se adoptaron en el pasado: transportes en común colectivos o automóvil, lavadora colectiva o individual... Ahora se trata de elegir entre el videodisco o el magnetoscopio, o entre los sintetizadores abiertos o cerrados; es decir, el derecho o no de elaborar uno mismo su propia imagen o su propia música.

—¿No existe el peligro de que la producción tecnológica pueda escapar al control político, en la medida en que pueda dejar de ser previsible?

J. A.—No lo creo en absoluto. En la actualidad sabemos cuáles son las grandes mutaciones tecnológicas para los próximos treinta años y, por lo tanto, podemos discutir sobre ellas.

—Más allá de estas opciones que han de tomarse, ¿no hay que debatir también la organización de las ventajas procuradas por los avances tecnológicos? Al decir esto estoy pensando en la máquina

de vapor; se le ha dejado desarrollarse sin pensar en toda la estructura social que iba a emerger a partir de ella. De la misma manera, ¿en una sociedad informatizada, el tiempo ganado gracias al ordenador tendrá un precio, un propietario, o bien será considerado como un logro cultural? ¿Acaso tenemos los medios de imponer el ordenador como algo distinto de un simple bien de consumo?

J. A.—Este es uno de los grandes retos de la crisis actual, que exige grandes resoluciones políticas. En este marco, precisamente, se inscribe el proyecto que yo llamo socialista: actuar de manera que las gentes tengan los medios de disponer de herramientas, no para sufrir las normas que les fijan los demás, sino para poder definir por sí mismas su propia norma. Para que ese proyecto se realice, se precisa una combinación de deseo y de rebeldía.

—¿El poder político tiene los medios de satisfacer semejantes aspiraciones?

J. A.—Podría tenerlos si, en la juventud y en el mundo europeo, no hubiese esta formidable pérdida de la capacidad de indignación. Ya que, de hecho, el problema principal, hoy, no es tecnológico, ni técnico, ni tampoco científico; consiste en saber si, en la juventud actual, hay o no una capacidad de indignación.

—Como usted mismo señalaba, para Ilya Prigogine e Isabel Stengers, la facultad de organizar un sistema a partir de una perturbación disminuye con la facilidad de comunicación. Efectivamente, el «umbral de nucleación» —definido como medida mínima

necesaria para que se amplifique una perturbación en vez de que desaparezca— aumenta con la velocidad de comunicación en el sistema. Este aumento incrementa, por lo tanto, de manera considerable las exigencias requeridas para que una perturbación provoque un cambio en la organización del sistema³. En este caso, si la capacidad de indignación necesaria para la creación de nuevas normas parece que falta, ¿no podría estar, quizá, en razón del papel creciente de la comunicación y, en particular, de la información?

J. A.—El papel creciente de la comunicación y de la información participa, en efecto, en los procesos de normalización y de *standarización*. Cuando vemos las mismas emisiones de televisión, con las mismas ideologías, los mismos sistemas de valores, los mismos símbolos de poder, de riqueza, de triunfo, etcétera, está produciéndose una nivelación.

¿Cuáles son los campos de acción?

—¿No tiene usted la impresión de que la tecnología ya ha elegido entre la creación, por una parte, y la uniformización mediante una comunicación indiferenciada, por otra? Basta ver los medios que se dedican a la una y a la otra...

J. A.—No. La tecnología sigue siendo todavía algo decidable. Continúa estando abierta la posibilidad de una opción entre las tecnologías de creación y las tecnologías de alienación. En este sentido, un período de crisis es particularmente interesante porque abre posibilidades de op-

ción. Como intelectual estimo, pues, importante el comprometerlos en un período político con un político para hacer de modo que las cosas puedan transformarse.

—¿Con el dominio de la tecnología podremos detener este crecimiento de la comunicación indiferenciada?

J. A.—No se trata de detener o de dar marcha atrás, sino de utilizar la tecnología de modo tal que proporcione a todos medios de creación y no medios de espectáculo. La elección reside en crear o en ser espectador. Hay que multiplicar los polos de creación.

—Pero el desarrollo tecnológico no se mueve en esta perspectiva...

J. A.—Ciertamente, es ahí donde se plantea el problema. Ahora bien —y me repito—, la función de una crisis es el hacer decidibles cosas que, antes, estaban en un orden fijado. Hay tecnologías modernas que pueden ser formidablemente útiles para hacer creadoras a las gentes; al mismo tiempo, hay que liberar también a esas gentes de la tecnología para permitirles crear simplemente, practicando la jardinería, el *bricolage*, etcétera.

—Ante una perspectiva tan simple y sonriente, ¿por qué la tecnología se orienta más bien hacia la alienación?

J. A.—Porque no está inserta en un proyecto cultural por medio del cual las perso-

nas experimenten el deseo de crear y no el de acumular; porque —recordando la metáfora de hace un momento— la tecnología sigue la línea de la mayor pendiente, que es la ley del beneficio.

—¿Y qué es lo que hará cambiar la orientación de la pendiente?

J. A.—Una correlación de fuerzas.

—¿Eso quiere decir medidas de coacción?

J. A.—No, ¡medidas de seducción! Habrá que actuar de modo tal que los individuos sientan el ansia de vivir de otra manera.

—Eso es... maravilloso. Pero, admitiendo que ustedes, socialistas franceses, triunfaran en esa empresa, ¿cree usted posible influir, mediante la detentación de un poder nacional, sobre una producción tecnológica profundamente enraizada en un juego de control multinacional?

J. A.—Es un problema de envergadura de la acción. Se necesita una dimensión que sea lo suficientemente grande. La escala de una pequeña nación como Bélgica no basta, y la de una nación como Francia apenas alcanza. Está claro que una política de control sólo tiene una significación duradera si, a escala del continente, pueden establecerse normas de utilización tecnológica. Hay que someter el derecho de establecimiento de las multinacionales y la

venta de sus productos al respeto de ciertas condiciones referentes a la utilización de las tecnologías. Tales medidas serían lo bastante disuasorias como para llevar a esos grupos a comportarse correctamente.

—¿Y cómo es que el Japón y otros países asiáticos han logrado escapar a ellas?

J. A.—Sí, por el cierre de sus fronteras. Esa es la única manera, la que siempre se ha empleado. Pensemos en la historia de las grandes ciudades-centros: todas han empezado por cerrarse a los influjos exteriores.

—Si he comprendido bien, una sociedad no puede abrirse más que después de haberse dado los medios de su proyecto. Pero, ¿el sistema capitalista no se suicidaría si aceptase el ver puesta en tela de juicio su ideología dominante: el libre cambio?

J. A.—Sí. Esa es la razón por la que semejante política sólo es posible si se crea un *consensus* social alimentado por la voluntad de preservar una identidad. En el momento presente, la opción de una nación se halla entre un documento de identidad y un documento de crédito. ¿Reivindicamos una especificidad o queremos estar integrados en un sistema mundial vigoroso y mercantil?

¹ *La nouvelle économie française*. París. Flammarion, 1978. 252 págs.; *Les trois mondes, pour une théorie de l'après-crise*. París. Fayard, 1981. 335 páginas.

ENTREVISTA

² Esas teorías proceden de una misma preocupación: comprender mediante instrumentos matemáticos fenómenos cualitativos y, por lo tanto, no mensurables. Cada una de ellas se desarrolla en un campo disciplinario diferente: geometría para la teoría de las catástrofes de René Thom; termodinámica para la teoría de las fluctuaciones, elaborada principalmente por la escuela de Bruselas (De Donder, Prigogines, etc.); biología para la teoría de la información, elaborada por Atlan.

La teoría de las catástrofes, después de haber hecho una clasificación de las singularidades en geometría, estudia el fenómeno

morfológico de la transición de una forma a otra, es decir, el cambio por discontinuidad.

La termodinámica irreversible, en vez de estudiar las transiciones de un equilibrio a otro, se proyecta sobre los sistemas que se hallan lejos del equilibrio e intenta explicar las fluctuaciones aleatorias que provocan la aparición de un orden suplementario, de una auto-organización.

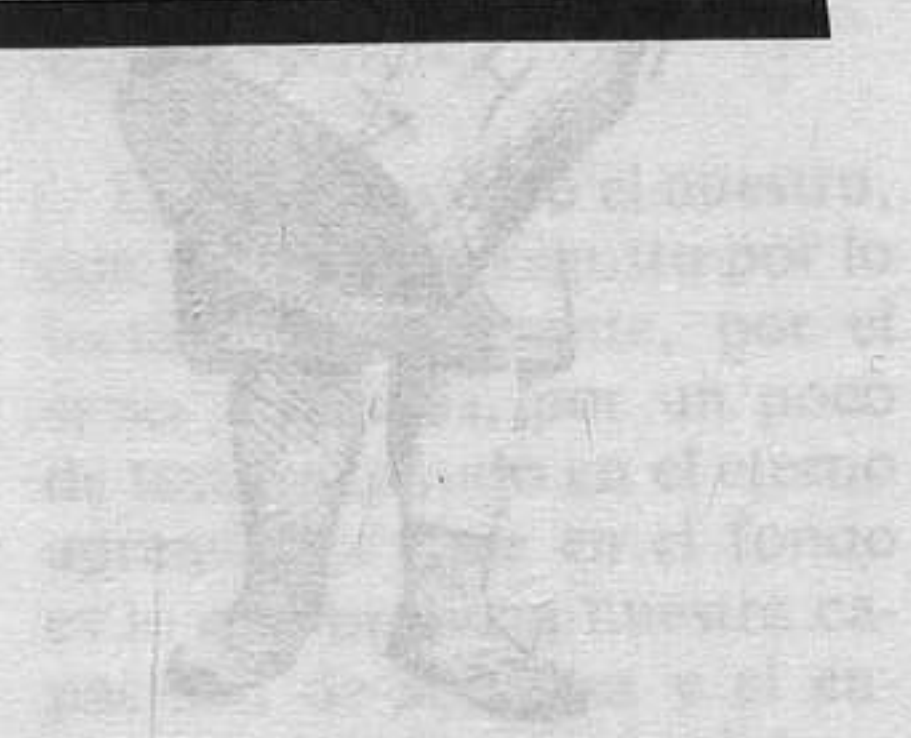
La teoría de la información, que recuerda más adelante Jacques Attali, se interesa por la auto-organización de un sistema que, al recibir una información exterior, la transforma en información ordenada.

Por lo que se refiere a la semiología, ésta es, según el *Robert*, la ciencia de los sistemas de signos: lenguas, códigos, señalizaciones, etcétera.

³ I. Prigogine e I. Stengers: *La Nouvelle alliance*. París. Gallimard, 1979, págs. 177 y ss. Véase sobre esta obra importante: Georges Thill: *A propos de la Nouvelle Alliance: la science en métamorphose?*, *La Revue Nouvelle*. Octubre, 1980. 363 páginas.

**Nicole DEWANDRE
y Benoit REMICHE**

© Revue Nouvelle
Traducción:
J. A. Matesanz



NOTAS



**SI LEYERAS AQUI
NO ENCONTRARÍAS
NADA**

Marcial Mateos

Al pasar por los estantes, o por las mesas donde se amontonan las revistas que se venden habitualmente en las librerías —como esos champús que sólo se venden en farmacias— has reparado en un librito rojizo y áspero. Te has acercado y has podido ver su

membrete. Espectacular y sonoro: Le - via - TAN. La rotundidad del nombre y su logotipo, una ballena, o algo así, te han sorprendido. De lo poco que podías comprar, con el escaso dinero que llevabas, te has decidido por la novedad, por lo que te ha impactado sin saber ciertamente por qué.

Ahora deberías abrirla y empezar a leer de camino a tu casa. Pero no. Prefieres examinar la portada y vuelves, instintivamente, al nombre: LeviaTAN. Es el nombre lo que definitivamente te ha gustado. Pero, ¿por qué le ponen una ballena, y más una ballena que parece una serpiente con dos grifos? Continúas sin abrir la revista y sigues dándole vueltas al nombre, intentando encontrar el simbolismo implícito que toda revista tiene o adquiere con el logotipo y su titular.

Gracias a tu afición por los crucigramas has recordado: «Nombre bíblico de la ballena»: LeviaTAN.

¿Qué relación guardará la Biblia con esta revista? Tu incertidumbre va en aumento. Te has dirigido a la biblioteca. Después de muchos requisitos has conseguido pasar. Un individuo, con pocas ganas, te ha entregado un panfletillo para que rellenes el título y el número de la obra que quieres consultar. Has buscado en el fichero y has encontrado: BIBLIA, LA; T. 176.

En la sala de lectura has estado esperando un buen rato, ya dudabas de que tuvieran el ejemplar, incluso has llegado a pensar que podía haberse olvidado de ti, pero tampoco te atrevías a reclamar al tipo aquel que te atendió; y estando así, te han traído el ejemplar.

Has buscado donde pensabas que podías encontrar alguna referencia a los animales, así, en general. Has ojeado el GENESIS. Nada. DEUTERONOMIO. Nada. SALMOS. Tampoco. Has seguido ojeando, hasta que, por fin, has llegado a un pasaje en el que el dios explica a Job cómo el LeviaTAN (que entonces era una ballena con pinta de cocodrilo) es el más poderoso de los animales, sin parangón posible con ningún otro. Ahora, al cabo de tus investigaciones, te preguntas: ¿Qué tendrá que ver una revista con un monstruo? ¿Será una monstruosidad de revista? ¿Será una revista que trata de monstruosidades?

Sales de la sala de lectura y de nuevo te diriges al fichero. Buscas en la letra «L» intentando descubrir alguna obra que trate de los leviathanes. Estás dispuesto hasta a aprender sus costumbres, por si alguna enlaza o pudiese enlazar, asociativamente, con la revista o con sus fines.

¡Por fin! Lo has encontrado, una ficha algo borrosa que dice: Leviathan. ¿Cómo se te ha escapado? ¡Ah!, no, han sido los nervios. Ya la tienes. Leviathan - Thomas Hobbes (1588-1679) R-174¹.

Has rellenado otro impreso y con más desgana y demora te lo han llevado al pupitre. Ardías de impaciencia, has leído a borbotones, hasta que, con premura, te han invitado a abandonar la sala. Bueno, ¡ya está!

Este tal Hobbes, convencido que el pensamiento era una operación simbólica, simbólicamente representa al Estado como el LeviaTAN, el animal poderosísimo, omnívoro y sin parecido con ningún otro. El Estado como forma de or-

ganización humana, el Leviatán capaz de terminar devorando a los individuos.

Ahora te sientes satisfecho. Probablemente tu juego analógico no coincide con la realidad y ésta no sea una revista que trate de análisis social, teoría política y todo aquello que pueda comportar variabilidad en las formas de organización y relación en el Estado, como la cultura, los «poderes fácticos», la economía, las instituciones, la religión, etc. De cualquier forma sientes la satisfacción de haber cerrado un círculo.

Ya estás en óptima situación para comenzar a leer. Tienes la revista entre las manos, o depositada en el regazo o, incluso, la hojeas distraidamente en el retrete esperando un título grandilocuente —como crees que corresponde a este tipo de revistas— («Metodología del cómo», «Aproximación a la nada», «El lesbianismo: mito y cuestión nacional», «Ogino y Eutanasia», «Buganvillas, Rododendros y otras plantas como el Espino Blanco o Rosa, desde Proust a nuestros días», etc.) que te convoque a una lectura arbitraria. Te has fijado precisamente en éste: «Si leyeras aquí no encontrarías nada».

Has empezado a leer con desgana y has ido viendo que se trataba de una crítica *especializada* a un libro de Italo Calvino que no has leído. Efectivamente, NADA. Te has enfadado. No soportas ese estilo de críticas que piensas concebidas más para mostrarse los autores que para demostrar y alentar el conocimiento y el aprendizaje. Estás colérico. Has llegado, incluso, a pensar que este tipo de colaboraciones en una revista pueden convertirla en un es-

pejo de vanidades, en espiral cerrada propensa al rito y a la iniciación, tanto en el lenguaje como en los contenidos. Has seguido leyendo, pero ya sólo por culminar tu indignación sabiendo como podía terminar aquello. Terminando han querido rematar el artículo hablando de la Cultura. Sí, de la Cultura, a lo bestia. ¡Ahora ya habla de ella todo el mundo, hasta la Soledad Becerril! Por un momento llegaste a pensar que podía arreglarse aquello. Pero no.

No sólo no has encontrado la crítica literaria que esperabas, esa capaz de hacer del producto en cuestión un bien apetecible o repudiable, partiendo de supuestos aprehensibles para la mayoría —en la que te sientes inmerso— sino que, además, te has encontrado con unos análisis culturales peregrinos, llenos de conceptos importados, vagos o asignificativos en la realidad española.

Ahora estás muy enfadado. Crees que este tipo de críticos es lo más parecido a los «subalternos» de las corridas de rejonos. Los tales subalternos, que no matadores, suelen ser diestros frustrados en su carrera. Bien por falta de temple, de casta o de condiciones, pero ante los toros «arreglados» de cuerna para este tipo de corridas, aprovechan cualquier cambio de caballos para cebarse en cadenas de pases y florituras pedantes y jactanciosas, hasta que marean al respetable. Terminan por los aires.

Hasta aquí me has ido siguiendo, pero empiezas justo aquí a preocuparte. El tema no roza, tan siquiera, la jocundia que podía inspirar el título. Mejor sería cambiar probando con otro reclamo. Tal vez seas de los que prefie-

ren un título mucho más roto, casi surrealista, brillante, cáustico. O al menos algo no tan aristotélicamente gacetero como lo anterior. Algo como...

Locas y elefantes.

Desde la agonía física de la dictadura venimos observando como un término tan vacío de contenido y con un significado tan poco esclarecido va tomando cuerpo y garantía de autenticidad, llegando a ser tan patológicamente presente que, cuanto menos, merece una mínima reflexión. Nos referimos, naturalmente, a la manida *Animación Cultural*. ¿Qué es? ¿De dónde viene? ¿Qué pretende?

En un país como el nuestro, con un especial regusto por lo incierto, lo diletante, por el saber a medias, por un poco de todo y sumido en el eterno aprendizaje (que en el fondo es lo que propicia nuestra capacidad de sorpresa y el encanto que nos es propio), es donde mejor se asienta la complicidad y el corporativismo, como resultado de esta especial personalidad nuestra, nada accidental sino fruto de una larga sedimentación. Una complicidad basada en el miedo a denunciar la estulticia ajena por miedo a que sea delatada o manifestada la nuestra. Un corporativismo secular y deontologizante, que supedita siempre su salud a la honra. Todo está prendido con alfileres, con una fragilidad, en su conjunto, como de tienda de porcelanas.

Suele suceder que todo aquel que disiente en un colectivo, con argumentos o simplemente con la duda, es carne de cañón para la burla, la farsa, la calumnia y la marginación. Convirtiéndose,

desde ese instante, en «La loca de la casa» o en el «Elefante en una cacharrería», perdiendo así, desde el momento de su cosificación, toda posibilidad de eficacia e implantación; permitiéndosele, en todo caso y con la benignidad del grupo, presidir el elenco de lo anecdótico como representante de la diferenciación que legitima la homogeneidad del colectivo.

Es por ello que los políticos aventajados miden constantemente su capacidad de escándalo, graduando así su incidencia y credibilidad, frente a los políticos avezados más entusiasmados por una escandalosa notoriedad.

El caso es que sin entender de política nos parece que quisieran convertirla en una actividad desideologizada, es decir, en un fenómeno meramente instrumental. Bueno, pero al menos parece que se podía tener una mínima coherencia y una mínima inteligencia para saber elegir los instrumentos en función de los objetivos o, al menos, que no exista una clara contraposición entre los fines y los medios arbitrados; y lo decimos porque, sin entender, pareciera que ahora toda la *movilización* pasa por los salones de suntuosos hoteles, por el florero, los canapés, un video y algún discurso egregio de algún que otro santurrón. Pero, generalmente, toda generalización es falsa y por eso diríamos aquello que dijo un aficionado a la lidia: «No hay toreros buenos o malos; sólo hay toros y toreros, y luego pega-pases de salón».

Empiezas a creer que me he perdido definitivamente. En un principio, donde supuestamente narraba lo que podía sucederte al iniciar la lectura, tú pensabas que contaba lo

que me sucedía a mí o podía haberme sucedido, pero que te utilizaba para hacer discurrir la acción utilizando el subterfugio de un personaje anónimo que leía. Sin embargo, ahora, has notado cómo el que habla utiliza un NOS mucho más participativo, sin duda para inmiscuirse y a la vez protegerse de unos enunciados hartos subjetivos, valiéndose de esta argucia para intentar llevarte a la confianza en la universalización de unos juicios bastante peregrinos.

Pero, con todo esto no me he parado a pensar que tú, posiblemente, formas parte de un grupo mucho más selecto, capaz de intuir por el encabezamiento todo el recorrido ulterior y, por tanto, necesites imágenes mucho más concretas, capaces de poner en funcionamiento toda una cadena genealógica. Tal vez lo apropiado sería un título algo más selectivo, más intelectual, con algo freudiano, con una dualidad irresoluble, más... Bueno, otra cosa como...

Animación cultural: falacia y frustración.

Resulta que lo que fuera un término adoptado por los *progres* en la época dictatorial, que se esgrimiera (frente al monocorde acontecer y al lento agonizar de un monolito, entre heces melencólicas, parte médico del equipo habitual y música de xilófono por radio y televisión) por la sonoridad y la connotación guerrillera y vivaracha que poseyera; pues resulta que ahora cualquier ministro de turno en la cosa cultural va y te lo suelta, tan ancho, diciendo: «Intentaremos al máximo nuestros planes a nivel de animación socio-cultural». Pues vale.

Lo que pasa, si es que pasa algo, es que cor. o se han encontrado que con la Cultura no saben qué hacer, se han agarrado al término de marras para no hacer nada, ya que de por sí nada significa. Porque la importación que hicimos de la palabreja guardaba una significación en la vieja Europa que, por vieja y pelleja, era consciente de la necesidad de reconversión, reutilización y animación de las estructuras culturales que poseyera. Estas, si no inservibles, habían quedado distanciadas de la sociedad a la que supuestamente debían servir, debiendo entonces acondicionarse, tanto a las imposiciones del mercado, como al desarrollo urbanístico e industrial y al despegar alucinante de la imagen y el sonido como medios de comunicación masivos.

Nace así, pues, la Animación Cultural como forma de vivificación de los soportes culturales, como una programación fruto de la actividad social y de las nuevas y más altas necesidades de la población, y como una adaptación a los nuevos estilos de vida y relación.

Pero nuestra realidad es bien distinta. Si en este último medio siglo la Europa civilizada y no golpista (de la que no formamos parte) ha tenido un desarrollo a la par industrial y cultural, aquí, donde nosotros, en el pleno XIX, el triunvirato franquista (de tontos, locos y meapilas) tomó buena cuenta de arrasar, incluso físicamente, cualquier vestigio que oliese a cultura. Por tanto, en la actualidad, carecemos de las infraestructuras básicas necesarias para garantizar con autonomía y continuidad una mínima vida cultural, por lo que resulta de mal gusto *animar* al personal al desarrollo de una actividad que malamente puede practicar.

Es entonces la Animación Cultural, entendida como «divertimento», esporádica y bullanguera, una falacia, cortina de humo extendida para ocultar la falta de planificación e ineficacia gestora, un continuismo reaccionario que pretende mantener la cultura relegada a los ciclos estacionales o a las fiestas patronales. Repetición folklórica y populista de aquel tristemente falso *slogan* publicitario que machaconamente insistía: «Contamos contigo», llevando al personal a preguntarse, ¿pero dónde?, ¿para qué? y ¿cómo? Siendo así una frustración colectiva al no poder volcar en realización y con medios la «animación» que ha sido insuflada.

Creo que tienes razón, me he pasado. Valiéndome de lo que podía ser un titular aparente lo he desgajado en un discurso «snob». Incluso no le ha faltado ni la comparación franquista. Tienes razón. Sí, hasta el tono es imperativo, absoluto, llegando a lo demagógico. Toda la razón.

También te has dado cuenta que en una parte de la parrafada anterior hacía una insinuación que no quedaba clara. Decía «Lo que pasa, si es que pasa algo...» y has pensado que ya mi idiocia era patente, cuando aquí todo el mundo sabe lo que pasa. Pero, realmente: aquí, ¿qué pasa?

Aquí no passssa nada.

No hay nada peor que una pared en blanco, salvo otra pared en blanco delante de los ojos. Estoy así y tengo al lado un florero y está con flores. Me las he comprado. Siempre vivas y margaritas y un clavel. No, dos. Uno es rosa, y también hay varias caléndulas y un forraje verde que queda

siempre bien. Son mejores los días con flores, indudablemente. Esta mañana parecía que nunca iba a llegar y, sin embargo...

Ahora que me fijo, hay un bichito pululando en el botón amarillo de una de las margaritas. Seguro que venía entre las flores. Puede que hasta sea venenoso. Hubiera sido mejor prescindir de flores y florero, seguir sólo con la pared blanca. A decir verdad, tampoco el florero es tal. Es más un modo de. Un frasco, posiblemente de mermelada o miel. Se guardan siempre, para algo pueden servir. Este ya lo sé. Es demasiado grande para llevar una muestra de orina cuando te vayas a analizar, y muy pequeño para las cosas que siempre parece que se deben conservar.

El caso es que estoy cansado y esa musiquilla del vecino me está empezando a distraer. Es una canción llena de esdrújulas, un recurso que hasta puede quedar bien. Mi vecino adora esa canción, incluso la debe tararear. Incluso, también, al sentirse a solas, seguro, con esa voz encabrollada debe soñarse ser ese tal Serrat, vecino de Camprudon, hijo de Angeles y de Josep... ¡Cómo somos!

Que un día vas por la calle, ojeroso y lento, y tropiezas con el cheli, el compañero o simplemente el amigo, y enseguida se interesa por lo penoso de tu aspecto. Tú le das mil explicaciones para convencerle que no es de trasnochar, que no se trata de la «buena vida»; pero él, erre que erre. Hasta que, tras muchas vueltas y rodeos, le terminas confesando que, por aquello de la primavera, estás padeciendo un repugnante sarpullido, y que tienes las ingles como fuego y los güevos como un panderero.

¡Acabááááááramos! Suelta él muy satisfecho, y después de una larga y nauseabunda explicación acerca de tus males, te arrastra a la botica más cercana y terminas —si te descuidas— probando una serie de pomadas, jarabes y pildoritas que tan arriesgado galeno te acaba de recetar.

Pero si un día, deprimido, en las largas mañanas de no hacer nada —porque puedes ser de ese ejército sin laureles de dos millones de personas sin empleo— te encuentras con el cheli, el compañerete o simplemente el amigo, que ante tu aspecto taciturno y triste acude a recoger tus cuitas, le contarás que fuiste injustamente despedido, que volvías de la mili y tu plaza había sido cubierta, que la empresa estaba mal, te dijeron; muy mal, que esperas poderte acoger al paro, que...

¡Acabááááááramos! Te dice él, convencido y convincente, y después de un somero y diletante repaso al Derecho Civil, Administrativo y Laboral, y ante el descubrimiento de conocimiento tan insospechado en alguien que creías dedicado a la horticultura, todavía consentirás en dejarte alentar en tus escasos derechos y en la posibilidad de entablar un contencioso con tu ex-empresa y la oficina de paro, porque basándose en las resoluciones de no se sabe bien qué tribunales en casos similares, y que a él le fueron contadas en alguna ocasión por personas allegadas... Lo tienes «chupao».

Aquí no pasa nada; sólo queda el rumor, la desolación y el abandono. Cada uno «se lo monta» como puede, y, si la tradición nos ha hecho tener algo de médicos y de abogados, la actualidad nos convierte en pitonisos que preten-

den conjugar los arcanos de lo incierto, de lo intocable. Es nuestra indefensión.

Ahora ya sí que estás acabando no sólo con tu paciencia, también con este articulillo pretencioso. Si leyeras aquí no encontrarías nada, por que aquí no pasa nada, la animación cultural es una falacia y una frustración y al final todo son locas contra elefantes.

Perdóname esta última cita, pero me parece que corres-

ponde, no estoy muy seguro, a un artículo reciente que acabo de leer en no se qué revista.

También podría decirte, para mi justificación, que como no has leído el libro de Italo Calvino titulado Si una noche de invierno un viajero², seguro que he sido mal interpretado.

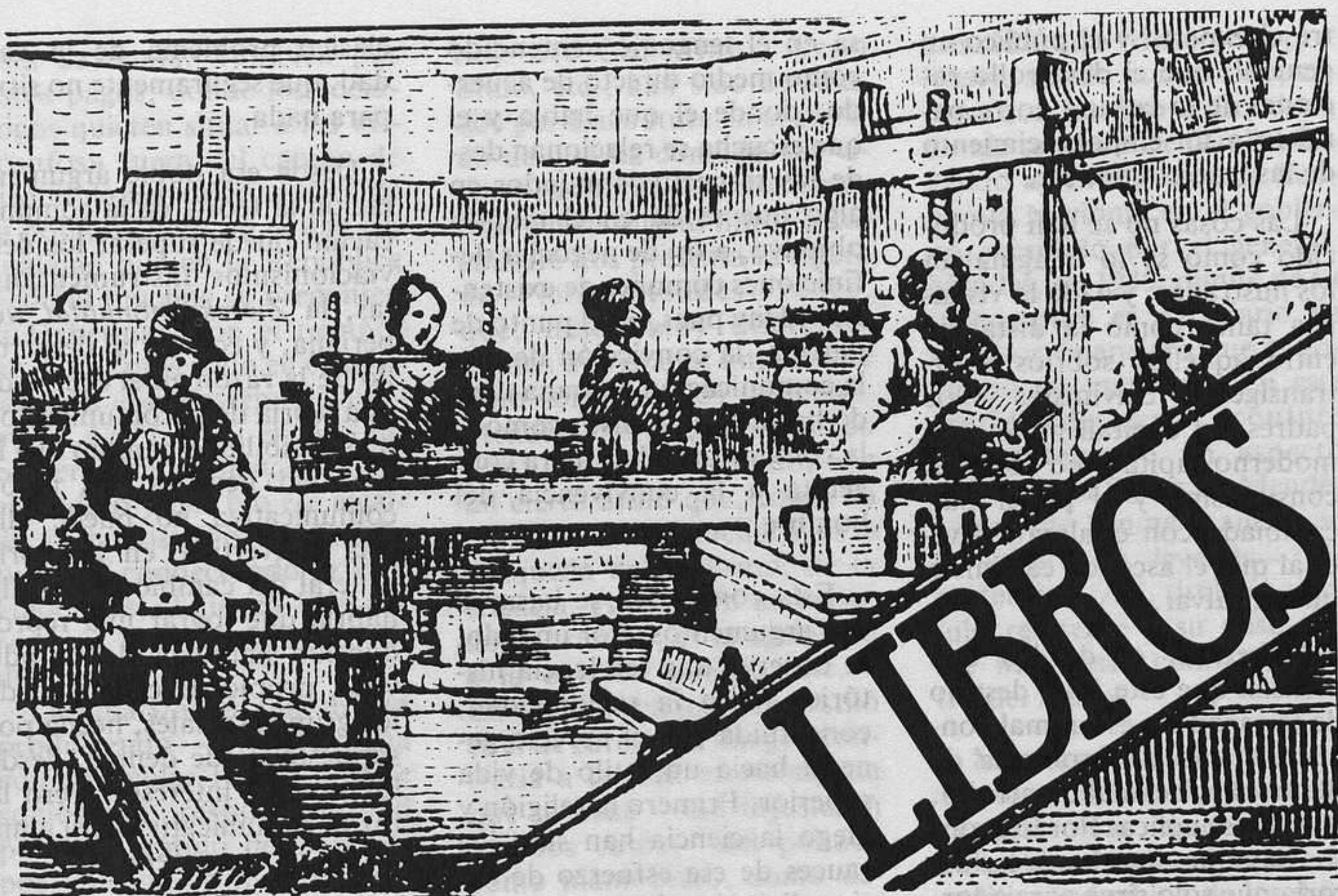
Aunque también, seguro, si lo has leído, te parecerá —estoy de acuerdo— una mala interpretación.

Pero, para que lo sepas, y

entre nosotros no queden dudas, no albergaba otra idea, con esta burda caricatura, que si has leído el libro Si una noche de invierno un viajero, haberte servido para memorizar; pero, sobre todo, si aún no lo has leído, ¡a qué esperas! Léelo, ésta era la última pretensión.

¹ *Leviathan or the Matter Form and Power of Commonwealth ecclesiastical and civil.*

² Italo Calvino: *Si una noche de invierno un viajero*. Ed. Bru-guera. Barcelona, 1980.



LA VORACIDAD POLITICA DE LA SOCIOLOGIA

Reyes Mate

Los últimos escritos de Habermas anunciaban la necesidad de desarrollar en una nueva y grande obra, y de manera sistemática, lo que él entendía por teoría de la comunicación. Es lo que ahora ofrece con su *Theorie des Kommunikativen Handelns*¹, 1.200 abigarradas páginas distribuidas en dos tomos.

El libro es un poderoso mosaico donde se combinan los desarrollos extensos de determinadas preguntas con recensiones de libros, pero sin perder nunca el objetivo del trabajo.

Dada la idea que tiene Habermas de la sociología, heredera de la filosofía, el libro es un buen ejemplo de labor interdisciplinar, en el que la etnología, antropología, fenomenología y autores del pasado se ensamblan no tanto por mor de las cuestiones específicas de cada una de esas disciplinas sino en orden a desarrollar la teoría de la comunicación que es lo que a Habermas interesa.

Una herramienta de esta investigación lo constituye el concepto de *contemporaneidad*, según el cual autores o teorías de otros tiempos —y el autor se toma muy en serio a Max Weber, Deard y Durkheim— ofrecen paradigmas en el tratamiento de los temas; las teorías de otrora ganan en calidad al perder el contexto de origen. No interesan como aportación a la historia del problema, sino como modelos abstractos de cuestiones actuales. Más exacta-

mente, son vistos como parte de esa empresa que consiste en desarrollar el *proyecto de la modernidad* en base a solucionar las aporías que todavía penden del concepto de racionalidad.

Esas contradicciones, sobre las que constantemente vuelve la Escuela de Frankfurt, las formuló Weber al reconocer que el avance de la racionalidad occidental acarrea una pérdida de libertad y de sentido. Habermas se entretiene en explicitar el dilema: que cada intento organizativo de una parte de la realidad lleva consigo una ruptura respecto al resto de la misma; que cada victoria sobre la realidad nos aísla de lo demás y lo perdemos; que la habitabilidad racional de una parte del mundo se paga con la inclemencia de lo que queda al margen; que cuanto más competentes se hacen unos, más incompetentes se obliga a ser a los otros; que se agranda el abismo en-

tre el experto y el público en general; que el desarrollo racional de la cultura corre paralelo a un empobrecimiento de las tradiciones, etc.

Las cosas no se han producido como se lo imaginaban los ilustrados, y nada lo visualiza tanto como la distancia entre aquellos sobrios e intransigentes calvinistas —los padres del capitalismo— y el moderno capitalismo donde el consumismo y el poder han cambiado con el alma individual que el ascético calvinista quería salvar.

Habermas es de los que piensan que este fatal destino de la razón no es un mal congénito, sino un problema de desarrollo, del mal desarrollo. Y a ello se aplica. Por lo pronto, hay que desechar a la historia que sólo sirve para adornar una teoría, pero no para confirmarla. Más que la explicación histórica importa el *corte transversal* que pone al descubierto distintos afanes sobre empresas comunes. Por ejemplo, lo que durante siglos ha sido asunto de la filosofía resulta que se ha desgajado, ética, politología, economía, etcétera. El *corte transversal* es la unificación de todos esos afanes en orden a solucionar las aporías del proyecto de la modernidad. Esta nueva visión simbólica es una tarea de la sociología, y no ya de la filosofía.

El dilema de la sociología es una razón moderna que está orientada al crecimiento de la racionalidad, pero que ha sido instrumentalizada por exigencias de la racionalización. Para salir del atolladero no debe recaer en el error de la filosofía, perdida entre construcciones historicistas, por un lado, y recomendaciones politiqueras, por otro.

Una teoría de la comunicación, según Habermas, se ba-

sa en el lenguaje «entendido como medio directo de acuerdo, donde el que habla y el que escucha se relacionan desde los respectivos mundos en algo que se da en el mundo objetivo, a fin de negociar definiciones comunes de existencia». Hay pues, en el punto de partida, la convicción de que la comunicación humana tiende hacia el consenso, como si la comunicabilidad fuera congénita a la convivencia del hombre.

Esta convicción se basa en dos argumentos. Por un lado, se observa una tendencia histórica hacia la racionalidad, constituida por el aprecio general hacia un estilo de vida superior. Primero la religión y luego la ciencia han sido los cauces de ese esfuerzo de racionalización de la realidad, que se ha producido en base a una diferenciación progresiva de los componentes estructurales del mundo —cultura, sociedad, persona—. Cuanto más se diferencian esos componentes tanto más intervienen situaciones condicionadas por un acuerdo racional. La razón de más peso acaba siendo la autoridad reguladora de las situaciones vitales. El segundo argumento consiste en afirmar que se pueden superar las aporías que decía Weber sobre la modernidad si se superan los modelos de racionalidad derivados de lo que Habermas llama la *filosofía de la conciencia*. No se sabe muy bien qué es, pero, por otros trabajos, se puede deducir que Habermas alude a que la filosofía tiene que olvidar cuestiones primeras, tales como por qué el ser y no la nada, y limitarse a asuntos segundos, como por qué el ente es así y no de otra manera. La heredera de la filosofía, la sociología, no debe plantearse más que las cuestiones que puede resolver y dejar en paz el

clásico problema de la verdad, que seguramente no sirve para nada.

Desde esa doble argumentación la teoría de la comunicación puede superar los desviacionismos instrumentalistas, la *Zweckrationalität* weberiana, y colocar al desarrollo de la razón en el centro de una teoría de la comunicación que posibilite el cambio que la sociedad necesita. La razón comunicativa no puede ella sola convertirse en la teoría general del cambio. Para ello habría que lograr una reproducción simbólica del mundo vital, propio de cada uno de los grupos sociales, hecha por supuesto desde dentro, desde los propios intereses. Pero la razón comunicativa es el alma de esa teoría general.

Cabe preguntarse, sin embargo, si con los dos argumentos base de la teoría, Habermas puede ir muy lejos. Parece un poco simplista afirmar que la historia demuestra una tendencia constante hacia la racionalización, dejando todo lo que ha sido desarrollo irracional en el capítulo de los «accidentes». Todas las objeciones de Walter Benjamín al costo del progreso se vuelven contra Habermas. Sin darles una solución no hay por qué esperar que las aporías weberianas desaparezcan. Al contrario.

La crítica de Habermas a la filosofía, declarando que nada se puede esperar de las cuestiones que no tienen solución operativa, es la confirmación de las viejas apatías de la sociología, que sólo se interesa por el cómo fabricar mejor el cesto social con los mimbres del mercado. Pero la historia está llena de ejemplos contrarios: que los grandes cambios se producen cuando se inventan nuevos mimbres. El planteamiento

está de moda. También por estos pagos, donde los sociólogos quieren situar a los «filósofos» fuera del campo de tiro de la actividad teórica de la política. Pero no es una casualidad que en la República Federal muchos se pregunten si Habermas, con el tiempo, no se ha convertido en el ideólogo del «bundesrepublicanismo». La CDU, el partido conservador alemán, así lo ha entendido y por eso ese alcalde democristiano de Frankfurt ha condecorado a este Habermas, al que en 1968 co-rearon los rebeldes estudiantes.

La polarización que se está produciendo —y en España con particular fervor— entre sociología, responsabilidad política, sentido del cambio, por un lado, y filosofía, sobredosis ideológica y utopismo, por otro, es mal asunto, por muy en boga que esté. Este libro revela que no pude haber teoría del cambio sin sociología; también pone de manifiesto que ese cambio vale para andar por casa; bastante para los tiempos que corren, pero insuficiente si se sigue hablando del *proyecto de la modernidad*.

¹ J. HABERMAS: *Theorie des Kommunikativen Handelns* (Suhrhamp Verlag, Frankfurt).

MENDES-FRANCE, POR LACOUTURE

M. Sánchez Ayuso

Jean Lacouture es autor de numerosas y fundamentales biografías. Nasser, De Gau-

lle, Ho-Chi-Minh, León Blum, etc., han sido estudiados por Lacouture en el sentido de que ha contado sus vidas y sus obras con rara maestría. En su último libro ¹, Lacouture nos presenta la figura de Pierre Mendès-France, que, desde muy diferentes puntos de vista, es importante y no sólo para los franceses. Mendès-France es un político poco habitual, discutido, con un cierto estilo que, como ha indicado Jean Touchard, es la búsqueda del realismo, de la eficacia, es también un método de trabajo, es la apelación a la opinión pública, etc. ². En alguna manera, ese estilo es el de ofrecer la imagen contraria a la idea estereotipada que se tiene —tan injusta en muchos casos— del político como maniobrero, como demagogo...

A lo largo de las páginas de esta apasionante biografía nos aparecen las raíces familiares de Mendès-France, su infancia y sus estudios, los de un alumno brillante, y sus primeros pasos en política. Milita Mendès entre los estudiantes radical-socialistas (fue secretario general de la Liga de Acción Universitaria Republicana y Socialista) y a los 25 años fue elegido diputado por Louviers, como miembro del Partido Radical, en el cual formó inmediatamente parte del grupo llamado *Jóvenes Turcos*. Este título le fue discernido por su voluntad de reforma y de cambio, habiendo puesto de moda otra vez el viejo grito de Herriot: «No hay enemigo a la izquierda». Fue partidario claro y decidido del Frente Popular, en el que fue subsecretario de Estado en el segundo Gobierno de Blum, en 1938.

La guerra la hace en Aviación y, al marchar en el famoso *Massilia* a Marruecos, es

considerado desertor por Vichy, siendo condenado; escapa con destino a Londres, donde se une a De Gaulle, llegando a ser Ministro de Economía Nacional en el gobierno presidido por el general. Mendès, en 1945, dimite de su cargo, pues es partidario de un rigor financiero que el gobierno no mantiene. En este sentido destaca Lacouture constantemente un aspecto básico de la figura de Mendès —que, de alguna manera, se convertirá en leyenda—: la austeridad. Así, titula el capítulo referente a su paso por ese Ministerio como «ministro del rigor».

Mendès desarrolla misiones internacionales, lleva a cabo requisitorias duras en la Asamblea Nacional contra la política indochina de los diferentes gobiernos, y publica estudios que le van a proporcionar una justa fama de economista y de político que confía en la ciencia y en la técnica. El semanario *L'Express* surge en 1953 y, desde el primer momento, apuesta por el mendesismo. En el libro de Lacouture, Mendès habla de los enormes servicios que le prestó *L'Express*.

Como es lógico, una parte importante de la biografía de Pierre Mendès-France se dedica a su etapa como presidente del Consejo de Ministros. Poco más de siete meses duró su Gobierno, desde el 18 de junio de 1954 hasta el 6 de febrero de 1955. En ese período se liquidó la guerra de Indochina, la Comunidad Económica Europea de Defensa, y se llegó a los acuerdos de Londres y de París. Toda la negociación de Ginebra sobre Indochina es descrita por Lacouture con detalle y con interés, así como el comienzo de la negociación tunecina, obra también de Mendès. La caída

de su Gobierno es presentada también con bastante atención y se explica adecuadamente el conjunto de intereses que la ocasionaron, entre los que están los de los partidarios de la Comunidad Económica Europea de Defensa y los adversario de su política colonial.

El gran año de lo que se ha venido en llamar *mendesismo* fue 1955, fecha en la que hubo la posibilidad de renovar el Partido Radical desde una posición mendesista. Muchos factores intervinieron para derribar esa perspectiva. El Frente Republicano tuvo un éxito que llevó a la cabeza del Gobierno no a Mendès, que era su gran líder, sino a Guy Mollet. Mendès fue ministro pero no por mucho tiempo, pues dimitió a causa de la política argelina del Gobierno, que, como es sabido, no fue precisamente brillante. El libro de Lacouture describe a continuación las implicaciones de la situación argelina, llegando al *putsch* que, de una manera indirecta, llevó al poder al general De Gaulle. Como es sabido, Mendès-France mantuvo una posición opuesta a De Gaulle, estableciendo, de una manera clara y rotunda, que un De Gaulle llamado por Massu no podía ser aceptado por él.

Escribe Lacouture que, para Pierre Mendès-France, el nuevo régimen estaba viciado hasta la médula desde su origen. Mendès, que dejaría el Partido Radical, preconizó el no a la nueva Constitución, y en las elecciones de noviembre de 1958 sufrió una derrota grave. Posteriormente se adhirió al PSA y más tarde al PSU, en el que se fundió el anterior y otros grupos y movimientos socialistas al margen de una SFIO desprestigiada, en la que el guimolletismo

se había revelado como un factor negativo que, en alguna manera, acabó destrozando el partido. Mendès-France se incorpora al socialismo entonces, no sin que provoque sorpresas. Explicó que había llegado al socialismo a través de una prolongación de sus reflexiones y que, durante mucho tiempo, la democracia ha podido realizar progresos apreciables mediante reformas parciales pero que, ahora, es todo el sistema el que requiere una reforma global, como en 1789.

A partir de ahí volvió a estar en el Parlamento, representando a Grenoble; participó en el mitin de Charléty durante las memorables jornada de 1968; perdió las elecciones siguientes, las del miedo, y ya no volvió a presentarse, después de haberse lanzado con Deferre a la campaña presidencial de 1969, en la que este último, como candidato a presidente, obtuvo el 5,1 % de los votos.

La obra de Lacouture nos presenta un Pierre Mendès-France muy real, un hombre que ha sido siempre alguien muy especial, un político con capacidades múltiples y para el cual la razón es un arma básica. Para Mendès la razón y el rigor son principios fundamentales de la política y, en este sentido, el plan, la política de la planificación, es una pieza clave de su pensamiento. Mendès ha sido, en economía, un keynesiano en gran medida, y para él, el plan, además de ser un elemento de absoluta trascendencia en el terreno económico, lo es también en el campo de la vida democrática. Como indica Lacouture, el Plan elaborado por los ciudadanos a nivel regional y luego a nivel nacional, autenticado y controlado por los elegidos, debe ser el

contrato de legislatura entre el jefe del Gobierno y la Asamblea Nacional; y así se especifica en la importante obra de Mendès, *La República Moderna*³.

Junto a la obsesión por la razón, otra característica de lo que se ha llamado el estilo de Mendès es la búsqueda de la información correcta, es la apelación continua a los ciudadanos informándoles de los temas clave, de la necesidad de elegir, pues la política consiste básicamente en eso.

Se ha hablado de una importancia para Mendès-France del patriotismo, de su *cierta idea de Francia*, de su vinculación apasionada a la democracia parlamentaria, etc. Lacouture ha insistido en que su proyecto es racionalizar lo real, a lo que se une una fuerte efectividad, «un poder de emoción que hace vibrar la vida pública de este maestro del racionalismo», y que provoca que el mendesismo sea, ante todo, una fraternidad.

La lectura de este libro es apasionante. Una figura tan interesante como es la de Pierre Mendès-France requería un biógrafo tan distinguido como es Jean Lacouture para ocasionar una obra de calidad grande y de lectura amena.

¹ Jean Lacouture: *Pierre Mendès-France*. Ed. du Seuil, 1981.

² Jean Touchard: *La gauche en France depuis 1900*. Prefacio de René Rémond y complementos de Michel Winock. Ed. du Seuil, 1977.

³ La versión original francesa apareció en octubre de 1962 en las Ediciones Gallimard.

LOS PERDEDORES

Luis Suñén

Ahora, cuando tantas tonterías vuelven a decirse en nombre de la literatura, cuando todavía parece haber gentes dispuestas a resucitar viejas polémicas que ya creíamos que no nos iban a seguir haciendo perder el tiempo, cualquier lección es aprovechable si viene a poner las cosas en su punto. Y en el peculiar panorama de nuestra novela, en el que no hay más nombres que los que hay, poner las cosas en su punto no significa dar la razón a cualquiera de los adalides de la anacrónica discusión entre realismo y formalismo, sino entregar al lector buena literatura. Ni más ni menos, y, desde luego, mucho más difícil que el simple hablar por no callar que caracteriza a tantos de los integrantes de nuestro gremio literario. ¿No resulta grotesco resucitar discrepancias entre partidarios de la narración realista y valedores de la prioridad de lo formal, entre supuestas virtualidades revolucionarias y no menos hipotéticos reaccionarismos formalistas? Vergüenza ajena da tener aún que plantear estas cosas. Porque alguien habrá, sin duda, que ante la última novela de Juan Marsé, *Un día volveré*¹, nos dirá que ese es el camino, que he ahí una forma de hacer realismo sin caer en lo pedestre, que dónde quedan ahora esos valedores de la forma como contenido supremo. Con lo cual ese lector, que debiera

merecer todos los respetos, se quedará sin saber por qué la novela es una obra maestra.

Un día volveré es una novela espléndida o, lo que es lo mismo, un evidente ejemplo de cómo se hace buena literatura. Desde una concepción realista del tratamiento narrativo o desde la concepción que ustedes quieran, y punto. Es una excepcional novela porque contiene un excepcional modo de desarrollar la ficción a través de una escritura también excepcional. El realismo no es superior en sí a ninguna otra concepción estética. Lo que hace que una novela de corte realista sea superior a otra novela de las que estos espíritus simples denominan formalistas no será nunca otra cosa sino la eventual superioridad de sus valores internos, la resolución correcta de los problemas de índole formal planteados a la hora de querer resolver el asunto de un modo y no de otro. Apuro produce decirlo en estos tiempos, pero parece ser que es menester todavía².

Marsé, naturalmente, desarrolla su relato desde un punto de vista narrativo que viene dado por la propia elección del asunto. Parte de una consideración de la historia como algo susceptible de suceder en la vida real. De hecho, el relato se nos cuenta por dos narradores que se alternan: el propio novelista y un testigo anónimo, al que imaginamos miembro del grupo de amigos de Néstor —uno de los protagonistas—, participa, pues, de algo de lo que sucede y que al fin de la novela aparecerá como suerte de testimonio vivo de lo que ocurrió y él mismo nos ha co-narrado. Siempre he pensado que aun no siendo el asunto en sí elemento decisivo en la novela —sino uno entre sus elementos fun-

damentales— su papel posee la peculiaridad de actuar sobre el relato de modo irreversible. El narrador no puede dar marcha atrás cuando llega al fin del desarrollo de la temática elegida. Debe escoger la mejor entre las infinitas opciones posibles, aquel asunto —el único asunto— que le permita ensamblar su texto y, a la vez, dar origen a su escritura, crear y recibir las peculiaridades de su estilo. Marsé es un escritor que, sobre el papel, parte de la eficacia de sus temas —al menos si se toma como referencia el falso concepto de realismo que viene y va entre nosotros como un mal crónico— y del desarrollo de los mismos, lo que no quiere decir que se deba caer en el error de considerarle como un autor obligado de continuo a profesar fe de realista nato, a mostrar por encima de todo una eficacia que, a mi entender, considerada como valor primordial en él, viene a solapar las virtudes de una escritura excepcional, de una voluntad de estilo creciente demostrada libro a libro.

Pues bien, quizá lo más aparente en *Un día volveré* sea la perfecta elección de su tema, el haber dado en el blanco con un asunto apasionante y, sobre todo, susceptible de un tratamiento plenamente acorde con las virtualidades narradoras de su autor. La novela cuenta la vuelta a su barrio de Jan Julivert Mon, antiguo, aunque todavía joven, anarquista envuelto en asuntos de robo y de crímenes que le procuraron la cárcel en los años posteriores a la guerra civil. La figura de Julivert viene trazada tanto por su propia presencia, cuando ésta se produce, como por el recuerdo que va surgiendo en los demás personajes sabedores de su vuelta. Perdedores de la guerra civil —más de

una vez aparece el fantasma de la represión terrible, la chulería odiosa de los vencedores—, Néstor, sobrino de Jan, o su madre Balbina, esperan la llegada del personaje como una suerte de remisión, como la vuelta de quien puede devolverles una señas de identidad perdidas cuya presencia, al fin, no les otorgará. El antiguo luchador, el boxeador frustrado, llega al barrio deseando olvidar, sabiéndose espejo inevitable a la vez que recordatorio de un pasado difícil de vencer. Jan llega a una región poblada de perdedores natos en una sociedad hecha a la medida de quienes vencieron y, al vencer, ordenaron la vida a su manera. El viejo Suau y el decrepito Polo son, respectivamente, dos ejemplos de quien todo lo pierde al ser derrotada su idea y de quien, aún venciendo, seguirá por siempre atado a la propia miseria de su existir. Como ocurre con el juez Klein, tan extrañamente protegido por Jan Julivert, tipo extraordinariamente trazado por Marsé, contradictorio y peculiar.

Si la historia escogida está desarrollada espléndidamente, ello ocurre en gran medida gracias al perfecto diseño de sus personajes. Jan Julivert —antológica la escena de su

llegada al barrio, al bar Tro-la— es un inolvidable protagonista que se convierte en eje de una narración que nace y muere con su llegada y con su muerte, que lo tiene por eje capital, por gozne insoslayable. Néstor, el joven aprendiz de boxeador que tratará de encontrar en su tío la salida a la humillación, a la derrota, a la necesidad personificada de Balbina, su madre, que debe vivir de la prostitución, chuleada por *el Nene*, enemigo atávico del propio Néstor. O Suau, o Paquita, o, sobre todo, Balbina, víctima del pasado y del presente, cercada por el pasado y el presente de su cuñado Jan. Perdedores todos en una sociedad de perdedores natos, de víctimas.


La importancia del texto de Marsé se acrecienta en cuanto es fruto de la correcta resolución de sus planteamientos. El autor aparece como un consciente suscitador de cuestiones que logra responder con el uso pertinente de su técnica. Digo técnica, y no oficio, porque en el autor de *Si te dicen que caí* se consiguen cumplir los presupuestos expresivos no sólo con un desenlace lógico, con una dinámica interna coherente, sino a través de la utilización de un lenguaje ya muy personal que sabe distri-

buirse muy bien entre el autor y sus personajes. De tal modo, la escritura hace trascender el asunto, lleva la categoría de la anécdota en el juego aceptado de convenir en que ha de contarse una historia y que esa historia es lo que debe ser leído.

Guardando muy bien las formas de un realismo (en él) nada limitador, Marsé ha conseguido escribir una extraordinaria novela que es, tal vez, el logro mejor de su escritura, el desenlace lógico de su estilo tras la ambición ya tan lograda de *Si te dicen que caí* y el juego leve e insignificante de *La muchacha de las bragas de oro*. Es la confirmación de un narrador que alcanza su madurez, que se muestra como un indagador profundo de su propio universo, convencido de las virtualidades de un modo de hacer literatura que no debe ya ser sometido a la profesión de fe realista. Por encima de tan fútiles cuestiones, he aquí un escritor ejemplar.

¹ Editorial Plaza y Janés. Barcelona, 1982.

² En este punto ahondaba muy bien Rafael Conte en su trabajo sobre la última novela de Marsé publicado en el diario *El País* el 7 de marzo de 1982.



ARTE

LA TRANSVANGUARDIA ITALIANA

A. Bonito Oliva

El arte, finalmente, regresa a sus motivos interiores, a las razones constitutivas de su obrar, a su sitio por autonomía: el laberinto, entendido como *trabajo interno*, como excavación continua dentro de la materia de la pintura. La idea del arte de los años setenta es la de reencontrar dentro de sí el placer y el riesgo de tener las manos en la masa, rigurosamente, en la materia de lo imaginario, hecha de derivas y recodos, de aproximaciones y nunca de arribadas definitivas. La obra se torna un mapa del nomadismo, del desplazamiento progresivo practicado al margen de toda dirección pre-establecida por los artistas, individuos ciegos-videntes que giran en torno al placer de un arte que no se reprime ante nada, ni siquiera ante la historia.

En los años sesenta el arte tenía una connotación moralista, incluso el de vanguardia: la fórmula del arte pobre perseguía, en su propósito crítico, una línea de trabajo represiva y masoquista, contradictoria, afortunadamente, por algunas obras de los artistas de entonces. Posteriormente, la práctica creadora ha hecho saltar la censura formal relativa a la producción artística en favor de una práctica de la opulencia, como reparación a una pérdida inicial; vía ascensional que no significa ascetismo o renuncia, sino crecimiento y desarrollo de la capacidad de convertirse en poseedores, en último extremo, de una posesión permanentemente discutida por el movimiento natural de la obra y del artista, que entraña desposesión y superación.

La opulencia consiste en la capacidad de invertir en la pérdida inicial, en la condición nocturna de lo cotidiano, el riesgo de la práctica solar del arte. Finalmente, la práctica pictórica se asume como un movimiento afirmativo, como un gesto ya no de defensa sino de penetración activa, diurna y fluidificante.

El compromiso inicial es el de un arte como producción de catástrofe, de una discontinuidad que rompe los equilibrios tectónicos del lenguaje en favor de una precipitación de la materia de lo imaginario, no como un retorno nostálgico, como reflujo, sino como flujo que arrastra dentro de sí la sedimentación de muchas cosas, que rebasan el simple retorno a lo privado y a lo simbólico.

La vanguardia, por definición, ha actuado siempre dentro de los esquemas culturales de una tradición idealista tendente a configurar el desarrollo del arte como una línea continua, progresiva y rectilínea. La ideología subyacente a tal mentalidad es el *darwinismo lingüístico*, una idea evolucionista del arte, que afirma una tradición del desarrollo lingüístico de los antepasados de la vanguardia histórica hasta los últimos éxitos de la investigación artística. El idealismo de semejante posición reside en la consideración del arte y de su desarrollo al margen de los golpes y contragolpes de la historia; como si la producción artística viviese separada de la producción más general de la historia.

Hasta los años setenta, el arte de vanguardia ha conservado esa mentalidad, actuando siempre dentro del marco filosófico del *darwinismo lingüístico*, en un evolucionismo cultural respetuoso de cualquier genealogía con una puntilliosidad purista y puritana. Esto ha supuesto una producción artística y crítica pronta a situarse en el surco geométrico y cerrado de la continuidad. En definitiva, la neovanguardia ha creído salvar la *conciencia feliz* del artista, basada en la coherencia interna del trabajo y realizada en

el ámbito experimental del lenguaje, frente a la incoherencia negativa del mundo.

Tal actitud implica una coacción a lo nuevo que ha marcado negativamente la producción artística de los años sesenta, concebida como una actividad circunscrita al lenguaje que promueve la necesidad de experimentar nuevas técnicas y nuevas metodologías en el marco de una realidad dinámica y de suyo experimental en relación con la capacidad productiva, y al desarrollo de tendencias de pensamiento.

Los artistas de los años setenta empiezan a actuar en el momento en que cesa la coacción a lo nuevo, en el momento de la relajación productiva de los sistemas económicos, cuando el mundo se va atenuando por una serie de crisis que dejan al desnudo el vértigo productivista de todos los sistemas ideológicos. Por último, se ha hablado y se habla de crisis del arte. Mas, si por crisis entendemos, según el étimo, «punto de ruptura» y «verificación», en ese caso podemos utilizar dicha palabra como base permanente para verificar el auténtico tejido del arte. La definición de la crisis del arte nos remite a dos niveles: la muerte del arte y la crisis de la evolución del arte.

Desde una perspectiva hegeliana, entendemos por muerte del arte la superación de las categorías del hacer artístico por parte de la filosofía, en cuanto ciencia del pensamiento que comprende y absorbe la intuición artística. Más modernamente, la muerte del arte remite a la comprobación de que esa experiencia no logra ya alcanzar los niveles de la realidad. Y, si por una parte se subraya la impo-

tencia de la superestructura (el arte) respecto de la estructura (la economía, la política, etc.), por la otra se afirma la caída de la producción artística en cuanto a la *cualidad* (valor) y la *cantidad* (mercancía).

Hoy, por crisis del arte en sentido estricto se entiende, en cambio, la crisis en la evolución de los lenguajes artísticos. Es decir, la crisis de la mentalidad darwinista y evolucionista de la vanguardia. Dicho momento crítico es demolido por la generación artística de los años setenta merced a su nueva operatividad, que ha desenmascarado el valor progresista del arte, demostrando que respecto de la inmodificabilidad del mundo del arte no es progresista sino *progresivo*, con relación a la conciencia de la propia y estricta evolución interna.

Ahora, el escándalo consiste, paradójicamente, en la falta de novedad, en la capacidad del arte de asumir un respiro biológico, compuesto de aceleraciones y desaceleraciones. La *novedad* nace siempre de una investigación del mercado que tienen necesidad de la misma mercancía, pero transformada en su apariencia externa. En este sentido, en los años sesenta se han quemado muchas poéticas y los reagrupamientos subyacentes. Ya que los agrupamientos, por la vía de las poéticas, ofrecen la posibilidad de constituir la noción de *gusto* que, precisamente por la cantidad de artistas que actúan en la misma dirección, permite el consumo social y económico del arte.

Finalmente, las poéticas se han aclarado; cada artista actúa desde una indagación individual que rompe el gusto social y persigue la finalidad del trabajo propio. El valor

de la individualidad, de la actuación singular, se contraponen a un sistema social y cultural atravesado por amenazadores sistemas totalitarios: la ideología política, el psicoanálisis y las ciencias, que resuelven dentro de su propia óptica, de su propio proyecto, las antinomias y los desechos producidos por la realidad en su proceso de realización. Una cultura de la previsión aprisiona la vida en un campo de concentración que merma la capacidad de expansión y tiende a reducir el deseo y la producción material fuera de los caminos tortuosos e imprevisibles dentro de los cuales se forma. El sistema religioso de las ideologías, de la hipótesis psicoanalítica y científica, tiende a hacer funcional al sistema todo aquello que es distinto, reciclando y convirtiendo en valores de funcionalidad y de producción todo lo que nace de la realidad práctica.

Lo que no es reductible a dichos términos es precisamente el arte, que no puede confundirse con la vida; es más, el arte sirve para proyectar la existencia hacia condiciones de imposibilidad. La imposibilidad, en este caso, es la posibilidad de mantener la creatividad artística anclada al proyecto de la propia producción. El artista de los años setenta opera en el umbral de un lenguaje irreductible con respecto a la realidad, impulsado por un deseo que no cambia jamás, en el sentido de que no se transmuta nunca salvo en su apariencia. En ese sentido, el arte es producción biológica, actividad aplicada de un deseo que sólo es homologable con la imagen propia pero no con el propio móvil. El arte no acepta transacciones; es una conjugación de la necesidad que siente el artista de elevar a categoría absoluta

el dato relativo de la producción corriente con el imperativo de crear discontinuidad de movimiento, allí donde existe la austera inmovilidad del concepto productivo.

Ahora el arte no es un comentario introducido por el artista en sustitución del lenguaje, que nunca es falso ni especulativo en relación con la realidad. En este sentido, la producción artística de la generación de los años setenta se mueve por senderos que exigen otra disciplina y otra concentración. En este caso, la concentración se transforma en *desconcentración*, necesidad de catástrofe, ruptura de la necesidad social. La experiencia artística es una experiencia laicamente necesaria que reafirma la imposibilidad de eliminación de la ruptura, la imposibilidad de saneamiento de cualquier conflicto y de cualquier conciliación con las cosas. Este tipo de arte nace del conocimiento de la irreductibilidad del fragmento, de la imposibilidad de alcanzar unidad y equilibrio. La obra se hace indispensable en cuanto restablece concretamente fisuras y desequilibrios en el sistema religioso de las ideologías políticas, psicoanalíticas y científicas que, con excesivo optimismo, tienden en cambio a reconvertir el fragmento en totalidad metafísica.

Sólo el arte puede ser metafísico, en la medida en que logra desplazar su propio objetivo de fuera adentro, a través de la posibilidad de fundamentar el fragmento de la obra como una totalidad que no remita a otro valor exterior al de la mera aparición.

Sustancialmente, el arte encuentra dentro de sí la fuerza de establecer el depósito del cual extraer la energía necesaria

ria para construir las imágenes, y las imágenes mismas, entendidas como extensión de lo imaginario individual que se eleva a valor objetivo y verificable por medio de la *intensidad* de la obra. Porque sin intensidad no hay arte. La intensidad es la cualidad de la obra de darse, en la acepción lacaniana, como capacidad de fascinación y cautivación del espectador en el campo intenso de la obra, en el espacio circular y autosuficiente del arte, que funciona de acuerdo con leyes internas reguladas por la gracia demiúrgica del artista, por una metafísica interior que excluye toda remisión y cualquier motivación exterior.

Norma y motivación del arte; la obra misma impone la sustancia de la emergencia propia, compuesta de materia y de forma, de pensamiento directamente incardinado en lugar de la pintura y del signo; sólo pronunciable a través de las gramáticas de la visión.

El arte de los años setenta se presenta de tal manera positivamente roto, diseminado en muchas obras, conteniendo cada una dentro de sí la intensa presencia de la propia existencia regida por un impulso circunscrito a la singularidad de la obra creada. Se delimita así el concepto de catástrofe, concebida como producción de discontinuidad en un tejido cultural regido en los años sesenta por el principio de homologación lingüística. La utopía internacional del arte ha destacado la búsqueda del arte pobre, encaminado todo él ha derribar los confines nacionales, perdiendo y alineando de ese modo las raíces culturales y antropológicas más profundas.

Al aparente nomadismo del arte pobre y de las experien-

cias de los años sesenta, basado en el reconocimiento de afinidades metodológicas y técnicas, los artistas de los años setenta oponen un nomadismo diverso y diversificador, basado en el desplazamiento progresivo de la sensibilidad y al margen entre una y otra obra.

El derrumbamiento repentino del elemento imaginario individual ha presidido la creatividad artística, que se había visto mortificada anteriormente por el carácter de la impersonalidad sincrónica, así como por el clima político de los años sesenta, que predicaban la despersonalización en nombre del primado de lo político. Ahora, por el contrario, el arte tiende a posesionarse de nuevo de la subjetividad del artista y a expresarla a través de las modalidades internas del lenguaje. Lo personal adquiere un valor antropológico en la medida en que contribuye a llevar al individuo, en este caso al artista, al estado de recuperación de un sentimiento, el sentimiento del yo.

La obra se convierte en el microcosmos que acoge y cimenta la capacidad opulenta del arte de permitir volver a posesionarse, volver a ser poseedores de una subjetividad fluída hasta el punto de penetrar incluso en los pliegues de lo privado, que, en cualquier caso, fundamenta en su propio latido, y no sobre otro, el valor y la motivación del propio obrar.

El ideologismo del pobrismo y la tautología del arte conceptual hallan su superación en una nueva actitud que no predica ya otro primado que el del arte y el de la evidencia de la obra, que reencontra el placer de la propia exhibición, de la propia con-

sistencia, de la materia de la pintura que no se ve ya mortificada por injerencias ideológicas ni por arrebatos puramente intelectuales. El arte redescubre la sorpresa de una actividad creadora sin limitaciones, abierta al placer de sus propios latidos; de una existencia caracterizada por miles de posibilidades: de la figura a la imagen abstracta, del fulgor de la idea al mórbido espesor de la materia, que se atraviesan y se derraman simultáneamente en la instantaneidad de la obra, absorta y suspendida en su darse generosamente como visión.

El arte de los años setenta encuentra en la creatividad nómada su propio *movimiento excelente*, la posibilidad de transitar libremente por todos los territorios sin la menor traba, con el sentido abierto a todas las direcciones. Artistas como Chia, Clemente, Cucchi, De María, Paladino, etc., actúan en el campo móvil de la *trans-vanguardia*, entendida como travesía de la noción experimental de la vanguardia, de acuerdo con la idea de que cada obra presupone una *manualidad* experimental; la sorpresa de un artista ante una obra que ya no se construye desde la certeza anticipada de un proyecto y de una ideología, sino que se forma bajo sus ojos y bajo el latido y el pulso de una mano que ahonda en la materia del arte, en una imaginaria encarnación entre idea y sensibilidad.

La noción del arte como catástrofe, como accidentalidad no planificada que hace a cada obra diferente de la otra, permite a los jóvenes artistas una tranquilidad, incluso en el ámbito de la vanguardia y en su tradición, que ya no es lineal sino hecha de hundimientos y caídas, de retrocesos y de saltos hacia adelante,

según un movimiento y una peripecia que nunca son repetitivas, en la medida en que siguen la geometría sinuosa de la elipse y la espiral.

La *trans-vanguardia* significa la asunción de una posición nómada que no respeta ningún compromiso definitivo, que no tiene ninguna ética privilegiada salvo la de seguir los dictados de una temperatura mental y material sincrónica de la instantaneidad de la obra.

Trans-vanguardia significa apertura hacia el intencional jaque del logocentrismo de la cultura occidental, en pro de un pragmatismo que restituye su espacio al instinto de la obra, lo que no significa actitud precientífica, sino acaso maduración de una posición post-científica que supera la fetichista adecuación del arte contemporáneo a la ciencia moderna: la obra se convierte en el momento de un funcionamiento energético que encuentra dentro de sí la fuerza de aceleración y la inercia.

De este modo, pregunta y respuesta se equilibran en la lucha de la imaginación y el arte supera la connotación típica de la producción de vanguardia, es decir, el constituirse como interrogación que desarticula la expectativa del espectador para remitirse a las causas sociológicas que lo han provocado. El arte de vanguardia presupone siempre una incomodidad y nunca la felicidad del público, constreñido a desplazarse fuera del campo de la obra para comprender su pleno valor.

Los artistas de los años setenta, los que yo llamo de la *trans-vanguardia*, redescubren la posibilidad de hacer inteligible la obra mediante la presentación de una imagen

que es, al mismo tiempo, enigma y solución. Así, el arte pierde su lado nocturno y problemático, del puro interrogar, en favor de una solaridad visiva que significa posibilidad de realizar obras hechas *al arte*, en el cual la obra funciona verdaderamente como *hipnotizador*, en el sentido de que domina la mirada inquieta del espectador, acostumbrado de la vanguardia a la obra abierta, al intencional inacabamiento de un arte que exige la intervención perfeccionadora del espectador.

El arte de los años setenta tiende a remitir la obra al lugar de una contemplación satisfactoria, donde la lontananza mítica, la distancia de la contemplación, se carga de erotismo y de energía que proviene de la intensidad de la obra y de su metafísica interna.

La *trans-vanguardia* se mueve en abanico con una torsión de la sensibilidad que permite al arte un movimiento en todas las direcciones, incluso las del pasado. «Zaratustra no quiere perder nada del pasado de la humanidad; quiere arrojar todas las cosas al crisol» (Nietzsche). Esto significa no tener nostalgia de nada, en cuanto todo es continuamente alcanzable, sin más categorías temporales ni jerarquías de presente y de pasado, típicas de la vanguardia, que siempre ha vivido con el tiempo en las espaldas como arqueología y, sin embargo, como cuerpo que hay que reanimar.

Ahora hacer arte significa tener todo sobre la mesa en una contemporaneidad voluble y sincrónica que consigue fundir en el crisol de la obra imágenes privadas e imágenes míticas, señas personales, ligadas a la historia individual,

y señas públicas ligadas a la historia del arte y de la cultura. Semejante travesía significa también no mitificar el propio yo, sino, por el contrario, insertarlo en un *sendero de colisión* con otras posibilidades expresivas, aceptando de este modo la posibilidad de situar la subjetividad en el cruce de infinidad de coordenadas. «El ser es el delirio de muchos» (Musil).

La fragmentación de la obra significa la fragmentación del mito de la unidad del yo; significa asumir el nomadismo de lo imaginario sin pausas ni puntos de arribada o de referencia. Todo esto fortalece la noción de *transvanguardia*, en cuanto que desmorona la actitud de la vanguardia de tener el privilegio de los puntos de referencia.

Toda obra acaba siendo una peripecia que va y vuelve al lugar de la obra; que atraviesa los campos de referencia múltiples; que se sirve de todos los utensilios, de una manualidad orientada por la gracia del color y de muchas materias; un pensamiento que piensa directamente mediante las imágenes y se esconde en el fondo de la visión, como una temperatura que sirve de aglutinante y permite a los fragmentos de la obra mantenerse en una relación móvil que no se cierra nunca ni nunca busca cobijo en la idea de unidad.

No existe ninguna regla demiúrgica, sino solamente la práctica creadora del arte que hace estable cualquier precariedad sin convertirla en estabilización y simbólica fijeza. La obra conserva el flujo de su proceso, de su ser operativa en los contornos de una subjetividad que jamás propende a hacerse ejemplar, sino como mucho a conservar

el carácter de la accidentalidad, de una apertura de campo que no implica la embriaguez romántica del infinito de la vanguardia, sino que supone moverse sin centro a lo largo de derivas marcadas por una única perspectiva, la del placer mental y sensorial.

La nueva mentalidad del arte consiste en la conciencia de su centralidad, de su autosuficiencia en un mundo que ya no busca y que no encuentra puntos de arribada fijos y protectores. El arte viene a ser la última frontera, el límite territorial en el cual es posible moverse. Al igual que el funambulista de Nietzsche, el de Zarathustra, que anda en equilibrio sobre un hilo delgado, el artista de la última generación anda envuelto en su propia ligereza, sin miedo a la caída, sin sentir horror a la tierra contra la que puede estrellarse. Porque ahora ya no existen jerarquías entre el cielo y la tierra; ya no existe diferencia entre alto y bajo: ha caído el bastión perverso y limítrofe con la ideología de cualquier otro dogma.

El artista prefiere la deriva al arribo seguro; el errar a lo largo de las fronteras oscilantes de la pintura, que no es simple manualidad, sino gracioso trabajo en torno al fantasma de la imaginación. La mano incluye la memoria cultural del propio obrar, la inteligencia de un gesto que pasa a través de un sentido global del hacer. Hacer arte significa a partir de ahora tener la mano en contacto con los niveles de la materia cortical del arte. Después de la autoflagelación de los últimos años, el artista ha redescubierto su propio papel específico y además el placer de ejercitar la creatividad fuera del proyecto obligado de lo nuevo.

Tal actitud presupone también la exaltación del recinto del arte, entendido como depósito y reserva de energías que únicamente el artista puede revelar. La borrachera del 68 había creado el mito de lo ilimitado, de la pérdida de lo específico como conquista de nuevos espacios materiales y mentales. El arte parecía haber conquistado territorios sin perímetros, practicaba voluntariamente una pérdida de la propia identidad, con la esperanza de una expansión ilimitada. Esto ha supuesto el paso de lo artístico a lo estético y, en último término, un esteticismo de la política.

Redefinir el papel del arte ha significado para el artista recuperar su propio territorio, lograr la propia práctica dentro de los confines específicos de una operación que no se mensura a escala del mundo, sino, sobre todo, con la historia propia y con la historia del propio lenguaje. El artista de la última generación redescubre el privilegio del recinto entendido, precisamente, como reserva, como concentración y lugar de concentración de una biología del arte.

Detrás de esta experiencia se encierra una gran humildad, consistente en reanudar el camino desde el territorio angosto y laborioso de una producción manual que no se limita a pensar o a indicar, sino a unir factuales visibles, que se manifiestan en el extremo final de la obra, e indicios mentales. La mentalidad que privilegiaba técnicas y materiales se ve sustituida por una mentalidad que privilegia la tangibilidad de un producto. Y la humildad de un trabajo creador claro y real reemplaza a la soberbia de la obra ausente del artista conceptual, al comportamiento elitista del artista que juga-

ba con el estupor del público y con la sorpresa.

El arte vuelve a ser expresión directa, dejando atrás la cólera y el sentimiento de culpa de ser, de manera permanente, síntoma indirecto de un contacto con el mundo. El artista vuelve a ser temático y, al propio tiempo, manierista del propio tema. Actúa al abrigo de una sensibilidad que ha conquistado la ironía de la grandiosa invisibilidad personal. Para que ésta pueda pasar a través de la estrecha urdimbre del lenguaje, el artista se ve en la necesidad de miniaturizarla, lo que no significa cultivar la elegía o el intimismo.

La miniaturización de la sensibilidad es el síntoma ulterior operativo de la efectiva pérdida de una dimensión dramáticamente romántica, típica de muchas experiencias del arte precedente. El romanticismo y el iluminismo han atravesado siempre el arte de vanguardia, como movimiento de desmonte dialéctico en nombre de un juicio negativo del mundo. Tal movimiento nacía de la conciencia feliz de participar en el progreso de la historia, en las *magníficas oportunidades y progresividades*.

La oposición se movía en la perspectiva de una posible conciliación con el mundo. La dialéctica era el síntoma de una ideología que todavía pensaba utilizar la propia astucia ante una realidad ya imprevisible. Los jóvenes artistas han dejado de practicar semejantes astucias, porque ya no existe ninguna dirección hacia la cual pilotar la experiencia creadora.

El arte abandona, de este modo, el sentimiento de la declaración absoluta y categóri-

ca. El romanticismo de la perenne conflictividad, del duelo con el mundo, viene sustituido por un romanticismo más doméstico, aunque no casero, sino interior al territorio del arte. La *pequeña emoción* nace de la reencontrada medida del obrar, de dejar de sentirse preceptores de una realidad a la que es preciso acudir y reconducir al alvéolo de los buenos sentimientos civiles. Las virtudes civiles de la coherencia y del rigor ético se pierden ante una práctica artística que exige, por el contrario, saltos, derivas, continuas correcciones lingüísticas.

Si no existe coherencia, tampoco existe contradicción. la nueva mentalidad del arte se mueve en la libertad expresiva de todo lenguaje; en el libertinaje de acciones que no se detienen y que no se dejan someter por ningún interdicto, que ha acompañado con frecuencia a la actuación de la vanguardia. El lenguaje no es ni moral ni inmoral; no existen prohibiciones capaces de impedir que el artista reactive lenguajes hasta ahora vedados por el moralismo de aquellos artistas que creen todavía en la espectacularidad entre arte y vida.

El arte es un continuo derrumbamiento de lenguajes que caen sobre el artista, no por azar sino porque él mora permanentemente al lado de su propio reserva, donde se han acumulado estratos físicos y mentales de experiencias que nunca han llegado a decaer. Por esto, ahora nos encontramos ante artistas que eligen el practicar y el aventurarse por muchos caminos, siguiendo no tanto el imperativo de la experimentación como el de la exigencia; realizable vez por vez de acuerdo con la obra, fuera de la geo-

metría de la motivación y de la coherencia poética.

El arte no puede ser práctica de la conciliación, en la medida en que siempre es producción de diferencias. La diferencia significa afirmación del fragmento, negación de toda homologación, intento de evidenciar un funcionamiento distinto del pensamiento que no se deja frenar por el juego de las dicotomías: social e individual, subjetivo y objetivo, revolucionario y reaccionario. Ahora, los artistas tienen una mentalidad diversa; se muestran prontos a acoger los impulsos de un pensamiento que no pasa a través del simple *logos*, sino que se pierde en los senderos de una antigua sabiduría.

«Debemos, de cuando en cuando, descansar del peso de nosotros mismos, volviendo la mirada allá abajo, sobre nosotros mismos, riendo y llorando sobre nosotros mismos a una distancia de artistas: debemos descubrir al héroe y también al juglar que encubre nuestra pasión por el conocimiento; debemos, a veces, alegrarnos de nuestra locura para poder sentirnos contentos de nuestra sabiduría» (Nietzsche).

La distancia del artista no significa ciertamente desinterés, sino posición móvil que no permite una observación frontal sino que obliga, más bien, a la volubilidad de un sentimiento, el de la transición. La *trans-vanguardia* nace, precisamente, de esta condición, en abanico, abierta no sólo a la línea de un mítico futuro, sino también a la recuperación de un pasado menor, sustraído a la retórica de la gran tradición. La *minoridad* constituye otro valor recuperado por la nueva mentalidad del arte, que se mueve además



LA CRITICA TEATRAL EN ESPAÑA

Alberto Fernández Torres

Dice el *Diccionario Ideológico de la Lengua Española* que crítica es «cualquier juicio que se emite sobre una obra artística». De hacer caso a la definición, habrá que admitir que, en efecto, la actual crítica de teatro en España cumple sobradamente su cometido: es, por encima de todo, la emisión de un juicio de valor. Bueno o malo, bien o mal: la crítica teatral se mueve entre ambos extremos. Su función es ubicar de manera más o menos clara al espectáculo en una imaginaria regla milimetrada en cuyos bordes se sitúan el bien y el mal absolutos, la posesión o carencia de calidad.

*De la crítica
a la contraportada.*

Hay que reconocer, en honor a la verdad, que hoy

—tanto o más que nunca— la crítica teatral es una prolongación del consumo de espectáculos dramáticos. Más aún. Si se tiene en cuenta que el estreno de las obras teatrales está reservado a un público atípico (autoridades ministeriales, prensa, gente del «medio»...) y que, por un curioso y —en el fondo— absurdo criterio de actualidad, la crítica se hace sobre lo visto en el estreno¹, bien podemos afirmar que la función de las críticas que aparecen en diarios y semanarios tienen como misión primordial *incidir sobre la «forma de consumo» del espectáculo*. Mediante ellas, el espectador decide si consumir o no un espectáculo concreto (en función de la calificación que reciba, en función de la credibilidad que le ofrezca el crítico que rubrica el comentario, en función de cuáles son los actores y como és-

tos «estén»...), recaba la información básica que le permite no acudir *virgen* al espectáculo (quién es/era el autor, en qué contexto se inscribe la obra...), y graba en su memoria dos o tres juicios de valor que la visión de la obra confirmará o rechazará. En realidad, la función de esta crítica se aproxima peligrosamente a la de las contraportadas de los libros de ensayo: *contextualizar*, con dos o tres brochazos, a un lector apresurado.

Esta función implícita (cuando no explícita) determina de arriba a abajo el discurso que puede emitir el crítico. Puesto que su papel es estrictamente el de hacer inteligible (léase, consumible) el producto, su discurso debe ser necesariamente eso, inteligible. La demanda es doble: por un lado, la del encargado de la sección cultural, portavoz privi-

legiado de la línea editorial de la publicación y exégeta de la misma; por otro, la del consumidor apresurado, que, si no tiene tiempo de informarse a fondo del sentido de la obra, menos tiempo tiene aún de descifrar una crítica ininteligible. Esta petición de inteligibilidad le obliga al crítico a renunciar a todo esfuerzo conceptualizador (a veces, renuncia a él gustosa y voluntariamente). El lector tiene que reconocerle una autoridad, qué duda cabe. Pero esta autoridad no puede concretarse en la puesta en marcha de instrumentos teóricos y conceptuales, ya que éstos (por ininteligibles) provocan el rechazo espontáneo del lector. Apoyándose en este rechazo, el exégeta de turno eleva a categoría general el asunto y proscribire toda terminología que no suene a cotidiano.

El poder del crítico.

Si no viene de la teoría, ¿de dónde puede venir ese poder del crítico? Lisa y llanamente de la *información*. La crítica teatral adopta cada vez más la forma de *una información narrada en primera persona*. Lo ideal es que este discurso —huérfano de apreciaciones teóricas— pueda confundirse al máximo con el propio discurso informativo del discurso o semanario. La única distorsión es la aparición del Sujeto (ya que no cabe concebir una crítica anónima). Un Sujeto cuyo poder se basa en la mayor información (sobre el autor, obra, actores, avatares del montaje). Un poder que, a su vez, legitima la emisión de un juicio que no puede ir demasiado a contrapelo. Un juicio, en suma, que debe ser, ante todo, *verosímil*.

¿Por qué? Porque si la función de la crítica diaria o semanal es la emisión de un juicio, eso es tanto como decir que su función principal es contribuir a la «*formación*» del gusto. Una crítica que se adapta y se inscribe en los (en realidad) amplios márgenes del Gusto dominante, resulta verosímil y actúa de corrector. Propone al espectador (cuando la opinión de éste no coincide con la del crítico) *una corrección de la mirada*. Pero dentro del propio campo visual del espectador. Una crítica que rompe con los criterios del Gusto dominante no corrige la mirada del espectador, sino que cambia por completo el campo visual de lo que éste considera verosímil. Para que la crítica teatral cumpla su función (preparar el consumo, emitir juicio, formar gusto...) el lector tiene que reconocerse en ella, en su discurso (por eso tiene que ser cotidiano, informativo) y en la problemática que pone ante su mirada. Una crítica semejante obliga (todo lo más) a repensar una obra. Por el contrario, una crítica que rompe la verosimilitud obliga al espectador a repensar en su propia relación con el teatro.

Y eso, en realidad, no le importa a nadie.

Contenido, forma, calidad.

¿Cuáles son los instrumentos que hacen de cimientos de todo este entramado? No pueden ser —ya lo hemos dicho— conceptos teóricos, sino pseudoconceptos. Uno de ellos es, desde luego, el *contenido*. Concebido en sentido muy amplio. El contenido de una obra (que se suele confundir de inmediato con la temática o con el argumento) puede ser actual, profundo, superficial, fuerte, blando, in-

terésante... Mide, muy remotamente, la seriedad del «mensaje» que emite aparentemente el espectáculo. Su-
brayemos lo de aparentemente: el contenido no es ya algo oculto; ahora, el contenido se concibe siempre como algo evidente.

La presencia del contenido, como no, remite a la presencia de la *forma*. Desde luego, casi ningún crítico utiliza ya ambas palabras. Pero sí el tipo de lógica que tradicionalmente las ha unido. Puede que no se nombre la *forma*, pero sí se emite un juicio sobre la calidad, la interpretación, la escenografía, la puesta en escena..., todos ellos entendidos como meros cobertores del «mensaje» del Autor. *La lógica contenido/forma permite la disociación de cada uno de los elementos constituyentes de un mensaje teatral y su examen por separado*. El espectáculo no es percibido, pues, como un todo articulado, sino como una mera yuxtaposición de elementos cuya lógica interna, coherencia e interrelación se da por supuesta.

Un aspecto importante que pertenece más a la «forma» que al «contenido» es la *calidad*. La calidad designa muy remotamente en estas críticas a la ilusión/placer teatral. Pero generalmente la confunden con algo tan banal como la credibilidad. Uno admite que un espectáculo tiene calidad cuando le resulta creíble, cuando le emociona, cuando le posibilita una identificación. Así, la ilusión y el placer teatral quedan reducidos a una sola y obligatoria vía: la *verosimilitud*.

Y es que los tres cimientos (contenido, forma, calidad) remiten a un mismo criterio: lo verosímil teatral. Y, más

allá, a una sola corriente estética dentro del teatro: el realismo. En efecto, en ningún lugar se puede meter aparentemente la tijera con tanta facilidad para separar los contenidos de formas y calidades como en determinado teatro realista. Aparentemente (subrayemos lo de aparentemente) su contenido es fácilmente discernible, sus formas son claramente identificables y su calidad (creerse o no un personaje) se mide por sí sola. De ahí que sea *esta concepción chata y deformadora del realismo* la que presida los criterios no ya de la crítica dominante, sino de la propia selección, distribución y demanda de espectáculos teatrales.

Si hoy el ejercicio de la crítica se ejerce en estas condiciones no es necesariamente por una particular perversidad del crítico, del redactor jefe del diario o del empresario teatral. Es simplemente el producto de una necesidad objetiva. Una necesidad que no surge —como a primera vista pudiera pensarse— de la relación entre el espectador y el espectáculo. *Sino de la relación entre la información periodística y la comercialización teatral.* En efecto, resulta pueril intentar reflexionar sobre la crítica haciendo abstracción de las condiciones materiales en las que se realiza. La crítica es hoy, antes que nada, un subgénero periodístico, un hueco de la información que debe ser llenado. Su lógica tiene menos que ver con las necesidades del teatro que con las necesidades de la información (y de la propaganda del mercado teatral). Es esta última (la información) quien impone, de manera dominante, su lógica, ya que determina los aspectos materiales de la crítica. A saber: en qué espacio se hace (uno, dos, dos folios y

medio), en qué momento se hace (cuanto antes, en cuanto se produce el *estreno-noticia*), con qué orientación se hace.

Tres opciones.

Reducida a subgénero periodístico, la crítica no tiene más que tres opciones para evitar plegarse a la información o a las necesidades de propaganda. Una de ellas, la más arriesgada, es concebir la crítica de diarios y revistas como la puesta en práctica de un discurso teórico previo. En otras palabras: *ser la exposición de la Teoría en estado práctico.* Renuncia, así, a elaborar un discurso mínimamente teórico que se enfrenta a la especificidad del lenguaje teatral y a las condiciones de existencia de tal o cual espectáculo. Pero elabora implícitamente ese discurso previo y lo coloca en estado práctico. Emite, por así decirlo, sus conclusiones, sus criterios. Y renuncia a entrar en la emisión del juicio de valor. En una palabra, se limita a exponer los instrumentos que permiten hacer inteligible un espectáculo.

La segunda, pronunciarse por la *lectura*. Es decir, si lo anterior consiste en contar al espectador cuáles son los instrumentos teatrales que hay puestos en marcha en un espectáculo concreto, y qué tipo de relaciones internas hacen posible que tal espectáculo tenga un *sentido dramático* determinado, esta segunda opción elige volcarse sobre el siguiente paso: exponer cuál es el sentido de la obra. «La crítica no es la ciencia. Esta trata de los sentidos; aquella los produce. Ocupa, como se ha dicho, un lugar intermedio entre la ciencia y la lectura; da una lengua a la pura habla

que lee y da un habla (entre otras) a la lengua mítica de que está hecha la obra y de la cual trata la ciencia. La relación de la crítica con la obra es la de un sentido con una forma. Imposible para la crítica el pretender *traducir* la obra, principalmente con mayor claridad, porque nada hay más claro que la obra. Lo que puede es *engendrar* cierto sentido derivándolo de una forma que es la obra»². La segunda opción, pues, es convertir al crítico en un lector privilegiado que renuncia a toda pretensión científica para limitarse a extraer del espectáculo (forma) un sentido.

Y la tercera, la *retórica*. Si no hay posibilidad de ciencia más que en estado práctico, o incluso si —como señala Barthes— hay que partir del principio de que la crítica no es jamás ciencia, lo que sí es posible es que el crítico se convierta a su vez en el emisor de un nuevo discurso. De tal forma, la crítica pasa a ser una especie de *prolongación del discurso de la propia obra*. Esta es tomada por el crítico como *pretexto* para hacer una intervención de tipo retórico. Esto implica dos cosas: tener capacidad para emitir un discurso semejante y que éste sea aceptado, es decir, que el crítico tenga un auténtico reconocimiento como pseudo-autor por parte del lector, y la posibilidad de provocar un debate. De alguna forma, este tipo de crítica consiste en llevar al absurdo el propio objetivo de la crítica dominante, que es la emisión de un juicio de valor. En ella, el juicio se expone ya de forma descarnada, agresiva, irrespetuosa, sin disfrazarse con coartadas informativas o cultas. Es una crítica irónica. Lo dice así Barthes: «La ironía es lo que es dado inmediatamente al crítico: no el ver la verdad (de la obra), sino el

serlo, de modo que tengamos derecho a pedirle no "háganos creer en lo que usted dice", sino "háganos creer en su decisión de decirlo"»³.

Crítica no. Criterios.

Hemos hablado, muy en general, de la crítica en revistas semanales y diarios. Pero, ¿y la crítica especializada? Pues lo primero que cabe decir es que es escasa, reducida en la actualidad en nuestro país a dos revistas teatrales (*Primer Acto* y *Pipirijaina*) y a las secciones teatrales de las muy exiguas revistas culturales. Y ocurre que este tipo de crítica se enfrenta al mismo problema que conoce la primera de las opciones anteriormente expuesta: la elaboración de un auténtico discurso teórico sobre la práctica teatral.

Y es que no resulta fácil. «El signo teatral posee una movilidad tan grande que, en algunos casos, podría llegar a resultar inaprehensible. Además, aparte de estas características, el signo teatral nunca es igual a sí mismo, nunca es fijo, nunca se repite exactamente»⁴. Parece vedada a la crítica teatral la posibilidad de beneficiarse de una aproximación semiótica (que tan productiva, pese a los excesos, se ha revelado en el caso del cine o la literatura) o, en general, de una aproximación científica que parta de la especificidad del discurso teatral. Lo cierto es que si una «ciencia» (como diría Barthes) es posible, mal que bien, en el cine y en la literatura, resulta más difícil construirla en la práctica teatral.

En tales condiciones, difícilmente puede convertirse la crítica en ese «estado prácti-

co» de la teoría de la que hablábamos líneas atrás.

¿Cómo se maneja, pues, la crítica especializada? En general, parece incapaz de elaborar un cuerpo teórico suficiente. Y hay una razón fundamental que lo explica, en primera instancia: en España, el propio discurso teatral no está consolidado. No podemos hablar de la existencia de una producción teatral asentada y desarrollada. Menos aún de discursos teatrales coherentes, sino de balbuceos (con excepciones honrosas). Y mal se puede hacer una aproximación científica a un objeto que tan mal se formula.

Lo cierto es que la crítica teatral especializada en nuestro país, no tiene un discurso teórico (científico, si se prefiere) de referencia al cual recurrir. Por ello, en muchas ocasiones no puede pasar de ser un pastiche en el que se entremezclan una serie de criterios, sin llegar a constituir una aproximación coherente al espectáculo que se critica. Carente de una teoría suficiente sobre la producción teatral como tal, e incapaz de enfrentarse con garantías a la especificidad del lenguaje dramático, la crítica especializada no tiene otra opción que situarse en un medio camino entre lo general y lo particular. Se caracteriza, casi siempre, por mezclar argumentos que hablan de la práctica teatral en general, con apreciaciones más ajustadas (pero no por ello más acertadas desde el punto de vista metodológico que las de la crítica convencional) sobre los aspectos parciales de un montaje. Digamos, un poco a la tremenda, que tiene mejor gusto que la crítica convencional. Pero que no por ello deja de ser una forma (más elaborada y sensata, eso sí) de crítica del Gusto.

Y a este problema se añade otro. Una crítica especializada puede carecer de un discurso teórico de referencia. Pero puede sustituirlo con cierta validez por la defensa de un determinado tipo de práctica teatral. Puesto que la crítica es debate y, sobre todo, «algo en estado práctico», puede —antes lo era— situarse en el campo de la oferta teatral y trazar una línea de demarcación entre los trabajos que suponen un avance y los que suponen un retroceso. El problema trágico es que la crítica especializada ya no defiende a nadie. *Primer Acto*, en el pasado, apostó por un teatro de renovación, por un teatro moderno y nacional. *Pipirijaina*, por el teatro independiente. Ambos —en etapas diferentes— por los «nuevos autores» (en el pasado y con dudas *Primer Acto*; declaradamente, y en tiempos más recientes, *Pipirijaina*). Hoy esas alternativas no parecen ya contar con viabilidad alguna ni con partidarios definidos. Ambas revistas siguen emitiendo un juicio crítico sobre la producción teatral nacional. Pero es un juicio que carece de referentes teóricos y prácticos. Es, en suma, un discurso huérfano.

¹ En la medida en que, como se expone más adelante, la crítica está sujeta al dictado de la información, tiene que hacer suyos criterios de actualidad que, en el fondo, le son ajenos. Todo el mundo lee con avidez el diario al día siguiente de la invasión de Praga, pero a casi nadie le entra una pasión semejante por leer la crítica de algo que se estrenó ayer (sí puede que interese recoger la noticia del estreno; pero eso es algo diferente a la crítica). El resultado es que los medios de información imponen al crítico que efectúe su labor con el sólo material de una visión que no puede considerarse representativa: la función

del estreno. Es, lo sabemos bien, una función atípica por la falta de rodaje, el estado anímico de los actores, la *extrañeza* de éstos ante una escenografía y un vestuario aún poco familiares, el público que asiste... Examinense las críticas de los estrenos. ¿Cuántas ha-

blan de que tal obra tiene «falta de ritmo»? ¿Cómo va a tener ritmo un espectáculo que apenas cuenta con un mes de ensayos y un par de representaciones de rodaje! En resumen: la crítica se suele hacer sobre una representación atípica del espectáculo.

² Roland Barthes: *Crítica y Verdad*. Siglo XXI. México, 1972.

³ *Ibid.*

⁴ Ricard Salvat. Prólogo a *Semiología de la representación*. Ed. Gustavo Gili. Barcelona, 1978.

Leviatán

REVISTA MENSUAL DE HECHOS E IDEAS

Director: Luis Araquistáin

NUMERO 9

MADRID

ENERO 1938

JOSE ORTEGA Y GASSET: PROFETA DEL FRACASO DE LAS MASAS (Y 2)

Luis Araquistáin

La crítica y el santonismo.

Siento que algunos lectores de la primera parte de este trabajo (publicada en el número de diciembre) hayan visto en ella lo que vulgarmente se llama un ataque personal. Pero no me sorprende. En España toda crítica que no sea turiferia pasa por agresión personal, hija de la envidia o secreción hepática; en el mejor de los casos, pasión desenfrenada de energúmeno o embestida irrespetuosa de bárbaro. Esto explica la decadencia de la crítica en nuestro país, revelada en la escasísima bibliografía de los últimos treinta años. En otras lenguas son legión los escritores que viven exclusivamente del oficio de

críticos. En España no conozco a nadie. La crítica es aquí señal de mal carácter, de alma atravesada; concepción natural en un pueblo que tiene como la norma más útil a la convivencia y más segura para el éxito la de ser simpático. ¿Y a quién le agrada ganar fama de ogro o de mala persona?

Esta inhibición de las mejores inteligencias en las funciones de la crítica explica, a su vez, el desarrollo teratológico del santonismo entre nosotros, probable herencia de un tipo social frecuente en la raza musulmana. Nuestra vida oficial —Academias, Universidades, etc.— está llena de santones, a quienes es

tabú discutir. El ideal del santón es cruzar la vida entre un orfeón de loas, por irreflexivas y estúpidas que sean, a imagen y semejanza de las que la divinidad, según la doctrina católica, recibe de los coros angélicos; el santón se considera como un dioscecillo, como un dios en miniatura. La menor crítica consterna hasta el anonadamiento al santón y sus sectarios, que se mesan los cabellos y se rasgan las vestiduras ante tal evidencia de la maldad humana. Porque la mayor de las maldades es querer dialogar con los diosesantones, que a eso equivale la crítica. El santón, como todo dios auténtico, sólo monologa; el resto de la humanidad, la humanidad-masa, tie-

ne el deber de escuchar y callarse.

Por lo demás, es cierto que en toda crítica a fondo de una doctrina hay y debe haber una crítica de su autor, del hombre. En este sentido, toda crítica es personal. No voy solo en esta opinión; me acompaña el propio Ortega y Gasset, quien, refiriéndose a unas páginas suyas dedicadas al segundo centenario del natalicio de Kant, escribe lo siguiente: «No se habla en ellas propiamente de la filosofía de Kant, sino de la relación entre Kant y su filosofía. Esta manera de tratar una filosofía no hablando de ella misma, sino de su articulación con el hombre que la produjo, no es un capricho ni una curiosidad complementaria. Yo creo que en ello consiste la verdadera sustancia de una historia de la filosofía» (877) ¹. Esto mismo había dicho ya Dilthey, como recordaba yo en el trabajo precedente. Vamos, pues, en buena compañía.

La crítica personal está justificada, incluso en sus formas más violentas, cuando se inspira en móviles objetivos, cuando sirve a valores impersonales. Y a veces se combate, no por menosprecio al combatido, sino, al contrario, por haberle tenido en alto aprecio, por un sentimiento o resentimiento de defraudación o desengaño, por la amargura de verle arrojar por la borda la gran misión a que le creíamos destinado. Cuando hacemos un balance de la obra de Ortega y Gasset, su voluminoso déficit nos duele como un negocio propio malogrado, como una viva esperanza frustrada.

Durante no pocos años nos forjamos la ilusión de que, gracias a él, la filosofía alemana se aclimataría al fin en España en sus manifestaciones más hondas y fecundas para los dos objetivos a que esen-

cialmente ha de servir toda filosofía: como ciencia previa del conocimiento y como norma de la vida. El desencanto ha sido grande y doloroso. Como «filosofía pura», Ortega nos ha dado una serie de ensayos de gran rutilación retórica, pero de pensamiento inconcluso y contradictorio, como de obra casi siempre improvisada, por lo general desprovista de una información completa o bastante amplia, cuyas fuentes, por otra parte, rara vez aparecen en sus escritos, con un afán de ocultación que se compadece mal con la vocación del verdadero pedagogo; quien pretenda conocer a través de su obra la bibliografía que le ha inspirado o simplemente orientado en la manigua de la cultura contemporánea, para compulsar lo que es suyo y lo que es ajeno, y en este caso para comprobar si sus interpretaciones son o no exactas, perderá el tiempo. En sus estudios apenas se citan otras obras que las que todo el mundo conoce; pero sobre esto volveremos más adelante.

Y como filosofía práctica, interpretación de la historia y regla de la vida, ya hemos visto en el trabajo anterior cuál es la enseñanza de Ortega: la de un comité antiguo que pide el látigo, es decir, el dolor y la miseria, para que las masas de forzados, que en la galera tienen la insolencia de sublevarse contra su destino, escarmenten y vuelvan a su «misión biológica; esto es, a seguir a los mejores» ². Ya vimos también que en él estas «ideas» son de siempre; pero esperábamos que la madurez, el otoño de la inteligencia las «humanizase», no en el sentido compasivo o misericordioso de la palabra, sino en el de tomar la vida en serio, no como juego o deporte, según aconseja que se tome el arte, «deshumanizándolo». Su

prólogo de 1934 a *España invertebrada* nos ha arrancado, asimismo, esta ilusión. Hay que deshumanizar también la «filosofía de la vida». El comité se ratifica. Pues tratémosle como cómitre.

El filósofo distraído.

Si esta filosofía fuera sólo política descarnada, sin trampa ni cartón, nada habría que decir, más que oponerle otra política. Pero pretende nada menos que ser doctrina de alto coturno, original filosofía de la Historia, nueva concepción de la sociedad y el Estado, y esto es lo que no podemos admitir. ¿Qué es, pues, la filosofía de Ortega? No es fácil averiguarlo, si en ella se busca un sistema de ideas o simplemente una continuidad de pensamiento. Durante unos años se adhiere a una escuela filosófica y luego la abandona, no sabemos si para adscribirse a otra determinada —por lo menos nunca lo confiesa inequívocamente— o para mariposarse de flor en flor.

Hace unos meses, en un fragmento de un libro sobre Wilhelm Dilthey declaraba con plausible sinceridad, que de haber conocido a tiempo la obra de este filósofo e historiador, probablemente no hubiera escrito nada de cuanto lleva publicado. La confesión, plausible y todo, no deja de ser grave. Es grave que un filósofo, después de los cincuenta años, descubra de pronto que otro filósofo invalida toda su obra anterior, o bien porque le convence de su error o bien porque, pareciéndose ambos pensamientos, ha formulado mucho antes el suyo de modo insuperable. Lo primero revelaría una inconsistencia mental inconcebible en un pensador original. Lo segundo, y en general todo el

asunto, pone en evidencia una falta de información incomprendible en un filósofo profesional, Dilthey murió en Berlín en 1911. Ortega estaba en esa fecha en Berlín o debió llegar muy poco tiempo después. ¿Cómo no se enteró de la poderosa existencia filosófica que se extinguía?

Es verdad que Dilthey fue reacio a escribir, y más aún a compilar lo escrito; el último volumen, el octavo, de sus obras completas se publicó en 1931. Pero ya en vida había formado una escuela extensa y muy influyente en la actual filosofía vitalista alemana y en sus relaciones con la pedagogía (Eduard Spranger y Hermann Nohl) y con la sociología (Theodor Litt). Dilthey influyó también en la filosofía fenomenológica de Husserl y sus discípulos, sobre todo en Martín Heidegger, cuya obra capital hasta ahora, *Sein und Zeit (Ser y Tiempo)*, se considera como el fruto más sazonado de la escuela y, a su vez, la fenomenología influyó en Dilthey. Uno de los mejores discípulos de éste, Georg Misch, cuenta la historia de esta interacción mental en su libro *Lebensphilosophie und Phaeanomenologie* (1931). De Dilthey se ha dicho que es «el más grande historiador de la historia del espíritu, después de Hegel» ¿Cómo pudo ignorar esto hasta hace un par de años un filósofo de oficio, cuya atención y curiosidad apenas se ha interesado más que por la filosofía alemana, y precisamente por un sector de esa filosofía que se enlaza muy estrechamente con la de Dilthey? Ante tan despistado guía, ¿qué fe pueden tener sus secuaces?

El filósofo y la jirafa.

Pero el desconcierto de sus prosélitos debe datar de más

larga fecha; por lo menos de 1924. En ese año publicó Ortega unas *Reflexiones de centenario*, con motivo del de Kant, antes aludido. «Durante diez años —comienza— he vivido dentro del pensamiento kantiano: lo he respirado como una atmósfera y ha sido a la vez mi casa y mi prisión» (855). Y en seguida agrega: «Después de haber vivido largo tiempo la filosofía de Kant, es decir, después de haber morado dentro de ella, es grato, en esta sazón de centenario, ir a visitarla para verla desde fuera, como se va en día de fiesta al jardín zoológico para ver la jirafa». Se comprende la incómoda que debe ser la postura de quien vive dentro de una jirafa durante diez años y el esfuerzo que se necesita para salir al exterior por alguna de sus estrechas vías; si era necesaria una metáfora zoológica, nosotros hubiéramos preferido la del canguro, que por lo menos transporta a sus criaturas en una bolsa abdominal externa y donde el alojamiento es más fácil; pero no se comprenden tan bien las razones que aduce para abandonar una morada donde se ha residido tanto tiempo.

La tesis de que Kant es el pensador alemán típico y que **un meridional, tipo del** extravertido, no se siente a gusto dentro de esa «problemática, esquiva, evanescente realidad del Yo-Conciencia, del Interior por antonomasia», no convencerá a nadie. Entre otros motivos, porque Kant es el menos alemán de los filósofos alemanes. Se decía él mismo de origen escocés, y fue un filósofo de Escocia, David Hume, quien le sacó de las ensañaciones del absoluto racionalista, despertándole al criticismo, a los límites de la razón. Lo típico de la filosofía alemana no ha sido nunca el criticismo, es decir, el relati-

vismo, sino lo absoluto, como *ideofanía*, como revelación de la idea en el mundo y en la historia.

Tampoco parece claro que la filosofía de Kant represente una «gigantesca proyección de alma burguesa» (861), sino todo lo contrario, como enseña veremos. En todo caso, eso no sería un motivo para que Ortega la desertara, porque todo su pensamiento no es más que una estilización aristocrática de esa alma burguesa. Sencillamente, Ortega se aleja de la jirafa kantiana por dos impulsos: uno circunstancial, otro profundo.

El circunstancial es que el kantismo o neokantismo empezaba a dejar de ser filosofía de moda allá por el año de 1912, cuando Ortega lo estudiaba en Marburgo, bajo el magisterio de Cohen. Le disputaba el cetro la fenomenología de Husserl, cuya novedad —por lo menos aparente— había de seducir a un espíritu que, como el de Ortega, prefiere a lo permanente y conocido lo nuevo y tornadizo. En 1924 creía ya superado el kantismo. Pero más tarde, en un apéndice a su «jaculatoria de centenario», titulado *Filosofía pura*, descubre que aun queda algo de «ultravivo en el kantismo, lo que no vieron nuestros maestros neokantianos, ni sé si los pensadores actuales» (884); el propio Kant no se daba «tal vez cuenta perfecta de ello».

¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo ha descubierto Ortega punto menos que súbitamente lo que no pudo descubrir en diez años de honda meditación en la entraña de la propia jirafa? Hay una nota delatora (884), donde se alude a la anunciada aparición de un libro de Heidegger, *Kant y el problema de la metafísica*, es decir, un libro probablemente donde Kant, lejos de estar superado, sigue estando en el centro del

problema metafísico. Heidegger no es un cualquiera, y basta el anuncio de un libro suyo sobre Kant para que Ortega rectifique el saldo o liquidación que había hecho del kantismo. «En esta dirección fuera, en mi entender, fecundo estudiar las entrañas del kantismo» (885). Es decir, hay que volver al interior de la jirafa.

Heidegger publica, en efecto, su *Kant und das Problem der Metaphysik* en 1929; desarrollando una conferencia que había dado en 1925-26 y que es, sin duda, de lo que Ortega tuvo noticia; esa obra hace de *La crítica de la razón pura* kantiana la base de la metafísica, o sea de una antología fundamental. El gran fenomenólogo no va al zoológico en día de fiesta; simplemente se apodera de la bestia de cuello estrambótico, la instala en su propio jardín filosófico y dice que hay que cabalgar sobre ella para penetrar en el mundo abstruso y difícil de su *Seind und Zeit*. Renunciemos por ahora a tan arriesgada y laboriosa equitación; nuestro objeto, de momento, es mostrar cómo el pensamiento de Ortega carece, no ya de fijeza, sino de unidad orgánica. No es extraño que muchos que han querido seguirle se sientan desorientados y perdidos, como niños en la noche de la selva.

Con la ética kantiana ocurre otro tanto. Ortega la califica de utópica y mágica en 1922: «Se pretende que la sociedad sea según a nosotros se nos antoja que *debe ser* (subraya él). ¡Como si ella no tuviese su *inmutable estructura* (subrayo yo) o esperase a recibirla de nuestro deseo! Todo el utopismo moderno es magia. No pasará mucho tiempo sin que el gesto de Kant, decretando cómo *debe ser* la sociedad, parezca a todos un torpe además mágico» (*Espa-*

ña invertebrada, 107. Edición de 1934). En 1924, en el ensayo sobre Kant, dice lo mismo, pero con tono burlón: «Desde la *Crítica de la razón práctica*, hablar de moral es ya prejuzgar la cuestión, tomándola en un temple trágico y terrible. Cuando hoy decimos «inmoral», sentimos algo violento y capaz de poner espanto en el ánimo, como si viéramos ya a toda la sociedad aniquilando al así calificado y, sobre todo, al firmamento derrumbándose sobre él para aplastarlo» (873-4).

En el apéndice a ese ensayo ya no se habla de tan grave materia con ironía ni zumba, sino con sorpresa de quien ve de pronto, como en el caso anterior, lo que en diez años de kantismo no había visto. He aquí las textuales palabras: «¿Qué es, hablando con precisión y lealtad, la “razón práctica”? esa razón que, a diferencia de la teórica, es “incondicionada”, absoluta, bien que válida sólo para el sujeto como tal y no para las cosas de la ciencia física ni de la metafísica? La razón práctica consiste en que el sujeto (moral) se determina a sí mismo absolutamente. Pero... ¿no es esto “nuestra vida” como tal? Mi vivir consiste en actitudes últimas —no parciales, espectrales, más o menos ficticias, como las actitudes *sensu stricto* teóricas—. *Toda vida es incondicionada*. ¿Resultará ahora que bajo la especie de “razón práctica” Kant descubre la razón vital?» (886).

La contradicción evidente entre estos dos textos patentiza dos cosas: un pensamiento desordenado y discontinuo y que el autor no ha entendido en ninguno de ellos la ética kantiana. Que una máxima moral sea incondicionada no es igual a que toda vida sea incondicional e incondicionada, sino precisamente todo lo

contrario. La moral kantiana no es para la vida individual sólo para *mi* vida, sino para *nuestra* vida, para la vida de *todos*; como toda ética es una ética de relación humana. A no querer aceptarla así atribuía yo el otro impulso, el profundo, que apartó a Ortega de Kant. Ortega es un individualista vitalista a ultranza, para quien la sociedad, ahora como siempre, tiene una «inmutable estructura». Es decir, porque el hombre se ha servido siempre del hombre como de un instrumento o de una bestia de carga —como esclavo, como siervo, como asalariado—, la estructura social continuará así hasta la consumación de los siglos. Otra cosa es utopismo, magia. Si esa es la razón vital de Ortega, la razón práctica de Kant es su antípoda. Vamos a verlo.

Metafísica y política.

Con esto entramos ya en la entraña del tema. Ya habrá comprendido el lector que este tema no es una mera divagación filosófica, para pasar el tiempo; la filosofía por la filosofía me interesa muy poco. Además, tal filosofía no existe. Detrás de la más arcaica metafísica hay siempre una actitud ante la vida, una política más o menos programática. Esto es lo que estamos buscando. El tema es, pues, candentemente actual y político, y está planteado en el mundo entero. Los ensayos de Ortega son un pretexto para llegar a conclusiones más hondas. Pero reanudemos el tema. Veamos lo que dice Kant contra Ortega.

Kant no creía que debiera ser inmutable una sociedad donde el hombre es instrumento del hombre; por eso su filosofía, y sobre todo su ética, contra lo que pensaba Ortega, trasciende del capitalis-

mo. Lo declara inequívocamente en su famosa máxima: «Obra de manera que siempre uses como fin, y nunca como mero medio, la humanidad que hay en tu persona, así como en la persona de otro cualquiera». ¿Cómo interpretaban esta ética los maestros de Ortega en Marburgo? «En estas palabras —dice el que fue jefe de aquella escuela, Hermann Cohen— está expresado el sentido más profundo y poderoso del imperativo categórico; contienen el programa moral de la nueva era y de todo el futuro de la historia universal». Y luego agrega: «El concepto de persona se funda en la finalidad o fin propio (Selbstzweck). El medio absoluto produce la cosa. La cosa tiene valor, que es el precio del mercado, pues el valor es el valor en el comercio. La persona no tiene valor, tiene dignidad. ¿Se concilia con la dignidad de la persona el precio comercial del valor del trabajo?». La conclusión para Cohen no puede ser más que ésta: «La idea de fin de la Humanidad se convierte en la idea del socialismo: que todo hombre se define como fin en sí, como fin propio»³.

La jirafa ética conducía al socialismo, más allá del alma burguesa; y eso, nada más que eso, fue lo que ahuyentó de ella a un antisocialista como Ortega. Eso y esto otro que también dice Cohen en el mencionado libro y que debió sonar a escandalosa herejía en el alma antirrevolucionaria de Ortega: «Las reformas y las revoluciones son los períodos de la ética experimental (página 328).

El vitalismo contrarrevolucionario.

Ortega no quiere experimentos éticos, y huyendo del

idealismo de Marburgo, tropieza con una dama que va mejor a su carácter y a su temperamento. Pronto será la dama de sus pensamientos y su corazón. Se llama «filosofía de la vida». En rigor, ha habido y hay varias filosofías de este nombre. Alguna muy respetable, como la de Dilthey: «La última raíz de la concepción del mundo es la vida». Es decir, toda filosofía arranca de una posición vital, de lo que somos o queremos ser en la vida. Pero Ortega no conoce esta dama de Dilthey, como hemos visto, hasta mucho más tarde. La que a él le encandila es una dama ligera y un tanto procaz, que había hecho las delicias de Nietzsche —al mismo tiempo que le infectionaba de sífilis— y que seguía pidiendo a sus amantes que fueran hombres de pro, hombres fuertes y jerárquicos; superhombres y minorías selectas, no esclavos ni hombres-masa.

Es curioso que los aristócratas literarios y vitalistas, moradores de la montaña o de la lejanía olímpica, sean casi siempre seres enfermizos, incapaces para la acción y para la vida tumultuosa, como el pobre paranoico y paralítico progresivo, inventor del superhombre, en contraposición con los hombres verdaderamente aristocráticos del pensamiento, de la moral o de la política; como Sócrates, como Cristo y como César, amigos de la plaza pública y de la muchedumbre. Los aristócratas auténticos no lo son por su literatura, sino por su vida y por su obra.

No dispongo de espacio para historiar ahora y aquí el copioso florecimiento de la filosofía de la vida en Europa⁴. Esta filosofía nace a caballo de los siglos XVIII y XIX, y es una reacción contra el racionalismo y el intelectualismo, es decir, contra el Dere-

cho natural y lo que fue su consecuencia lógica: la Revolución francesa. El vitalismo —irracionalismo, historicismo, amoralismo, aristocratismo— es esencialmente contrarrevolucionario. Primero es romántico, en él domina el «sentimiento». Luego se hace voluntarista, con Schopenhauer y con Nietzsche; en el primero es voluntad o querencia a la vida (*Wille zum Leben*), y en el segundo querencia al poder (*Wille zur Macht o Machtwillw*). Estos dos hombres, y sobre todo Nietzsche, junto con Bergson, que recibe la filosofía de la vida de Schelling, influyen poderosamente en las corrientes vitalistas de fin de siglo en Alemania, en las cuales se va a zambullir alegremente Ortega. Georg Simmel le enseñará una «metafísica de la vida» y Max Scheler una metafísica del Estado.

La fenomenología que estos pensadores profesan no es estrictamente una filosofía de la vida; pero se le parece mucho en su desconfianza de la razón. Su concepto central es la *Wesensschau*, que vale tanto como mirar a la naturaleza esencial del objeto, conocer por visión directa, por intuición, la estructura inmanente del ser. Se trata de unos nuevos universales, de una nueva ontología. Su fundador, Husserl, procede de las cátedras de varios filósofos católicos que hubo en Alemania en la segunda mitad del siglo XIX y se apoya en la Escolástica y en Platón. Algunos de sus discípulos más destacados, como Scheler, fueron católicos. La fenomenología parece inaugurar una nueva Edad Media filosófica.

El gran profeta del vitalismo aristocrático en Nietzsche. Su desprecio de la masa no tiene límite. Como Schopen-

hauer, piensa también que «la masa es un producto industrial de la naturaleza». Los fuertes deben dominar a los débiles, como lo quiere nuestra maestra la naturaleza. No hay más que dos morales: la moral de los esclavos y la moral de los señores. La primera impone la obediencia; la segunda, el mando. Toda otra cosa significa corrupción y decadencia. Las masas no merecen consideración más que «como instrumentos de los grandes». «¡Hace falta —exclama con cólera en su *Wille zur Macht*— una declaración de guerra de los hombres superiores contra la masa! ¡Por todas partes se reúne lo mediocre para enseñorearse!» Compárese con esto de Ortega en *La rebeldía de las masas*: «El presente ensayo no es más que primer ensayo de ataque a ese hombre triunfante (el hombre-masa), y el anuncio de que unos cuantos europeos van a resolverse enérgicamente contra su pretensión de tiranía» (1.1188).

Pero Nietzsche es más valeroso en llevar sus opiniones a las últimas consecuencias. Para él —lo afirma en uno de sus primeros ensayos, *El Estado griego*— «la esclavitud pertenece a la esencia de una cultura». Y en el mismo trabajo añade: «Habría de ser cierto que los griegos se hundieron por su esclavitud, y sería más cierto esto otro: que por falta de esclavitud nos hundiéramos nosotros». Las minorías selectas quieren lo mismo, pero con otro lenguaje menos brutal que el del genial bárbaro germánico, de cuya crudeza se hubiera avergonzado hasta el más sutil de los apolo-gistas de la esclavitud antigua, Aristóteles; las minorías selectas quieren masas dóciles, obedientes, fieles a «su misión biológica de seguir a los mejores».

El origen del Estado.

¿Y cuáles son los mejores? ¿Cómo se les reconoce? He ahí todo el problema. En realidad, las masas han seguido y siguen siempre a los que tienen por mejores; pero no siempre son los mejores los que pretenden que les sigan o los que les obligan a seguirles. Sobre la distinción de que la obediencia sea espontánea o sea forzada ha construido Ferdinand Toennies una de las más finas teorías sobre las formas de agrupación social. Cuando ocurre lo primero, la agrupación se llama *comunidad (Gemeinschaft)* y las jerarquías son naturales y libremente aceptadas; la comunidad es anterior al Estado, está al principio de la Historia y estará también —como piensan los anarquistas y una escuela socialista— al final de la Historia. Pero de pronto, sobre una comunidad primitiva cae otra comunidad agresora, la conquista y la sojuzga: ha nacido la *sociedad (Gesellschaft)* y con ella el Estado; se impone la obediencia a los vencidos, se les esclaviza, se les hace trabajar para los vencedores. El Estado nace de la guerra y la conquista, y es desde sus orígenes hasta hoy el Estado de clases creado y sostenido por la violencia. Esto no lo piensan sólo ya los socialistas y anarquistas, sino también muchos economistas y sociólogos simplemente liberales, como Franz Oppenheimer⁵.

¿Qué ha sido España?

La división, tan primaria e insuficiente —¡y con todo lo que se ha escrito ya en la sociología moderna!—, de la sociedad en masa y minorías selectas, no lleva a ninguna parte ni como herramienta de conocimiento histórico ni como iustificación de una política.

Hoy se hila mucho más delgado, aunque los filósofos vitalistas se distraigan o retrasen. Veamos, por ejemplo, cómo Ortega interpreta la historia de España a la luz de esa clasificación rudimentaria. Al tema le ha dedicado un librito, *España invertebrada*. Un tercio de él está consagrado a demostrar que todo lo malo que acontece en España es obra de la insubordinación de las masas. «Así, cuando en una nación la masa se niega a ser masa —esto es, a seguir a la minoría directora— la nación se deshace, la sociedad se desmembra y sobreviene el caos social, la invertebración histórica. Un caso extremo de esta invertebración histórica estamos viviendo ahora en España» (pág. 94 de la edición de 1934). «Pues bien —continúa en la pág. 98—: es España vivimos hoy entregados al imperio de las masas».

Otro tercio de ese opúsculo trata de probar todo lo contrario de lo anterior, o sea, que gracias a la masa, en España ha habido nación, sociedad e historia. «Aquí lo ha hecho todo el “pueblo”, y lo que el “pueblo” no ha podido hacer se ha quedado sin hacer» (pág. 129). «Mientras la historia de Francia o Inglaterra es una historia hecha principalmente por minorías» (la aventurada tesis no se fundamenta), «todo lo ha hecho aquí la masa, directamente o por medio de su condensación virtual en el Poder público, político o eclesiástico» (página 130). «Basta acercarse un poco al gigantesco suceso, aun renunciando a perescru-tar su fondo secreto, para advertir que *la colonización española de América fue una obra popular*» (subraya el autor) (pág. 155). «En la (colonización) española, es el “pueblo” quien directamente, sin propósitos conscientes, sin directores, sin táctica deli-

berada, engendra otros pueblos» (pág. 156). Entonces, ¿en qué quedamos?

Quedamos en que en España no ha habido más que pueblo, masa. Nunca hubo minorías selectas. A sostener esto se dirige el otro tercio del contradictorio ensayo. «Un soplo de aire africano los barre (a los visigodos) de la Península, y cuando la marea musulmana cede, se forman, desde luego, reinos con monarca y plebe, pero sin suficiente minoría de nobles» (pág. 148). «En el índice de pensamientos que es este ensayo, yo me propondría tan sólo subrayar uno de los defectos más graves y permanentes de nuestra raza: la ausencia de una minoría selecta, suficiente en número y en calidad» (pág. 152).

Luego, si no hubo minoría selecta, ¿cómo y contra quién pudo rebelarse la masa? Y si ella no hubiera asumido el papel de la ausente minoría, ¿qué hubiera sido de la historia de España? ¿Cómo puede afirmarse que de todos «los diagnósticos que suelen hacerse de la mortal enfermedad padecida por nuestro pueblo, me parece hallar el más cercano a la verdad en la *aristofobia* u odio a los mejores», si esos mejores no han existido? Aunque también es posible que no existan las masas. «Cuando oigáis decir: “Hoy no hay hombres”, entendad: “Hoy no hay masas”» (página 92). En suma: que nos hemos hecho un pequeño galimatías y que aquí no hubo nada hasta que se constituyeron las minorías selectas de la «Liga de educación política», primero, y de la flamante «Agrupación al Servicio de la República» después.

El Estado guerrero y deportivo.

Este librito de la *España invertebrada* es típico de la

mentalidad dispersa, inconexa y disgregada de Ortega y Gasset. En parte se debe, sin duda, a la forma de producción periodista en que han solido salir casi todos sus libros. Al ponerse a dar hoy un artículo al periódico, se olvida de lo que escribió ayer. Carece de memoria orgánica o lógica. Toda su obra es una lamentable contradicción. La más terrible refutación sería publicar a dos columnas sus trabajos: unas partes, a veces del mismo, destruyen a las otras. Pero incoherente y todo, este librito de que ahora trato es útil para conocer la idea de Ortega sobre el Estado. Tampoco es, huelga decirlo, una idea firme, que no necesita ser, precisamente, una idea fija de loco o de inteligencia limitada; pero lo menos que se puede pedir a una idea que cambia es que el proceso de la mutación sea íntimo, biológico. En Ortega los cambios son puramente caprichosos.

Cuando se siente antiestatista, cuando un tipo del Estado le molesta —por ejemplo, el fascista o el soviético—, le llama «utensilio», «mero artefacto y máquina» (1.135). Pero cuando el Estado le agrada, como el Estado romano y, sobre todo, el Estado cesáreo, el de César, lo califica de organismo. Roma es un «organismo nacional» en la *España invertebrada* (pág. 5). «España es un organismo social» (pág. 132). Roma es «una gran empresa vital, donde todos podían colaborar» (17). «Inventa Castilla grandes empresas incitantes» (45). El Estado es «incorporación». Es la teoría vitalista y fenomenológica del Estado, una «integración» de «círculos cerrados», según la sociología de Theodor Litt (*Individuum und Gemeinschaft*) y la filosofía del Estado de Smend

(*Verfassung und Verfassungsrecht*).

El Estado-organismo necesita crecer, incorporar, integrar, incluso empleando la fuerza contra las «rémoras» que se oponen a ese proceso vital. «Contra ellas —dice Ortega en *España invertebrada*— sólo es eficaz el poder de la fuerza, la gran cirugía histórica» (pág. 19). «La fuerza de las armas no es fuerza bruta, sino fuerza espiritual» (página 21). ¡Pero cuidado! La fuerza es espiritual sólo cuando la usa el Estado en el exterior, contra otro Estado. En el interior, contra el propio Estado, la guerra civil es ilegítima y estéril. Veladamente Ortega hace la apología de la guerra; pero con más timidez que su maestro Scheler en *El genio de la guerra y la guerra alemana* (1915). Para Scheler, la esencia del Estado es aumentar constantemente de poder; a esto le llama Ortega, más delicadamente, «tener un programa para el mañana», producir «fuertes empresas incitadoras». Estado que no crece —prosigue Scheler— es Estado muerto, petrificado. Estado que renuncia a su ser, que se hunde. Pero la guerra es el Estado mismo en su crecer y devenir actuales y no puede desaparecer nunca. ¿Y no serán las revoluciones un crecimiento hacia arriba, en sentido vertical? Esto no lo preguntan Scheler ni Ortega; se lo preguntamos nosotros.

Pero no se vaya a suponer que Ortega se limita a repetir, con ligeras variantes, conceptos nietzscheanos, vitalistas y fenomenológicos, y que él sólo pone las metáforas, quebrando y amenizando con ellas la aridez del discurso filosófico, como cuando intercala esa reverberante, en que alude a un posible destino del árbol: «No podemos prever si el rayo vendrá o no a segarle con su alfanje de fuego colga-

do al flanco de la nube...». Alguna vez es original, aunque no tantas como él pretende. Por ejemplo, la tesis que desarrolla en su ensayo sobre *El origen deportivo del Estado*: que en la sociedad primitiva los hombres se reúnen en asociaciones secretas y en lugares apartados, que son algo así como los casinos o los clubs atléticos de la época, para divertirse entre sí y para robar mujeres a las hordas vecinas, lo que engendra la guerra y, con ésta, la autoridad, la ley y el Estado; esta teoría del origen deportivo y festival del Estado no la hemos visto en ningún otro autor.

¿Qué fuentes ha consultado Ortega? En una nota de *España invertebrada* (pág. 8) dice que en ese ensayo expone «la situación de las investigaciones etnográficas sobre el origen de la sociedad civil», pero no cita ningún texto, ningún etnógrafo. «Todo esto que acabo de decir —escribe en el propio ensayo—... ha de entenderse que no es un conjunto de suposiciones mías». Ya se supone; pero, ¿dónde lo ha leído? El trato con las sociedades secretas del hombre primitivo le han contagiado de la ocultación y el misterio, haciéndole olvidarse de los deberes más elementales de la probidad científica.

Revelemos al lector este pequeño secreto bibliográfico. A la vista tengo un libro hace tiempo ya agotado —sólo se encuentra algún que otro ejemplar en las librerías alemanas de viejo—, titulado *Altersklassen und Maennerbuende (Clases de edad y Ligas o Asociaciones de hombres)*, que se publicó en 1902 y cuyo autor se llama Heinrich Schurtz. Es este sociólogo el primero que descubre esa forma de agrupación social, variante de las sociedades secretas primitivas; pero desde entonces acá la bibliografía del

tema en las lenguas principales ha crecido copiosísima. Sin embargo, no sé de nadie que haya atribuído el origen de esas sociedades masculinas —en las que los jóvenes no son, por cierto, la porción dominante— a afanes de juego ni al propósito libidinoso de raptar mozas vecinas. Todo eso es arbitrario e indocumentado romanticismo.

Schurtz, al contrario, explica esas sociedades por una especie de represión del hombre contra la sexualidad absorbente de la mujer. Pero la teoría hasta ahora más aceptada es que las sociedades masculinas nacen como instrumentos de combate contra el matriarcado, es decir, contra el predominio de la mujer en el período en que ella inventa y monopoliza la agricultura, creando una forma de economía superior a la de la caza, la pesca y el pastoreo, a que hasta entonces se ha dedicado el hombre. Los hombres se asocian por una motivación económica, para arrebatarse a la mujer el poder que le otorga la «economía femenina», vinculada a los orígenes de la agricultura. Y las carnavales masculinas del mundo primitivo, en las cuales Ortega sólo ve alegría festival de la gente moza, no son más que procedimientos de terror en la lucha social con las mujeres⁶.

Ortega no observa por todas partes más que ganas de juego, de fiesta, de amor, de deporte. Le gusta «deshumanizar» todo, o sea despojarlo de cualquier dolor y dramatismo. Es la actitud fenomenológica, a quien sólo le interesa el «ser» y la «forma» de las cosas, no los accidentes y contingencias. Esto le lleva también, claro está, a *La deshumanización del arte*. El arte debe ser juego, cosa subalterna; no debe tomarse en serio,

como hace ahora el arte «nuevo». Pero más interesante que explicarnos lo que *debe ser* el arte, sería saber por qué este arte «nuevo», que en realidad es tan viejo como el hombre, se produce así *ahora* y no hace unos cuantos años, y si ello, su elemento cómico, no coincidirá con la descomposición de la sociedad burguesa, del mismo modo que Molière representa la descomposición de la sociedad feudal-aristocrática y la ascensión de la burguesía, con su cómica torpeza de modales. (De este problema he tratado en mi libro *La batalla teatral*, y perdónese me la autocita).

Ello sería estudiar el arte como sociología; pero un «filósofo» no puede descender a eso. Ni a eso ni a decirnos, como de costumbre, en qué autores actuales podemos estudiar el arte como juego. Ortega, ciertamente, alude, nada más, a *L'Art au point de vue sociologique*, de Guyau; pero la obra data de 1887. Además, Guyau no creía en el arte como juego. A la frase de Schiller: «El hombre no es completo más que allí donde juega» (como se ve, esto del arte-juego no es de ahora), oponía esta otra: «El hombre no es completo más que allí donde trabaja». Y también dice que «desagrada a la inteligencia ver lo inútil ser tomado por la voluntad como fin». No se comprende, pues, la alusión de Ortega a Guyau. Más natural hubiera sido que nos hablara de la estética fenomenológica de M. Geiger (*Zugaenge zur Aesthetik y Beitrage Zur Phenomenologie des aetetischen Genusses*) y, sobre todo, de los representantes más calificados de la teoría del arte como juego en la actual estética alemana, K. Gross (*Der aesthetische Genuss*, 1902; es autor, además, de dos libros sobre el juego de los animales y del

hombre) y K. Lange (*Das Wesen der Kunst*, 1907) ⁷.

Rusia: baluarte de Europa.

Tengo que condensar más de lo que lo vengo haciendo, so pena de convertir este artículo en un libro; dejaré, pues, para otra ocasión, el examen de algunas «ideas» de Ortega que había anotado, como eso de que en España no hubo feudalismo y de que los visigodos fueron una raza inferior a los francos, el problema de las generaciones —«el tema de nuestro tiempo»—, etc. Pero creo que la larga excursión no ha sido inútil para comprender por qué Ortega se subleva contra «la rebelión de las masas» y decreta «el ocaso de las revoluciones». El Estado y la sociedad —hemos visto— son para él organismos donde unas minorías selectas desempeñan el papel de centros nerviosos superiores, y las masas son las víceras y los miembros de inferior condición obligados a obedecerlos. ¿Pues no sería antinatural y monstruoso que los brazos, y los pies, y el hígado, y los intestinos se insubordinasen contra los dictados del cerebro, y cada cual pretendiera dirigir al cuerpo, como hoy hacen las masas con la sociedad contemporánea? Y las revoluciones son las «enfermedades» del organismo social y estatal, de las cuales las masas suelen curarse entregándose al opio de la superstición o al látigo de una dictadura.

¿Pero quiénes son la masa? «La masa es el conjunto de personas no especialmente cualificadas». «Masa es el hombre-medio» (1907). Masa no es toda la «masa» obrera, donde hay «almas agregadamente disciplinadas» (1068). Masa es también la clase me-

dia y la aristocracia. Masa son los técnicos, el médico, el ingeniero, el financiero, el profesor. Masa —deducimos— es todo el mudo menos media docena de filósofos y otra media docena de físicos. ¿Y en qué consiste su «rebelión»? Por de pronto, en esto: en llenar hoteles, trenes, cafés, paseos, salas de médicos famosos, espectáculos, playas (1065-6); en «usar de los utensilios y gozar de los placeres antes adscritos a los pocos» (1909); en bañarse: «en 1820 no habría en París diez cuartos de baños» (1072) (pero en la Córdoba de los califas había más de 900 baños públicos, terrible prueba de la rebelión de las masas árabes). Pero todo esto es el capitalismo, que ha abaratado los objetos de uso y puesto al alcance de todas las fortunas lo que antes era el lujo de una minoría. ¿Y qué se quiere? ¿Que las masas renuncien a todo eso? ¡Pues adiós capitalismo! Se retornaría a la economía feudal.

Pero no. Esos reproches son divagación pura y simple. La rebelión de las masas es otra cosa: «durante todo el siglo XIX, la masa, que iba entusiasmándose con la idea de esos derechos (del hombre y del ciudadano) como con un ideal, no los sentía en sí, no los ejercitaba ni hacía valer, sino que, de hecho, bajo las legislaciones democráticas, seguía viviendo, seguía sintiéndose a sí misma como en el antiguo régimen. El «pueblo» sabía ya que era soberano; pero no lo creía. Hoy aquel ideal se ha convertido en una realidad...» (1073). La rebelión de las masas es «la invasión vertical de los bárbaros», según Rathenau. Y podría pasar que la masa se conformase con someterse a las normas de la democracia liberal, que para el aristócrata es el mal menor; pero en los últimos años ha adoptado la vio-

lencia, la acción directa, tal como se manifiesta en el *fascismo* y el *bolchevismo*.

Ahí duele. Duele, sobre todo, el bolchevismo. Para Ortega, los dos sucesos históricos son la misma cosa: «movimientos típicos de hombres-masas, dirigidos, como todos los que lo son, por hombres mediocres, extemporáneos y sin larga memoria, sin conciencia histórica...» (1115). «La cuestión no está en ser o no ser comunista y bolchevique. No discuto el credo. Lo que es inconcebible y anacrónico es que un comunista de 1917 se lance a hacer una revolución que es, en su forma, idéntica a todas las que antes ha habido y en que no se corrigen lo más mínimo los defectos y errores de las antiguas... Por eso *no es interesante históricamente lo acontecido en Rusia*; por eso es estrictamente *lo contrario que un comienzo de vida humana*» (1115).

¿Es esta la última palabra de Ortega sobre el bolchevismo? Sorprendería que lo fuese. La ley de su mente es la contradicción. Busquemos. Hay que recorrer un buen número de páginas de *La rebelión de las masas*; pero aquí está: «Imagínese que el “plan de cinco años” seguido hercúleamente por el Gobierno soviético lograrse sus previsiones y la enorme economía rusa quedase, no sólo restaurada, sino exuberante. Cualquiera que sea el contenido de bolchevismo, representa un *ensayo gigante de empresa humana*. En él los hombres han abrazado resueltamente un destino de reforma y viven tensos *bajo la alta disciplina que fe tal les inyecta*. Si la materia cósmica, indócil a los *entusiasmos del hombre*, no hace fracasar gravemente el intento, tan sólo con que le deje vía un poco franca, su *espléndido carácter de magnífica*

empresa irradiará sobre el horizonte continental como una ardiente y nueva constelación. Si Europa, entre tanto, persiste en el innoble régimen vegetativo de estos años, flojos los nervios por falta de disciplina, sin proyecto de nueva vida, ¿cómo podría evitar el efecto contaminador de aquella empresa tan prócer?» (1175).

Pocas veces se habrá entonado un ditirambo tan entusiasta al esfuerzo de la Rusia soviética. Esta página de Ortega vale por todo el resto de su obra y la redime de sus infinitas inconsciencias y falsedades. ¿Pero qué queda entonces de la teoría de la rebelión de las masas y de sus diatribas anteriores contra la revolución rusa y contra su «anacronismo»? ¿Y no le hace meditar que ese ensayo gigante, y esa alta disciplina, y esos entusiasmos del hombre, y esa empresa tan prócer, y esa fe se den tan sólo en un país que se lanza a la historia con un programa de economía colectivizada?

Si es leal a sí mismo —y yo creo que siempre lo es, aunque se equivoque la mayoría de las veces—, Ortega se convencerá de la inanidad de *El ocaso de las revoluciones* (apéndice a «El tema de nuestro tiempo»). Su teoría de que no ha habido en toda la historia humana más que cinco revoluciones auténticas, la inglesa del siglo XVII y las cuatro francesas de los siglos XVIII y XIX, y que no habrá más, no resiste el más ligero análisis. Como su tesis de que las revoluciones, hijas de la razón, cuando sustituye a la tradición, auguran el fin de las civilizaciones y las cultu-

ras, como ocurrió en el mundo antiguo. Pienso tratar de este vasto y enorme tema en un libro, que se titulará *Los ciclos revolucionarios de la Historia*, al cual me ha incitado —una palabra que tanto le agrada a Ortega— el examen de algunos de sus ensayos. Pero provisionalmente le diré esto: cuando una civilización pierde su capacidad revolucionaria, es signo de que decae y se hunde. Cuando en el mundo antiguo se agotaron las clases dominantes, la aristocracia y la clase media, y cuando el proletariado, esclavizado o libre, no tenía aún conciencia de clase ni, por lo tanto, apetencia ni capacidad de poder, fue posible que los bárbaros, los únicos, los exógenos, lo invadieran y destruyeran.

Ahora mismo estamos viendo que la revolución rusa, aparte su finalidad específica, es el dique mayor a una invasión de Europa por la raza amarilla, sobre todo por el pujante pueblo japonés. La guerra ruso-japonesa de 1905 advirtió seriamente de ese peligro. La débil Rusia feudal era una constante invitación para el Oriente y una amenaza para Europa. Ahora Europa se siente asegurada por la formidable barrera que está levantando la revolución rusa, y eso lo ve, con más claridad que nadie, la nación más europea, Francia. La revolución proletaria de Rusia es, no sólo una empresa magnífica, sino el más firme baluarte de la civilización europea. En el fondo, las revoluciones genuinas son siempre conservadoras.

Yo espero que esto lo vea también algún día Ortega, y

que, arrojando lejos de sí el lastre social y cultural que pesa sobre lo mejor de su espíritu, se encuentre a sí mismo y encuentre a los que, por estimarle en la entraña de las últimas valoraciones, le contemplamos con dolor entretenido en bagatelas seudofilosóficas, que malgastan su talento y su hombría.

¹ El número en paréntesis indica la página de las *Obras* de José Ortega y Gasset de donde se toma la cita. Salvo indicación en contra, se entenderá que todas las citas de este trabajo proceden de dichas *Obras*, y las páginas se señalarán de igual modo.

² *España invertebrada*, 1934, pág. 101.

³ Hermann Cohen: *Ethik des reinen Willens*, 1907, págs. 320, 321 y 322.

⁴ Quien le quiera estudiar puede leer con provecho un libro excelente de Heinrich Rickert: *Die Philosophie des Lebens*, cuyo subtítulo, traducido, dice así: *Expulsión y crítica de las corrientes filosóficas de moda de nuestro tiempo*, 1922.

⁵ Véase su espléndido *Der Staat*, volumen II de su «System der Soziologie», 1926.

⁶ Para más datos y para la bibliografía, véase *Maennerbunde*, de Georg Hoeltker, en el «Handwoerterbuch der Sociologie» (1931), publicado bajo la dirección de Alfred Vierkant, antiguo discípulo de Simmel.

⁷ Quien quiera conocer una buena síntesis de la estética actual puede consultar *A critical history of modern Aesthetics*, por Lord Listowel. Cuando, hace poco, el autor estuvo en España, se creyó que era un Lord extravagante, ansioso de notoriedad demagógica. Pero quien tiene su nombre de estético no necesita de esos recursos. Desde aquí le enviamos nuestras *apologies*.

FONDO DOCUMENTAL

La Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias cuenta con las siguientes secciones:

BIBLIOTECA

Estamos especializados en materiales de tema social y político. Gracias a una labor constante de adquisición y a las donaciones del país y del extranjero, nuestros fondos se ven incrementados constantemente. Contamos con más de 11.000 títulos.

HEMEROTECA

Tenemos importantes fondos de prensa ideológica y de partido o sindical, anterior a 1939, así como la prensa del exilio republicano y clandestina.

Más de 1.500 revistas y periódicos.

ARCHIVO

Hemos reunido la documentación histórica de las organizaciones obreras españolas, procedente de fondos dispersos por todo el mundo, recopilados, sistematizados y conservados.

Más de 50.000 documentos.

- SALA DE LECTURA
- SERVICIO DE FOTOCOPIAS
- PROXIMAMENTE MICROFILM

HORARIO:

Mañanas, de 10 a 2

Tardes, de 4 a 8 Lunes a Viernes

MONTE ESQUINZA, 30, 3.º Dcha.

MADRID-4 - TEL. 410 28 39

Hacemos una invitación a todas las personas que tienen algún tipo de material relacionado con la historia del socialismo y del movimiento obrero, en general, a colaborar con la Fundación Pablo Iglesias, donándolo o dejándolo en depósito, y contribuyendo así a la recuperación más completa de nuestra historia. Gracias.

Fundación Pablo Iglesias

FONDO DOCUMENTAL
 La biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias cuenta con las siguientes secciones:

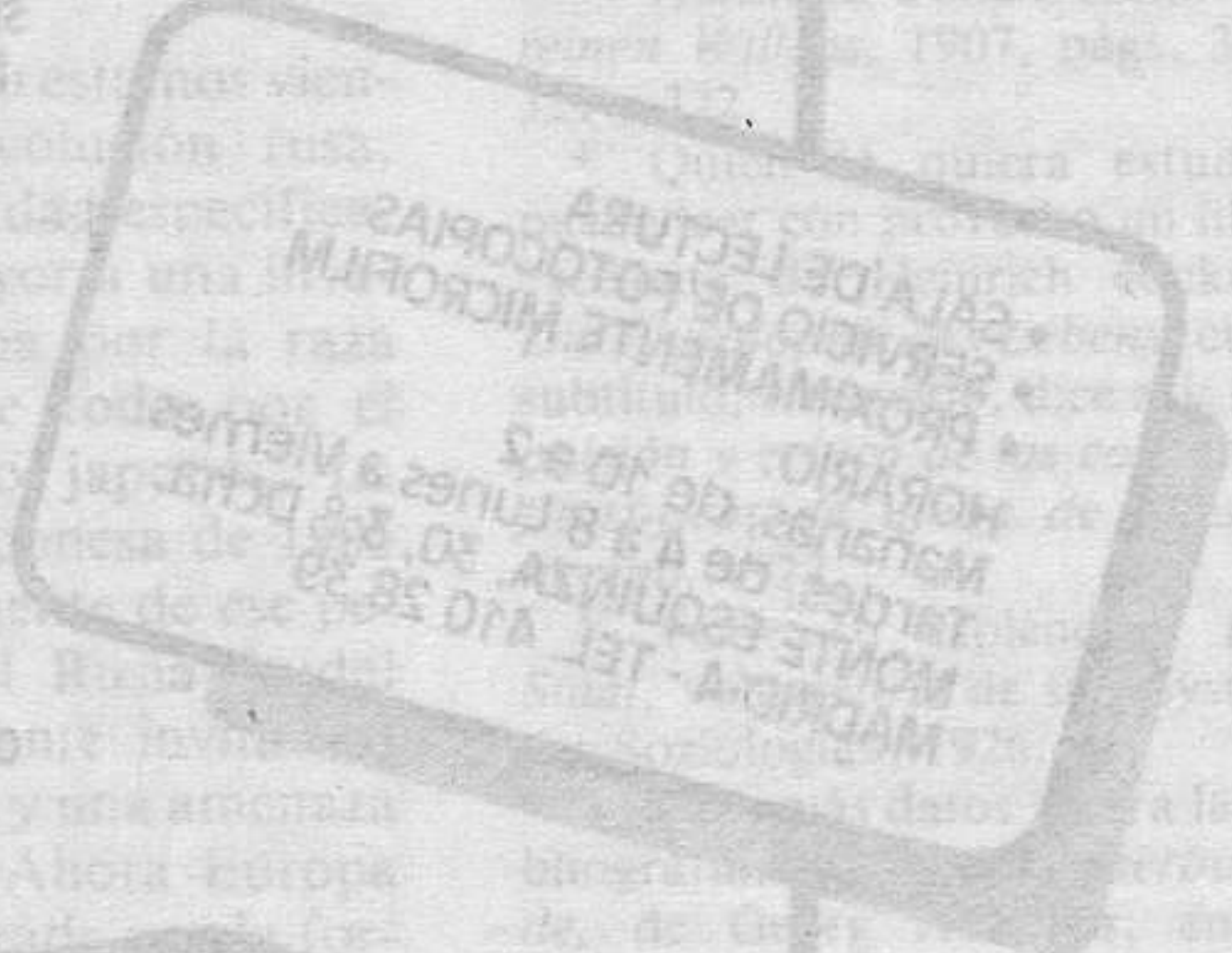
BIBLIOTECA
 Estamos especializados en materiales de temas social y político. Gracias a una labor constante de adquisición y a las donaciones del país y del extranjero, nuestros fondos se ven incrementados constantemente. Contamos con más de 11.000 títulos.

HEMEROTECA
 Tenemos importantes fondos de prensa ideológica y de partido de o sindical anterior a 1939, así como la prensa del exilio republicano y clandestino y los periódicos Mas de 1.500 revistas y periódicos.

ARCHIVO
 Hemos reunido la documentación histórica de las organizaciones obreras españolas, procedente de fondos dispersos por todo el mundo (recolectados y sistemáticos y conservados en Más de 50.000 documentos).

Hacemos una invitación a todas las personas que tengan algún tipo de material relacionado con la historia del socialismo y del movimiento obrero, en general, a colaborar con la Fundación Pablo Iglesias, donándolo o dejándolo en depósito y contribuyendo así a la recuperación más completa de nuestra historia gracias al apoyo de nuestros socios.

OPINIONES
 El debate de la izquierda en el siglo XIX y XX





PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 300 PTAS.